

UN ESPÍA DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA EN EL LABERINTO ESPAÑOL
DEL SIGLO XVII: LA CONJURA ANDALUZA, LA INDEPENDENCIA
DE PORTUGAL Y LA SUBLEVACION DE CATALUÑA

CARLOS ALGORA

EL REY DE LAS
ALMADRABAS



Lectulandia

Después de diversas vicisitudes, Hernán —un pícaro del Arenal sevillano— es acogido en el palacio de Medina Sidonia y gracias a sus innatas habilidades, pronto se convertirá en un agente del Duque, testigo de los graves sucesos políticos que salpican el final de la monarquía de los Austrias: la independencia de Portugal, las intrigas para crear un reino independiente en Andalucía y las consecuencias de la sublevación catalana.

Intrigas, pasiones y aventuras se suceden en este emocionante recorrido por el laberinto español del siglo xvii. *El rey de las almadrabas*, es una novela cuya amena y esmerada recreación histórica nos devuelve a un país que se desgarraba por los cuatro costados y donde se presagia el fin de una época.

Lectulandia

Carlos Algora

El rey de las almadrabas

ePub r1.0

Ablewhite 04.05.16

Título original: *El rey de las almadrabas*

Carlos Algora, 2005

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, que nos dio todo su amor.
A mi mujer, Maria Reyes, sin cuyo amor
y apoyo no habría escrito este relato.

Exercito picaresco,
inuencibles garabatos,
que atrás dexais los ardides,
y las astucias de Caco.
(...)
Saldreis de Seuilla todos
por aqueste rio abaxo
a la conquista de Tunez,
(...)
finalmente, cuando salten
todos en tierra, ordenamos
que al momento cortesmente
besen al Duque la mano.
que repartidos luego
por sus quarteles, y ranchos
de la Almadraua, obedezcan
las leyes, y mandatos,
acudiendo a sus oficios
con ligereza de gamos,
con concierto de reloxes,
siempre asistiendo al trabajo.
porque el tiempo que dura
la Almadraua, y su cansancio,
sepan todos el estilo
de aprovecharse hurtando.
Las traças, y los percances,
las tramoyas, los assaltos,
pataratas, y artificios
de que han de vsar trabajando.

Del romance primero de Félix Persio Bertiso
sobre *La vida del pícaro*. Siglo XVII

PRELUDIO

Sumergidos en una fuerte neblina que rajaba y empapaba la noche, nos adentramos por los callejones de inclinadas pendientes, cada vez más angostos y oscuros, de la Alfama, la antigua Lisboa musulmana, laberíntica y tortuosa.

—La mancebía es discreta, está algo retirada, sin moscones que curioseen — aseguró el portugués, mientras paulatinamente se quedaba rezagado junto a su compañero.

—Desde luego que no se ve aquí un alma, aunque con la noche que hace... Espero que entremos pronto en calor —animaba mi señor, don Manuel de Silva.

—No duden vuestas mercedes que entrarán en calor y se refrescarán después —le contestó con mayor seriedad.

No había concluido de decir estas palabras cuando, en una revuelta de aquella callejuela, fuimos sorprendidos y asaltados por unos fantasmales embozados. Sin mediar palabra ni darme tiempo a reaccionar, recibí un fuerte golpe en la cabeza; mientras, mi amo esquivaba la acometida, sacaba su espada y derribaba a un asaltante. Perdí el conocimiento y no sé el tiempo que transcurrió. Recuerdo, como en un sueño, que caí en una estrecha carreta junto al desvalido don Manuel. Sentía un fuerte dolor que me nublabla la razón. Después de un tiempo indeterminado escuché voces que en principio me sonaron lejanas.

—¿Seguro que son estos los que entraron en el palacio de la Virreina?

—Los vi con mis propios ojos y cómo hablaban con Vasconcelos. Con estos, son tres los agentes del conde de Olivares que hemos quitado de la circulación.

—Gamboa, antes de arrojarlos al estuario sujetos a un buen fardo, tenéis que registrarlos bien. Debéis hacer limpiamente la operación sin dejar rastro ni testigos —ordenaba uno de ellos—. La caída del palacio de la Virreina y con ella la de todos los traidores a la causa portuguesa no debe fracasar.

Con el fuerte dolor de cabeza apenas lograba distinguir las voces de quienes hablaban; no era capaz de articular palabra, y ni tan siquiera era consciente de que estaba amordazado. Sentía una gran desazón; mi causa no era la del duque de Medina Sidonia, ni la del señor de Olivares, y menos la de estos condenados portugueses que nos querían arrojar al fondo del río. Nuestra alegría en tropel de lo que parecía una noche de risas y solaz se deslizaba ahora, lastimera y rota, en una vieja y carcomida carreta con rumbo siniestro.

Advertí cómo me registraban y extraían algunas monedas, que era lo único que llevaba encima. Igual hacían con mi compañero de desgracia —herido en un hombro, aunque parecía no estar muerto—, del que cogieron un pliego que llevaba en la faltriquera. Luego, la renqueante mula que tiraba del carruaje continuó su camino. Temía a cada pausa que fuese la última y hubiese llegado la fatal, húmeda y asfixiante parada. Comencé a rememorar mi vida. Mis pensamientos, exacerbados por el peligro cercano, pasaban, en instantes arremolinados, de los recuerdos a la

preocupación cercana. Confiaba, si había otra existencia en el más allá, en que la Tizna, que había sido como una verdadera madre, no estuviera muy lejos, seguro que velaría también por mí.

Estaba deshecho, mi boca seca, y no daba fe de mi triste sino y del gran peligro mortal en el que me hallaba. Un miedo tremendo me inmovilizaba, más un tenue brillo de esperanza asistíame en el fondo de mi alma y a él me aferraba. Me rebelaba contra la idea de morir y remonté de nuevo aguas arriba, por el río de la vida, a mis primeros años de golfillo en el puerto de Sevilla. Y cómo yo, pícaro del Arenal, había llegado a verme envuelto en estas intrigas y espionajes.

I

PÍCAROS DE ALMADRABAS

EL ARENAL

Una helada mañana en los albores del reinado de su majestad Felipe IV, padre de nuestro rey Carlos II, halláronme a las puertas de la parroquia de Santa Ana en Triana, liado en un hatillo de ropas viejas, desgastadas y dando fe de mi viva humanidad con sollozos que más parecían de gorrino que iban a degollar que de criatura hambrienta.

Me harían bautizar en la iglesia de Santa Ana con el nombre de Hernán. En mal momento, de necesidad y desamparo para mi madre, debí llegar para dejarme arrojado a la caridad pública; o tal vez fui resultado de un sofoco, de un amorío apresurado o prohibido cuyo fruto yo delataba, incluso de una dama de alcurnia que me quiso envolver en paños viejos, como ardid que no desvelara su origen. Sea como fuere, hace ya muchos años que dejé de preocuparme por mi oscura ascendencia.

En la Casa Cuna, donde llevaban a los expósitos, eché los primeros dientes; mis recuerdos vagos se limitan a unas frías paredes, a una sensación de anonimato y vacío de estómago, preocupados más en el hospicio por la salvación eterna de mi alma, que por el necesario afecto y sustento diario. Pensé, o sentí, que el mundo exterior, para mí desconocido, no podía ser peor. Al morir de viruela el que era mi mejor compañero, tuve unas ansias enormes de escaparme por la puerta entreabierta, como así lo hice, a una nueva libertad callejera y desamparada, sin que nadie, creo, me buscara ni echara mucho de menos.

Mi cobijo y mi primera escuela de la vida fue el Arenal de Sevilla, entre mendigos, ladronzuelos, mujeres de mala vida, mercaderes e indianos que concurrían en animada mezcolanza multicolor por el muelle. Una conocida prostituta, la Tizná, se apiadó de mí en mis primeros trances de pajarillo volandero decidido a no volver más al hospicio.

La Tizná era en estos tiempos una mujer de edad indefinida, de vigoroso pelo negro que caía a ráfagas sobre un rostro ajado y generoso. Los muchos años de oficio y aguardiente habían resquebrajado su porte de belleza morena caoba.

Compañero de hambruna era Alonso el Tiznao, hijo de la desprendida ramera, de constitución recia, moreno como su madre y con gruesos carrillos. Cara de bonachón, «un cacho de carne con ojos», decía de él la Tizná, por su abultada presencia carente de maldad, que no de ingenio, para satisfacer o engañar nuestra *jambre* diaria, que removía las tripas y azuzaba por momentos nuestro desespero y nos hacía soñar con grandes festines de ricas viandas.

Lo recuerdo en un recodo del río, subido en una rama de un viejo chopo que se desperezaba apaciblemente en la orilla. Solía hacer un *tiratilo* con un tosco anzuelo y un fino cordel para capturar, con paciencia y pericia, ricos peces que devorábamos con devoción al atardecer.

Algunos días cruzábamos el río por el puente de barcas sin detenernos en San Jorge, el castillo de la Inquisición, ya que nos daba mal agüero, pues se asomaba

sinistro como un nubarrón por la otra orilla. Platicábamos con los pescadores que vivían en Triana y procurábamos ayudar presto a cambio de unos escuálidos y deshechos peces de mala venta en mercados y bodegones.

Otras veces nos internábamos en el campo, cogíamos yerbabuena para echarla a la sopa boba que repartían conventos e iglesias a largas colas de harapientos, mendigos y rufianes. Buscábamos también poleo, planta muy apreciada por la Tizná que nos daba en infusión cuando nos dolía la tripa. En el camino afanábamos algunos frutos, deliciosas habas verdes y, con los fuertes calores estivales, nuestro mayor deleite era un dulce melón o una roja sandía que nos empapaba hasta los codos con su jugo y nos impregnaba su olor mientras sesteábamos satisfechos. Más habíamos de tener buen cuidado con los dueños de las huertas y, sobre todo, con la Santa Hermandad, que más de un susto nos hizo pasar.

En ocasiones nos dirigíamos hacia lugares más concurridos, como el Compás de la Mancebía, junto a la puerta del Arenal y la calle de Harinas. Era este un recinto cerrado, distribuido en cuartuchos llamados boticas, con una sola puerta exterior por donde avispábamos con curiosidad el trasiego de clientes y busconas, mundanas, tusionas, cantoneras... que con todos estos nombres eran conocidas las del viejo oficio. Merodeábamos también por el astillero, atraídos por los preciosos barcos, no muy grandes, que allí construían. Nos acercábamos a las ricas casas de gula donde se comía desde conejos a cochinitillos, placer reservado, claro está, solo a los más poderosos: nobles, eclesiásticos y ricos mercaderes que con tanto boato había en Sevilla. Nosotros acudíamos en busca de las sobras; con un hueso de cordero que un alma caritativa nos echase, nos meneábamos contentos, igual que chuchos callejeros.

Poco duraba nuestra estancia prohibida en estos lugares, pues habitualmente nos despedían los dueños con modos altaneros. Una tarde en que remoloneábamos, un criado nos arrojó orines y otras inmundicias:

—Tomad, ¿no queréis comer? Tengo más para vosotros, ratas del Arenal.

—¡Cómetelo tú! —contestaba Alonso, mientras se alejaba—. ¡Engendro mal parío de puerca con pollino! ¡Animal de pulgas hediondas!

—¡Bellacos, que sea la última vez que os vea por aquí! —gritaba furioso. Nosotros echábamos a correr y nos volvíamos para hacerle mojjigangas y remedos. Parecía que se nos iba a salir la lengua y a disparar los ojos de nuestras caras malévolas y risueñas. Algunas piedras o desechos inmundos sonaban cercanos a nuestros pasos, cada vez más raudos.

Si la tripa medio llena durase al menos una semana... Pero como la gulipa era diaria y la competencia de la tropa de indigentes mucha, se acentuaba incluso más, si cabe, la larga y cansina vigilia, que compensábamos con nuestro temperamento alegre, nuestra vitalidad y el ingenio con que nos azuzaba la necesidad.

Muchas veces la Tizná acudía en nuestro socorro, cuando estaba medio sobria y

no se había gastado en bebida el fruto de su oficio, del que tenía que descontar un real y medio diario para el alquiler de la casucha del Arenal, donde ejercía su labor. Nos daba media hogaza de pan con ajo o cebolla y, en ocasiones, un trozo de queso, un cuenco de aceitunas o nos preparaba una olla con legumbres que comíamos con deleite, sentados, Alonso y yo, en sendos bancos alrededor de una mesa vieja, junto a un cántaro de agua fresca y una maceta de albahaca que me gustaba tocar.

—No comas tan rápido Hernán, que te hace menos provecho y se te ven los huesos de lo canijo que estás, y deja ya la albahaca —me decía. Sentada en el suelo, posaba con ternura su mirada en nuestro voraz apetito y en mi mano que no cesaba de acariciar la maceta.

—Es que me gusta su fuerte olor —me justificaba yo y ella sonreía.

—Alonso, no seas tan glotón —le recriminaba, mientras este se inflaba los dos carrillos sin dejar de mojar pan de cebada en el caldo y aligeraba con presteza la vitualla antes de que desapareciera de la olla.

Ella nos repartía por igual consejos y amonestaciones. Nos miraba con las pupilas extraviadas, con dulzura y alegría, sin comer y con la botella cercana, que de continuo se la llevaba a la boca.

—Es como una medicina para mí, me cura el pulso y la carraspera, me quita el desasosiego y me hace sentir menos desgraciada. Esta mañana he tenido suerte, aquí tenéis ocho maravedíes para que compréis dos pasteles de cuatro.

—Se me hace la boca agua —aseguraba Alonso, relamiéndose como si lo tuviese delante—. Un pastelillo de empanadilla hojaldrada con carne es un lujo que mis tripas agradecen. ¿Y no podían ser dos de ocho?

—Es lo que me queda hoy, y recuerda que es para los dos.

—Eres un sol en invierno, madrecita —le agradecí dichoso mientras nos apresurábamos a hacer nuestra compra y ella se tumbaba a dormitar lo que había bebido. La gente pobre como nosotros comía una sola vez al día; nuestras barrigas se podían dar, pues, por complacidas hasta la jornada siguiente, que Dios diría...

Uno de nuestros conocidos era el Pincho, un panadero de Alcalá que surtía de tan apreciada miga a ricas haciendas y conventos. Era buena gente; treintañero, canoso, pero con porte alto y aire de conquistador venido a menos que se pavoneaba como un hidalgo entre tanta chusma, y perdía sus carnes y hasta los calzones por una buena hembra.

Más de una vez hicimos de vigía del Pincho mientras este se desbocaba con la Encarna, hija de un tabernero, que había sucumbido a sus galanteos. Aunque de constitución fina, destacaba en ella, sorprendentemente en tan frágil cuerpo y fino talle, un par de redondas ubres de abierta complacencia, de las que hacen correr a los cojos para contemplarlas. Como obstáculo a tan íntima relación se interponía un marido celoso, bastante mayor que ella y con muy malas pulgas, que, como usurero

pendiente de sus monedas, acudía con frecuencia para cerciorarse de que todo estaba bien.

—¡Eh! ¡Tiznao, Hernán! ¡Voy a visitar a mi amada y joven señora, avisadme con tiempo si aparece el tripa de su marido!

—Nos dará un buen mollete.

—Portaos bien, que si yo calmo el fuego que consume mis entrañas, aliviareé también en algo vuestra necesidad.

—Las entrañas de la entrepiera —contesté con sorna y una sonrisa pícara.

—Menos cháchara, que los asuntos de amores no admiten espera. Así que cada uno a lo suyo y Dios a lo de todos.

Montábamos guardia, separados uno del otro. Si venía el Tripa, como así lo llamábamos, Alonso cantaba con viva voz, desde la callejuela más cercana:

—¡Arriero va! Buenos días tenga hoy vuesa merced.

—Este melindroso será necio, siempre tan contento y tan cantarín —exclamaba el Tripa.

Con cara de pocos amigos miraba desconfiado buscando la broma y rascando con su mano su baja y esplendorosa barriga. Alonso ponía rostro angelical y repetía en un tono más fuerte y con dotes de pregonero:

—¡Arriero viene!

—Siempre cantando lo mismo. ¿Será simple el mozalbete o es la ociosidad que trastoca la sesera? A todos estos golfillos les daba yo buena tunda.

—¡Arriero va! ¡Arrieeroooo vieneeeee!

—¡Pues vaya con el mocoso, tenor nos ha salido! Mucho bellaco suelto y mucha lujuria hay por estas calles... y mi Encarna, tan mujer.

Entretanto, apresurado y veloz, daba yo tres golpes en la puerta, antes de que apareciera el celoso marido, mientras gritaba a todo correr:

—¡Carnero anda suelto! ¡Carnero anda suelto!

El Pincho salía a medio vestir por la trasera que conducía a la muralla del Arenal, intentando mantener la apresurada, tiesa e inestable compostura de gallo sorprendido en corral ajeno.

Con nuestro mollete de recompensa nos paseábamos gozosos por el muelle. Desde un montículo cercano contemplábamos sentados todo el trasiego de barcos y barqueros cruzando el río de una a la otra orilla. Chalupas, gabarras, bergantines o grandes galeones, atracados o con sus hermosas velas desplegadas, emborrachaban nuestra vista y nuestra mente al volar los sueños allende los mares, sumergidos en intrépidas aventuras y ricos tesoros.

¡Qué bullicio! Desde el San Rafael, un soberbio galeón y uno de los mejores bajeles de la flota de Indias que se hallaba atracada en el puerto, se descargaban gran cantidad de oro y sobre todo lingotes de plata que se transportaban en carretas a punto

de reventar de tanto peso. Con una gran escolta se dirigían hasta la cercana Aduana y Casa de la Moneda.

¡Qué espectáculo el deambular de gente de alto linaje y ricos mercaderes de todos los países! ¡Cuánta riqueza y cuánta pobreza! Ya que de todo había mucho en Sevilla, sin medida, sin alcanzar término medio ni en lo mucho ni en lo poco. ¡Qué esplendor de ricas telas! Sedas, terciopelos, tafetanes, rasos, brocados y otras de gran calidad traídas de Milán —anunciaba un mercader—. ¡Qué fulgor de joyas! Hermosos rubíes, como brillante fuego, espléndidas esmeraldas de profundo color verde, nacaradas perlas, botones de diamantes en cuellos y lujosos ropajes, y qué séquito tan numeroso al paso de los Bucarelli o del gran duque de Alba, quien —según nos decía un criado conocido nuestro— en su palacio disponía de más de cuatrocientos dormitorios para la servidumbre. Qué contraste con el moreno y negro de los esclavos que pululaban en torno a sus amos, con los torsos desnudos de los forzados cargadores del muelle, con las llagas que mostraban algunos mendigos, con nuestros harapos de pícaros y ladronzuelos.

Ejército de pobres y harapientos sin tener un mendrugo de pan que llevarse a la boca, canalla urbana dispuesta a vender a su madre por menos de un escudo, y también gente sencilla, sin malicia ni hipocresía. Hipocresía que sobraba en las altas cunas y en algunos clérigos que, mientras predicaban contra la prostitución, se alimentaban también de ella. El real y medio que la Tizná pagaba por el alquiler de la casucha del Arenal engordaba los fondos propios de una conocida iglesia sevillana, e igual ocurría con otras pequeñas y míseras mancebías del Arenal, de las que se beneficiaban ilustres y castas hidalguías sevillanas, hermandades, conventos y hasta el Cabildo, dueño de muchas de las boticas del célebre Compás de la Mancebía.

Mas las apariencias sí había que cuidarlas. Cada vez que se proclamaba un luto oficial en la ciudad se suspendían por unos días los corrales de comedia y las casas de lujuria, pero sin dejar de cobrar la renta a las prostitutas. Su oficio era un pingüe negocio para muchos y por ello las órdenes reales y moralizantes de cerrar los burdeles eran medidas transitorias y de escasa duración, como fuegos de artificio en el aire.

Tras un otoño sin sobresaltos, hubo un azaroso comienzo de invierno del que logramos sobrevivir de puro milagro. Fuertes lluvias enfurecieron el Guadalquivir que, insolente, anegó todo lo que encontró a su paso. Incluso los vecinos sacaron a la virgen de Santa Ana en rogativa para calmar el temporal. Cuando finalmente remitieron las aguas, en nuestra ociosidad buscábamos divertimentos.

En las carnaladas de ese año nos tiznamos el rostro y las manos e hicimos alguna que otra barrabasada aprovechando tanto jolgorio. De un improvisado taller versado en simulaciones y argucias, como el negocio de *gatos liebres* y otros dispares, sisamos una burda imitación de serpiente, veterana en chanzas y

sobresaltos. Y es que en el Arenal todo se aprovechaba: rabos de liebres y conejos de ricos bodegones eran recogidos por mozos compinchados que los cosían finamente a gatos despellejados. Obras primorosas de falsificación, vendidas con la complicidad de los dueños a casas de gula y ventas de mala catadura. Antes de pasar a la cacerola se enseñaban los rabos, casi sin dar importancia, como muestra de autenticidad. Ni que decir tiene, y dejó libre a la imaginación, que había otros cambios de identidad que, con hambre atrasada y poca pecunia, colaban, a plena satisfacción de clientes, como manjares exquisitos.

Con el culebrón rapiñado nos ocultamos con sigilo detrás del Tripa —personaje al que gastábamos pesadas bromas infantiles motivadas por nuestra desvergonzada pillería y el mal agüero que tenía—. Al tiempo que levantaba su culo un instante, colocamos enroscado el insólito animal donde de nuevo había de posar su generoso trasero. El respingo al descubrir la extrañeza sobre la que se había reposado fue mayúsculo.

—¡Ayyy! —gritó asustado, dando trompicones, a punto de caer sobre un mercader que a su lado estaba—. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Si esto es una biiicha! —exclamó de nuevo.

—No es, era, que la pobre ha pasado a mejor gloria —reprendí con seriedad compungida y apenas contenida.

—¡Maldita sea tu sangre! ¡Redomado pillo, hijo de mala madre! ¡Pobre de ti como te eche la mano encima! —gritaba encolerizado, en medio de las risas que la travesura había provocado.

El Tripa trataba de mirarse torpemente la trasera, en un inútil esfuerzo, sin atreverse a tocar su vestimenta, dominado por la repugnancia y dando giros como una peonza.

—¿No me habrá picado? ¿Se han manchado mi jabón y mis calzas nuevas? —requería angustiado.

—Parece mierda —le contestaba con sorna un truhán del puerto.

Alonso se acercó para decirle:

—Esta tarde haremos un sentido entierro para honrar a nuestro pobre animal, sufridor de tan cruel destino. Si vos deseáis participar, o colaborar...

El Tripa no lo dejó finalizar, sino que se marchó tras él, dispuesto a darle una merecida tunda:

—¡Hijo de Satanás! ¡Ay, como te pille!

El burlado personaje se retiró, entre avergonzado y colérico, lanzando mil improperios. Nosotros, con caras de circunstancia y a prudente distancia, aclarábamos a los curiosos que el pobre padecía mal de cabreo. «Terrible mal», sentencié con cara de no haber roto una escudilla.

Otra barrabasada con la que solíamos disfrutar en las carnestolendas, cual redomados pillos, consistía en pillar un gato bravío, a ser posible macho asalvajado, de los que pululaban libres por el prado y casas abandonadas. Bien conocíamos los

trucos que utilizaba el taller de gatosliebres para atraparlos, como darles algún desperdicio de pescado y echarles una red encima. Metíamos el animal furioso en un saco y lo arrojábamos con cuidado donde estaba la multitud, no sin antes removerlo bien y dejarle una abertura para que escapara. Seleccionábamos con malicia nuestro objetivo para causar mayor revuelo: un grupo de jóvenes damas remilgadas, beatas con rosario, lustrosos caballeritos o desvergonzados bribones como nosotros. El felino asustado daba saltos como loco y zarpazos a diestro y siniestro. Abría un torbellino de espantos, tropezones y exclamaciones a su alrededor, hasta que escapaba dando trompazos como una fiera.

Nos divertíamos mucho con los grupos de mojigangas, en los que predominaba la más fante y variada animalada. Alonso y yo hacíamos el burro colocándonos largas orejas y dando rebuznos lastimeros de pollino en celo; otra vez nos disfrazamos de toro con dos improvisados cuernos y un rabo negro, repartiendo inofensivas cornadas y berreando locos bufidos. Formábamos todos una escandalosa algarabía, al son de campanadas y cencerros, entre chanzas y arrojito mutuo de cenizas. Desde el Arenal partíamos por la calle de la Mar hasta la antigua mezquita y allí, junto a las Gradas de la Iglesia Mayor —el mentidero más conocido de la ciudad, rebosante de comerciantes de la cercana Lonja, canónigos, ociosos, alcahuetas y pícaros— arreciábamos nuestro descaro y entrábamos en competencia con otras partidas de mojigangas, aunque siempre en alegre camaradería.

Estas fiestas no siempre eran permitidas ni toleradas por las autoridades por no ser muy respetuosas, aunque sí muy divertidas y propicias para satíricas críticas sobre nobles e ilustres personajes —a pesar de que a la religión y a la Inquisición nadie tose por el grave temor que se les tiene—. Pero aquel año, después de tantas calamidades, no se opusieron.

Menos placenteras eran nuestras riñas callejeras. En una ocasión, el Pupa, de aspecto tan andrajoso como nosotros, canijo, desgarrado, con una sonrisa maliciosa, lleno de pecas y el pelo color fuego y la cabeza salpicada de tolondrones y pústulas a las que acudían las moscas, nos reclutó para una guerra de piedras contra una banda de mozalbetes de la Puerta de la Carne. Estos habían pregonado que los del Arenal éramos todos unos piojosos ladrones de mala madre. En el Prado de San Sebastián tendría lugar la encarnizada batalla, de la que saldría vencedora la pandilla que no huyera en desbandada. Nuestros adversarios eran tan piojosos y pícaros como nosotros. En la lluvia de terrones y piedras, dos del grupo contrario quedaron algo descalabrados y al Pupa le chorreaba la sangre por la cabeza; no obstante, continuó lanzando pedruscos hasta que los otros se retiraron, lo que celebramos finalmente con grandes gritos de victoria. Con gran contento por nuestro triunfo y alguna queja lastimera, nos lavamos las heridas en el cercano arroyo Tagarete.

Desde lo alto de la muralla, grupos de curiosos contemplaban nuestras contiendas

como si de un espectáculo se tratara. Entre todos los golfillos había un tácito acuerdo: si los alguaciles intervenían, se hacía causa común contra ellos. Temerosos de su integridad, no se atrevían a aparecer y huían como gatos escaldados de la lluvia de piedras, lanzadas muchas de ellas con hondas, a veces con certera precisión a pesar de la lejanía.

En ocasiones eran menos peligrosos los enfrentamientos, pero no por ello menos dolorosos: con palos a modo de espadas en manos de valerosos caballeros, dábamos mandobles a diestro y siniestro hasta que uno recibía un estacazo, generalmente en la mano, y se batía en retirada aullando de dolor. En una batalla, al quedar uno de los nuestros gravemente herido, casi muerto, decidimos el Tiznao y yo no participar más en dichas refriegas, al menos en las pedregosas, con las recriminaciones del Pupa que nos tachó de cobardes. Pensábamos que a nada bueno conducían y solo eran un reflejo, a nuestra medida —como comprendí más tarde—, de nuestro propio desamparo y de la violencia y guerras que asolaban nuestra existencia.

No todo eran diabluras de chicos, sino que también en las grandes fiestas religiosas y en las concentraciones ayudábamos al viejo Celestino, de oficio aguador. Nos miraba con ternura con la cara surcada de arrugas y la nariz enrojecida, no por la fina agua que cogía de un pozo trianero, sino por el claro vinate de Huelva al que era tan aficionada su humanidad encorvada por el peso de los años.

Era inconfundible cuando llevaba consigo una buena cogorza. Se subía en su borrico, con tantos años como su amo, y por muy lejos que estuviese, lo guiaba con tino hasta su casa del Arenal. Celestino, con cabeceos de duermevela, desafiaba las leyes del equilibrio inclinado sobre el dócil rucio.

—Que te vas a caer, Celestino —le decíamos apresurados, al contemplar su conocida estampa.

—¿De qué *lao*? —nos contestaba invariable abriendo sus ojillos semidormidos y su sonrisa de bienvenida. Como capataces, a golpe de mano, dirigíamos su oscilante compostura, sin que él borrara su mueca alegre hasta llegar a su destino, donde le ayudábamos a bajar.

Otras veces, mientras Celestino colocaba su pequeño tenderete en un lugar de paso concurrido, nosotros, montados en su viejo asno llamado *Encarao*, íbamos por agua en los días buenos de venta y de más calor; nunca la cogíamos del río, ya que no era apreciada ni de buen sabor.

Asistíamos a los autos de fe como a un entretenimiento más. Los de mayor boato e importancia tenían lugar en la plaza de San Francisco, los ordinarios en Santa Ana y algunos en San Marcos. Celestino aprovechaba los sofocos de estos largos ceremoniales, que a veces duraban casi todo el día, para vender refrescos que él mismo preparaba. En estos actos no faltaban ni la misa ni otros rituales, hasta terminar con la ejecución y la hoguera de los penitentes condenados a muerte.

En los momentos no solemnes, el viejo aguador voceaba la mercancía:

—¡Agua fresca, agua fina que calma la sed! ¡Agua rica, riiica agua para vueas mercedes, traída de lejos y muy bueeena para la salud! ¡Y riquísima aloooja, aloja refrescante de fina agua y pura mieeel, condimentada con preciadas especias de las Indias!

Algunos conocidos nuestros del Arenal también ponían a juego sus cualidades en estos eventos. El Pupa pasó, en pocos meses, de capitán de pequeños haraposos a manilargo y aprendiz aventajado de lo ajeno; él, Panduro y otros del mismo gremio sisaban con habilidad y artimañas las bolsas de las faltriqueras de ingenuos pueblerinos que acudían a presenciar el espectáculo.

El cambio de mi voz anunció el final de lo que suele llamarse niñez. Etapa extraña para los de mi condición, hijos del puerto y de la calle; la supervivencia nos obliga a ser mayores. En mi cara cuajaron algunos granos y los pelillos del bigote apuntaron con bravura al exterior.

Murió la Tizna, tendida en el suelo con su jarra de aguardiente en la mano, sin perder la compostura y con cierta dulzura en el rostro. Indigentes y faltos de medios, conseguimos que la Hermandad de la Caridad, que se ocupaba de los entierros de los reos y de los ajusticiados, lo hiciese también de la Tizná, una verdadera madre para mí, sobre todo cuando no estaba beoda. Nuestro desamparo se hizo aún más grande, si cabe, aunque ya para entonces éramos ratas del Arenal que habíamos aprendido a sobrevivir.

LA CONQUISTA DE TÚNEZ

Cuando llegaba la primavera en Sevilla, una fiebre sacudía los mentideros y corrillos. En el Arenal y las Gradas se extendía el clamor. La tropa de indigentes despertaba y la canalla urbana se removía desde sus agujeros gozosa y aunada ante la empresa que se avecinaba.

En ese mes de marzo, que empezaba a despuntar y en el año del Señor de 1637, había mayor efervescencia aún y en el ambiente más entusiasmo.

—Ya se acerca la conquista de Túnez.

—Por San Marcos llegaremos.

—A por atunes y a ver al Duque.

—De la Ceca a la Meca.

Gritaban mendigos harapientos, zascandiles, manilargos y perduleros de la variada calaña del Arenal.

Nos acercamos Alonso y yo a escuchar a un graduado maestro de la picaresca de la almadraba que preparaba su tropa.

—A *naide* se le pregunta que de dónde viene, ni lo que ha hecho anteriormente, a todos se les dice que si quieren servir al señor Duque, que por muchos que tomen la vía de Tarifa hay faenas para todos, oportunidades de riquezas, mucho vino, mucho juego y mujeres bien dispuestas.

Un clamor de júbilo acompañaba las últimas palabras del que se hacía llamar capitán Alcaparrilla, ya cuarentón, de nariz aplastada, pelo ensortijado en pequeños bucles y con una verborrea fácil llena de gracejo popular. Estaba rodeado de sus lugartenientes Panduro, don Perucho y de Guzmán, un enanito conocido como el Pulga, ya que en este mundillo sobran nombre propio y datos de filiación, siendo suficiente el apodo, que puede variar de un año a otro y de ciudad en ciudad, según la suerte fuese favorable o no y por desconcertar a la justicia.

—En mi tropa no miramos la calaña, lo *mesmo* da que sea mendigo zarrapastroso que rufián del muelle, siempre y cuando acepte nuestras normas y cofradía —continuaba, aún más animado, el Capitán.

—Estas son —decía don Perucho, con aire autosuficiente y porte de hidalgo truhán, subido a un pequeño montículo—: todo y a todos se puede birlar, menos a los miembros de la cofradía... La autoridad del jefe es indiscutible y solo él decidirá los buenos golpes... Si a uno de nosotros se nos ofende, injuria o asesina, los demás tomaremos justa venganza.

—De lo garbeado, se dará una pequeña parte a la cofradía, que velará siempre por sus miembros, incluso en las altas instancias celestiales —proseguía don Perucho tras ajustarse unas lentes circulares para darse aires de letrado—. La lamparilla de aceite encendida a la Virgen de las Virtudes, nuestra señora, no faltará mientras estemos en las almadrabas. Que aunque somos amantes de lo ajeno, ya que de lo propio no tenemos nada, somos fieles y devotos y damos a Dios lo que es de Dios y solo

pedimos una parte de lo que es de los hombres.

—Déjate de tanta plática y date *prieta* que ahí se acerca el alguacil —avisó el Pulga, que se había subido al lado de don Perucho.

—Buenos días tengan vuestras mercedes. Mucho pillo anda hoy reunido por aquí. ¿Se puede saber a qué se debe tanta junta?

—Buenos días tenga vuestra merced, señor alguacil y corchetes —respondió Alcaparrilla—, que aquí estamos *pa* servir a su majestad y al señor Duque, que *desto na* más se trata, que de ir a los atunes, de la Ceca de Sevilla a la Meca de los caños, donde rebaños de atunes pasan gordos como toros y hay rica agua que brota a chorros desde el *sielo*, donde el señor Duque se lleva lo suyo y nosotros lo que podemos, mas siempre respetuosos con la ordenanza y el trabajo que tan presto *facemos* en servicio de tan alta cuna; que nosotros somos devotos de San Blas, que nos protege de los males de garganta y garrotillo; de San Roque, que nos libra de la peste; de San Rufo; San Félix y Santa Lucía que nos cuidan de muchas calamidades...

—Está bien, dejaos de monserga, que bien sé lo que ocurre en las almadrabas, que por allá anduve en mis años mozos. Pero me alegraré de perderos de vista durante una temporada, que será de holganza y recreo para la justicia. Así que partid, partid ya lo más pronto que podáis a servir al señor Duque.

—Bien dispuestos nos hallamos a cumplir siempre los *requerimentos* de la autoridad.

Alonso y yo, habíamos decidido que ese año nos lanzaríamos a la aventura, y ya que el intento de colarnos como grumetes en una nao que iba para las Indias había fallado, pues el capitán no nos aceptó, ahora, una nueva empresa prometedora de aventuras y pitanzas nos animaba y empujaba hacia la conquista de Túnez.

Junto a la Torre del Oro, antes de la partida, se formaron varias compañías con sus capitanes. Allí estaba lo más florido de la picaresca del Arenal, los más diestros cicateros, falsos inválidos mendigos, fulleros y desuellacaros; con aire aristocrático don Perucho Ladrón de Guevara, los intrépidos Zarabulleque y Ahorcasopas; los pendencieros Rompesquina y Tumbalobos; el gordo Tragaldabas; los simples y diestros manilargos Botarate y Zapoteco; los traperos Trapisonda y el Harapo; el asustadizo Gangueta y Coca el Mulato con su enorme cuchillo; nuestro compinche en refriegas y pedradas: el Pupa; además de Panduro, Guzmán el Pulga, Arrancarrabos, y otros muchos que no reconocí. Entre las mujeres, que algunas había, campaban María la Bizca y Rosa la Calamar, de largas lenguas y finas manos, capaces de sonrojar con sus historias y chascarrillos picantes a más de un aprendiz de bribón.

A todos ellos habló Alcaparrilla, capitán de capitanes:

—Ejército de garduños, gavilanes y sanguijuelas de río, mañana saldremos presto río abajo a la conquista de Túnez. De la Ceca de Sevilla a la Meca de los caños.

La muchedumbre, regocijada y dándose codazos unos a otros, coreaba:

—A la conquista de Túnez.

—A por atunes y a ver al Duque.

—De la Ceca a la Meca.

—Recordad bien —continuó Alcaparrilla, que arengaba a los suyos con un viejo sable en la mano izquierda— que tenemos nuestras leyes, las nuestras y no las de los alguaciles, y mucha devoción a la Virgen y a los santos benditos.

Esperó pacientemente que el murmullo de voces se apagara; en su cara se dibujó de nuevo su sonrisa guasona y miró, seguro de su autoridad, a toda la tropa allí concentrada.

—Robar al que le sobra es equilibrar la balanza de Dios —dijo alzando aún más la voz— y acercar los ricos a las puertas del *sielo*, así que le hacemos un gran bien. Somos cristianos de buena cepa, de ahí que, el que hurte gallinas deberá dejar al menos el gallo, que es el reloj de la casa y no es bueno *desconcertallo*. A los niños no quitéis camisa para que no les dé catarro...

Todos celebraban las ocurrencias de Alcaparrilla y mostraban gran contento. Allí estaba lo más granado de la picaresca y, entre otros ilustres personajes que asistían gozosos a la salida de los tunantes, se encontraba Oselito, conocido también como el Potingue. Sangrador y sacamuelas, sabedor de plantas y especias con las que preparaba brebajes y ungüentos. Fórmulas tenía para todas las dolencias: desde las lombrices culeras y el mal de amores hasta la calentura y la piojera sin faltar otras universales, que si bien no curaban, por estar ya fermentadas, sí calentaban el ánimo. Más de uno se había enganchado al *elixir de la vida Oselito*, del que si se abusaba se acababa como una cuba.

Y en esta fauna humana y variopinta había junto a mí un caballero con aire culto y distinguido que observaba con atención al grupo. Me dijo llamarse Félix Persio el Poeta, y que escribía un romance sobre el Capitán. Con gran curiosidad le pedí que me recitara algún verso, a lo que amablemente accedió:

*Ya estaba allí Alcaparrilla
el verdadero retrato
de cuanto pícaro ilustre
en el mapa se ha hallado.
Gran maestro de guarduños
gran ingenuo, y linda mano
tan sutil que al mismo Judas
le hurtara los treinta cuartos.*

A cierta distancia de la tropa del capitán Alcaparrilla iniciamos la marcha a las almadrabas. Celosos de nuestra libertad e independencia decidimos no entrar en la cofradía, ya que dada nuestra menor veteranía nos hubiesen tratado de criados y recaderos; mas el destino nos tenía preparado un mal trago.

Primero continuamos el curso del río, no en una improvisada balsa como hacían algunos, sino a través de tierras de marismas, siempre hacia el sur, o el sudoeste, donde sabíamos que estaba la mar y donde se hallaban la costa y las almadrabas de Zahara.

Aunque seguíamos los caminos, muchas veces nos internamos a campo traviesa donde había más oportunidad de alimento. Comíamos lo que encontrábamos a nuestro paso: huevos de pajarillos o perdiz si no estaban ya incubados, berros no muy crecidos en los charcos de agua limpia, tagarninas, cilantro con el que hacíamos ensaladas, frutas y espárragos que buscábamos entre los arenales y los olivares, para lo que Alonso tenía una especial cualidad al divisarlos desde lejos.

—Allí, Hernán, a tu derecha tienes uno; más adelante, a unos pasos, tienes otro.

Yo, parado, escudriñando el terreno con ojo avizor, sin decirle nada, como si los viera, hasta que los encontraba y los cortaba entonces raudo con mi pequeña daga.

En las tierras no cultivadas y ligeramente más agrestes, después de un final de otoño e invierno excepcionalmente lluvioso, lucía aún más la incipiente primavera. Las aulagas espinosas y las retamas mostraban sus flores amarillas, brillantes al sol. El brezo resaltaba con florescencias azuladas y llanos de lirios, violetas, amapolas y jacintos mostraban una sinfonía de luces y colores que se fundían con olores de romero, tomillo, cantueso y jarales.

Nuestro mayor festín tuvo lugar cuando pudimos descuidar una gallina de un corral en un pequeño cortijo y capturar un conejo. Alonso había colocado por la noche un lazo corredizo en la boca de una madriguera; mientras, dormíamos uno junto al otro, tapados con una raída manta, ateridos de frío.

Por la mañana nos dimos un buen atracón con el conejo y la gallina. Al atardecer encontramos un granero cercano a una posada, a dos leguas de Jerez, donde pasamos la noche hasta que al clarear el día fuimos bruscamente despertados.

—Bellacos, os he pillado y bien pillado, ya *mesmo* estáis denunciados a la Inquisición por bujarrones, sodomitas y culpables de delito nefando. Se os va a caer el rabo, hijos de Satanás y de la pérfida Sodoma.

Decía todo ello un individuo cejijunto, con cara de mohíno y gruesa barriga, que olía a ajo y queso sudado, blandía un enorme palo y daba saltos como un loco, por lo que a nuestra sorpresa de brusco despertar se unió un cierto temor ante las palabras y la estaca que tan temerosamente espoleaba este agresivo desconocido. Vestía como un campesino, con unos toscos zaragüelles sujetos con cuerdas de cáñamo y calzaba unas abarcas de madera atadas a las piernas con tiras de cuero.

—Vuesa merced perdone —le respondí, intentando serenarlo—, pero lo único que nosotros hemos hecho ha sido dormir en este granero, que la noche es muy fría de madrugada. Vamos de camino a la conquista de Túnez, ya sabe vuesa merced, a los atunes del señor Duque.

—¡Ya, yaaa, ya! —dijo moviendo la estaca—, que a mí no me engañáis ni a la Inquisición tampoco, que hay un oficial durmiendo en mi posada. Pero soy hombre

de mundo y buen *cristiano* y si algo me ofrecéis a cambio, tal vez yo pueda ser generoso y pensarlo dos veces antes de pregonar esta vergüenza que me sonroja.

—Señor —respondió algo nervioso mi compañero—, sepa vuesa merced que *na* hemos hecho, salvo dormir, y que *na* tenemos, salvo este hatillo en el que llevamos algunos menesteres personales, pero *na* de valor. Puede registrarnos, que *na* tenemos, más que nuestra vida.

—¡Bellacos! De *na, na, na* —decía alterando con burla la voz—. No sois *na*, solo estiércol *jediondo* de muladar, pero me habéis cogido blando, que si no, os hubiese deslomado con mi Casimira —que así denominaba el bruto a su estaca—. Y ya que solo tenéis vuestra vida, me vais a dar vuestro servicio, y como me falta criado y fregona en estos días tan transitados, me contentaré con dos fregones, y yo, a cambio de tal honor, no os denunciaré.

Pronto nos dimos cuenta de la comedia de este farsante que pretendía estafarnos, colocarnos de criados y tratarnos como esclavos amedrentados en vista de nuestra juventud. Mas no quisimos de momento contrariarle hasta buscar mejor ocasión.

Entramos en una pequeña posada mísera, de mala muerte, con pocos clientes, pobres y truhanes de paso, atendida también por una gruesa mujer de aspecto sucio y desaliñado, pero sin ningún criado ni fregona —que no habría quien aguantase a este amo en temporada de almadraba—. Afortunadamente no había ningún oficial de la Inquisición, sino más bien un pobre y viejo fraile con aire mendicante y de tragavemarías.

En este mugriento lugar de paso no se servían comidas, sino que cada uno se preparaba la suya si disponía de provisiones. En la cocina, con la chimenea en el centro, imperaban la suciedad y el desorden de cacharros: cazuelas, lebrillos, pucheros, escudillas, tazones, todos de barro y algunos de cobre, además de un almirez de bronce y unas torcidas trébedes de hierro con el cabo semirroto para colocar las vasijas al fuego.

A nosotros no nos dejaba ni a sol ni a sombra el bruto del posadero, que ni tan siquiera nos permitía respirar tranquilos, lo que para él eso era ociosidad, y menos entablar conversación con la clientela. Nos deslomaba con sus requerimientos de limpiar, fregar en la cocina y quitar la mugre incrustada de meses y años, que parecía que le había entrado de pronto la calentura del aseo. Con la Casimira en la mano sacudía nuestras indefensas nalgas al menor descuido.

El muy ruin nos dio para comer solo dos mendrugos huérfanos que nos dejaron en ayunas, aunque nos quedaba el recuerdo del festín del día anterior. A nuestra mente vino el Tripa, un San Gabriel comparado con este personaje. Pensamos escapar a toda costa, no sin antes darle un pequeño escarmiento.

Cuando llegó la noche nos condujo a un cuartucho de la parte alta. No porque se apiadase de nosotros, que por él nos hubiese dejado a la intemperie, sino porque sabía que a la menor oportunidad íbamos a tomar las de Villadiego o la vía de Tarifa. Y no se equivocaba.

En la habitación había una tinaja para el aliño de aceitunas, la llenamos en un santiamén hasta la mitad con tierra, polvo, cascotes y piedras que cogimos de una rotura que había en la vieja tapia. Con la misma presteza, colocamos la vasija en lo alto de la puerta entreabierta, sujeta con la pared.

—¡Señor posadero! ¡Señor posadero! —comenzamos a llamar antes de que cerrase la puerta y diese al traste con nuestra treta.

—¡Bellacos! Os tengo dicho que como salgáis de aquí o molestéis en toda la noche vais a probar los encantos de la dulce Casimira.

—¡Señor posadero! ¡Señor posadero! —requerimos con mayor urgencia.

Al sentir sus pasos encabritados sobre la puerta, empezamos a mover con frenesí, como si de endemoniados se tratase, el asqueroso colchón cuajado de chinches sobre el suelo de tablas de madera y vigas, y con él todo el cuartucho.

Quiso la buena fortuna que hiciésemos diana y nuestros cálculos fuesen atinados al caer la tinaja en lo alto de la cabeza del bruto, acompañada de una nube de polvo y tierra que podría parecer al infeliz que se hubiese desplomado el mundo.

—¡Señor posadero! ¡Señor posadero! —seguíamos nosotros—. ¡Un terremoto! ¡Un terremoto!

—¡Madre mía! ¡Madre mía! Que me he quedado ciego —se quejaba atolondrado por el golpe.

—No se preocupe señor, que presto vamos en su ayuda —le aseguró mi compañero, y sin dejar ambos de mover el cuartucho, cogió la Casimira y propinó tal mandoble al tinajón, que el posadero pensaría que debía de encomendar su alma a Dios por el cachiporrazo. Dando tumbos cayó escaleras abajo, entre una nube de polvo y sin dejar de exclamar:

—¡Ay, madre mía! ¡Ay, *marecita* mía! Que pase pronto este temblor tan fiero que me hace estallar la cabeza.

Parecía que habíase humanizado el pobre con tantos lamentos y recuerdos de su madre. Cuando llegó abajo no sabía ya si estaba en el cielo con su santa progenitora o en el mesón desplomado. Con tal escándalo, acudieron los escasos clientes; nosotros, corriendo escaleras abajo, exclamábamos que el pobre había padecido mal de alucinación y había perdido la sesera. Daba golpes a un lado y a otro, como si a malos espíritus atacase, y tan obnubilado estaba, que no vio los peldaños. Añadimos con aire docto que era bueno no contradecirle, que se podía enojar de nuevo, aunque el asunto tenía cariz de malos espíritus o de endemoniamiento.

—¡Ay, *marecita* mía! ¿Dónde estoy? ¿Ha pasado ya?

—¿El qué tiene que pasar? —preguntó un cliente.

—El terremoto, el terremoto hombre, qué *vazé*. ¡Ay, *marecita* mía!, ¡qué golpe!, ¡qué golpe!

—Ah sí, el terremoto... ¿Qué terremoto?

—Buscamos ahora mismo un curandero de Jerez que conocemos, que sabe tanto del cuerpo como del espíritu —indicamos mientras cruzábamos la puerta, temerosos

de que se descubriese pronto el enredo.

—Aquí está el fraile por si es cosa de malos espíritus o del demonio y ha de hacer algún exorcismo o dar confesión —señaló otro cliente.

El religioso comenzó a soltar de inmediato una jerga de latines, mientras rociaba al atolondrado posadero con un hisopo.

—Nada mejor que el Credo de San Anastasio: *Qui cumque vult salvus esse*.

En esto irrumpió la gorda posadera que llegó algo atrasada por haber estado dando de cuerpo en la cuadra, muy alarmada por el escándalo y por los vaivenes del fraile.

—¡Qué *ta pazao* becerro mío!

—¡Ay, *marecita*! ¿Y el terremoto?

—¿Qué *trapizonda* y entuerto *ez ezto*? —contestó algo escamada la posadera.

Nosotros echamos a correr, camino adelante, recuperando la libertad perdida, alegres de la salida airosa del incidente que pudo trastocar nuestros planes. A la luz blanca de la luna llena nos sentimos como presos recién liberados de una condena a galeras. Anduvimos durante la noche más de una legua hasta encontrar una oquedad que nos sirvió de refugio. Caímos exhaustos y dormimos felices, después de todo. Consideramos con seguridad que el posadero no nos seguiría y que tendría que recuperarse de al menos un par de costillas rotas y de un buen dolor de cabeza.

Al despuntar el alba continuamos nuestra andanza, alegres y despreocupados. El encuentro con otro individuo en torno a un fuego en el que asaba un conejo paralizó la animada charla que acallaba nuestras ruidosas tripas. Al ver nuestro aliño y las caras de vigilia, muy generoso y ricamente nos invitó a sus viandas que nos supieron a gloria bendita.

Tenía aires de caballero, ataviado con capa, botas y sombrero. Pronto nos dimos a la plática con la holganza y alegría que da un estómago agradecido.

Le contamos la peripecia que nos había ocurrido con el posadero, historia que él acompañaba de grandes risotadas. Después, empezó a hablarnos sobre su vida.

—Me llamo Santiago Corrochategui. En la tierra donde nací y me crie hay, tanto en verano como en invierno, un manto verde que la cubre y los ríos corren como chorros de agua con gran fuerza hacia la mar. Mi padre, aunque hidalgo, perdió toda su hacienda y yo, que era el primogénito, me lancé a la aventura de la mar. Estuve en un barco ballenero y ahora, ya ven, me dirijo a las almadrabas de Zahara en pos de ventura y oportunidades.

—Perdone vuesa merced —inquirió Alonso—, su nombre está claro que es cristiano, pero ese apellido de Garrocha... no seguí, es lo más raro que he escuchado en mi vida.

Tómese con gracia la ocurrencia y nos aclaró su procedencia. Para nosotros fue desde ese momento, el Vasco, y otras veces, cuando estábamos de humor con él, era

el caballero Garrocha.

Nos topamos con gran cantidad de caminantes, entre ellos hicimos coloquio con los hermanos Moya, que venían de Sanlúcar de Barrameda, personas llanas y con gracia natural, sobre todo Rufo, de aspecto orondo y ya cuarentón. Este, una vez que probaba el vino de su tierra que llevaba en la bota, hacía toda clase de mofas y burlas.

Tan pronto simulaba una cojera —con el zaragüelle subido forzadamente hasta los sobacos y con la pata tiesa haciendo eses, que más parecía una zancuda lisiada—, que cuando menos lo esperábamos se arrancaba por zarabandas y chaconas, bailes populares considerados pecaminosos por las jerarquías. Moviéndose rápido y contoneándose con la cojera, parecía que nos iba a dar algo, o a desencajársenos las quijadas del golpe de risa que nos entraba.

Su hermano Lolo, más joven, con poco pelo que compensaba con un gran bigote y una ancha perilla, para no quedarse a la zaga, se ponía de hinojos en el suelo. Con los brazos extendidos en cruz y con un sombrero de paja en la cabeza hacía de mendicante socarrón cuando se acercaba un grupo de caminantes, con más cara de zorro sonriente que de pedigüeño.

En una ocasión, mientras entablábamos conversación con un caballero que nos trataba con desdén por nuestra condición y nuestros harapos, Rufo, situado a su espalda, hacía mojígangas y toda clase de gestos, lo que dejó finalmente algo chispeado al hablante ante nuestras caras amoratadas de tanto aguantar la risa. Era Rufo, además, un gran fabulador de historias y tenía un rico caudal de su azarosa experiencia indiana.

—Imaginad en una carabela un par de meses seguidos viendo solo agua y más agua, al norte, al sur, al este... Las caras famélicas... y los relatos que se contaban entre la marinería, que no eran precisamente tranquilizadores. Uno decía que en un viaje anterior su barco había sido atacado por un calamar gigante que parecía tener dos cabezas; la tripulación, liada a hachazos y espadaos contra los fuertes brazos, consiguió liberarse, pero antes, la bestia había arrastrado hasta el fondo marino a varios hombres y los había dejado a todos manchados de una espesa tinta negra.

—¡Pichaaa! Eso son trolas de la gente de mar que, como se aburre, no sabe qué contar —cortó el Lolo.

—Por la gloria de nuestra *mare* que no me estoy inventando nada; para mí y los que fuimos quedan las penalidades que pasamos en la selva, buscando la ciudad escondida de Paitití, donde se decía que se guardaban todos los tesoros de los reyes incas y sus momias. Los pocos que no sucumbimos asaetados por mosquitos y otros insectos voladores, o no fuimos comidos por hormigas o caimanes, que igual de fieros podían ser unos como otros, cogimos una fiebre cagalera que todavía hoy doy gracias a Dios por poder contarlo.

—Y del oro y los tesoros, ¿qué? —inquirí.

—De eso nada, aunque era tanto el fango que llevábamos encima que a lo mejor hasta teníamos polvillo de oro incrustado sin darnos cuenta, lo que sí está claro es que

parecíamos unos eccehomas, de lo roto y lastimoso que estaba nuestro aspecto.

—Este, en lugar de llegar a Sanlúcar hecho un perulero rico, llegó más boquerón que se marchó —contestó con sorna Lolo.

Entretenido con estas historias, me llevé una de las grandes impresiones de mi vida al contemplar por primera vez el ancho mar. Me lo habían descrito como un río muy grande del que se viese solo la orilla cercana, mientras la otra se perdía en el cielo. Sin embargo, el efecto fue mayor: la coloración del agua era distinta, las olas con sus burbujas blancas, el mar verdiazul inmenso, el horizonte perdido en el infinito y una emoción como un temblor recorrió todo mi cuerpo.

Con los hermanos Moya y el Vasco llegamos a Chiclana, donde vimos también a la cofradía del capitán Alcaparrilla, con Panduro, Rosa la Calamar, Pupa, Pulga y don Perucho entre otros, que nos celebraron como paisanos, invitándonos a sardinas y vino chiclanero, todos muy contentos después de haber sisado con argucia y habilidad una bolsa con doblones —por valor de dos escudos de oro cada uno— de la faltriquera de un rico noble jerezano.

—Lo que es nuestro es de *to* y lo que es de *to* es nuestro, que *pa* eso somos una cofradía bien *lleva* —decía el Capitán con la cara feliz y risueña por el vino.

—La *mejón* del mundo —apostillaba el Pulga dando saltos.

Una semana hacía solo que habíamos partido de la Torre del Oro, en Sevilla, y ya nos parecía una eternidad, unas treinta leguas aproximadamente habíamos recorrido hasta llegar a Chiclana, donde pasamos la noche de jolgorio con la tropa del Capitán. A Rufo le salió un emulador y competidor, el Pulga, que lo imitaba con las mismas carantoñas y cojera, así que ambos formaron una singular pareja de baile.

De Chiclana a Conil de la Frontera distan solo tres leguas, y a esta población llegamos por la tarde a la hora última del avemaría, después de haber dormido poco, aunque contentos y felices de haber llegado por fin a *Túnez*, donde se iniciaban ya las almadrabas de Zahara. Con este nombre se denominaban todas, incluidas las de Conil por su cercanía —según nos explicó Rufo, que había estado en temporadas anteriores—. Sin duda, eran las más importantes del señor Duque por la gran cantidad de capturas de atunes, además de muy peligrosas, pues en una sola noche se podía pasar de la almadraba al norte de África, si se era atrapado por los piratas turcos berberiscos que asolaban las costas.

LAS ALMADRABAS DE LA TORRE DE GUZMÁN Y CASTILNOVO

La puerta del Moscón de Conil daba al camino de Chiclana, era un portillo pequeño; a dos tiros de piedra, se hallaba la puerta de *Cai*. Preferimos hacer nuestra entrada en el pueblo por esta, donde reinaba una gran animación y era lugar de encuentro de los almadraberos venidos de los diferentes reinos de España. Entre los anchos muros de la muralla fortalecidos en estas zonas de entrada y salida, una lamparilla de aceite iluminaba oscilante una virgen siluetada con vivos colores en la cerámica. Por doquier había corrillos contando las peripecias de años anteriores, del camino realizado, noticias transcurridas... encuentros celebrados, ya que muchos se habían hecho camaradas en estas tierras.

—Capitán Alcaparrilla, ¡eh, capitán del Arenal sevillano!, don Perucho, Panduro, hombres, un saludo, todos aquí de nuevo, me alegro de veros tan estupendamente.

—Vaya, si está aquí el gran Raspaura, maestro de la picaresca almadrabera —dijo el Capitán.

—Raspaura, sabandija de los madriles, ¿cómo estás? —saludó don Perucho, al igual que otros conocidos que formaron un pequeño coro.

—Ya nos ves, dispuestos a sisar el atún más gordo y dejaros con dos palmos de narices.

—Ya será menos, tunante, que el año pasado os fuisteis con lo puesto.

—Sí, que vosotros terminasteis de marqueses. En cuanto a lo de tunante, no me disgusta ese título en estas tierras.

Raspaura superaba con holgura la veintena de años. Tenía un porte chulesco. Una precoz calvicie frontal contrastaba con su melena de bucles. En su rostro de rasgos proporcionados se delineaba una diminuta perilla y unos tiesos bigotes.

—Bueno, veamos cómo se nos da esta temporada. ¿Y la travesía, cómo os ha ido? —preguntó Alcaparrilla.

—No nos podemos quejar, aunque lo vuestro es un paseo comparado con el largo recorrido nuestro. Peripecias las ha habido; fíjate que, en el paso de la Parrilla, antes de llegar a Erija, un grupo de bandoleros novatos nos quiso asaltar. Terminamos dándoles algunas lecciones e ideas de cómo robar el correo real, que para eso ya somos algunos maestros de la picaresca —guiñaba un ojo con aire de complicidad—, con la titulación más alta que se puede alcanzar: la de graduado en las almadrabas de Zahara.

—¡Elee la gallarda chulería! Nosotros, por lo pronto, tomamos ayer una buena cogorza en Chiclana, que eso no nos lo quita *naide*, aquí queda lo bien comido, *lo bebío y lo bailao* —decía el Capitán, al mismo tiempo que golpeaba con orgullo su incipiente tripa y con sus pies hacía un amago de chacona.

—Eso es empezar con buen pie. En la próxima juerga, contad con Raspaura,

como así me bautizasteis en estas tierras. Apodo que me ha dado, hasta ahora, buen tino.

Nosotros continuamos adentrándonos en la villa, que descansaba apaciblemente en la parte baja de una ladera montañosa, de cara al abierto mar. A un lado de la calle había que bajar para entrar en las casas, adaptadas a la pendiente, mientras que en el lado opuesto la construcción era ascendente.

Deambulamos buscando un cobijo donde pasar la noche. Encontramos un zaguán de empedrado fino que podía servir para nuestro propósito, pero las voces y la animación eran muy grandes y había luminarias desde la festividad de San Marcos para celebrar el comienzo de la temporada de almadrabas, por lo que continuamos la juerga hasta la madrugada.

Después de dormir unas pocas horas hasta que nos echaron del zaguán, Alonso y yo disfrutamos con los festejos de la villa. Para la suelta de dos toros por las calles del pueblo, con los cuernos preparados para no hacer mucho daño, se había limitado un amplio espacio desde la puerta de Vejer hasta unos callejones laterales, unos murallones de tabla impedían el paso de los bravos astados. Nos llevamos algunos empellones; nos doblábamos hilarantes viendo cómo los fieros animales, cansados de tanta bufonada, volteaban a más de un bribón de los muchos que por allí campaban.

Nos dirigimos a la Torre de Guzmán, una fortaleza que destacaba en la costa y servía de residencia al Duque en Conil. Junto al castillo, formaban el núcleo central de la villa el cabildo, la cárcel y la iglesia, pequeña y en penumbra. Allí se encontraban el Capitán y algunos de sus compinches que habían ido a presentar sus credenciales como cofradía y a rezar a las más altas instancias, para que los padrinos en el cielo no faltasen. Alcaparrilla encendió una vela con mucho respeto, y con el pañuelo que le cubría la cabeza en la mano se dirigió a una imagen de Jesús nazareno:

—Jesús nuestro que estás en los *sielos*, y que todo lo avispeas aquí en la tierra. Haz que la temporada sea buena y provechosa para nuestra compañía, que no demos con nuestros huesos en la cárcel, ni tengas *priesas* por llevarnos a tu reino, que ya con la eternidad nos sobra. Somos pecadores y burladores de las riquezas, pero en el fondo no somos de mala condición, a veces *probes* diablos pero temerosos de Dios.

—Amen —contestaron al unísono Panduro y el Pulga mientras se santiguaban.

Salimos de la Iglesia mientras el Capitán continuaba su retahíla rogando a la Virgen de las Virtudes, patrona de la villa, aunque la imagen se encontraba en un monasterio cercano de extramuros. Nos detuvimos junto al castillo. En su recia muralla, cuatro cañones de bronce apuntaban amenazantes al ancho océano. Somnoliento, contemplaba absorto el azul turquesa que anegaba el mar, y el celeste, con ligeros copos blancos, del cielo, entre un sol de oro tan bravo que cegaba mis ojos.

Oteé de nuevo la fortificación: la torre homenaje se erguía solemne en el conjunto y daba nombre al fortín. Según supe, valía de vigía para la costa y para ver los lances de los atunes que llegaban. Era, también, un baluarte que se comunicaba a golpe de vista con el de Castilnovo a un lado y la Atalaya a otro, y estos, sucesivamente, con otros puestos costeros.

Cruzamos junto a los hermanos Moya el río Salado, de escaso caudal, que desembocaba cerca de la población. Nos encaminamos hacia la almadraba de Castilnovo, menos saturada que la de Torre de Guzmán, aunque ambas estaban prácticamente unidas.

Comprendía solo una pequeña estructura defensiva con la torre vigía, unos cuantos sólidos edificios para el personal del Duque y mercaderes. Junto a las construcciones se hallaban improvisados chozos realizados con un entramado de cañas, tarajes y ramajes que daban un aspecto singular al conjunto.

Preparamos nuestro pequeño refugio adosado al de los hermanos Moya, más experimentados en estas fugaces obras, en el que pernoctaríamos durante unos meses. Lo rodeamos con un corralillo de cañas, a modo de débil muralla, que limitaba nuestra pequeña propiedad de blanquecina arena, lindante, a su vez, con otros hasta formar un curioso y primitivo poblado playero, extendido alrededor de media legua hasta llegar al mismo río de Conil.

Fuimos a inscribirnos ante dos funcionarios a las órdenes del Duque, en una dependencia oscura junto a la torre de Castilnovo. Además del nombre, había que señalar el trabajo de preferencia, mudable según necesidades y a indicaciones del arráez o capataz. Para apuntarnos, nos pusimos en la fila que habíase formado.

—Antonio Pegalajar, yo voy en la barca del armador Francisco Alba como remero.

—Mercedes Mondázar, saladera.

—¿Qué edad tenéis?

—Cuarenta años, señor.

—Está bien, el siguiente.

—Gonzalo Arias, jabeguero-cloquero.

—¿Vos no os llamabais el año pasado —dijo el escribano dirigiéndose a Panduro — Pedro, igual que mi hijo?

—Vuesa merced seguro que me ha confundido con otro, que habernos mucho del mismo pelaje.

—Bien, es igual, el siguiente.

—Alonso Jiménez: jabeguero.

—Hernán Expósito: jabeguero.

—Muy enclenque y joven os veo para tirar de la jábega —me indicó el arráez mientras observaba mi entonces escasa corpulencia.

—He de decir a vuesa merced que, aunque de apariencia delgada, soy fuerte como una mula y estoy dispuesto, tanto a tirar de la larga y pesada jábega, como a empuñar el cloque para sacar un atún pesado —dije con firmeza, temeroso de que me rechazaran o me dieran un trabajo propio de mujeres, aunque sin poder evitar cierto rubor que me coloreó el rostro.

—Está bien, ya veremos de qué madera estás hecho.

El funcionario del Duque, con el semblante sudoroso del trajín y el deambular de gentes, nos prometió un sueldo mínimo de seis ducados mensuales, además de la comida y tres libras de carne a la semana si respondíamos a las exigencias de los arráeces —había uno de tierra y otro de mar— y la de sus ayudantes. Se nos dio una pequeña señal a cuenta; con tamaña fortuna y dicha de comida asegurada, dimos cabriolas y brincos de puro placer. Sentíamos, eufóricos, que el rumbo de nuestro sino iba a ser diferente.

En el variopinto y fugaz poblado que se formó entre las almadrabas de Torre de Guzmán y Castilnovo sobresalían algunas chozas de mayor tamaño y urdimbre, más trabajadas, que servían como tabernas, local de juegos y citas con mancebas. Y, por doquier, un solar de inmensa arena, fina y tostada al sol, lecho de amoríos, bajos juegos de naipes y dados, peleas, descanso mullido en la noche y bálsamo para los rotos pies de tan largos caminos.

En los humildes chozos se procuraba dar algún toque personal: Panduro colocó, a modo de pendón, una bandera de pirata; el Pupa y el Pulga dispusieron un cráneo de toro pinchado en una estaca a la misma entrada; otros, de un rabo de zorro y, los más modestos, de conejo o, incluso, piedras raras como amuletos. Algunos habían puesto figurillas eróticas y obscenas que guardaban como recuerdo de sus viajes a las lejanas tierras de Cypango. Los hermanos Moya se fabricaron hasta una cortina de conchas, tan abundantes en la zona, y no faltaba alguna insignia castellana, deteriorada, con su torre y su león, o quien tuviera algún manoseado santo de su devoción en caso de apuro.

Para descansar, la arena era nuestro colchón. Unos pocos privilegiados, entre ellos Alcaparrilla, don Perucho y el Vasco, disponían de una red, sujeta con fuertes clavos a unos troncos fijados firmemente hasta media altura en el suelo. Como único ajuar, los más afortunados tenían una pequeña arca; la mayoría llevaba consigo sus escasas pertenencias, más seguras que guardadas en cualquier lugar cerrado. Improvisadas mesas y bancos formados con troncos y pequeñas tablas de madera para jugar a los dados, o bien anchas piedras planas, completaban el mobiliario.

Juntos formábamos una república jabeguera de bribones y *pelaos*, que con todas estas denominaciones éramos conocidos, procedentes de todos los reinos de España, lugar de encuentro de ganapanes, rufianes y hampa de los más nombrados barrios: de la Plaza del Potro de Córdoba, de Herradores de Madrid, del Azoguejo de Segovia, de la Olivarera de Valencia, de los Percheles de Málaga, del Arenal y las Gradas de Sevilla... Poblado de náufragos en el que terminábamos en harapos, casi desnudos,

delcalzos desde el primer día, y muchos con lengua barba, que en todo se es más salvaje, aunque también más libre y menos recatado con la moralidad y las buenas costumbres.

Rufo aprovechaba el ambiente distendido para inspirarse en nuevas pantomimas y cuchufletas. En el corralillo de la primitiva cabaña se colocaba un par de frutas en los pezones y hacía como si fregara con un trapo el suelo de arena, mientras decía con voz afeminada:

—¡Uy, qué *susio* está *to* y cuánto polvo hay aquí! —provocando una risotada general.

O en las horas siempre mágicas del atardecer, cuando el sol jugaba al escondite con el mar, se tiznaba ligeramente el rostro y cogía una caña a modo de lanza mientras mascullaba barbaridades:

—*Malumba catumba, ca tumbada* —y se tiraba al suelo dando fuertes ronquidos.

Bufonadas, cánticos e historias que se repetían junto a la crepitante candela, bajo un cielo estrellado, en animada charla, sin que cesara de correr el vino de Chiclana, que caldeaba aún más el ambiente. Parodias ingenuas, historias picantes de curas y monjas que en otro lugar hubiesen atraído a la Inquisición, celosa de la moralidad y las establecidas costumbres; mas las almadrabas eran unas tierras de albedrío en provecho del señor Duque. Casi todo estaba permitido mientras el negocio y las arcas del señor no sufriesen detrimento y rebosasen de escudos.

La fiebre por el juego de dados y naipes, muchos de ellos bruñidos o raspados para hacer trampas, desembocaba en fuertes acaloramientos. Riñas y peleas, unidas a la embriaguez, eran frecuentes y rara era la noche en la que no había más de una puñalada con algún compungido muerto tendido en la arena.

Taimado, trampantojo y diestro jugador era don Perucho. Con teatralidad y elocuencia que distraían al contrincante, cambiaba de dados o de cartas, según se tratase. Engatusaba así a algún ingenuo pelao con el que invariablemente comenzaba a perder para dejarlo posteriormente a dos velas. Buen conocedor de personas, se cuidaba bien de no enredar a desuellacaras como Tumbalobos, que se encendía como la pólvora cuando perdía.

En este universo de la almadraba se diferenciaban dos grupos, entre los que a veces surgían las disputas y refriegas. Los naturales de la tierra gaditana formaban el de Poniente —pertenecían a Conil y pueblos vecinos como Vejer, Tarifa y Medina Sidonia, entre ellos se encontraban los armadores, dueños de las barcas y muchos ayudantes y pelaos que montaban en sus barcas—. Los Levantiscos, que éramos los de fuera y procedíamos de zonas diversas de todos los reinos de España, nos encargábamos de tirar de la jábega, del cloque para punzar y arrastrar el atún y de remendar las redes.

En estas tierras se enfrentan también dos poderosos vientos, comparables al

hervidero humano de aquella dinámica escena: el de poniente, frío, y el de levante, caliente, que cuando está embravecido levanta la arena como proyectiles, punza y hiere la carne. La canalla humana no estaba solo en los de Levante, con mucho rufián, sino también en los de Poniente, que no se quedaban muy a la zaga.

Tierra de contrastes, en la que residía la fastuosa corte del Duque: tesorero, justicia mayor, contador, maestro del Duque, camarero mayor, veedor de la mar... Funcionarios, altos oficiales y nobles acompañados de mozos y pajes de espada formaban una comitiva multicolor de terciopelos, rasos y sedas entre tantos harapos remendados de basto paño y desnudez, de pícaros y rufianes. En todo el período de pesquería no se alejaba el señor de Medina Sidonia de las mismas y repartía su estancia entre Conil, en la Torre de Guzmán, y Zahara.

En este abigarrado mundo almadrabero no faltaban ricos mercaderes, mayormente extranjeros, genoveses, venecianos, francos, alemanes y también algunos catalanes que frecuentaban estas costas para el comercio del atún.

La empresa de intentar moralizar a tanto truhán suelto estaba encomendada a los jesuitas, servidores del Duque, aunque, probablemente, su tarea resultara más fácil con los inocentes infieles de las lejanas tierras de Indias que con nosotros, tropa de malandrines y tunantes.

Los jesuitas que tomaban muy en serio su misión hacían campañas contra blasfemos y prostitutas y, en muchos momentos, al toque de campanilla, nos intentaban juntar para adoctrinarnos y rezar el rosario, tintineo que para nosotros era momento de desaparecer y del sálvese quien pueda. Daba risa ver cómo los pelaos corríamos como ratas de barco a la deriva y, en pos, los jesuitas, en un juego que más parecía de escondite que de salvar almas.

Alonso y yo lo hacíamos aposta, perdía aquel al que lograban pillar o descubrir. El perseguido solía recibir tirones de oreja como castigo; a veces, un par de mojicones que dejaban la cara amoratada y algunos pescozones del jesuita irritado si, finalmente, lograba darle alcance. El religioso, exhausto, no dejaba de exclamar y sermonear entre sofocos, con la respiración entrecortada y el rostro congestionado por el esfuerzo.

—Aprendices de bribones. Como me hagáis correr, más fuerte os daré con esta vara que hoy llevo —se dirigía el fraile, enrojecido y con mirada enfurecida, a Alonso, escondido tras una pequeña duna—, y estaréis rezando el rosario día y noche hasta que limpiéis vuestra joven y ya ennegrecida alma en estas tierras de Sodoma y Gomorra. ¿Dónde está el otro pelao que os acompaña?

—No lo sé padre, que se marchó muy temprano —contestó Alonso después de una pausa, aunque sin estar dispuesto a dejarse atrapar. Yo sonreía bien escondido detrás de un cañizo. Después de ir parejos varios días, logré desempatar a mi favor en este juego, inventado por nosotros, del «ni me pillas, ni me ves».

No todos los días había faena, por lo que pasábamos muchas horas tumbados al sol, con la cabeza protegida con alguna improvisada sombra, amodorrados y perezosos. A veces, el arráez o su ayudante rompían el grato descanso para señalarnos algunas tareas de arreglo de redes y traslado de pertrechos. Con frecuencia jugábamos a la quinola con los hermanos Moya y, en algunas ocasiones, con el Vasco. Con los naipes formábamos el mismo número de cada palo, si se producía empate, ganaba el que tenía la carta mayor. Celebrábamos que esto sucediera a los dos hermanos, pues teníamos asegurada la trifulca con divertidas puyas e improperios.

Siempre había un pequeño retén vigilante. De vez en cuando, la tranquila cadencia de las olas se rompía. Comenzaba el gran desafío. Un murmullo se extendía en el momento en que desde la torre Atalaya a la torre de Guzmán y de esta a la de Castilnovo, las banderas anunciaban un lance de atunes.

El redoble de tambores despertaba la adormecida tropa, que corría jubilosa hasta sus puestos. Los barcos se disponían en forma de media luna, según la dirección marcada por la bandera. El fuerte sol iluminaba con derroche los rostros expectantes ante la captura que se avecinaba. Los gritos de ánimo y el jaleo alborotaban la arena, antes tan tranquila.

Cuando se cerraba la segunda red, comenzaba el fuerte tiro de la jábega, y nosotros empezábamos a jalar con fuerza hacia la orilla. Mis manos ardían, a golpe de tambor y de látigos que rozaban ligeramente nuestro cuerpo al menor signo de flaqueo.

—¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa! —Era un murmullo general acompasado y con fuerza, a ritmo de tambor.

—Tonm, tonm, tonm, tonm.

El sudor corría por todo mi cuerpo. Mis músculos, en tensión, se contraían.

Cerca de mí estaban los hermanos Moya, Alonso y el Vasco, junto a más de doscientos pelaos que tirábamos de la larga jábega.

—¡Vamos, bribones! Tirad, tirad con fuerza.

—¡Animo, que ya son nuestros!

—¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa!

Conforme se aproximaba la doble red a la orilla, el agua bullía de vida aún con más vigor, atunes mucho más grandes que una persona saltaban con fuerza y pánico, buscando superar el primer paño. Los que lo conseguían, quedaban atrapados de nuevo en el otro, del que ya, excepcionalmente, lograban escabullirse.

—¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa!

Un griterío fiero formaban los cloqueros que, tras tirar del extremo final de la jábega, corrían veloces hacia el mar cuando los atunes estaban próximos a la orilla, en un revuelo impresionante de espumas y coletazos. Con los cloques empuñados clavaban al atún para arrastrarlo a tierra mientras el indefenso animal se batía con la

fuerza que le proporcionaba su enorme peso. El agua se removía por doquier adquiriendo un tono rojizo; los harapos de los hombres semidesnudos se desprendían en el fragor de la lucha, de la que algunos quedaban contusionados por los golpes, otros, heridos de gravedad. Los hermosos atunes, antes tan llenos de vida, yacían agonizantes sobre la cálida arena, con brincos, calambres y estertores de muerte.

Recuerdo con nitidez ese primer día como jabeguero. El Pupa recibió un fuerte golpe del cuerpo cimbreado del pescado. Levantándose rápidamente, clavó al atún por la cabeza, herido de muerte emitió una especie de mugido y lo arrastró por la arena. Teñidos ambos de rojo, el Pupa sangraba por la nariz, aunque con cara de triunfo, y el animal, con el dorso encarnado por los cloques, se revolvía furioso. Alonso, asido a un pesado atún que lo había zambullido violentamente, emergía de nuevo, escupiendo arena y resistiendo las feroces batidas. Rufo fue a caer de posaderas después de escabullírsele un ligero ejemplar. Don Perucho trataba de no perder la compostura en tamaña refriega y se imaginaba estar en una gran batalla contra los infieles. Gritaba a los atunes: «Moros, *desta* no escaparéis, *agora* os daré vuestro merecido».

El Pulga, con saltos y brincos frenéticos, resbalaba y caía entre los atunes; sus divertidas bufonadas nos hacían reír en medio de la crudeza de la captura. La guardia estaba absorta con la escena. Fue el momento aprovechado por Alcaparrilla: con una leve indicación dio la señal convenida al Pupa, Panduro y a otros acólitos que arrastraron velozmente un pescado hasta una zanja ya preparada. En unos instantes cubrieron el atún con la arena, removieron las huellas dejadas mientras el Capitán mantenía distraída a la guardia, y regresaron rápidamente al jolgorio y la captura.

No habíamos terminado de coger el último atún cuando, desde la Torre de Guzmán, se señaló a la de Castilnovo un nuevo lance de atunes. Un griterío salvaje salió aún de los cuerpos extenuados, que habían de tomar nuevas posiciones; los remeros debían situar las barcas con velocidad y gran fuerza en la posición correcta, dirigidas desde la torre de Castilnovo con movimientos de la banderola y siguiendo las instrucciones del arráez de mar. Nosotros nos preparábamos apresuradamente para tirar de otra jábega, atentos a los golpes de tambores que lo anunciarían.

Las barcas formaron paulatinamente un semicírculo y envolvieron con la primera red, más fina y de malla ancha, los atunes que se acercaban por poniente. Desde la costa, a todo correr, partió otra embarcación con la jábega, fuerte y con un tupido entramado de cáñamo, para rodear la primera malla sin perder por un extremo la unión con tierra. El otro cabo de la red fue llevado a los jabegueros que esperaban ansiosos, algunos más adelantados se balanceaban entre las olas. La trampa había funcionado de nuevo; las barcas con gran estruendo y una poderosa algarabía, se arrojaron piedras y otros objetos para evitar que ningún pescado escapase; los tambores sonaron y los látigos cortejaron más de cerca nuestras sudorosas espaldas

fatigadas. Yuntas de bueyes tiraban con fuerza junto a los pelaos. El bullir del mar era tremendo, salpicado de burbujas y olas blancas por el forcejeo de los animales apretujados entre las redes. Las pequeñas aletas dorsales de los enormes peces despuntaban nerviosamente, acosados buscaban frenéticamente poder escapar.

Embravecido, aunque exhausto, me quité mi escaso ropaje, cogí un cloque con mis manos, ya cubiertas de primerizas ampollas, y sin acertar a ningún atún, recibí un coletazo que me tumbó y me hizo tragar agua salada. El Vasco, que estaba junto a mí, tendió su mano para ayudarme. Mientras daba arcadas pensaba que el arráz de tierra me estaba observando, por lo que procuré concentrarme para engarzar con mi garfio un atún menos pesado. Por fin pude arrastrar uno con gran esfuerzo hasta la orilla. Cada vez más embrutecidos por los gritos, desnudos, en un mar rojo de sangre, nos dejábamos llevar por una locura colectiva, por un frenesí, con los nervios a flor de piel, como en el fragor de una batalla cuerpo a cuerpo, pero en un duelo desigual. Como en una terrible emboscada, íbamos llevando los últimos atunes hasta la arena, donde aún se batían con fuerza.

La confusión y la histeria colectiva las aprovechó la compañía del Capitán para sisar algún que otro atún entre más del centenar cogido. También la de Raspaura se valió del desconcierto provocado por este inesperado lance para birlar, en un santiamén, un par de ellos, en un trabajo hecho con presteza y habilidad, burlando la vigilancia.

Una vez terminadas las capturas, nuestros extenuados cuerpos empapados en agua, sangre y sudor, se relajaron. Cubrimos con taparrabos nuestra desnudez. Extendieron los atunes sobre la arena, como trofeos, contados, revisados y exhibidos con júbilo, especialmente los de mayor tamaño. Eran animales hermosos, rechonchos y grandes; los dorsos oscuros y brillantes se diluían en vientres blancos ligeramente veteados. Las pequeñas aletas y las poderosas colas, antes briosas, yacían ahora impregnadas del líquido viscoso y rojizo, testimonio de la carnicería.

Sentía mi boca extrañamente seca y mantenía en mi ánimo un sabor agridulce. Mientras recibía algunas palmadas en mi espalda experimentaba la misma emoción de los jóvenes infantes tras su primera batalla y, al igual que ellos, me hallaba absorto e impresionado por la fiereza y brutalidad de aquel primer baño de sangre.

LOS PÍCAROS PIRATAS

Los atunes capturados se dispusieron en recios carros tirados por bueyes. El de mayor tamaño lo asieron doce pelaos con la ayuda de una carrucha para introducirlo en una de las carretas, a punto de reventar de tanto peso. Una buena parte del cargamento se dirigía hacia la gran Chanca de Conil, donde se preparaban los grandes pescados. Otros atunes eran comprados allí mismo en la playa por mercaderes, sobre todo italianos, quienes se encargaban, con sus operarios, de arreglarlos y envasarlos en improvisadas chancas a orillas del río; incluso Alcaparrilla y Raspaura tenían una clandestina.

El fuerte huracán de levante aullaba con fuerza a nuestro alrededor y nos empujaba al océano, como si quisiera zambullirnos. El día, de un azul radiante, se mostraba caluroso. Acompañado de Alonso y siguiendo las instrucciones del arráez, nos subimos a un carretón conducido por un boyero gordo y con barba de una semana hasta la gran Chanca; atravesamos el río por el puente de madera hasta llegar al gran edificio, al sudeste de la población y cercano al castillo de Guzmán, pero dentro de la gran cerca amurallada de la villa. Bullía la actividad de saladeras, comerciantes y ganapanes.

En esta fábrica y almacén con varias salas muy espaciosas y dos grandes patios no solo se cortaba y se salaba el atún, sino que se guardaban todos los pertrechos de la pesca, una vez terminada la temporada. La Chanca acrecentaba su actividad en los días de captura. Colaboramos con los porteadores en la descarga de los atunes más pesados. Ayudados de grandes poleas, los levantábamos y los colocábamos boca abajo, sujetos a una fuerte viga con objeto de desangrarlos.

Vimos cómo los carniceros descabezaban, quitaban las colas y cortaban el pescado ya desangrado en grandes trozos sobre un banco de madera, con hachones o cuchillos de hojas muy afiladas en forma de media luna. Las porciones se colocaban en amplias pilas de salazón, donde se removían periódicamente para que tomasen bien la sal, tarea a la que se entregaban las saladeras con soltura.

El capataz de la Chanca nos dejó curiosear por todas las salas, almacenes, secaderos, cocinas y calderas y respondía amablemente a cuanto llamaba nuestra atención.

—¿Los desperdicios se arrojan a la mar para alimento de los peces? —le pregunté al ver apiladas algunas cabezas imponentes y otros restos, en apariencia inservibles, de pescado.

—No, nada se desperdicia. En el atún —nos comentó— todo se aprovecha. De las cabezas obtenemos aceite para hacer la madera de las embarcaciones más impermeable, y hasta los huesos sirven como leña para el fuego. De las vísceras se hacía en épocas muy remotas una salsa, *garum*, que era muy apreciada en el mundo antiguo, pues estas pesquerías —nos decía con aire docto— son milenarias. Esta es zona de paso de los atunes, desde el gran océano se dirigen a desovar al Mediterráneo

pasando por nuestras costas.

Las salazones de atún se colocaban en barriles para su venta y exportación por todo el mundo. Servían de alimento en los navíos durante el año, puesto que la sal conservaba el pescado en perfecto estado.

—El exquisito atún de ijada se prepara de manera sencilla —nos comentaba el capataz—. Durante tres semanas se mantienen los trozos de atún enterrados en bastante sal; una vez curados, se lavan y se cortan en filetes, los cuales se envasan en cuñetes con buen aceite de oliva. Finalmente, solo queda degustar estas delicias saladas para el paladar y, mejor aún, acompañarlas con licor de Baco.

El arráz de la Chanca, con canas en las sienes y bigotes, mostraba un gran aprecio e interés por su trabajo y atendía complacido nuestra curiosidad, con la sabiduría y el carácter apacible de las gentes curtidas por la mar.

—¿La mojama se elabora igual, pero sin aceite? —le pregunté mientras mis tripas se removían con descaro.

—Bueno, la mojama se obtiene de la carne del lomo, macerándola y curándola al aire. Es bastante consumida en la almadraba. Muy valorado es también el atún en escabeche, que se fríe primero y después se guarda en orzas, adobándolo con vinagre, especias y limón. Menos conocido es el ahumado, que conserva todo el sabor sin estar tan salado.

La saliva acudió con fuerza a mi boca ante tanta elocuencia culinaria. Por fortuna, no todo fueron explicaciones, sino que nos ofreció un buen trozo de recio pan moreno sobre el que yacían pequeños filetes de ijada.

En este laberinto de dependencias que formaban la espaciosa Chanca, en la que no faltaban cuadras para los bueyes y graneros, destacaba la bóveda de la sal, rebosante de dunas blancas que se achicaban al ser acarreadas en pequeñas carretas y en cestos a los lugares de salazón. Preciada plata blanca indispensable para todos los menesteres del atún.

En la actividad de salar y envasar trabajaban muchas mujeres. Días después supe las estratagemas de algunas saladeras compinchadas con cofradías de pícaros en el robo de huevas y trozos de atunes de primera calidad. Algunas lo hacían de forma ingeniosa, como María la Bizca, que simulaba estar embarazada y todos los días cambiaba el falso relleno por buenas rodajas, hasta que la descubrió el capataz a la salida de la Chanca, escamado por el repentino crecimiento del tamaño de su barriga. Una semana en la cárcel le permitió reanudar luego su faena sin embarazos prematuros.

El escondrijo habitual de Rosa la Calamar era el cántaro, que, si bien entraba lleno de agua, salía invariablemente cargado de filetes de pescado de primera calidad sobre la cabeza de la picara saladera. Otro ardid consistía, dado el gusto de las bravas mujeres por los macetones de claveles, geranios y gitanillas, en sustituir la tierra por buena carne de atún. Lo curioso es que las plantas, pese a tantos desmanes y trasplantes, se mantenían frescas, incluso floridas con el jugo de las entrañas. Los

guardias temían registrarlas, ya que tenían una lengua viperina y de mil diablos y daban sin reparo arañazos y bocados, defensoras a ultranza de su honestidad y pertenencias.

En nuestra primera visita a la Chanca, las saladeras se burlaron procaces de nuestra juventud. La mayoría de ellas, conforme a las recomendaciones de los jesuitas al Duque, superaban las cuarenta primaveras, mas algunas eran ligeras en el vestir y solían alternar en tabernas.

—¡Eh! ¿Os gustaría probar de estos frutos? —nos provocó con risas una mujer mientras alzaba sus amplios senos.

—Si vuesa merced los ofrece generosamente, no habría por qué despreciarlos —dijo Alonso, menos tímido que yo.

—Mucha fruta para tan poco estómago —sonreía burlona.

—Lo que sobra de la mano es ubre, que no pecho, señora, y si dudáis de la capacidad de mi estómago, con gusto cato esos melones.

—Fino y *echao palante* nos ha *salío* este bribón, y al chanquete que os acompaña, ¿le gustaría probar también?

—No despreciaría un buen manjar, pero prefiero caldo joven si a vuesa merced no le ofende —contesté algo azorado, con el propósito de salir airoso de la burla.

Ellas sonreían y la saladera, entrada en carnes y con un amplio escote, hacía gestos burlones con la cara.

—Ya te enseñaría yo, chanquete de los pelaos. Con mi experiencia sabrías lo que es un buen revolcón.

—Dejemos las bobadas y a la faena —cortó el capataz de la Chanca de forma tajante ante el jolgorio que habían formado las mujeres.

En el crepúsculo del día, nos pagaron un jornal complementario a todos los que habíamos participado en la excelente captura. La jarana, juegos y pependencias escandalizaron la noche; las mancebas y tahúres recibieron gratificaciones extras de ingenuos ganapanes y pelaos a los que dejaron sin un maravedí, y la arena recibió un nuevo tributo de sangre altanera, de cuchilladas en rostros y brazos. Esta vez sin muerte.

Cerca de donde dormíamos había una taberna, una choza amplia, finamente trabajada, con doble techo: el superior, de ramaje, formaba una pequeña cámara con otro de caña, maderos forrados de estas sostenían la techumbre, a modo de pilares. Los cantes, los bailes y las trifulcas no cejaron hasta el amanecer, los gritos de mancebas y ebrios pelaos llegaban nítidamente hasta nuestra choza.

Como hacía más calor que otras noches, generalmente frescas, y la bulla era grande, me retiré unas varas con mi compañero de andanzas y nos tumbamos en la arena cercana a la orilla, contemplando la bóveda celeste —a la que ya nos habíamos habituados a mirar desde nuestra salida del Arenal—. Nos sentíamos diminutos en la

infinidad de luciérnagas blancas, miles, millones quizás, de lejanos puntos misteriosos que rajaban la negrura de la noche, excepcionalmente limpia y clara, junto al gran océano, velado casi siempre de brumas.

El cansancio acumulado cerraba nuestros párpados; descansábamos arropados por la cadencia de las olas cercanas y los gritos y risas de los que buscaban cobijo de amor en la extensa playa y entre pequeñas dunas.

—¿Estará nuestro sino fijado en las estrellas? —pregunté a Alonso con desazón, pues me sentía, por instantes, insignificante, perdido, sujeto a los vaivenes de la fortuna y vacío en el fondo de mi alma, pese a mi juventud.

—Quién sabe —me contestó en duermevela, mientras una estrella fugaz cruzaba el cielo—. Mi madre me decía que ver apagarse una estrella en movimiento era un buen augurio y podía expresar un deseo; en cambio, otros astros que forman un destello en su cola son presagios de destrucción y muerte.

—¿Has pensado, ahora, en algún deseo?

—Sí.

—¿En cuál?

—No se debe decir, para que se cumpla. Y tú, ¿has tenido un deseo?

—Espera... ahora, sí —mientras surcaba el cielo otra estrella viajera.

Antes del amanecer nos despertamos ateridos de frío mar y nos dirigimos como sonámbulos hacia nuestro chozo. La fiesta y el jaleo continuaban en la taberna cuando rayaba el alba y los primeros rayos solares acariciaban dulcemente el agua.

Además de la cuadrilla de Alcaparrilla que actuaba en Castilnovo, había otras dos en Torre de Guzmán, dirigidas también por capitanes como Ahorcasopas y Zarabulleque, en estas sobresalían por su fiereza y astucia Tumbalobos y Coca el Mulato. Todos, incluidas algunas saladeras, como María la Bizca y Rosa la Calamar, formaban la Cofradía, que tenía como jefe superior al primero, capitán general de los pícaros y tunantes.

La Calamar tenía un curioso sistema de catación en el ejército picaril sevillano. Ella tocaba por igual, sin distinción de sexo, los traseros, y tenía una lista de los mejores culos de la tropa. Con sabias y expertas manos les daba su lugar y los calificaba de duros y *apretaos*, rudos, fofos, esponjosos, rechonchos... con una gran diversidad de matices que solo ella conocía. Clasificación muy celebrada por Alcaparrilla, que valoraba la gracia, la habilidad y el ingenio de la pícara, más que las malas artes, pues él era enemigo de la brutalidad y de la cuchillada fácil, aunque su autoridad era indiscutida y sabía mostrar los dientes cuando era necesario.

La cofradía de Alcaparrilla empleaba sus ganancias, aún al amanecer, después de que este y don Perucho hubiesen tratado con un mercader que les había encargado nueve atunes y toda la carne de ijada disponible. Hicieron su aportación las cuadrillas de Ahorcasopas y Zarabulleque, ambas con dos piezas, tres la del Capitán y con dos

atunes colaboró Raspaura, sin contar con todos los filetes de calidad que pudieron sisar las mujeres. El truhán comerciante trató de aprovecharse de la procedencia de la mercancía para rebajar el precio concertado. Don Perucho, sin recato en la voz y llevando su diestra a la empuñadura del frío acero que portaba, refería cómo Alcaparrilla, experto regateador, le dijo: «Soy fiero y de palabra. Y por mi honor más sagrado no consentiré rebajar ni un maravedí, ya *non* sería de caballero». El lugarteniente, entre risas, dotaba la exhibición de gestos gallardos y simulaba, ahora, al pretencioso engañabobos y chiquilicuatro que, escamado, reculaba: «Si es cuestión de honor, no faltase más, que aquí está toda la plata».

Por la mañana, una sosegada paz cubría el ambiente y un nuevo día comenzaba. Ya estaba cercano el mediodía cuando nos levantamos, somnolientos y empapados en sudor. En el poblado jabeguero dominaba una calma chicha después de una noche de juega. Un retén mínimo vigilaba, sobre todo en las torres almadraberas, por si se divisaba un lance de atunes, en cuyo caso, se daría la alarma, sonarían los tambores y los látigos despertarían a los más rezagados.

Los días pasaban, a veces con tres o cuatro capturas en la misma jornada y otros en los que permanecíamos ociosos todo el tiempo. Manteníamos los deseos de jugar inocentemente, como cuando éramos niños. Después de estar tumbados al sol, totalmente desnudos, chapoteábamos entre la clara transparencia de la orilla, junto a olas espumosas. Intentábamos atrapar pequeños albuces del río cercano, como meñiques, ligeros y escurridizos, casi imposibles de rozar. Nos zambullíamos en el cristalino mar e iniciábamos un forcejeo intentando derribarnos el uno al otro, o bien nos lanzábamos borbotones y salpicaduras de agua salada con nuestras manos.

En ocasiones, nuestra naturaleza juvenil nos reclamaba. Nos escondíamos entre pequeñas dunas retiradas del paso y del trasiego. Mirando al sol de poniente, desfogábamos, acariciados por el susurro de la brisa y el eco de las olas del mar, acompañados de alguna pequeña hormiga, de un escarabajo negro, o del graznido de una gaviota. Pensábamos en todas las redondas orondeces femeninas, en los pechos generosos, en las prietas y curvas caderas... hasta que fecundábamos con entrecortados sofocos la cálida y pálida arena que nos acogía.

Mi compañero y yo éramos culillos de mal asiento, y en mí había una inmensa curiosidad que me impulsaba a no caer en la misma usanza cotidiana. La oportunidad nos la brindó el arráez de tierra. Debíamos ir a las pesquerías cercanas de Zahara, muy necesitadas de personal, y aprovechar para llevar un mensaje a un pariente que vivía allí.

Todo el trayecto lo anduvimos siguiendo la inmensa playa, de infinita arena, sin interrupción. De Castilnovo pasamos a El Palmar y tras unas dos leguas de marcha,

llegamos al cabo de Trafalgar, borrachos de agua y cielo, empapados de azul, celeste arriba, añil hacia el horizonte y verdemar a nuestro alcance, acompañados de juguetones ribetes blancos que se estrellaban a nuestros pies.

La naturaleza y el mar se manifestaban bravíos en Los Caños de Meca, contiguos a Trafalgar. En esta playa de grandes escarpados y oquedades se asentaban, en gran cantidad, bloques de conchas y sedimentos marinos que parecían el resultado de una feroz lucha de titanes. Pudimos pasar sin dificultad, con la marea baja, hasta donde se encontraban las famosas fuentes de Meca, chorros abundantes de buena agua fresca que manaban desde el cielo, formando surcos de diferentes tonos de verdor en la pendiente.

En las fuentes descansamos, después de lavarnos y comer un poco de mojama y atún en escabeche. Ya nos disponíamos a continuar nuestra ruta cuando nos encontramos con el Pupa, que se acercó a nosotros con aires de importancia.

—Si son los de mi banda del Arenal, qué alegría me da veros.

—Igualmente, Pupa —contestamos casi al unísono.

—Precisamente venía pensando: mira que si me encontrara con algún paisano, cuando veo a vuestras mercedes, y es que tenemos un asunto entre manos —señaló con mucha confianza bajando la voz—. ¿Os imagináis a Raspaura y al Capitán juntos lo que pueden hacer? ¡Algo grande! —nos decía mientras guiñaba un ojo, con su cara pecosa de malandrín y la cabeza llena de cicatrices.

—Juntos pueden birlar más atunes que los que tiene el Duque —bromeé con el mismo tono de susurro.

—Déjate de tonteras, cicatear atunes se ha puesto cada vez más difícil, por la guardia. Es poco rentable, los mercaderes se aprovechan de que son rapiñados y no escatiman en bajar el precio. Como retén tenemos las cuadrillas de Zarabulleque y Ahorcasopas que siguen en el tajo. Por ello, si queréis participar en nuestra operación, no hay problemas, porque necesitamos compinches y, además, le digo al Capitán, que ya os conoce, que sois viejos camaradas.

—¿Y cómo es ese golpe, si puede saberse?

—Me tenéis que jurar que seréis una tumba y que guardaréis el secreto.

—Lo juramos.

—Piratería.

—¿Piratería en tierra? —preguntamos con extrañeza.

Dudó un instante si respondía a la cuestión, pero el orgullo ante la envergadura de la acción que planeaban le quemaba y no pudo reprimir dar cierta información.

—Es un ardid que practican los rajados de Poniente, se trata de engañar a los barcos costeros y hacer que embarranquen.

—Pero..., ¿cómo?

—Ya sabéis demasiado. Si queréis, nos vemos al anoecer en la cala más alejada de la Torre de Meca y, por tanto, con menos vigilancia.

Nos entró cierto desasosiego, teníamos que llegar a Zallara y no queríamos tentar

la suerte cuando nuestro sustento era más regular que nunca y manteníamos una prudente distancia con la cofradía del Capitán en beneficio de nuestra libertad. Por otro lado, ardíamos de curiosidad y de cierto afán de aventura, y el lugar era hermoso, por lo que decidimos quedarnos hasta el siguiente día.

Nos acercamos al punto de encuentro por la parte alta de la cala, a cierto resguardo y en buena disposición de otear lo que ocurriera desde un pequeño saliente alejado del paso y protegido por una roca.

En la costa, paulatinamente se fueron encontrando Raspaura, con seis acólitos poco conocidos de nosotros y, por parte de Alcaparrilla, Panduro, el Pulga, don Perucho, el Pupa y Rompesquina, este había llegado unos días antes desde Sevilla.

—¿No iban a venir esos dos novatos del Arenal? —inquirió el Capitán dirigiéndose al Pupa.

—A lo mejor se han *rajao*, que esto es cosa de hombres.

—Bueno, vamos a repasar el plan —indicó Raspaura—. Lo importante es el elemento sorpresa y la coordinación entre tus hombres y los míos. Si vemos que cae un «tiburón», lo mejor es retirarnos, que un barco de guerra que esté bien defendido puede darnos un buen disgusto; mas si es «atún» lo que llega a nuestras redes, entonces, cloque en mano con decisión, a llevarnos el bocado.

—Si es necesario, señaló Alcaparrilla, es preferible dejar tres *heríos* que uno muerto. Somos una cofradía que respetamos unas normas: seremos ladrones de quien le sobra, pero no asesinos. Recordadlo bien, y por ello debemos aprovechar la oscuridad sin que nos reconozcan. El Pulga y don Perucho que se encarguen de los faros en tierra, ya que no han llegado los novatos; el resto de mi cuadrilla, conmigo, y la de Raspaura, al otro extremo.

La brisa nos acercaba con nitidez las voces. Alcaparrilla mostraba su autoridad aunque sin perder el aire socarrón. Cada uno fue tomando posiciones.

El Pulga y don Perucho, con un farol cada uno, comenzaron a moverse y a balancearlos, cuando ya la noche había vencido al día y las luces de las estrellas empezaron a brillar.

—¿Qué es lo que hacen esos bribones? —señaló Alonso.

—No lo sé. Parece como si imitaran un barco en movimiento.

Los dos a un tiempo comprendimos el ardid, trataban de engañar a las embarcaciones que se aproximaban para el comercio del atún a estas peligrosas costas, sin conocerlas bien, y hacerlas encallar entre las rocas.

Pasaría más de una hora y a punto estábamos de marcharnos, cuando el Pupa sustituyó a don Perucho con su farol. Lucía un nuevo atuendo, un pañuelo rojo en la cabeza y un parche negro en el ojo izquierdo. El Pulga seguía sin relevo, tan cansado estaría que empezó a mascullar e implorar al cielo.

—Vaya nohecita me espera, si este farol pesa más que mi humanidad. ¡Madre mía, Virgencita de las Virtudes, patrona de estas tierras, que dé pronto un barco en la laja! ¡Santísima Virgen, que dé en la laja, *marecita* mía!

Se movía nerviosamente y, contraviniendo las órdenes de Alcaparrilla, dejó sin balanceo, unos instantes, el taro sobre la roca.

—¡Eh, tú! ¿De qué te has emperifollado? —le preguntó al Pupa, cuando este estuvo más cerca.

—¿No lo ves, que voy de fiero pirata? Así lo vi en una lámina y, además, tapándome los pelos y con el parche no hay quien me reconozca.

—Qué voy a ver yo, si este farol me tiene *garrotao* hasta las entrañas y el dedo gordo *sema encogío* del trajín, como si hubiera *delgazao*.

—¿El qué se te encoge? —preguntó jocosamente el Pupa, con una insinuación entre burlesca y cariñosa a su corta estatura.

—¡Silencio! Se acerca un navío por sudeste, seguid moviendo los faroles sin parar. ¡Por *tos* los santos benditos juntos *metíos* en la catedral! —expresó con sigilo Alcaparrilla.

—*Marecita* mía, que dé en la laja y no se mueva —siguió mascullando con voz entrecortada el Pulga.

El buque se seguía aproximando peligrosamente a la costa. El Pupa, llevado de la emoción, comenzó a exclamar con voz apagada:

—¡Jala!, ¡jala!, ¡jala! —Como si tirase de una jábega imaginaria que arrastrase la embarcación, sin dejar de mover con la otra mano el farol, como si cabeceara por las olas del mar.

Alcaparrilla y Raspaura se acercaban con sus hombres al encuentro del barco que seguía en línea recta la dirección que marcaban los faroles, creyendo ser una ensenada o pequeño puerto.

—¡*Marecita* mía, que dé en la laja!

—¡Jala! ¡Jala! ¡Jala! ¡Jala!

Un fuerte chasquido se produjo al chocar el casco con la roca.

El Pulga brincó de alegría y soltó el farol.

—¡Gracias, *marecita* mía!

El Pupa cogió el cloque y se metió con resolución en el agua.

—¡A por el *atún*!

En la nave, apenas repuestos del sobresalto, se llevaron una sorpresa mayúscula cuando, tras unos breves instantes, aparecieron por babor y estribor, casi al mismo tiempo, los hombres de Alcaparrilla y Raspaura.

—¡Al abordaje! —indicó este último acompañado de un fuerte griterío del resto. Todos guardaron silencio cuando Alcaparrilla comenzó a hablar a los atribulados tripulantes que iban a defenderse de la turbamulta que les había caído encima.

—Esto es un asalto, que *naide* se mueva y no sufrirán daños —proporcionando un mamporro a un marinero que había intentado asir un arma.

Después, con voz potente, como si hablara a una legión de hombres, exclamó:

—Filibusteros, la situación está ahora *mesmo controla*, los cañones de tierra tenedlos preparados por si estas ratas de barco se resisten... Así que rendíos, que no

queremos hacer daño y no tenéis escapatoria, que más vale una faltriquera vacía que una *puñalá saboría* —ordenaba a los atemorizados tripulantes.

Algunos tímidos intentos de resistencia fueron pronto aplacados, aunque tres hombres armados lograron refugiarse en un camarote. El Pupa, que se incorporó tardíamente a la escena, señaló en alta voz:

—Subo yo solo, Capitán. Le digo a la fiera compañía de Patapalo el Terrible, que venga a bordo y atraviése con sus espadas y arcabuces a los que se resistan.

—Patapalo y sus hombres están dispuestos —exclamó el Pulga desgañitándose desde la orilla.

—Que esperen mis órdenes —siguió la farsa Alcaparrilla. Con voz autoritaria y convincente se dirigió a los del camarote—. No tenéis escapatoria, el barco está embarrancado, perdido y *corralao* por más de cuarenta hombres, los más valerosos de estos mares y almadrabas, así que salid *desarmaos*, a no ser que preferáis que os achicharremos ahí dentro, y sería una pena. Por San Blas, que me da mucho disgusto, pero sería, sobre *to*, una gran necesidad por vuestra parte. Prometemos no hacer daño, que más vale un vivo en paz que un héroe en la paz de los muertos. Cuento hasta cinco... Uno, dos, tres...

La puerta se entreabrió y los hombres salieron, fueron atados todos mientras se buscaba, con rapiña, todo lo que de valor había en el barco. Este pertenecía a un mercader genovés que llevaba consigo una bolsa con escudos de oro y veinte barriles de atún, probablemente de la almadraba de Zahara. Los descargaron con rapidez y los llevaron hasta la playa.

—Esto es la *caena* de la vida —dijo contento el Pulga—. El Duque roba los atunes de la mar, nosotros robamos atunes al Duque; los *mercaeres* nos roban a nosotros, nosotros robamos a los *mercaeres*, y los *mercaeres* nos vuelven a robar a nosotros y *ansí tos* contentos.

—Pero el que se lleva siempre la mejor *tajá* es el Duque, que si el aire y el agua se pudieran vender, seguro que los *probes* no teníamos ni eso —señaló Panduro.

—De momento, lo más prudente —dijo Raspaura— será poner a buen recaudo la mercancía en la cavidad que vimos el otro día, ya encontraremos mercader que nos la compre. Tenemos que salir con rapidez de aquí, no sea que la guardia costera nos coja con el botín en las manos.

La luna bastante menguada se reflejaba en el mar con tenues y difusos brazos brillantes. En la tranquilidad nocturna, las voces se escuchaban con nitidez, medidas por la suave brisa del sur que llegaba hasta nuestros rostros. Nos retiramos a una prudente distancia y buscamos refugio en una cueva donde pasamos el resto de la noche.

MARÍA

A la mañana siguiente emprendimos la marcha hacia Zahara. La playa se iba tornando más escarpada; bruscos acantilados nos obligaron a ascender por unos repechos poblados de hermosos pinos, algunos con los troncos torcidos doblegados por el poderoso viento de levante. Desde un alto pudimos contemplar una deslumbrante vista: la verde espesura de la arboleda, blancas salinas, esteros azules y un mar verdiazul en la bahía que formaba el río Barbate. Allí llegaríamos poco después, tras bajar de nuevo al extenso arenal. Las salinas de la Norieta, propiedad del Duque, estaban en la desembocadura del río. Surtían de la sal necesaria a las almadrabas de Conil y Zahara y bullían con la actividad de carros y ganapanes.

Cuando cruzamos el puente que atravesaba el río Barbate, fuimos a dar con la guardia costera del Duque. Nos interrogaron y nos registraron con avidez e inquietud. Les mostramos la carta que llevábamos del arráez de la almadraba de Castilnovo para su pariente. La misiva pareció tranquilizarlos.

—¿Y no habéis oído ni visto nada que os resultara sospechoso la pasada noche en los Caños? —nos volvió a preguntar, aún con desconfianza, el jefe de la milicia.

—Nada señor oficial, estábamos tan cansados que dormimos profundamente. ¿Es que ha ocurrido algo?

—Nada que sea extraordinario en estas costas, pero un barco embarrancó y fue asaltado por un grupo de rufianes, y este es el cuarto en esta temporada que es atacado... El Duque está muy enfadado. Vuestas mercedes pueden continuar y llevar su recado hasta Zahara.

—¿Está lejos Zahara? —le pregunté sin dejar de caminar.

—No, solo a un par de leguas.

Comimos la mojama que nos quedaba de provisión y saciamos nuestra sed en un manantial de agua fresca.

Al acercarnos a Zahara nos sorprendió, entre las pequeñas dunas, un majestuoso castillo, sin duda residencia del duque de Medina Sidonia, una gran construcción rodeada de fuertes murallas con torres rectangulares en sus cuatro ángulos. Había animación por doquier, propia de una buena captura como la acaecida en aquel día.

Poco antes de anochecer paseamos hacia la playa. Nos atrajo un grupo en el que había una joven bailando una chacona; la gracia y sus contoneos vibrantes eran capaces de hacer despertar lo ya dormido, de lo sugestivos que eran. Nos acercamos. Observé que la muchacha morena, de bellas facciones y con un cuerpo esbelto, me miraba y sonreía. Me sonrojé sin poder apartarla de mis ojos mientras el pulso latíame con fuerza, como no había experimentado hasta entonces. Cuán pocas veces he sentido ese encuentro con tanta intensidad, cruce mágico de miradas en el que quedas prendido, embobado, atraído.

Al terminar de bailar y después de recoger algunas monedas con una pequeña pandereta, se dirigió hacia mí.

—Me llamo María.

—Yo Hernán... Hemos llegado hoy a Zahara, venimos de la almadraba de Castilnovo —le dije mientras caminábamos lentamente hacia la parte más solitaria de la orilla, y tras un breve silencio añadí—. ¡Bailas muy bien!

—¿De verdad te gusta? Así me gano la vida en la almadraba, bailando en tabernas y corrillos a cambio de algunos maravedíes.

—Sí, me ha impresionado..., y tú también —me atreví a decirle, no sin cierta turbación.

—Con el baile puedo expresar sentimientos y esta noche puedo hacer uno especial para ti. Una danza de amor, porque tú también eres agradable a mis ojos.

En una noche de luna pobre con un cielo colmado de estrellas, bailó para mí; después, nuestros cuerpos anhelantes y jóvenes cayeron en la suave arena y se juntaron en un cálido abrazo lleno de besos, susurros y caricias. Nos separamos, cómplices del amor, con la promesa de vernos al día siguiente.

Radiante y eufórico, como si hubiese vivido un codiciado sueño, fui a buscar a mi amigo Alonso.

—Tenía razón tu madre, ¿recuerdas la noche que vimos una estrella veloz que se apagaba y expresé un deseo? Pues se acaba de cumplir: he conocido a una hermosa joven que me gusta y, ella, me mira con simpatía —le confesé gozoso y sin dejar de moverme.

—¿Tan turbado te encuentras que pareces una peonza? —me dijo con cierta sorna—. No te precipites, solo la conoces desde hace unas horas.

—Unas horas, como si fuera un par de meses, pero es hermosa y embruja con su rostro y su baile como una hechicera.

—Ten cuidado, no te vaya a vaciar la sesera. Si se cumplieran siempre los deseos cada vez que una estrella aparece y desaparece en el cielo, no habría penas ni miserias en este mundo.

—Desde aquella noche siempre he pedido el mismo —anhelaba el amor, de verdad, de una joven mujer, con el que esperaba suplir mis necesidades de afecto. Tenía en la vida una única persona, Alonso, mas a veces sentía un fuerte vacío, una cierta angustia difícil de precisar.

—Está bien. Mientras tú te refocilabas, yo he buscado un sitio donde pasar la noche y he hecho averiguaciones para encontrar al pariente del arráz y entregarle la carta.

Alonso hablaba con cierto desdén, como si tuviera celos de compartir nuestra amistad con otra persona. Traté de mostrarme sumiso y dispuesto a ganarme su favor.

—Muy bien amigo, gracias a ti ya tenemos mucho adelantado. Más te veo algo

quejumbroso, y no admito ni quejas ni penas esta noche, que tienes que brindar conmigo y participar de mi contento.

Alonso dudó un instante, su rostro serio mostró repentinamente una dulce sonrisa.

—Tienes razón Hernán. Dando consejos parezco más una madre que un amigo. Celebremos tu encuentro de amor y brindemos por ello.

Nos acercamos a una taberna, un chozo de urdimbre bien trenzada en la misma playa, como los de Conil. Pedimos una jarra de buen vino de Chiclana y brindamos para desearnos los mejores augurios de dicha y mutua amistad.

Algo embriagados por el generoso líquido nos fuimos a dormir a una caballeriza.

Aquella noche soñé y soñé envuelto en agitación, ardor y desasosiego. Contemplaba la cara amable y graciosa de María, paladeaba el sabor dulce de sus besos y sentía el contoneo sugestivo de su cuerpo. La estrechaba entre nubes malvas y rosas, en la dorada arena y con el mar de fuego al fondo. Las plácidas imágenes se tornaron angustiosas cuando, sin lógica aparente, María se alejaba arrastrada con fuerza al ahora sombrío océano. El poderoso viento de levante la llevaba sin que yo pudiera hacer nada.

¡Qué alivio al alborear el día! La luz entraba con débiles jirones por las rendijas del ventanal y del destartelado techo. Me martilleaban las sienas, gotas de sudor resbalaban por mi frente y mi boca estaba seca. Bebí hasta saciarme de un pozo con abrevadero situado en un patio lateral. Me sentía reconfortado.

A media mañana entramos en el castillo del Duque por la puerta de poniente y accedimos a un gran patio. Contemplamos mucho trajín de saladeras y ganapanes, solo algunos guardias hacían vigilancia desde el paso de ronda, entretenidos con tanto movimiento. Allí trabajaba Fabián, a quien debíamos entregar la misiva. La vasta fortaleza, además de residencia nobiliaria y fortín defensivo, hacía de chanca: en ella se preparaba el atún, se almacenaba sal y se recogían redes y barcos de pesca. Lo encontramos junto a la torre interior de la Vela, cerca de la campana que avisaba para los distintos menesteres y también de situaciones de alarma, ocasiones en las que se tocaba con un repique más rápido y sonoro. Fabián ejercía de sotarráez, segundo después del capataz principal de Zahara. Nos dio las gracias por llevarle muy buenas noticias de Conil, relacionadas con una herencia, y nos invitó a comer a su casa.

Su mujer rondaba el medio siglo, como él, y compartía con este un temperamento amable y sencillo. Lucía una pañoleta bordada por ella misma sobre sus frágiles hombros. Nos ofreció una buena *olla podrida* —nada más lejos de su calificativo— de garbanzos con abundante carne de cerdo, cuyo succulento olor nos atravesaba y nos transportaba a goces paradisíacos. Dimos buen provecho de aquel exquisito manjar desconocido para nuestros humildes estómagos sin poder disimular nuestra satisfacción.

Esperé la tarde con ansiedad, pensando en María. Me sentía fascinado y

embelesado por su sonrisa franca, sus profundos ojos negros y su juvenil cuerpo de gacela. Junto a ella el tiempo transcurría demasiado deprisa, apenas podía retener tantas sensaciones extrañas para mí.

Al día siguiente, cargado de cálido azul, reanudamos la tarea de jabegueros en la almadraba de Zahara. La playa era un continuo hervidero, pues además de la gran chanca del castillo, muchos mercaderes preparaban y envasaban su mercancía en el exterior. Para nuestra sorpresa y alegría nos encontramos al Pincho, de Alcalá de los panaderos, como era conocida su villa natal en honor de los muchos y reconocidos artesanos de este oficio.

—Tiznao, Hernán, qué gusto ver a vuestras mercedes, mis audaces colaboradores. Cómo habéis cambiado, si hasta habéis crecido desde la última vez que os vi.

—¡Pincho! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo has dejado los ricos molletes y sabrosos amores por el punzante cloque? —le pregunté tras saludarnos.

—Cosas de la vida. Después de que abandonasteis Sevilla, el Tripa me sorprendió con la Encarna; ella, la muy *descará*, le juró que yo la había seducido y violentado contra su voluntad. Así que el pinchaúvas puso premio a mi apéndice natural. Dejé correr, el muy ruin, en mentideros y corrillos del Arenal que pagaría una bolsa de ducados a quien le llevase mi preciada cola. Difundió que yo era un violador peligroso para las mujeres honestas, a Dios gracias su mujer era virtuosa, aclaraba el muy bellaco, y que él estaba dispuesto a hacer esa obra de caridad...

—Pues sí... te lo puso difícil, aunque no creo que el Tripa se desprenda tan fácilmente de su plata —le aseguró Alonso.

—Como comprenderéis, no me podía quedar para comprobarlo; y como no me fiaba de la canalla decidí tomar la vía de Tarifa. Cuando supe que la cofradía de Alcaparrilla se encontraba en las almadrabas de Conil, resolví venirme a la de Zahara. Pero ni aquí estoy seguro, hasta me he cambiado el nombre, que ahora me hago llamar Fernando Correal.

Caminábamos y bromeábamos con el Pincho, por el miedo que le rondaba.

—Correa...

—Fernando Correal —me corrige.

—No se ofenda vuestra merced, Fernando Correal —le dije mientras hacía un guiño con disimulo a Alonso—. Ahora entiendo por qué nos extrañó ver a Panduro y al Pupa con grandes tijeras; al preguntarles para qué las querían, nos dijeron que era un encargo muy bien pagado que les había dado Arrancarrabos, recién llegado del Arenal de Sevilla, y que juntos habían hecho sociedad para repartirse los beneficios.

Como se quedó el Pincho tan blanco como la cera, muy serio y escamado, se nos desencajó la risa y nos dio unos soplamocos al tiempo que estallaba en carcajadas.

—¡Valiente bellacos! Como si no conociera lo guasones y zascandiles que sois... Pero, por un momento, me ha recorrido un mal barrunto por el cuerpo del susto que

me ha entrado. Además, es cierto que Arrancarrabos se encontraba en Sevilla cuando me sorprendió el Tripa con la Encarna, había recibido una cuchillada en una pelea y por ello retrasó su partida.

—Y a quién mejor le podía haber encargado la faena el Tripa —señaló entre risas Alonso.

Una llamada de alerta nos hizo salir fuera, un lance de atunes se acercaba por poniente. Corrimos con energía hacia la jábega. Situado entre el Pincho y Alonso, tiraba con todas mis fuerzas de la red. Los músculos se tensaban y el sudor corría libremente por los torsos desnudos. El golpe de tambor y los chasquidos del látigo nos ajustaban al ritmo necesario. De las gargantas roncadas surgían una misma voz:

—¡Jalaa! ¡Jalaa! ¡Jalaa!

El arráz de tierra, subido en su caballo, no dejaba de otear las redes y el mar salpicado de remolinos, aletas y espuma blanca. El alazán, acostumbrado a moverse con soltura en espacios pequeños, forjado en los requiebros a toros bravos, se movía con tino, brío y habilidad entre tantos jabegueros, y se adentraba si era preciso entre las olas con un chapoteo que salpicaba sus muslos vigorosos. El capataz daba órdenes para que la trampa y el arrastre fuesen eficaces y se mantuviera con fuerza el tiro, en cuyos entramados chocaban los poderosos animales para buscar desesperadamente la salida.

—¡Pelaos, bribones de almadrabas, jalad con fuerza!

Y cuando el bullir y la agitación se hicieron más intensos, la misma voz recia y dura dio la orden a los cloqueros:

—¡A por ellos, pelaos y escorias de la mar, los más bravos de estas almadrabas!

Un griterío fiero, al que ya me había habituado, salía de las gargantas. La mar se teñía de carmín. Insólito espectáculo de pasión y ardor frenético; instintos atávicos de violencia y muerte a floraban con atracción no confesada. Alonso, menos escrupuloso que yo, intuyendo mis vacilaciones, me decía: «El pez grande siempre se come al chico y nosotros somos afortunados de poder comernos al grande».

Los días pasaban, las capturas en Zahara eran aún más abundantes. Según nos contó Fabián, el año anterior habían pescado cuarenta y tres mil atunes y sesenta y cinco mil más entre las almadrabas de Torre de Guzmán y Castilnovo. Eran, sin duda, las más importantes del mundo.

Mi cuerpo había adquirido un brillo moreno cobrizo con los rayos solares; mis músculos se habían fortalecido con una mejor alimentación y con el ejercicio de arrastre de la jábega. Mi espíritu estaba radiante de alegría y amor hacia María, a la que buscaba en garitos y corrillos mientras bailaba y recogía algunas monedas. Cierto es que me molestaban las procacidades que le decían, aunque a ella no parecían

importarle.

—Es mi oficio —me respondía— yo he elegido este camino, me gusta y me permite ser libre como una golondrina, pero cuando quieras puedo bailar solo para ti. Eres diferente y veo la candidez en tus ojos y una pasión sincera por mí; en un mundo en el que hay tanta maldad es para mí suficiente, pero no quiero nada que pueda atarme.

—No estoy seguro de entenderte, yo también estimo la libertad, pero aprecio igualmente la amistad y el amor —caminábamos por la orilla, nuestros pies desnudos acogían la espuma de las olas y en un largo silencio revoloteaban nuestros pensamientos, acompañados de la tenue brisa y del eco del mar.

Al llegar a una pequeña duna nos sentamos. María, con una voz dulce y entristecida, comenzó a relatar su vida, mientras se despedían con nostalgia las últimas luces de la tibia tarde.

—Siendo una niña, me quedé huérfana. Mi tío, egoísta y ruin, me cedió cuando tenía solo doce años para ser la criada de un rico obeso, viudo, que se había encaprichado de mí.

—Yo ni tan siquiera llegué a conocer a mis padres —le dije melancólico mientras acariciaba sus finas manos—. Del hospicio de donde escapé fui recogido por una bondadosa mujer de la vida, la madre de mi amigo Alonso. Pero, dime María, ¿qué ocurrió entonces?

—Sentía repugnancia por aquel odioso hombre. Cada vez que intentaba tocarme me entraban ganas de vomitar, y ante mi rechazo él me atizaba con fuerza, asegurando en tono bestial y arrogante que ya me domaría.

—¿Y cómo lograste salir de aquella servidumbre?

—Un atardecer le dije que me quería bañar en el río, que deseaba estar hermosa para él. Accedió complacido, pues pensó que sus palizas habían surtido efecto. Me quité la ropa y dejé llevarme corriente abajo, en un tris estuve de ahogarme...

—Mostraste valor, aunque lo pasarías bastante mal.

—Anduve parte de la noche, tiritando de frío, sin encontrar nada con que vestirme. Llegué a la choza de unos viejos campesinos que, solo con contemplar mi desamparo, se apiadaron de mí. Me dieron ropa y comida y me consideraron como de su familia. Recientemente habían perdido a su hija pequeña, llamada también María, a causa de unas fiebres. Con ellos estuve tres años. Si hubiese sido varón, les habría sido de más utilidad, pero entre lo que pagaban de impuestos al señorío y la simiente que reservaban para sembrar, se les iba más de la mitad de la cosecha. Para colmo de desgracias, que se aferran a los más pobres, cuando no era el pedrusco, era la sequía, o el diablo, vete a saber, que se regodea con los humildes, y las mieses no daban para paliar el hambre. Una boca más para alimentar era una carga muy pesada y yo ansiaba volar libremente por el mundo.

—¿Te marchaste entonces?

—Sí, y oculté mi ascendencia, seguro que me habrían dado por ahogada. Con el

consentimiento de mis benefactores adopté la identidad de su hija fallecida.

Transcurrieron unos minutos de silencio, sentíala compañera de infortunios y una gran ternura brotaba desde mi alma hacia ella. Contemplaba la magia de sus profundos ojos, del mismo color que su larga melena ensortijada y su rostro de belleza antigua, como de olivo milenario.

—Y te fuiste a bailar para ganarte la vida —declaré bruscamente tratando de romper mi sortilegio.

—¿Qué podía hacer? Elegir entre ser manceba, barragana, fregona o intentar probar fortuna con la danza. El espíritu bohemio y el baile lo llevo en la sangre, mi abuela era gitana. La elección fue clara, aprendí a moverme con el ritmo de la chacona y a sobrevivir a duras penas ante los hombres que pretendían abusar o llevarme a su lecho; aprendí a controlarlos, a burlarme de sus procacidades y a aprovechar que ante mí se reblandecen para obtener buenas ganancias. Soy sincera contigo porque te quiero realmente; pero, al mismo tiempo, te prevengo, porque no pretendo hacerte ningún daño —su mirada penetrante con un poso oscuro de tristeza me inquietó.

—Me asustas cuando hablas así y parece como si a ti sola hubiese castigado la vida y la mía fuese la de un duque. Bien conozco el aguijón terrible del hambre, el desespero, la brutalidad y penalidades que he padecido desde que nací. Pero entiendo que hayas sufrido mucho y se haya endurecido tu alma.

—No estaría aquí si no hubiera sido así. Pero dejémonos de bobadas, vivamos el presente, sin temores, ni pasados ni futuros, y disfrutemos de este momento —me rogó María con el deseo de no ahondar más en aciagos recuerdos.

Y en la arena blanda, al son de las tibias olas y a la luz difusa de la luna, ella bailó. Me cautivaban su belleza cañí, sus hermosos, pequeños y enhiestos pechos, su cuerpo esbelto de hechicera. Anhelantes de pasión, nos juntamos en un abrazo lleno de susurros y complicidades. Completamos, por primera vez, nuestro amor, como si un rayo divino nos hiriese e hiciera temblar nuestros cuerpos. Hinchidos de felicidad permanecemos juntos hasta que la fresca brisa marina nos devolvió de nuevo a la realidad y nos hizo buscar un refugio.

Todos los días al atardecer disfrutábamos de largos paseos y, en la solitaria lejanía, nos bañábamos desnudos y nos fundíamos entre besos, juegos y caricias. Nadábamos con la mirada puesta al sol que declinaba con aureola amarilla. Rayos de oro se deslizaban sobre las aguas, como gaviotas perdidas en la inmensidad del océano. En mí ha quedado impreso para siempre el arrullo del mar, su cadencia sonora como una caracola que revive el eco de ese mar verdiazul en que ha nacido, el ancho mar que fue compañero inseparable desde la llegada a las almadras y de mi amor con María.

Nos gustaba contemplar los reflejos dorados, metálicos y cobrizos que la luz del sol formaba sobre la delicada arena, salpicada de burbujas blancas con el vaivén de

las olas. Buscaba también el brillo de esos rayos sobre su piel húmeda y morena, en los entresijos de su pelo y en la hondura de sus alegres ojos. El amor nos desbordaba.

Nos entreteníamos con los pescadores; a veces, familias enteras —como había visto en Conil— llevaban por la orilla una red de malla fina, a la que llamaban chinchorro.

—Seguro que hacen buena pesca —les decía María con una sonrisa, a la que ellos correspondían con otra o con algún comentario.

—Vamos a ver, si podemos llevarnos para una buena *frita*.

—Fíjate, María —le susurraba discretamente—, el más viejo refleja en su rostro los surcos de la edad, curtidos por el sol y la brisa marina.

Con su ya sobrada experiencia, oteaba la superficie buscando entrever el ligero revuelo de los bancos de peces, daba una señal a los demás y se introducía en el agua junto a otros cinco hombres, en su mayoría jóvenes, repartidos entre las dos puntas. De manera decidida intentaban formar un arco para atrapar el mayor número posible y arrastrar hasta la arena, como se hacía con la jábega, los dos extremos de la red. Esta formaba en su centro como un embudo o bolsa donde quedaban atrapados los indefensos animales. En el esfuerzo final, casi en la misma orilla, las mujeres se prestaron, incluida María, a tirar de la red. Los niños fueron los primeros que se agolparon para ver la captura, seguidos de todos los demás.

—No está mal. Sardinas y *parpujitas* —exclamó el viejo pescador.

—¿Y este fino y delgado? —preguntó María mientras apuntaba con su dedo.

—Ese es el *pejerreye* y el que se esconde en la arena es un *lenguao*, al lado está la palometa, también conocida como santabárbara.

—Qué plana y suave es —comentó María al cogerla. Los niños se rieron al ver la huella de mucosidad transparente en la mano—. ¿Y estos otros?

—Son dos bailas y una lisa. ¡Tíradlas al mar! —ordenó otro del grupo a los pequeños. Estos los cogían con gran revuelo para dejarlos en la orilla; con el agua cerca, los peces revoloteaban angustiados en la arena, mientras los niños daban brincos divertidos como si temieran rozarse con ellos. Una ola más fuerte les hizo tomar rumbo y dirigirse con fuerza a la vida.

—¿Son muy pequeños? —preguntó María, buscando una explicación.

—La lisa no es de buen comer y las bailas eran muy pequeñas, cuando pase un tiempo se pueden pescar con anzuelos, para entonces ya estarán gordas y hermosas. En estas aguas se cogen además buenos sargos, lubinas, salmonetes, doradas e incluso hasta rodaballos.

Los hombres cargaron con la red y las mujeres con el pescado, mientras los niños jugueteaban a su alrededor. Nosotros continuamos nuestro camino, sumergíamos los pies desnudos en el agua y chapoteábamos de puro contento en la playa.

Me sentía afortunado. ¿Se puede querer tanto en tan poco tiempo? Estaba realmente

embujado y atrapado en unas redes deliciosas, saturadas de alegría y pasión.

En la almadraba hacía falta sal y, como el suministro normal aún tardaría una semana, me presté voluntario para dirigirme hasta las salinas de la Norieta, en la desembocadura del río Barbate. Conseguí que María me acompañase en un carro que Fabián me había proporcionado.

Con los azules del ancho cielomar, los reflejos de arena en el cuerpo de María, el brillo alegre de sus ojos y nuestras risas que revoloteaban entre las olas, llegamos con prontitud a la Norieta, casi sin darnos cuenta. Tres carros más debían prepararse para volver de nuevo hasta las almadrabas de Zahara.

Nos prestaron dos acémilas y con ellas nos aproximamos a los Caños de Meca, maravilloso lugar que María desconocía. Disfrutamos del paseo entre pinares, con manchas de sabinas y enebros, y por bravos acantilados. Después de dejar los animales continuamos a pie el trayecto final. Nunca tan hermosa me había parecido esta playa. ¡Qué fascinación sentía por el paisaje! ¡Qué fascinación por María!

Buscamos la soledad para bañarnos desnudos, chapotear entre caricias y juegos y besarnos hasta faltarnos el aliento. Mudo de admiración contemplé su cuerpo sinuoso entre los verdes caños, sus pequeños pechos, su larga melena de bucles y quedé absorto como si de una ninfa se tratase.

Al regreso nos esperaban impacientes los pelaos y ganapanes que habían de acompañarnos. Al atardecer una comitiva blanca, entre reflejos de fuego, se dirigía de nuevo hasta las almadrabas de Zahara.

Mi vida era como un río caudaloso de felicidad que buscaba vivir el presente sin más preocupaciones, mas la dicha es también pasajera y la fatalidad llegó a nuestro encuentro. La conquista de Túnez guardaba un doble significado, por atunes y por la costa norteafricana, tan cercana. En el mismo Arenal de Sevilla, antes de partir, nos previnieron: en unas horas se podía pasar de Zahara a Berbería, donde muchos pelaos, pícaros y hasta armadores podían quedar cautivos.

Que aquellas admoniciones no eran mera palabrería lo supimos algún tiempo después. Una noche se acercaron varias goletas turcas. Desembarcaron de trescientos a cuatrocientos piratas turcos berberiscos, pasaron la bahía del río Barbate y, antes de llegar a Zahara, arrasaron lo que encontraron a su paso en busca de botín y esclavos, sin que los centinelas de las torres y los atajadores que vigilaban la costa tuviesen oportunidad de avisar con antelación. Cuando repicaron las campanas de la capilla y sonaron dos cañonazos desde la fortaleza, habían empezado ya a incendiar las chozas, cautivar y destruir cuanto encontraban a su paso.

Alonso despertó sobresaltado y, dándose cuenta de lo que ocurría, en lugar de huir hacia el castillo fue raudo a avisarnos al chozo más retirado donde María y yo

habíamos quedado aquella noche de pasión, estrellas y confidencias.

Dormíamos profundamente y nos despertamos sobresaltados con los gritos de Alonso. Mi pulso se aceleró, algo terrible ocurría. A María se le mudó la cara, se encogió con cierto temblor en los labios. Apenas tuvimos tiempo para tapar nuestra desnudez y, apresurados, salimos fuera cuando la noche vomitaba fuego, miedo y alarma por doquier. Un pirata con una tea encendida se acercó a nosotros, pero cayó derribado por mi amigo que portaba una fuerte estaca.

Dimos a correr los tres en dirección al castillo, perseguidos por dos berberiscos que avisaban con sus alaridos a otros compinches. Fue de mal sino toparnos con un grupo que había arribado a la costa, desde una barcaza, en un lugar más adelantado. Rodearon a Alonso y no tuvo más remedio que tirar el garrote que llevaba, se apoderaron de María. Sin escapatoria posible, desesperado, se me enturbió la mente y, lleno de rabia ante las burlas que parecían hacer, cogí una espada, sujeta aún al tahalí de cuero que yacía en la arena junto a otros objetos fruto de la rapiña musulmana. Me dirigí hacia el grupo que retenía a María, sin ser diestro en el uso de la espada, aunque de niño había jugado con otras de madera —más aquello era una realidad bien distinta—. Solo recuerdo un fuerte choque y el escozor en mi hombro y el cuello. Mi vida se derrumbaba, mi pasión, mi felicidad se deshacían en añicos. Sentía el vértigo como si cayera en un pozo sin fondo y me rebelaba contra mi sino: «Ahora no. No es posible. No me puede pasar esto, ahora no. ¡Maldita sea!», hasta que se me nubló el conocimiento.

Dándome por muerto, me dejaron tendido en la arena, empapada de rojo. Aquella noche fueron raptados cincuenta, hombres y mujeres, y entre ellos María y mis mejores amigos, Alonso y el Pincho. Fallecieron diez pelaos y otros tantos quedamos heridos graves. Cuando llegaron las milicias de Vejer ya se habían marchado aquellos rufianes. Sus ataques se basaban en la sorpresa y la rapidez, hurtando cuanto podían llevarse, incluso a un armador con su barco y sus redes.

Fabián, el sotarráez, se apiadó de mí y me llevó a su casa. Cinco días estuve inconsciente luchando entre la vida y la muerte.

Suaves lágrimas recorrían mis mejillas al recordar a María. Me dolía el alma por su incierta lejanía. Lo daría todo y más por vivir de nuevo un día en Zahara junto a ella, besar el salitre de su cuerpo y sentir su pelo húmedo sobre mi brazo, su tierna sonrisa y su mirada posada sobre mí... Solo tenía que cerrar los ojos y soñar, mas la congoja atenazaba mi corazón. La situación se repetía; dolorido y lastimoso, me hallaba en una vieja carreta por las negras calles de una Lisboa enfurecida.

EN EL MONASTERIO DE MÍNIMOS FRANCISCANOS

En el delicado filo que separa la vida de la muerte, me debatía. Las heridas y la sangre perdida habían debilitado mi cuerpo. Cuando comencé a recobrar el conocimiento, una profunda angustia se adueñó de mí, la dolorosa ausencia de María y Alonso me arrojó en brazos de la apatía. Mi vida no tenía sentido y nada tenía interés para mí.

—Hernán, toma este buen caldo de pollo —ofrecíame Fabián con rostro preocupado.

—Mil gracias doy a vuestras mercedes que me están tratando tan bien, pero es tanto el dolor que me aqueja que hasta mi apetito, siempre tan generoso y poco satisfecho, ahora flaquea y no logro pasar bocado.

—Toma al menos este caldo, te reconfortará —intentaba convencerme su mujer.

Ambos me ayudaban cuanto podían, pero mi mejoría era tan lenta y estaba tan alicaído que vino a visitarme, a instancia del sotarráez, un franciscano de humilde aspecto, de gran saber y bondad.

Inicialmente rechacé la presencia del fraile. Él no insistía y se despedía hasta la jornada siguiente. En aquellos días, mi ánimo se hundía en una pena profunda, sin consuelo; como aquel que pierde un ser querido, deseaba la soledad y vivir de mis recuerdos con María y Alonso, ellos eran mi único amor y el mejor compañero que había tenido. Había pasado de la alegría plena a una desconsolada pesadumbre.

—Hay que dejar transcurrir tiempo para que cicatricen las heridas del espíritu, que a veces son más difíciles de cerrar que las del cuerpo —les decía el franciscano a Fabián y a su esposa.

Una mañana, cuando la luz del sol se derramaba generosa a través de la ventana — otras veces había rogado que la cerrasen—, acepté la presencia del monje. El pelo blanco de la edad y cierta dulzura en su tono de voz tranquilizaron mi atormentado espíritu.

—¡No puedes perder las esperanzas! Tus amigos no están muertos, no los mates anticipadamente, cautivos sí, lo cual es triste; pero lamentándote no vas a conseguir nada. Intentar recuperarte y levantar tu ánimo es lo único que ahora puedes hacer por ellos —decíame, con voz firme y segura, para dar confianza y serenidad a mi angustiado espíritu que necesitaba soltar lastre.

El me dejaba hablar, desahogar mi pena, mi llanto y sacar a borbotones toda la amargura que me ahogaba. Progresivamente intenté seguir su consejo y mi recio cuerpo fue despertando. En paseos por la orilla de la playa, cuando pude darlos, le fui narrando mi vida: desde el Hospicio hasta la llegada a la costa andaluza, sin omitirle pillerías ni travesuras que recordaba, las peripecias de la posada de Jerez, la escapada a los intentos de adoctrinamiento de los jesuitas, mis amores con María, mi ligazón

con Alonso. El, con paciencia y comprensión, no reprendía mi vida, no moralizaba, «era fruto de las circunstancias» —me decía—, pese a que el ambiente de la almadraba lo consideraba demasiado embrutecido e inadecuado para la educación de un joven, aunque procediese del Arenal como yo.

Sin llevarle la contraria, le dije que no cambiaría mi libertad por nada, que me sentía libre como un pájaro —igual que me decía María, ahora cautiva—. Yo agradecía su interés por mí, pero solo me preocupaba la forma de poder recuperar a mis seres queridos. El amor me había transformado, dado cierta madurez y horizontes nuevos, ya no era el pícaro salido del Arenal.

El Duque ordenó que a los heridos de la incursión se nos diese la paga de un mes, aunque ya la temporada de almadraba estaba casi terminada, y se preocupó, a través de un lacayo suyo, por nuestro estado de salud. Por lo demás, en los paseos por la playa, al atardecer, solía descansar para recuperar mis escasas fuerzas. La compañía de fray Francisco y la inmensidad del mar me hacían sentir cierto misticismo y elevaban mi espíritu hacia sentimientos desconocidos. Mientras caminábamos entre los reflejos rojizos de los crepusculares rayos posados en la arena, recordaba a María.

—¿Te gustaría aprender a leer y escribir? —me preguntó un día de buenas a primeras—. Ya que tus fuerzas no te permiten aún tirar de la jábega, me podrías acompañar a Conil, al monasterio de Mínimos, allí te enseñaría.

—No lo sé, padre, que ello es más bien asunto de escribanos y frailes y no de un joven atolondrado como yo —la marea estaba crecida y una ola alcanzó mis pies desnudos inundándolos bruscamente con su frescor. El fraile se remangó el hábito y dejó al aire sus pies.

—Puedes probar. ¿Acaso un ciego de nacimiento echa de menos los colores, ni tan siquiera imaginárselos si está habituado desde su cuna a la oscuridad total? ¿O crees que un sordo, que no haya oído nunca, se podrá lamentar de no escuchar al ruiseñor o el susurro de las olas si no puede concebirlos? Piensa en lo que sería un mundo sin estos sentidos.

—Pero, fray Francisco, yo no estoy ciego, ni sordo.

—Para la lectura y escritura sí, las letras son garabatos que nada te dicen. De la misma manera, los placeres que produce un buen libro, los saberes que puede ofrecer, la inteligencia que ayuda a despertar... son ignorados por la gran mayoría que permanece analfabeta e ignorante.

—Para tirar de la jábega no se necesitan letras. Y si es tan bueno saber leer y escribir, ¿por qué tan pocos lo saben?, ¿acaso es muy difícil?

—Nada de eso, es cuestión de tiempo y de tener constancia; hasta los niños con pocos años, como sabrás, pueden hacerlo. En confianza, te digo, ya que eres ingenuo y no entiendes nada de política, que interesa más a los gobernantes y señores un rebaño de ignorantes que personas con ilustración, y para muchos, en su

desconocimiento y pereza, mejor la holganza que la aplicación en el saber.

—No lo sé, mas puedo probar —el ardor puesto en su ofrecimiento y mi curiosidad innata me hicieron aceptar el reto.

—Así me gusta. Además, solicitaré una audiencia al Duque para exponer tu caso e intentar, de esta forma, ayudar a tus amigos.

El camino de regreso a Conil lo hicimos sin dificultad y en un solo día, a pesar de mi estado de debilidad. El fraile aprovechó una recua de mulas que iba en la misma dirección para hacer el viaje más descansado, hasta me dio un parasol. Vestido con unas calzas, sombrero y una capa verde oliva que me había regalado la mujer de Fabián, parecía un joven caballero.

—¿Franciscanos y mínimos es lo mismo? —Ante mi confusión pregunté al fraile, cuando las mulas que nos portaban se emparejaron.

—Están emparentados, como hermanos de una misma familia. La Orden Franciscana fue fundada por San Francisco de Asís, en los primeros años del siglo XIII. Practica un idealismo evangélico basado en la pobreza, el amor, la alegría en la paz, en la naturaleza y al servicio de Dios. A mediados del siglo XV, un franciscano, San Francisco de Paula, fundó los Mínimos, aumentando la rigurosidad y la pobreza tradicional de la orden con un nuevo voto: el del ayuno perpetuo —el recuerdo de mis hambrunas pasadas con Alonso se me vino a la mente y a la boca del estómago.

—A buen sitio me llevas —comenté irónicamente—. Ese voto lo he llevado a mi pesar desde que nací; más interesante me parece la personalidad de San Francisco de Asís, ¿llegó a estar alguna vez por estas tierras?

—Peregrinó hasta Santiago y estuvo en Castilla y Aragón, poco después de la victoria de las Navas de Tolosa frente a los almohades, con la intención de predicar a los musulmanes, pero enfermó y tuvo que regresar a la península Itálica. San Francisco fue, sin duda, el más humano de todos los santos, con un gran amor a la naturaleza, con la que se sentía hermanado por ser obra de Dios.

—¿Y vos, entonces, qué sois?

—Un pobre fraile franciscano, viajero y muy unido, desde hace muchos años, a la comunidad de mínimos.

El sol señoreaba en un cielo sin nubes. El monje comenzó a entonar unos cánticos de alabanza que me atrajeron por su dulzura y su sentimiento fraternal hacia toda la creación. Eran del mismo San Francisco, según me aclaró. Su voz grave retumbaba con ecos profundos entre las escasas peñas y se perdía entre pinos y arenales: «Alabado sea mi Señor por el hermano sol, y la madre tierra, y por los que saben perdonar. Lado seas mi Señor, por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas...».

La tarde huía cuando arribamos a Conil, entre maldiciones y gritos de los arrieros porque un par de acémilas retrasaban la marcha. Me alegró el olor familiar a pescado

frito y del atún cocinado que rezumaba de las casas. En la villa se notaba el declive de la animación almadrabera. Salimos fuera de las murallas por la puerta Vejer, donde se iniciaba el camino hacia esta población. Ascendimos hacia la izquierda, junto al llamado Mesón del Duque, fonda de viajeros y comerciantes que se acercaban a la villa. De nuevo, el olor a viandas asadas nos abrió aún más el apetito. Continuamos por extramuros bajo la mirada oscura de viejos cañones situados en ángulos y bastiones hasta llegar a lo alto de la colina donde estaba el monasterio.

Sobresalía la torre campanario de piedra arenisca que parecía sacada de la mar y que tanto abunda en estas tierras costeras. La iglesia ocupaba un lateral del recinto y en ella estaba la pequeña y venerada imagen de la Virgen de las Virtudes. Accedimos al claustro, una galería cubierta que continuaba con arcos sobre columnas en la fachada exterior. Sentí paz y sosiego entre aquellos muros.

Desde la atalaya en la que se levantaba el convento contemplé el pueblo de Conil, acoplado a la ladera de la montaña, y las torres de Guzmán y Castilnovo, absorto por momentos, arrastrado por mis recuerdos con Alonso, el Vasco y los hermanos Moya, jalando de la dura jábega, o con el cloque en un mar teñido de púrpura, bullicioso de briosos atunes.

Una celda pequeña y limpia, con un camastro y una cruz de madera como único ornamento en la blanca pared, fue mi aposento, después de una frugal pero reparadora cena en la que comuniqué a fray Francisco que iba a ausentarme al día siguiente para ir a Castilnovo. Trataba de localizar a mis amigos, si aún no se habían marchado, y despedirme de ellos.

El poblado de jabegueros, república de bribones, parecía semidevastado, algunos pelaos deambulaban ociosos lamentando el fin de la temporada. Me acerqué, sin mucha esperanza, hacia nuestro chozo, casi derribado. Rufo, nada más verme desde lejos, vino a mi encuentro con una de sus pantomimas características: una sonrisa de oreja a oreja, volteando eses con la pierna derecha y con los zaragüelles subidos hasta debajo de los sobacos.

—Una limosnita para un pobre lisiado —decía con la cabeza doblada, oscilante y con aires de socarrón, para atraparme después en un fuerte abrazo. Con gran alegría y aspavientos me saludaron instantes después el Lolo y el Vasco.

Nos reunimos y les referí con emoción los acontecimientos vividos en Zahara, mis amores con María y la mala fortuna del ataque pirata.

Se lamentaron, con sentidas exclamaciones, de la mala suerte de Alonso y de mi joven conocida. Así y todo, me animaron para un encuentro no lejano con ellos.

—Pues una noche llegaron también esos mal nacidos africanos —recordó el Lolo.

—Sí, me enteré de que desembarcaron en las Tres Piedras, pasando la almadraba de Torre de Guzmán. A vuestras mercedes no les afectaría, ya que estaban más lejos —le respondí.

—Que te cuente Rufo —terció el Vasco—, que él sí vivió de cerca la incursión pirata.

—Y tan de cerca, Hernán —atajó muy serio Rufo—. Hacía unos días que tenía la piel áspera y cubierta de ronchas que me picaban con el sol y el salitre. Decidí una tarde acercarme a un curandero de Vejer que atendía en una pequeña cueva, pasada la torre Atalaya, en un escarpado junto a la playa.

—Y el curandero le mandó baños de barro, muy buenos para la piel —señaló sonriente sin poder contenerse el Lolo.

—Calla perdigón, que siempre te adelantas. Presto, para aliviarme el escozor, me preparó allí mismo un unguento con arcilla, leche de burra —al menos eso decíame— y otras zarandajas. Desnudo me lo unté con su ayuda por todo el cuerpo y me aconsejó para mejor beneficio que lo tuviera hasta al día siguiente, incluso si quería, podía dormir en la gruta.

—¿No sería que rabeaba el curandero, vamos, que era como un palomo cojo? —insinuó con picardía y una mirada cómplice el Lolo.

—No seas pendón, lo cierto es que fue la misma noche que llegaron los piratas. En la turbamulta del desembarco, con las prisas y la zozobra me fui desnudo y cubierto de pasta seca. Me hallaba en el camino de Conil, buscando la protección de la torre Atalaya, cuando escuché una jerigonza mora a todos lados y, como estaba rodeado de escarpados pronunciados, vime perdido y sin escapatoria posible.

—¿Y a que no te puedes imaginar el ardid que aventuró? —interrumpió el Vasco con su tosca sonrisa norteña.

—No —contesté algo intrigado, mas imaginaba algún chasco divertido por el ambiente de sorna que respiraba el grupo.

—Pues como no vi ninguna vía de salvación, que era noche de luna llena, y había una piedra de molino a modo de peana al lado del camino, pensé que la mejor forma de escapar, con las trazas que llevaba y más muerto que vivo, era convertirme en estatua. Para mayor realismo, dejé un brazo erguido y otro bajado, como si estuviera en una plática provechosa, y sin mover un solo músculo —Rufo se subió a un troncón de madera que servía de banco imitando dicha posición.

—¿Te lo imaginas —se atragantó entre carcajadas reprimidas el Lolo— con esa redonda barriga y esos gruesos pezones?

—Calla *carasardina*... La situación era muy apurada. Una avanzadilla pasó sin detenerse, más un grupo de retaguardia empezó a reírse de la estatua, hasta uno me arrojó una piedra, con poco tino, por fortuna. Se alejaron unos pasos, tenía calambres y cansancio en el brazo erguido; me relajé un poco y cambié de mano levantada. Sin apenas tiempo para colocarme de la misma postura llegaron los turcos. Me miraron con extrañeza y se acercaron con ánimo de tocarme o derribarme, cuando ya el grupo de cabeza se retiraba con presteza ante el avance de las tropas del Duque.

—Ahora *vie* lo bueno —interrumpió de nuevo el Lolo, que me miraba con sus redondos y pícaros ojos y movía su cabeza brillante y escasa de pelos. Rufo, inestable

en el tronco, exigió silencio a su hermano.

—Calla *carapescá*... Bueno, continuaré mi plática. Solo dos piratas permanecieron cerca de mí. Uno de ellos, más feo que Carrascuca, subióse a una gran piedra, junto a la peana de molino. Intentaba otear en lontananza el avance de las tropas cristianas. Intuí la chamusquina que me venía encima, el ánimo de derribarme y, ante la distracción momentánea y una oreja cercana, le di tal bocado en el apéndice que... Todo fue uno: el alarido del berberisco, mi grito de ultratumba por el miedo acumulado y la carrera pavorosa y frenética de los dos norteafricanos —más rápidos que el viento, ni las posaderas se les veía—. Tranquilamente, me bajé de la piedra de molino y fui al encuentro de las tropas que venían en auxilio —con aspavientos y las chuflas de todos, dejó el carcomido tronco.

—Aquí, tras el ataque de Zahara las tropas cristianas estaban alertadas y el daño fue menor —intervino, después de una pausa, el Vasco, devolviéndome a la hiriente realidad.

—Se llevaron a ocho hombres, entre ellos el curandero con algunos de sus potingues, y murieron tres. Como ves, el asalto resultó menos grave, gracias a la rápida intervención de los jinetes del Duque —continuó Rufo.

—¿A quién querías tú representar con esa pinta?, ¿a un dios romano?, ¿un atleta antiguo?, ¿un orador?, ¿un filósofo de Sanlúcar? —insistía con sorna el Lolo.

—No, picha, que eso es muy fino, lo mío podía ser más bien la estatua del pescador en pelotas. Bromas aparte, la treta dio resultado —justificábase Rufo ante las chanzas de su hermano— y a Dios gracias me salvó la vida.

—Y la piel, ¿se te curó? —le pregunté.

—Sí, me protegí del sol y me unté barro del río durante tres días. Con este remedio, desapareció la aspereza.

Entre esta y otras historias, el tiempo se nos fue raudo. Con gran pesar, me despedí de mis amigos, pues partían al día siguiente para Sanlúcar. También el Vasco los acompañaría, quería embarcar para las Indias y los animaba para vivir juntos la aventura indiana.

En el monasterio, fray Francisco me ayudaba a descifrar jeroglíficos de letras. Las combinaba entre sí, en golpes de voz. Yo las dibujaba y borraba como ejercicio en una piedra pizarrosa, con torpeza y deseoso de imitar los ininteligibles y misteriosos signos.

Comencé a ayudar en un huerto cercano donde trabajaban los frailes. Además de hortalizas, cultivaban otras plantas traídas de las Indias, de uso escaso y poco extendido: tomates y patatas, verdaderamente ricos al paladar. Los monjes eran vigorosos y disfrutaban de buena salud, a pesar de no probar la carne y de vivir, en gran medida, de las limosnas de los que acudían a venerar a la Virgen de las Virtudes.

Significativo fue el día en que los misteriosos signos de las palabras se enlazaron

en mi mente y formaron con claridad una sencilla frase: mata de tomate. Mi destreza en las letras. Huyó, como ágil golondrina, a partir de entonces, tanto que el fraile me animaba y alababa mi don para aprender y memorizar. Halagado, continuaba con ardor mi esfuerzo, sin importarme si era de noche o de día. Ante mí se abría un mundo nuevo, apasionante y desconocido.

Comencé a escribir sobre papel, con una pluma de gaviota que mojaba insistentemente en un tintero. Como mi avidez y mi curiosidad crecían sin par, fray Francisco me daba lecciones de gran provecho sobre Astronomía, Humanidades, Retórica, algunos conocimientos de lengua latina, rudimentos de Aritmética, Geometría y me enseñaba las plantas con las que podía preparar brebajes para tonificar el alma y aliviar el cuerpo.

Con su voz cadenciosa —al tiempo que dibujaba sobre la arena la Tierra como una bola gigante— me explicó que un marino vasco, Elcano, hacía poco más de un siglo, la había rodeado por primera vez, demostrándose así su redondez. Gran gesta de bravos y diezmados marinos, que me narró con pelos y señales: tan grandes eran su saber y cultura.

No ocultaba mis dudas y le interrumpía con frecuencia, pero no se molestaba, sino que más empeño ponía. ¿Cómo no se caía esa enorme esfera, si no estaba sujeta? ¿Por qué Elcano temía tanto caer en manos de los portugueses?

En el monasterio me mostró con orgullo una copia del mapamundi de Gerhard Mercator con la inscripción latina *orbis terrae compendiosa descriptio*. No acertaba a comprender bien la *terra australis*, en el extremo inferior. ¿Andarían boca abajo? El aclaraba mis infantiles dudas lo mejor que sabía.

En días sucesivos, desfilaron ante mí las lejanas, misteriosas y sorprendentes tierras que conociera el veneciano Marco Polo; los intrépidos viajes de navegantes, aventureros y codiciosos en busca de El Dorado...

Otra jornada, con gran claridad me relató la historia de los reinos de España. Así me dijo que la valerosa expedición de Magallanes y Elcano partió bajo el mandato del poderoso monarca Carlos I, dueño de medio mundo. Con él comenzó la casa de Austria —pues su padre solo había reinado unos meses— y fue emperador del Sacro Imperio Germánico y bisabuelo de su majestad Felipe IV...

Sin darme cuenta, el calor estival y las últimas faenas almadraberas se habían desvanecido y con ellas el bullicioso ambiente del pueblo. El otoño vino templado, con fuertes ventoleras que aullaban fantasmales por algunas rendijas del viejo edificio. En el monasterio encontraba una frugal pero regular comida; continuaba mi aprendizaje y ayudaba en los trabajos de la huerta. El intenso quehacer, sin apenas descanso, paliaba mis pesares.

Cuando el Duque llegó a Conil desde su residencia principal de Sanlúcar para tratar asuntos de sus Estados, fray Francisco, fiel a su palabra, se dirigió al señor de Medina

Sidonia y a varios de sus funcionarios. Le acompañé hasta la sala contigua donde permanecí atento a todo lo que se decía en la audiencia. El fraile expuso los infortunios que me había producido el ataque pirata en Zahara, además de muy loables informes personales.

—Como vos comprenderá, no me es posible rescatar ni atender a todas las víctimas de esos bárbaros infieles, aunque sí puedo conceder algunas ventajas y privilegios a los vecinos que sufren estos descalabros. Así lo expuse en una carta enviada a su majestad, recordándole —a pesar de su excelsa cultura, argumentaba con ironía don Gaspar de Guzmán—, que todo el señorío de Medina Sidonia está en la costa de Andalucía, que son extensos los lugares marítimos que tienen harta necesidad de sus vecinos para defenderse de las frecuentes incursiones piratas.

—Excelencia, no dudo de la magnificencia de su entender y obrar. Solo le pido que se interese por el caso que he expuesto. Sus emisarios en Argel tal vez puedan interceder, rescatar o hacer algunas averiguaciones sobre el paradero de estos jóvenes.

—¿Conoce el portugués vuestro joven protegido? —preguntó el Duque. El franciscano, sin mostrar extrañeza, continuó con serenidad.

—Se ha criado en el puerto de Sevilla, donde, como es sabido, hay muchos portugueses y, además, en el monasterio hay un fraile de estas tierras que podría ayudarle en ese empeño —aventuró fray Francisco para facilitar los posibles deseos del Duque.

—Bien, trataré de atender vuestro ruego de ayuda a esos jóvenes cautivos, si aún están vivos. Mas como servicio con servicio se paga, tengo interés, dado que, según dice, es un joven despierto que aprende con facilidad, en que conozca el portugués para contratarlo a mi menester. Tengo grandes intereses en esas tierras de la corona española.

—Gracias, excelencia, así se hará.

Con estas noticias, algo esperanzadoras, nos volvimos al monasterio.

Con el fraile de origen portugués, fray Diego González, inicié pronto el aprendizaje de este idioma, parecido al nuestro, pero no tanto como cabría imaginar por la vecindad, y del que yo, efectivamente, chapurreaba algunas palabras que había oído en el puerto de Sevilla.

Fray Francisco, ante la curiosidad que mostraba en todos los nuevos campos que me sugería, me enseñó la biblioteca del monasterio. Era una estancia mayor y bien iluminada. Las estanterías y los muebles de madera estaban repletos de libros y de diversos manuscritos, en su mayoría religiosos, de Santo Tomás, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, sobre la vida de San Francisco de Paula y de otros santos. Encontré unos pocos de autores paganos antiguos: Aristóteles, Platón..., y algunos manuales sobre agricultura, astronomía, navegación y pliegos sueltos de dos a cuatro hojas con

villancicos, canciones religiosas y algunos romances.

Tomé un libro al azar y comencé a leer con cierto orgullo su cubierta: *De los nombres de Christo. Por el maestro fray Luis de León. Con privilegio. En Salamanca, por Juan Fernández.*

—Este último es el editor —me aclaró— y las letras inferiores, MDLXXXIII, corresponden al año de edición en numeración romana, 1583.

—¿El autor era también un franciscano?

—No, fraile agustino. Enseñó en la Universidad de Salamanca. Estuvo cinco años en la cárcel procesado por la Inquisición a causa de los comentarios a la obra traducida del latín el *Cantar de los Cantares*.

—¿Tan grave y herético era lo que decía?

—En absoluto, joven Hernán. Los asuntos de la Inquisición no son de mucho entender —me susurró en voz baja—, se confunde el valor sublime de los evangelios con la rigidez, la intolerancia y la ceguera de unos pocos que se consideran depositarios de la verdad suprema y de la ortodoxia católica.

Se dirigió a una estantería al fondo de la habitación y la desplazó hacia un lado, para descubrir, de este modo, un arca semioculto en un hueco, en cuyo interior se amontonaban algunos libros.

—Todos están en el Índice de libros prohibidos por la Inquisición por considerar que atentan contra la moralidad cristiana. Yo no lo creo así, aunque no debo ser el único, pues un antiguo monje, ratón de biblioteca, los salvó de la quema y me indicó, antes de su muerte, dónde estaban ocultos. Aquí tengo un interesante ejemplar, incluso es probable que te identifiques con el protagonista, por lo que me has referido de tu vida.

—*La Vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* —leí con voz entrecortada—. ¿Y el nombre del autor?

—Es anónimo, posiblemente no se atrevió a sufrir las iras de la Inquisición. Es un libro popular en Europa, aquí no está permitido. Existe una edición autorizada, mutilada de la original, que se conoce con el título de *Lazarillo de Tormes castigado*, en la que se castiga también al lector, pues ha desaparecido la comicidad original. Léelo en tu celda sin que salga de allí. Ten precaución, porque hasta las paredes, a veces, pueden tener ojos —me confió el libro con sumo cuidado, vigilante de posibles acechos. Fray Francisco no era un fraile corriente, no ocultaba su satisfacción por mis provechos. «El encontrarte —me decía— ha sido como hallar un vergel virgen, una sintonía perfecta que a mi edad agradezco como un don de Dios». En mí se había formado un hombre nuevo, brotado del amor con María y de mi avidez por aprender. Descubrí un mundo apasionante en los libros y en el saber, del que solo vislumbraba sus inicios inconmensurables.

Una nueva temporada almadrabera despertó del letargo invernal a todo el pueblo. Tentado estuve de enrolarme como jabeguero, pero no lo hice, pues no encontré a mis amigos de Sanlúcar y no quería desairar el ruego del fraile. La cofradía de

Alcaparrilla escogió como centro de sus actividades picarescas a Zahara, ya que convenía cambiar de guarida cada año, pero siempre en estas pesquerías gaditanas, las más provechosas del mundo.

Unos días después de finalizar la captura del atún me encontré con dicha tropa, en la que estaban sus íntimos: don Perucho, el Pupa, el Pulga, Rompesquina y Arrancarrabos. Se dirigían a la capilla de la Virgen de las Virtudes.

—Si es mi paisano desaparecido —me dijo sonriente y con cierta ironía el Pupa.

—¿Qué hay de nuevo, Pupa? —lo saludé mientras observaba su pelo de fuego, más largo que otras veces, ondeante al viento.

—Ya nos ves, a demostrar la devoción a la Virgen, que el Capitán y el Pulga son muy beatos pese a la guasa y el ajilimójili de líos que montan. Y tú ¿qué te traes después de tanto tiempo? ¿No te habrás metido en el redil de santurrón?

—Solo trabajo en la huerta y aprendo la escribanía.

—¡La leche que me tragué! Si ahora nos va a salir letrado. Pues, no te veo desde los Caños, donde os podríamos estar aún esperando.

—Nos habíamos comprometido a llevar un mensaje a Zahara y no queríamos tentar la suerte cuando esta empezaba a rodarnos bien.

—Vamos, que os rajasteis —mostraba su sonrisa maliciosa y burlona en su cara pecosa.

—Considéralo como quieras; después tuvimos la mala fortuna de sufrir el peor ataque de los piratas berberiscos en Zahara, me hirieron gravemente y Alonso quedó cautivo junto a una hermosa joven que conocí allí. Por todo ello quiero permanecer en estas tierras.

—Lo siento por él Tiznao y por tu *quería*. A nosotros esta temporada nos ha ido igual que siempre, ni fu ni fa. Nos vamos con lo puesto, la alegría de los buenos momentos y satisfechos de que la mayoría seguimos con el pellejo en su sitio, salvo el Panduro, que pasó al barrio de los *callaos*, igual que le ocurrió a Tumbalobos. Dimos en los Caños otro buen golpe, pero en una semana no nos quedó ni un maravedí. Y lo que hemos sisado y juntado después lo acabamos de esfumar solo a unas varas de aquí, en la posada, sin que nos faltaran el vino y mujeres bien dispuestas.

—Pelao, no te entretengas —oí gritar al capitán Alcaparrilla, tan lozano como siempre, aunque con un diente menos en su sonrisa—, que hemos de dar *grasia* a la Virgen por dejarnos tan enteros y para que nos siga dando *salú* y prosperen las buenas faltriqueras, con lo que el prójimo y nosotros salimos ganando. Hemos de *reza* también por Panduro que tuvo un mal *tropieso*, que en *pas* descanse y en buena gloria esté —recitaba esta retahíla al tiempo que se santiguaba torpemente— que *pa* eso somos una devota compañía. Hasta le hicimos una misa por su alma y sus pecadillos que San Pedro habrá, sin duda, pasado por alto, que aunque el gachó, tenía mala cabeza y larga mano, no tenía mal corazón.

—¡Qué piquito de oro tiene mi Capitán y qué le gusta una perorata! —saltó el

Pulga, dando una cabriola. Vestía unas cachondas multicolores, como los enanitos saltimbanquis de los carromatos. Ilusionado, se preparaba para cómico de la Farándula, grupo de pícaros y tunas que representa entremeses, además de engañar a algún incauto aldeano.

AL SERVICIO DEL DUQUE

Gozaba de largos paseos al atardecer y contemplaba absorto cómo el sol, gigantesca bola de fuego, se hundía en el horizonte marino, extinguiéndose con un fulgor rojizo que vaciaba mi mente y me hacía sentir infinitamente pequeño. Mis pies, pausadamente, comenzaban a girar hasta dar una vuelta completa sobre mí mismo, mareándome de cielo, de nubes y colores, como si de un inmenso calidoscopio se tratase: desde el celeste al azul, blanco, rosa, malvas y grisáceos. Todo a mi alrededor era naturaleza: tierra, mar y bóveda celeste. Completamente solo, descubría en mí sentimientos desconocidos y gritaba hasta quedar exhausto; arrojaba toda la furia que llevaba dentro, mientras escapaban unas tímidas lágrimas que se perdían por mi helado rostro.

Cierta mañana llegó una misiva del Duque dirigida a fray Francisco, en la que comunicaba, entre otras cuestiones, que el aprendiz —refiriéndose a mí— podía marchar para Sanlúcar y entrar al servicio de su casa. El buen fraile expresó su pesar por tener que separarnos cuando mis progresos se hacían evidentes. No obstante, lo consideró una buena oportunidad para mejorar mi suerte y poder rescatar a mis amigos. También él tenía que ausentarse y continuar su rumbo de viajero incansable.

A finales de invierno, un día gris plomizo acompañado de una ligera llovizna, recalé en el palacio del Duque en Sanlúcar. Al subir una cuesta me topé con uno de los extremos del recinto ducal, un curioso edificio con arcos rematados en punta y fantásticos animales marinos, como serpientes aladas, grabados en la roca, que daban reparo verlos. En un altozano se encontraba la fachada principal, si bien no era artificiosa como la anterior, pues carecía de extraños relieves, sí las rejas de sus vanos ostentaban ricas filigranas. Con cierto temor ante lo desconocido y sorprendido de tanta magnificencia y boato, fui conducido hacia el interior. Mis pies pisaban mullidas alfombras y mis ojos recorrían y descubrían por primera vez adornos ignorados para mí hasta entonces: colgaduras de damasco, tapices, candelabros, cuadros con labrados marcos, un bargueño de madera preciosa con incrustaciones y ornamentos de brillo plateado. Grandes braseros dorados mantenían el calor en sus amplias estancias. De inmediato me atendió otro criado vestido de librea que me condujo a dependencias más humildes y me dio ropa nueva.

En los amplios jardines de palacio descubrí, en los días sucesivos, aves con mucho colorido en sus vistosos plumajes y animales traídos de los confines del mundo que convivían con otros lugareños. Allí había avestruces, pavos reales, carneros de Berbería, ciervos, faisanes, loros y algunos monos de diversos pelajes y cataduras... Unos en libertad y otros enjaulados.

Se me asignó como tarea provisional la de ayudar a otros criados en las caballerizas y la limpieza de los carruajes, como un miembro más del abundante y variopinto mundo del servicio formado por pajes, lacayos, cocheros, bufones, oficiales del cuarto del conde y esclavos.

Pronto fui encomendado al noble oficial don Manuel de Silva Fernández. En un principio, mi cometido era servirle como paje y hablar en portugués con él para familiarizarme mejor con el idioma. Este aristócrata —acompañante de infortunios en Lisboa— tenía un carácter afable y extrovertido y valoraba en mucho mi interés por aprender, aunque no fuese gran amante de los libros. Sí era un gran viajero, conocedor de muchas tierras.

Había transcurrido solo unos días cuando vi al Duque. Lucía un jubón de seda bordado en plata bajo un colete de brocados con resaltes dorados. Rodeado de servidores, se dirigió hacia el carruaje que yo acababa de lustrar:

—¿Vos sois el joven llegado de Conil? ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Hernán. Vengo, efectivamente, del monasterio de Mínimos de Conil y serví a su excelencia en las almadrabas, donde quedé herido de gravedad.

—Fray Francisco me ha dado siempre muy buenas referencias de vos y por ello os he contratado a mi servicio. ¿Vuestros conocimientos de portugués son aceptables?

—No lo sé, excelencia, pero sin duda van progresando.

—Bien, si me sois útil, yo lo seré también para vos... Ya sé que os interesáis por dos jóvenes que fueron capturados por la chusma berberisca en Zahara.

Antes de poder responder, me dio la espalda y continuó la conversación con un miembro de su séquito perteneciente al Consejo que controlaba y asesoraba en el gobierno del señorío de Medina Sidonia. Junto a él estaba también el Corregidor o Alcaide Mayor, que administraba la justicia.

Paulatinamente descubría y conocía la personalidad y andanzas del señor de Medina Sidonia, por lo que veía, rumoreaban en voz baja otros criados y, sobre todo, por mis cada vez más frecuentes pláticas con De Silva. Se mostraba locuaz y no tenía dificultad en entenderle cuando hablaba en su idioma paterno. El oficial, a pesar de reconocer las debilidades del Duque, sentía una gran fidelidad, casi devoción, por este.

—Don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán es el noveno duque de la casa de Medina Sidonia, la más poderosa del sur —me refería De Silva, vocalizando bien las palabras en portugués—. Ya casi cuarentón había heredado el cargo de Capitán General del Mar Océano y Costas de Andalucía; su jurisdicción se extiende desde el Guadiana hasta Gibraltar, franja con una extensa red defensiva de torres costeras que se comunican a golpe de vista, algunas de ellas son almadraberas. Estas torres se enlazan con otras de ciudades del interior. Sus señoríos abarcan el ducado de Medina Sidonia, que se extiende por esta villa, Sanlúcar, Chiclana, Conil, Vejer y Jimena, más el condado de Niebla, extenso territorio este último que incluye Huelva, Almonte, Calaña...

De las historias y debilidades de mi señor me puse pronto al día. La servidumbre estaba muy atenta a los avatares del Duque, dueño de nuestras vidas, y, aunque se mostrase lejano, orgulloso y altivo con los criados, nos considerábamos importantes y afortunados de servir a tan poderosa casa. Así y todo, yo echaba de menos mi libertad en las almadrabas y mis ratos de estudio y de plática con fray Francisco.

Tomasa servía a los duques desde que era moza, hacía más de veinte años. Regordeta, dicharachera y sorprendentemente culta, conocía al dedillo la historia de la familia y de los amoríos de don Gaspar. Disfrutaba contándolos con todo lujo de pequeños detalles y con la entonación propia de un juglar.

—Siendo muy joven, se enamoró el Duque de su tía Ana de Aragón y Pérez de Guzmán. Era casi una niña, de bello aspecto, su cutis delicado traslucía sus venas y mostraba una palidez que reflejaba una constitución enfermiza. Supo vencer con tenacidad la resistencia paterna y se desposó con ella cuando esta contaba solo quince años y él le superaba en cinco más. —Tomasa no dejaba de pelar patatas, segura de una narración que había contado muchas veces. Mientras, yo la miraba embobado y atento.

—Como era usual —continuaba— entre los Grandes de España, se marchó a la Corte del rey Felipe IV. Allí pasó unos años adquiriendo grandes deudas a causa del lujo y el dispendio de la vida cortesana y el sostenimiento de sus muchos amoríos. Su mujer aceptó con resignación las frecuentes infidelidades, pues él se mostraba solícito y afectuoso con ella a la que amaba a su manera.

—Vamos, que le gustaban al señor Duque las juergas y las buenas hembras —me atreví a interrumpir.

—Tras el fallecimiento del padre de don Gaspar, hace solo cuatro años, regresó de Madrid para ocuparse del señorío —prosiguió Tomasa sin prestar atención a mi comentario—. Doña Ana se quedó en la capital para organizar el traslado. Falleció ella poco tiempo después. Su salud, gravemente minada, no logró vencer la voluntad ciega de la maligna. Se celebraron funerales suntuosos, como correspondía a su rango: música de honras y de entierro, misas y responsos, cera, limosnas y mandas pías a instituciones benéficas, superaron en demasía el millón de maravedís de vellón —qué contraste, pensé yo, con la Tizná, querida vieja prostituta, que a su muerte no disponía ni de un real.

—Si quieres, te puedo ayudar a mondar patatas —dije cuando le vi intención de continuar.

—¡Qué va! Esta es mi tarea. Para terminar, te diré que el Duque, viudo y melancólico por el óbito de su amada esposa y después de haberla llorado mucho, no tuvo ningún recato en traerse sus amantes favoritas de la capital del reino: Margarita Mariñón sirve de consuelo en las húmedas noches de invierno, como otras madrileñas, Catalina y Leonor, sí, así se llaman. A todas ellas ha concedido mercedes

y prebendas ante el compromiso de un nuevo y próximo matrimonio. Pero... bueno, tú eres todavía muy joven para saber tantas historias... y a mí me gusta cotillear demasiado.

—Hablas muy bien —le dije, sorprendido por las palabras que utilizaba.

—No creas que soy analfabeta, que me gusta leer por la noche en mi cuarto, a la luz de una vela y me sé varios romances de memoria.

—Yo también he aprendido, me enseñó un fraile franciscano —exclamé con orgullo.

Don Manuel de Silva, cuando en alguna ocasión me habló de los amoríos y correrías del Duque, lejos de la censura, lo hacía con el tono de admiración de quien podía satisfacer su hombría sin ser desconsiderado, ya que siempre su señor atendió solícito a sus amantes, hijos naturales y a su esposa, a la que amó hasta su temprana muerte.

Una tarde, mientras observaba por la ventana cómo dos jóvenes criados se hacían carantoñas discretamente, semiocultos entre unos jazmines blancos, y después de haberme hablado de los lances amorosos de su señor, le pregunté:

—¿Por qué muestra el Duque tanto interés por Portugal?

—Solo sé que después de la última revuelta popular que hubo en el Algarve, que le sorprendió y tuvo que ayudar a reprimir, está muy interesado en los asuntos de aquellas tierras. Aquí no queda ya ningún servidor con conocimiento del portugués, puesto que todos se marcharon con su hermana después de que esta se desposara o bien están cumpliendo alguna función al servicio del Duque en Portugal.

—¿Y no tiene servidores portugueses?

—Sí, pero confía más en los naturales de sus dominios que en los propios portugueses. Además, el matrimonio de su hermana Luisa de Guzmán con uno de los Grandes de Portugal, el duque de Braganza, ha aumentado su interés por este reino. Curiosamente, esta se casó por poderes hace siete años en la Iglesia Mayor de Sanlúcar, con el beneplácito del Rey, que estimó oportuna la unión de linajes tan principales. Pero, de unos años acá, con la mala política del conde de Olivares, los ánimos están muy revueltos.

Una mañana de cielo blanquiazul, obtuve permiso para buscar en Sanlúcar a mis amigos Rufo y Lolo. Había animación de comerciantes, menestrales, hidalgos y criados en las calles. Esta población, capital del ducado de Medina Sidonia, se beneficiaba de su importante situación estratégica: dominaba desde la margen izquierda la desembocadura del Guadalquivir, puerto previo entre Indias y Sevilla. La prosperidad se manifestaba en notables edificios y bellas casas blasonadas, muchas de ricos comerciantes de otros países: genoveses, ingleses... En lo más alto de la ciudad, como guardián vigilante, el castillo de Santiago, construido por el segundo

duque de tan importante casa, que daba lustre a esta villa. Según supe confidencialmente por un criado que era albañil, don Gaspar se había hecho construir un pasillo secreto que unía el castillo con su palacio.

Después de mucho deambular, conseguí llegar a los domicilios de mis compañeros de almadraba en la zona más humilde del pueblo, donde había muchos pescadores. Sus familiares me dijeron que habían embarcado hacia las Indias. No se fueron con el Vasco, sino que tomaron esta decisión después de que un patrón de barcos de pesca los dejara sin trabajo. Me apenó el no poder verlos y les dejé un recado por si hacían un pronto regreso.

El invierno declinaba. Se organizó una gran fiesta de despedida del Duque, antes de partir para las almadrabas de Zahara, y como anuncio oficial de su próximo matrimonio. Se celebró en su gran coto de caza, el bosque de Doñana, cercano a Sanlúcar.

En la recepción de palacio, un ujier hizo mención de los numerosos títulos y honores de su prestigioso señor: duque de la villa de Medina Sidonia, conde de Niebla, señor de las almadrabas de la costa de Andalucía, dios de los atunes, capitán general del mar océano y costas de Andalucía, Grande de España de primera clase, comendador de la Orden de Calatrava...

Entre los invitados se encontraba el séquito que había de acompañarle: justicia mayor, contador, tesorero, veedor de la mar, el maestro del Duque, el camarero mayor... como parte de su corte personal, además de otros muchos nobles, entre ellos el marqués de Ayamonte.

De los más allegados al Duque, y que disfrutaban de su plena consideración, se distinguían su contador mayor y, sobre todo, Luis del Castillo, caballero de la Orden de Santiago y maestresala de su padre. Este le había concedido como regalo de boda, y a perpetuidad, la Alcaldía de Conil. Don Gaspar lo había nombrado camarero mayor de su casa, por lo que percibía el salario nada despreciable de doscientos escudos y otras prebendas. Don Luis acompañaba siempre a su excelencia a donde este marchase, se encargaba de su guardarropa, de pagar limosnas y gastos extraordinarios. La intimidad entre ambos había favorecido su papel de consejero de confianza y su ocupación en otras actividades más secretas. Era la persona que iba a dirigir las primeras pesquisas sobre el paradero de mis amigos.

El Duque, después de requerir silencio, extrajo de un estuche de cuero un cintillo de diamantes que produjo un murmullo de admiración entre los concurrentes. Se trataba de un regalo para su nueva prometida, hija del duque de Feria y la marquesa de Priego, doña Juana de Córdoba, con la que se casaría próximamente en Mondila.

—Lo que muy pocos saben —me comentó en voz baja De Silva, invitado a la recepción, a la que yo asistía también como paje suyo— es que los diamantes estaban empeñados en Sevilla, a cuenta de una importante deuda contraída, y que ha logrado

rescatar para la ocasión su contador Juan Jiménez.

—La hacienda del Duque parece tan infinita como las estrellas del cielo —declaré con cierta ingenuidad.

—Es muy poderosa... no infinita, que este es más bien un atributo divino. No creas, sin embargo, que no hay momentos de necesidad. Y por las noticias que tengo, no está precisamente muy saneada la hacienda del Duque actualmente; los gastos de sostenimiento de sus señoríos y del rango son muchos, y desde Madrid, el Conde-duque de Olivares, en lugar de aliviar, plantea nuevas exigencias y el incremento de las levas, lo que conlleva costes que menguan aún más las arcas.

El canto de los gallos me despertó en una madrugada clara, antes de despuntar el alba. Los almendros del patio brillaban en nívea flor a la luz de la luna llena y por la ventana se aspiraba el olor a campo fresco. Los ladridos de las jaurías sonaban cercanos. El fogón de la cocina estaba muy animado, olores acogedores y dulzones despertaban el apetito. La estancia bullía con mucho ajeteo de criados —somnolientos unos, risueños otros— que preparaban las viandas al tiempo que se pasaban presto una calabaza vinatera llena de aguardiente.

Con las primeras luces del día, ayudé a vestirse a mi señor De Silva que se preparaba para participar en la cacería. Le serví un desayuno de rebanadas con miel, pestiños, chocolate y un huevo duro.

Acompañé a rastreadores y perreros que espantaban algunos jabalíes de la tupida maleza hacia un terreno despejado donde esperaban jinetes provistos de lanzas, ballestas y arcabuces. Acorralados y heridos, estos puercos eran sumamente peligrosos y valientes, y arremetían contra todo lo que encontraban a su paso. La pierna de un caballo se rompió con la acometida de los afilados colmillos de uno de ellos; el marqués de Ayamonte, que lo montaba, trató de mantenerse a duras penas, pero finalmente cayó al suelo. El animal, enfurecido, se disponía a atacar de nuevo y al Marqués se le descompuso el rostro. De Silva se acercó velozmente y atravesó el corazón del fiero animal con una certera lanza. Desde entonces los uniría una estrecha amistad.

La comida que siguió a la montería fue más copiosa que de costumbre, aunque no muy distinta de las habituales —el almuerzo del señor de Medina Sidonia solía ser, da vértigo confesarlo, de ocho platos, y raro era el día en que los invitados no superaban los quince—. El Duque presidía la mesa sentado en un sillón de caoba maciza tapizado con terciopelo rojo oscuro, el alto respaldo remataba con una talla del escudo de la casa y las patas delanteras figuraban leones. Los cubiertos de la mesa principal, todos de plata; recuerdo que me llamaron la atención las cucharillas de concha de carey con cabos del mencionado metal y la plata dorada que lucían los saleros.

Un surtido desfile de fuentes y platos completó la enorme mesa, como

correspondía a las grandes celebraciones. Toda clase de aves: perdices, faisanes, pavos y gallos; lechones y jabalíes asados; torreznos fritos y jamón; conejos con tomillo; rabo de toro; empanadillas de masa fina con carnero, huevos, tocino, manteca y azúcar; ensaladas de escarola; cardos y aceitunas; pastelones de corvina con verdura; lenguados fritos; huevos estrellados con picatostes; buñuelos de viento; pasas, almendras y platos dulces y variados. Titiriteros, magos, bufones enanos, músicos y bailarinas amenizaban la velada, regada con abundante vino de Sanlúcar que daba aún más color y alegría al festejo.

En primer lugar comieron los invitados del numeroso séquito del Duque, y después, con las abundantes sobras, además de una buena olla de cocido con verduras, carnero, tocino y gallina, comimos la servidumbre hasta hartarnos. No quedó pobre en tres leguas a la redonda que no pillase algo, ni perro que no llevase al hocico algo de comer. Durante dos días hubo *diente libre*, así que muchos llenaron su barriga hasta el hartazgo.

Me asombraba ante tanta variedad de cazuelas, muchas de las cuales no había probado en mi vida. Tenía la compañía de Tomasa, con quien me unía una amistad labrada de confianzas y lecturas, incluso me había prestado, como plata fina, algunos pliegos de romances, ya sobados de tanto leerlos. Me dirigí con ella a la cocina, donde me mostró algunas especialidades.

—Estos son huevos hilados sobre hojas de masa fina frita con aceite. Y esto, capirotadas, que es un aderezo de hierbas, huevos y ajos que rebozan y cubren trozos de lomos, pichones y cabritos.

—Están riquísimos estos manjares —le contesté después de probarlos.

—¡Ah! —continuó ella— y ahí están los ricos hojaldrados de manjar blanco y almidón de azúcar que me chiflan. —Tomasa demostró ser, además de una buena narradora, una auténtica guía culinaria. A veces yo no entendía muy bien lo que decía, para mí era ambrosía.

Mi memoria, sin embargo, no se podía sustraer de la ausencia de mi amigo Alonso, con él había compartido tantas hambrunas y ahora no podía participar de este festín. «¿Cuántas penalidades estará pasando?», me preguntaba apesadumbrado. Tomasa, al verme por momentos alicaído, y con esa presteza suya, me rescató rápida de mi ensimismamiento.

—¡Oye! Cualquiera diría que en lugar de la cocina te he llevado a un funeral. Así que, alma mía, deja esos lamentos que apagan la sonrisa, que tengo más buenas cosas que mostrarte. Ven, y alegra esa cara —me condujo al lado de la despensa hasta una habitación oscura y fría con aroma a humedad y hongos—. Toca aquí, no seas tímido, toca aquí, que no te va a picar —divertida ante mi extrañeza, me cogió la mano que condujo hasta un bloque blanquecino que cobijaba unas extrañas huevas de pescado, que apenas vislumbraba en la negrura del cuarto.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué toco? ¡Si está helado! —exclamé extrañado al sentir en mi piel la frialdad.

—Para no estarlo, si es nieve —aclaró, mientras me mostraba su cálida y abierta sonrisa—. Sirve para conservar frescos los alimentos más caros y delicados, y para algunas bebidas que gustan tomarse frías.

Ante mi ignorancia por aquella sal helada, que yo no había visto nunca, salvo el granizo, la mostró orgullosa. Díjome que procedía de la Serranía de Ronda, de donde era ella. Me explicó, con todo lujo de detalles, cómo su abuelo y después su padre habían servido a los duques de Medina Sidonia, trayendo la preciada y efímera carga desde las altas montañas. La conservaban en la sierra, bien prensada hasta formar hielo, en pozos neveros umbríos que rozaban las nubes, cubiertos con piedras y aulagas para que al subir las temperaturas no se aguasen. La acarreaban de noche en acémilas y asnos habituados a las agrestes cañadas hasta alcanzar las vegas más bajas, resguardadas bien del día y el calor. Los blancos bloques iban bien aislados en serones cubiertos de paja fina y tierra por encima, pero cuando la calina arreciaba no dejaban de sudar y adelgazar.

—Una primavera, que se presentó de golpe muy calurosa, a mi padre, que en gloria esté, se le derritió casi toda la carga en el camino. El Duque, ascendiente del actual, compadecido, ante los lamentos y quejas de cómo iba a alimentar a sus cuatro hijas en un año tan malo, se mostró generoso. Hizo que la primogénita, es decir yo, entrara a su servicio. Y por estos fríos, estoy aquí, mozalbete. A ellos les debo el estar contigo ahora, y que haya aprendido a leer. Me enseñó un jesuita de los que sirven al Duque en las almadrabas.

—¡Vaya con la hermosa serrana, que viene de las nieves! —la piropeé en tono de broma—. Así tenías tanto interés en mostrarme estos vericuetos.

—Bueno, y no te lo he contado todo. Hace unos quince años se recibió con gran agasajo a su majestad, Felipe IV, en Doñana. Participó en una cacería y en su honor se celebró un fastuoso convite, que aún se recuerda con admiración. Todos los neveros de la sierra, entre ellos mi padre, traían la nieve tras acarrearla durante tres cansinas y largas jornadas de camino, en medio centenar de bestias, para que no faltase durante la estancia del Rey.

—¿Cada bloque de hielo deberá costar una fortuna?

—Bastante menos que el esfuerzo y el riesgo de traerlos desde tan lejos. Aunque este lujo en tierras llanas y calurosas solo se lo pueden permitir las casas nobiliarias más poderosas —respondía satisfecha de haber despertado mi curiosidad y mi sorpresa.

Difícil era de entender que la casa ducal tuviese problemas económicos cuando había tanto derroche o, tal vez, una razón iba con la otra. A pesar de estos excesos y abundancia de vianda, el Duque no estaba obeso. Lucía un bigote apuntado hacia arriba, cuyos extremos atusaba con gesto presuntuoso, y una perilla a la usanza, retocados con pulcritud por su barbero; destacaba en su lujoso ropaje un magnífico jubón de tafetán listado blanco y dorado con bordados en oro, los botones que refulgían eran todos de diamantes. Cuando nosotros aún comíamos, él descansaba en

sus aposentos privados, acompañado solo de sus esclavas, las cuales habían alegrado su viudedad. Estas musitaban dulces cantos y tañían variados instrumentos, y a nosotros llegaba como un susurro el eco de un arpa que escapaba por las rendijas, entre risas pícaras más sonoras.

A la tarde, con el sol de tibieza amarilla, tan agradable, anuncio de la incipiente primavera, se celebró una fiesta de toros frente al palacio, en un espacio rodeado de carros y tablones. Los bravos animales se habían criado salvajes en el coto. Mugían y atacaban con fiereza, mas su bruta fuerza inicial se descomponía a golpe de lanza de diestros jinetes, todos ellos nobles caballeros. Era un espectáculo feroz y violento que me recordaba la captura y la lucha cuerpo a cuerpo con los atunes.

Un toro bragado y rabicano fue el que le tocó en suerte a De Silva. En una demostración de gran habilidad hizo requiebros que provocaron el aplauso y los murmullos de expectación, cuando en varios lances los cuernos casi rozaron su caballo. El bravo animal, aún sin merma, mostraba furioso su temible cornamenta y pateaba el terreno. De Silva, que lucía sus más vistosas galas de caballero con bordados de plata, cogió una de las lanzas, de las llamadas garrochones, que yo portaba. Tapó los ojos del sudoroso jaco y cabalgó hasta el centro con un elegante trote. Alzó al aire las patas del brioso animal describiendo un giro a su alrededor. Jaleó y esperó con tranquilidad pasmosa la embestida del fiero y no menos hermoso bruto, que solo el caballo pudo aguantar al no verlo. En un instante, cuando parecía eminente el choque, fue alanceado y burlado por De Silva. Raudo, al galope, quitó la venda de su corcel para que esquivase bien el peligro, mientras los aplausos y vítores parecían que iban a reventar los carros y parapetos.

Algunos jóvenes arriesgados, a pie, mostraban su valentía al esquivar y burlar al toro, una vez que este, a golpe de lanza, había perdido su fiereza inicial. Se trataba más bien de juegos con el cansado y sufrido animal, incluso de malabarismos y habilidades que incluían peligrosos saltos, ayudados también de varas para evitar los impresionantes y afilados cuernos. Si el toro estaba aún con fuerzas, se buscaba un espadín y se esperaba la embestida a pie quieto. En ese instante de emoción contenida se le burlaba y acuchillaba al paso. El Duque, por su parte, para no alargar la agonía de los debilitados bravos, los remataba, con mucha ceremonia, a tiro de arcabuz, entre aclamaciones y entusiastas ovaciones. La concurrencia, apasionada con el espectáculo, celebró, sobre todo, la muerte de un toro negro zaino que había empitonado a un mozo, después de que este saltara con valentía sobre el testuz del animal, y le causara una fuerte hemorragia. Los médicos del Duque lograron taponar la sangría con un diaquilón de plantas curativas para cicatrizar la herida.

Se representó también una comedia de Lope de Vega. De él había leído algunos poemas amorosos dedicados a Belisa. «Un genial autor muy prolífico que había muerto hacía cinco años», se decía en la presentación. Las luces de las antorchas

alumbraban el espacio, en una noche estrellada y de crecida luna. Los dignatarios y los nobles ocupaban los palcos, mientras los mozos, los pajes y la servidumbre en general que habíamos podido asistir nos arremolinábamos de pie en un patio frente al escenario y aplaudíamos con jolgorio y alegría.

La fiesta se completó con un castillo de fuegos artificiales. Sorpresa y gran admiración me causó la lluvia de fuego y ráfagas de todos los colores que iluminaron la noche. Al finalizar, los invitados aplaudieron y dieron vivas y alabanzas al Duque, coreadas por el resto de los allí presentes:

—¡Viva el duque de Medina Sidonia!

—¡Viva el dios de los atunes!

—¡Viva el rey de las almadrabas!

—¡Viva el rey de Andalucía!

Se despidió de todos entre aclamaciones. Discretamente se dirigió a sus aposentos con una rolliza esclava que, además de sus encantos físicos, tocaba bucólicas melodías con una flauta pastoril.

Casi todos los invitados se fueron retirando y yo permanecí hasta quedarme solo con la noche. Después de tanto regocijo, un cierto pesar empañó mis ojos, sentía mi alma herida por la ausencia de María. ¿Dónde estás ahora?, interrogaba al cielo. La brisa había disipado la humareda y los fuegos habían apagado sus luces. ¿Son estas estrellas las mismas que tú contemplas?

—¡Te quiero! ¡María! ¡Te quiero! —repetía con vehemencia, como si enviase un mensaje al firmamento, y le hiciese llegar los ecos allá donde estuviese—. Que estés bien, María, yo estoy vivo y solo añoro tenerte.

Mis lágrimas rebotaban y yo le repetía al cielo tantas cosas, tantos afanes. Bien sabía que de allí no me movería hasta que una estrella errante fuese la divina mensajera de mis anhelos, y le diese luz a mis deseos como cuando María apareció en mi vida.

Las consecuencias del festín se dejaron sentir, pues, al día siguiente. Dos nobles se quejaban de un ataque de gota, uno de ellos con el dedo gordo de un pie enrojecido, y el otro, de la rodilla. El intenso dolor les impedía caminar y proferían gritos y maldecían su suerte.

—A su majestad Felipe IV —me explicaba Tomasa con aire de sabihonda—, como a sus antecesores, también le ocurre. Un médico de lejanas tierras y con raro acento me explicó que esas inflamaciones podrían estar causadas por el abundante consumo de carnes de cacería y de vísceras. Los malos humores que estas exhalan se podían concentrar en una parte del cuerpo, sobre todo en el dedo gordo de los pies.

—Yo me engullí —le conté— con el Vasco y mi amigo Alonso un conejo que me supo a gloria bendita, y me llegó hasta el dedo gordo el gusto de haberlo comido.

—Qué ocurrencias tienes, eres aún como un niño —me decía con aire maternal y

sonriente mientras se llevaba la mano a la barriga—. Y yo también me he atiborrado muchas veces. Solo hace daño si se come cientos en poco tiempo —pensé aliviado que mi salud, por este asunto, no corría ningún peligro.

El Duque emprendió finalmente el viaje hasta Zahara desde Bonanza, en una galera ricamente ataviada y que portaba en su proa un gran escudo de la casa ducal, en el que estaban labrados dos calderas, el toisón de oro y atunes que surgían del mar. Desde allí continuaría por tierra hacia Mondila. Me hubiera gustado partir de nuevo para las almadrabas, añoraba chapotear en la playa con Alonso, platicar con el Pincho y besar largamente, entre la dorada arena y la cadencia de las olas, a María, mi tierna y joven muchacha. Pero todo ello eran ensoñaciones mías; de haber sido posible, nada me hubiese retenido.

Mi reservada misión era la de acompañar como paje a mi nuevo amo en Portugal cuando el Duque lo estimase conveniente. Mientras tanto, partimos en primer lugar para Ayamonte y desde allí realizamos algunas incursiones al Algarve.

Don Francisco Antonio de Guzmán y Zúñiga era el sexto marqués de Ayamonte y primo de don Gaspar. Su señorío se había transformado de condado en marquesado hacía poco más de un siglo, pero incomparable en poderío y riqueza al ducado de Medina Sidonia, por tratarse de una zona más extrema y menos poblada. Solo el puerto de Sanlúcar producía más renta que todo su Estado. Todo ello lo fui conociendo por mi señor De Silva, que conversaba a menudo con el Marqués sobre cuestiones de alta política. Este se mostraba agradecido por haberle salvado la vida; locuaz y enérgico, pero en tono confidente, le refería algunos comprometidos comentarios.

Los graves acontecimientos que ocurrían en el Principado de Cataluña adelantaron el regreso del Duque a Sanlúcar con su nueva esposa. Junto al marqués de Ayamonte y otros miembros selectos de su Corte nos encontrábamos De Silva y mi humilde persona que lo acompañaba. El Duque expresaba con enojo:

—La situación de Castilla ha llegado a un extremo de debilidad lastimera.

—La Guerra con la Francia de Richelieu dura ya cinco años y sin resultados positivos —exponía Luis del Castillo, tratando de hacer balance clarificador de la situación—. La lucha que sostienen los holandeses por su independencia no ha tenido tregua desde los inicios del reinado, y los mares brasileños están controlados por ellos desde el fracaso de la flota hispano-portuguesa a comienzos de este año. Y ahora se suma Cataluña, las ciudades del Principado han visto un gobierno hostil, manejado a su antojo por el Conde-duque, cuya única intención es obtener dinero y acabar con

los fueros. Los campesinos se han hartado de las requisas de sus animales y cosechas. Así pues, esta es la situación: el Principado se ha puesto en pie de guerra y el clero apoya la revuelta.

—Lo más triste —comentaba el marqués de Ayamonte con desprecio y resentimiento— es que el Conde-duque se comporta con arrogancia ante la nobleza y los Grandes de España, y nos culpa de sus fracasos: «Falta de cabezas», se justifica el muy ruin. Si pudiera, nos borraría a todos del mapa para constituir otra nueva casta formada con los aduladores y los allegados a su persona por beneficios y favores.

—Su orgullo nunca ha perdonado el pertenecer a una rama menor de los Guzmanes. Más dejemos al conde de Olivares que se carcoma con sus envidias y fracasos. Si el abuelo del Rey levantara la cabeza, estos validos ambiciosos estarían fuera de la Corte —apostillaba don Gaspar.

—Según un correo recibido —decía Castillo—, lo más grave ocurrió el pasado Corpus, cuando un grupo numeroso de sublevados, en su mayoría campesinos, entró en la ciudad y apuñaló al Virrey, conde de Santa Coloma. La canalla enfadada y con hambre termina siempre por descontrolarse. Sin apoyo, es fácilmente reprimida, pero no es este el caso —observé su porte enjuto, su rostro grave y su pelo canoso; vi en él la seguridad de quien se considera mano diestra del Duque.

—Y con ello vamos al asunto de Portugal. A mi parecer, bastante semejante —señalaba con gesto nervioso el Duque—. Hace solo tres veranos que estalló la sublevación popular dirigida por un muerto de hambre, Manuelinho, sin conexión con la nobleza. No tuve conocimiento previo y fue sofocada a costa de mis propios medios. Desde entonces, me he preocupado de tener un servicio de agentes, coordinado por don Luis, del que tú Hernán —dijo dirigiéndose a mí—, después de los informes elaborados por don Manuel, formarás parte.

—Al principio —indicó el jefe de los agentes con una mirada penetrante que sopesaba mi posible valía— convenimos en que tú, Hernán, junto con otros espías, te mezclas con el bajo pueblo en el Algarve, con la misión de avisarnos antes de que estallara una revuelta. Nuestros temores a raíz de estos nuevos acontecimientos cercanos se han intensificado, pues creemos que no tienen solo su origen en el sector popular. Ciertos informes que obran en nuestro poder revelan un descontento anticastellanista en sectores importantes, incluidos la nobleza y el clero, y es probable que sucesos como los de Cataluña puedan ocurrir en Portugal.

—Por lo cual, hemos pensado en vos, Manuel de Silva, por tantos servicios que habéis prestado a esta casa —continuó el Duque, dirigiéndose a una esfera que marcaba las extensas y variadas posesiones que en el mundo tenía Felipe IV, al lado de otro mapa de gran tamaño referido a los dominios ducales—. Para ello, quiero conducirlos al centro del poder portugués: Lisboa —con gesto enérgico después de girar el globo terráqueo presionaba su dedo índice sobre esta capital—. Pueden partir juntos, Hernán irá de paje. Llevaréis un salvoconducto expedido en blanco por mi hermana, doña Luisa de Guzmán, en el que yo designo a la persona que estime

oportuna. Este puede tener gran influencia en determinados círculos, y otro distinto, remitido por mí, para acreditaros en el palacio de la Virreina.

Con paso acelerado, don Gaspar se sentó en su sillón de caoba y miró con suficiencia a los presentes. Castillo le sirvió con presteza una copa de plata con hipocrás, un vino especiado y azucarado, con unos pastelillos de hojaldre y miel servidos en una bandeja del mismo metal. Después de mojar sus labios y acariciar su paladar con el vino, añadió:

—Con los reinos de España se está jugando una importante partida de ajedrez y yo he de tener información para saber qué ficha debo mover antes de que la política nefasta de mi pariente menor, el conde de Olivares, haga reventar aún más la situación —se puso de pie y se retiró de la sala dando por concluido el encuentro—. Los detalles ultimadlos con don Luis mañana —añadió desde la puerta.

Antes de partir, expresé a Luis del Castillo mi única condición para intervenir en dicha operación. Esta se reducía al pago del rescate de mis amigos Alonso y María. Me alentó con la noticia de que a dos emisarios del Duque en Argel se les había dado los nombres. No obstante, convenía añadir otros detalles y descripciones de los jóvenes para facilitar su identificación. Después de haber contestado a estas interrogantes sobre mis amigos, se dirigió a De Silva para concluir pormenores.

—Debéis desconfiar absolutamente de los agentes castellanos del Conde-duque, y siempre que tengáis que dirigiros a mí, utilizad el nombre en clave de *jardinero*. Hay una cierta similitud entre el cuidado del jardín y la política, haced uso de ello en vuestros mensajes. Tenemos otros hombres en Portugal, pero, de momento, es mejor que no los conozcáis. Y recordad una cosa, si esta aventura se tuerce, no se va a comprometer el prestigio de la casa ducal, que está por encima de todos.

LISBOA

A finales de verano del año del Señor de 1640, aciago para la monarquía española y crucial también en mi vida, llegué con don Manuel de Silva a Lisboa, después de una fatigosa travesía desde Cádiz, pleno de juventud aunque ya esta más madura y reposada. Una bandada de gaviotas plateadas surcaba el cielo de hilachas rosas. Me sobrevinieron imágenes que, habían calado intensamente en mi vida desde que partí de Sevilla: la lucha y el forcejeo en la captura de los atunes junto a Alonso, mi amor con la joven María entre espumas y salinas... Una sensación agrídulce y temerosa al mismo tiempo ante un futuro incierto y la desazón por mis amigos queridos impregnaban mi ser.

Un fuerte olor a especias traídas de las Indias Orientales y a pescado podrido me acompañaron en mis primeros pasos por el muelle. El puerto exhibía una gran actividad y me recordaba el de Sevilla. Lisboa era una ciudad portuaria abierta al estuario del Tajo, con más de dos leguas de anchura y unas aguas doradas como la mies que llamaban Mar de Paja. La ciudad parecía acogedora, lujosos palacios reflejaban su riqueza colonial por ser la capital del floreciente imperio portugués. Estaba bien situada y defendida por una torre fortaleza que servía también como faro en la desembocadura. Se parecía al espigado campanario de mi ciudad por su delicado labrado que la vestía con galas, pero sus numerosas cruces me decían que no era obra de moros; era, por el contrario, rechoncha y fuerte, como un alguacil de la mar, atenta con la mirada de sus cañones a los barcos que entraban y salían. Además, como centinela protector, un castillo dominaba la ciudad desde una colina.

Acompañaba como paje a mi animoso amo, don Manuel, quien contactó pronto con los círculos palaciegos como miembro de la nobleza de Ayamonte pero de ascendencia portuguesa —como efectivamente lo era—. Justificaba como motivo de su estancia «la posibilidad del traslado y la oportunidad de buena fortuna en la tierra de sus ancestros... por la que se sentía fuertemente atraído», sin ocultar un cierto fervor anticastellano a la nobleza portuguesa.

Don Manuel de Silva rozaba la treintena, de buena presencia, su rostro afilado lucía un cuidado bigote y una fina perilla. Tenía fama de audaz y mujeriego. Descendía de una aristócrata de Ayamonte casada con un hidalgo de origen portugués. Su abuelo materno había servido a la poderosa casa de Medina Sidonia y él continuaba esta tradición como agente en Portugal del actual Duque y de su primo el marqués de Ayamonte. Entre los poderosos Guzmanes del sur y su omnipotente tío en Madrid, —conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor, de ahí que fuese conocido como el Conde-duque— existía una trama de recelos mutuos y encono.

En un día azul ribeteado de grises en lontananza, fuimos hacia la plaza del Rossio, plena de animación de hidalgos y menestrales, hasta llegar al palacio de la virreina de Portugal. Nos presentamos con las credenciales del duque de Medina Sidonia. Después de una infructuosa espera no pudo mi señor entrevistarse con la

princesa, indispuesta a causa de una fuerte jaqueca.

La gobernadora de Portugal era la duquesa de Mantua, nieta de Felipe II y, por tanto, miembro de la familia real española. La princesa Margarita, como así se denominaba, había llegado a Lisboa unos años antes acompañada de su secretario Miguel de Vasconcelos, personaje de gran poder y bastante impopular. Tras recibirnos este, interrogó a De Silva sobre nuestra estancia en Lisboa. Su mirada inquisidora y desconfiada nos exploró de arriba abajo; de él nos habían prevenido en Sanlúcar, ya que atendía las instrucciones directas y secretas del conde de Olivares. Era, pues, su hombre fuerte y de confianza en la corte portuguesa. Su actitud despótica y prepotente le había hecho ser el personaje más odiado y más temido de Lisboa, tanto por el pueblo como por la nobleza anticastellana. De todo ello me hablaba mi señor, muy entendido en las lides portuguesas y compañero de intrigas.

En aquellos días grises y otoñales, aparentemente tranquilos, se percibía, sin embargo, una inquietud en el ambiente que hacía presagiar graves acontecimientos. Se palpaba un rechazo al dominio castellano, al menor roce se abría la herida de la que brotaba un odio acumulado. Panfletos alusivos a la presencia invasora —setenta años ya— recordaban las tropas del duque de Alba cuando Felipe II incorporó el reino. Pasquines difamatorios contra el poderoso valido, señor de Olivares, y su majestad Felipe IV circulaban discretamente por garitos y tabernas.

El graznido de una gaviota y el piar incesante de unos gorriones posados en una acacia cercana a nuestro aposento, acompañaban el primer bostezo de la mañana. Dos semanas habían transcurrido ya desde nuestra llegada a Lisboa. Preparé la ropa limpia de mi señor y recogí la sucia en un gran cesto de mimbre para entregarla a una lavandera «limpia y de toda confianza» —según el posadero—, que nos la devolvería planchada y dispuesta para su uso.

Después de mi recado vagué por la ciudad dispuesto a husmear en los lugares más concurridos. Seguía las indicaciones que Luis del Castillo me había confiado en Sanlúcar, debía confundirme entre los portugueses por mentideros, mercados y corrillos. Mi misión era la de ver, observar y averiguar lo que se cocía en los ambientes populares de la capital para después informar a De Silva, sin descuidar mi papel de paje, tapadera de mi actuación como espía.

Me dirigía hacia San Vicente, cercano a la Alfama, cuando a lo lejos divisé un tumulto. Un muchacho huía a todo correr de una patrulla de soldados que eran increpados, a su vez, por una multitud que les arrojaba todo tipo de objetos, sobre todo cajones vacíos de un tenderete, cascotes y hasta vigas de una construcción cercana, para facilitar la huida del joven.

El pilluelo imberbe dio unos requiebros a la patrulla y voló con pasos ágiles en la misma dirección que me encontraba.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Son ratas castellanas! —exclamaba sin aminorar su marcha.

Al escuchar el estampido de unos arcabuces me arrojé al suelo y junto a mí rebotaron locos plomos con aviesas intenciones. El huido logró poner tierra salvadora de por medio al doblar una esquina protectora.

La caterva vociferante rodeaba amenazante a los soldados. Estos mostraban sus armas y reflejaban en sus rostros la tensión y el miedo.

—¡Fuera los castellanos! ¡Muera el mal gobierno! ¡Abajo la tiranía!

Los militares, al verse acosados, cesaron en la persecución. El nerviosismo y el odio acumulado podían hacer estallar la agresividad contenida y desencadenar una masacre. El oficial al mando ante la proximidad de los cada vez más envalentonados y furiosos civiles, con la mecha de su arcabuz ya prendida, ordenó disparar.

Los truenos de las armas disparadas a los pies de los previsibles asaltantes provocaron el pánico y la huida despavorida. Me arrojé detrás de un parapeto protector, por si la mano del diablo hacía que algún plomo perdido buscara mi encuentro. Por fortuna no hubo ningún muerto, solo tres heridos a los que llevaron a un hospital cercano.

Junto a la Iglesia de San Vicente de Fora apareció rota una inscripción de mármol que conmemoraba la construcción del templo por orden de Felipe II: había sido arrancada con violencia de su interior a raíz del incidente. Al irse los soldados se formaron corrillos de lisboetas que platicaban furiosos sobre lo sucedido.

Supe así que los soldados pertenecían a la pequeña guarnición castellana de la fortaleza de San Jorge, que dominaba la ciudad desde lo alto de la Alfama y que el crecido zagal era un desertor de los reclutamientos portugueses destinados para la impopular guerra catalana.

Junto a las puertas de un palacio lindante con el lateral izquierdo de la iglesia, descubrí a Vasconcelos, y con él a algunos de sus soplones y agentes. Estaba protegido por guardias del palacio de la gobernadora de Portugal. Se interesaba por lo ocurrido y había dado orden de detener a los heridos.

—Ese canalla los tortura —se lamentaba con ira un menestral, curtidor de pieles que deduje por el olor que exhalaba su cuerpo.

Vislumbré la fría mirada de Vasconcelos dirigida al corrillo donde yo estaba y procuré disimular y huir de su ángulo de visión. Absorto, choqué con un caballero que se embozaba con discreción en su capa gris y realizaba la misma maniobra de distanciamiento. En su exclamación espontánea y apresurada disculpa percibí un acento extranjero que intuí de origen francés, al estar familiarizado con esta peculiar entonación de algunos comerciantes francos asentados en Sevilla.

De Silva, muy interesado, no perdía coma sobre los acontecimientos acaecidos que yo le refería. Dedujo que Lisboa era un avispero imprevisible sobre el que actuaban diferentes servicios de espionaje dispuestos a arrimar el ascua a su sardina.

—La larga guerra europea comenzó hace ya veintidós años —me explicaba—

como una guerra religiosa. Estalló cuando, por una ventana del Palacio de Praga, arrojaron a unos nobles católicos y continuó con los enfrentamientos entre estos y los luteranos, apoyados por diferentes soberanos protestantes. Después derivó en un conflicto por el dominio de Europa al involucrarse la poderosa Francia. Su católica majestad francesa no ha dudado en aliarse con los herejes para tratar de arrebatarse la hegemonía de los Austrias en el continente. Así pues, Hernán, no es de extrañar que agentes del astuto Richelieu estén rondando en estos lugares, dispuestos a favorecer y subvencionar cualquier sublevación que suponga un frente de guerra más para las fuerzas del Conde-duque de Olivares.

—Sin duda, es más que probable la existencia de espías franceses en Lisboa —afirmé—. Pero pienso que el grave incidente ocurrido esta mañana no ha sido provocado intencionadamente, sino que respondió más bien a una revuelta espontánea ante el odio y el malestar existente contra los castellanos y que surgió por la persecución emprendida contra el joven. No creo que Vasconcelos, por mucho que estire a los detenidos en el potro, pueda extraer conclusiones de complot sobre lo sucedido.

Días después, De Silva visitaba, sin mi compañía, a un hidalgo de parentesco lejano. Estaba decidido a tantear en un ambiente de confianza el ánimo de la nobleza en estos tiempos tan agitados. Yo, mientras tanto, deambulaba por el puerto y, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con el Vasco, mi camarada de las almadrabas. Nos saludamos con el lógico alborozo después de tres largos años y tantos cambios ocurridos en nuestras vidas.

—¡El mundo es un pañuelo! —exclamaba con grandes risotadas—. ¡Cuánta alegría me da verte!

—Me enteré de que estabas en las Indias. Incluso pregunté en Sanlúcar por los hermanos Moya y me indicaron que fueron después de ti.

—¡El mundo es un pañuelo! —insistió en su argumento—. Mira que las Indias son inmensas, pues allí me topé con la natural alegría de este par de simpáticos tunantes. Allí hay muchas oportunidades y también peligros. A ellos la diosa fortuna no les fue favorable y a los pocos meses se vieron envueltos en un turbio asesinato. Perseguidos por la justicia, buscaron refugio en un barco pirata, de los muchos que asolan aquellos mares. Son tunantes honrados, no rufianes. Sus intenciones eran las de volver a Sanlúcar, y sus sueños, morir en su tierra como peruleros ricos.

—¡Vaya! —exclamé— ¡De pirata o de estatua, con tal de salvar el pellejo! ¡Qué cosas tienen Rufo y su hermano Lolo! En estas lides de la piratería quienes hubiesen hecho fortuna habrían sido el capitán Alcaparrilla y su cofradía de pícaros y tunantes.

—Sin duda, en aquellas tierras Alcaparrilla sería el rey de un islote de piratas, con don Perucho, el Pulga y el Pupa, entre otros, como lugartenientes —sonreía de nuevo mi amigo.

En el puerto una ligera bruma empañaba el horizonte y la suave brisa marina llegaba al gran estuario del Tajo y acariciaba nuestra piel. Galeones procedentes de las Indias Orientales, con escala en diferentes lugares de la costa africana, descargaban su preciada carga de especias, oro, marfil y sedas, junto a pobres esclavos negros que miraban con ojos atemorizados y curiosos. Esforzados ganapanes descargaban las mercancías supervisados por ricos mercaderes y guardias que las protegían.

Pasamos junto a un grupo de comerciantes que protestaban a voces, llenos de ira, por la inseguridad que sufrían en las aguas brasileñas ante los ataques de los holandeses y la pasividad e ineficacia de la flota castellana.

—Esta situación —me comentaba el Vasco— ha dado un nuevo giro a mi alma viajera y aventurera. Me enrolé en un navío portugués que comerciaba con las Indias Occidentales. Debido al hostigamiento de los holandeses en Brasil, la compañía decidió abrir una nueva ruta por las Indias Orientales y hacia allí me embarco en la mañana del próximo día.

—Eres un trotamundos, y tu sino es la aventura —le dije con jovialidad.

—No puedo negarlo, aunque creo que de haber circunstancias que empujen a ella, haylas en mi vida. Fui ballenero en aguas heladas, jabeguero en las almadrabas de Zahara, buscavidas en las Indias Occidentales, marino cualificado en la ruta entre Brasil y Lisboa y... ahora me hallo dispuesto a embarcar en este gran océano tenebroso por aguas cálidas y tormentosas hasta llegar a Calicut. Bien, Hernán, mucho hemos hablado de mí, pero poco sé de tu vida.

Le relaté algunos detalles de lo acontecido en estos últimos años, del giro que había dado mi vida con la ayuda de fray Francisco y de mi actual servicio como paje de un caballero del duque de Medina Sidonia, sin contarle nada de mi actuación como espía, por supuesto. Entramos en uno de los bodegones del puerto, y en los postres, tras despacharnos una buena escudilla con rico bacalao, como solo saben cocinarlo los portugueses, le referí el ambiente tenso de Lisboa en estos tiempos tan agitados y el peligro en el que me vi inmerso. Él me relató una situación parecida que había vivido en su tierra, y que influyó en su destino:

—Mi sino aventurero y mi espíritu de trotamundos son innatos, pero hubo unos acontecimientos que marcaron mi rumbo viajero. Mi padre, hidalgo, perdió casi toda su hacienda, solo pude conservar el caserío y algunos prados verdes. El gustillo por el mar y los horizontes libres me llevaron a un barco ballenero. A mi regreso encontré los ánimos de mis paisanos muy alterados. Eran los días de la rebelión de la sal.

»La larga guerra europea, la guerra contra los holandeses y la escasez de recursos y de hombres favoreció que el Conde-duque de Olivares impusiera en Vizcaya, al igual que en otros territorios, un tributo real sobre la sal. Como era de suponer, esta contribución no era nada popular en una tierra de marinos y pescadores, además del reclutamiento de jóvenes que se estaba llevando a efecto para estos conflictos.

»La Junta General de Vizcaya, reunida en Guernica, dio la razón al descontento

del pueblo y proclamó que estas medidas eran contrarias a la libertad y las tradicionales exenciones de nuestra tierra.

»Unos meses después, con los ánimos muy enardecidos, tuvo lugar un peligroso motín en Bilbao, en el que yo me vi envuelto. Ante mí zumbaban las balas. El duro enfrentamiento se saldó con bastantes muertos y heridos. Me resguardé como pude, soy persona que odia la violencia y ama la vida como lo más hermoso que Dios nos ha dado, mi espada la dispongo solo en defensa propia o de algún inocente. Lamentaba la sangre derramada y esperaba que arreciase el tumulto. Más si no me espabilo iba a ser ensartado por el arma de un capitán que se hallaba ante mí. Esquivé el golpe mortal y con mi espada le hice un tajo en la cara que lo dejó aturdido. Aproveché la ocasión para escapar.

»Las autoridades dejaron pasar el tiempo para no enardecer más los ánimos y esperar que estos se calmasen.

»El duque de Ciudad Real mandó ejecutar a los que consideró cabecillas y fue abolido el nefasto impuesto. Las aguas volvieron a su cauce, pero quien conserva una cicatriz en la cara tiene un recuerdo permanente.

»Habían pasado ya tres años y yo estaba deseoso de trotar por el mundo, pero sin saber qué rumbo tomar, cuando un chivatazo dio al oficial el paradero que buscaba. Registraban aún mi casa cuando yo emprendí el camino de las almadrabas. Conocía por los marineros la existencia de las mismas y cómo allí acogían a todos, incluidos los fugitivos, sin más averiguaciones, que ya lo dice el refrán: “Mata rey y vete a Conil”.

El tiempo transcurrió sin darnos cuenta en aquel mesón del puerto y en nuestra plática nos sinceramos como amigos que abren sus almas sin secretos. Le hablé a Santiago Corrochategui, el caballero Garrocha como lo llamaba Rufo, incapaz de aprenderse su apellido, de mis sueños con María y Alonso, y de cómo, con la esperanza de poder conseguir sus rescates, en pago a mis servicios, además de paje era también informador de los aires de revuelta que se palpaban en el ambiente.

Era ya de anochecida, atrás quedaron los abrazos y la efusiva despedida. En el puerto había cesado la actividad cuando detrás de mí escuché unas pisadas que sembraron mi alerta. Giré a un lado y a otro y observé que una sombra cautelosa me seguía. Mi pulso se aceleraba y en una encrucijada di una espantada rápida y me resguardé tras unas maromas y redes amontonadas.

En la noche pude apreciar a mi perseguidor, sombra oscura y helada con aires de hidalgo y desuellacaras. Jubón negro, botas altas, capa, sombrero desplegado, pistolón de chispa y daga al cinto y una espada larga empuñada. ¿Dónde lo había visto antes? Tal vez en el bodegón donde había estado con el Vasco. Sí..., ahora lo recordaba bien, en la puerta del palacio de San Vicente y en la misma comitiva de Vasconcelos. Sin duda, había cometido una indiscreción, no había seguido las claras

instrucciones de Luis del Castillo: «Observar y callar», y sin pretenderlo me había sincerado demasiado en aquel mesón del puerto.

Lo perdí de vista. Ni podía ni deseaba enfrentarme en una lucha tan desigual. Jugaba al ratón y al gato y estaba claro quién era el felino. Yo solo disponía de un espadín por mi condición de paje y porque nunca he sido amigo del frío acero. Volví cauteloso la cabeza a tiempo de vislumbrar cómo un rayo, el reflejo de un lejano faro sobre su espada, pretendía cercenar mi brazo. Le interesaba vivo para saber qué secretos guardaba. Pero erró la acometida. Del mismo pánico di un respingo. Mi angustiado grito y el golpe seco y metálico resonaron en la noche. Aturdido como estaba y de pura suerte, logré detener la siguiente embestida con mi espadín. Enfurecido, mi atacante decidió no irse por las ramas y descargó sobre mi cabeza. Solo la fuerza del instinto hizo agacharme, estaba petrificado. Me rasuró los cabellos más largos con un fino corte de espada y en la piedra de la pared se levantaron chispas al chasquido del acero. Entonces, me dije «pies para qué os quiero».

Huía sin sentir las piernas. Espantaba a mi paso a algunos perros callejeros que se alejaban asustados dando ladridos lastimeros, otros canes más fieros se envalentonaban. Me internaba entre las humildes casas de pescadores, pero mi perseguidor no cejaba en su empeño.

Después de varios requiebros y una agitada carrera fui a dar a un profundo adarve. Alarmado, intenté retroceder para buscar otra salida, pero era demasiado tarde. A lo lejos divisé a mi agresor que había recuperado el resuello, seguro de que el ratón había caído en una ratonera, y avanzaba ya con cautela y tranquilidad. Sin escapatoria, me refugié en una oquedad de la pared, apretado contra la misma y sin apenas respirar. Cerré los ojos y me vi en el Arenal con mi amigo Alonso y cogido de la mano de María en los arenales de Zahara, ante un sol rojo que se hundía en la mar y con bandadas de gaviotas que besaban las olas. Los instantes se hicieron eternos. Sentía su respiración entrecortada, y me hice el firme propósito de que los dientes no me castañetearan. Cuando lo intuí a unos escasos pies de mí, como animal que huele el miedo de su presa, me encomendé a Dios.

Una impresión terrible, que jamás olvidaré, me dejó tan helado que no salió ni un grito de mi alma. Al abrir los ojos, vi los suyos espantados, desorbitados, a unas pulgadas de los míos, mirándome con incredulidad y una mueca terrible en su faz. Se tambaleó, giró la cabeza hacia atrás y cayó con estrépito al suelo. Aún tuvo tiempo de agarrarse con una mano a mi bota. Me temblaba hasta el alma, como a él su cuerpo con un puñal clavado en la espalda. Permanecí en el justo requiebro de la pared ocultando mi presencia, estirado y sobrecogido, y dando cobijo, además, a una de sus manos. Pronto lo vi moverse, aferrado aún a mi tobillo, todo su cuerpo era arrastrado por los pies.

—¡Maldito soplón! —resonó una voz—. ¿Qué hacías husmeando por nuestras casas? Se acabaron ya tus correrías.

—Ya te lo dije nada más verlo —añadió otro escupiendo al cadáver—. Es un

delator y un matachín bien pagado por el Conde-duque. Estaba el otro día con Vasconcelos en la iglesia, y forma parte de su pandilla de espías y soplones.

—Quizás haya sido una imprudencia —escuché una tercera voz con más autoridad, después de un tiempo que no supe precisar—. Hay que hacerlo desaparecer, o mejor aún, desnudarlo como si hubiese sido el robo de unos desalmados, que de armamento va bien cargado. Subidlo en la carreta y abandonadlo lejos, en un lugar discreto.

Me atreví a despegar tímidamente la cabeza y observé al trío en la semioscuridad. La silueta alargada de uno de ellos me resultó familiar, como si la hubiera visto en una de las tabernas que frecuentábamos De Silva y yo. Unos días después sí estaba seguro, y no era de extrañar que me encontrase en el mismo fatídico carro, pues no había escarmentado, y tanto va el cántaro a la fuente, que al final acaba rompiéndose.

De Silva, preocupado con los peligros y avatares que había sufrido, decidió que en nuestras próximas actuaciones fuéramos juntos. Su visita a un lejano pariente había sido provechosa, supo que el conde de Olivares había ordenado a la nobleza portuguesa que se incorporase a la guerra de Cataluña, y ello había provocado un gran malestar en la aristocracia.

—Tal vez quiere alejar a los hidalgos para mayor tranquilidad —razonaba mi señor— y lo más probable es que esté acelerando los planes de conspiración. Lisboa es un polvorín, estoy seguro de que se está tramando algo, y nosotros hemos de averiguar de qué se trata. Ese es, Hernán, nuestro desafío. Debemos cumplir la misión que nos ha traído aquí.

—Pero esperemos que el polvorín no nos estalle en las manos —le respondí cauteloso.

La Sadinhada era uno de los antros más frecuentados por nosotros desde que habíamos llegado, hacía un mes largo; allí dominaba un sentimiento patriota y libertino. Recuerdo con nitidez la noche en que pedimos una jarra de buen vino portugués; nos la sirvió Juanita la Mulata, de antaño prostituta, y que ahora, en su madurez, conservaba la huella de su antigua belleza. Mi señor don Manuel tratábame como un igual, coreaba chanzas anticastellanas e invitaba a algunos parroquianos, de los que conseguía contactos y alguna información.

Dos caballeros, uno muy joven y el otro ya mayor, nos invitaron a compartir su mesa, pues el local era pequeño y estaban todas ocupadas. Con la alegría que proporciona el vino, platicábamos sin preocupaciones en un ambiente espeso de antorchas y tabaco de Indias.

El más joven, Fernando Gamboa, mostrábase muy risueño y locuaz:

—Carmenciña, mulata como Juanita, es buena hembra, hace bien el amor y con el

ardor propio de su raza. El otro día, mientras mostraba con voluptuosos contoneos sus habilidades y buen hacer, el veterano cliente, en forzada postura, quedóse atrapado en su exceso de celo. Todo intento de moverse era acompañado con gritos de dolor. Ella, en principio, creyó de placer al haberse este vaciado como una esponja cuando se exprime. Entre cuatro caballeros hubieron de sacar al pobre descoyuntado, agarrotado, cual estatua, con ayes lastimeros que sobrecogían el ambiente de sorna y las puyas entrecortadas de los divertidos presentes. Salió desnudo como su madre lo trajo al mundo, y con las manos extendidas sin alcanzar a tapar sus arrugadas vergüenzas.

—¡Vaya chasco! Sin duda, pasaría del cielo y del puro éxtasis al infierno. Qué situación tan dolorosa y ridícula —comentó De Silva entre risas.

—Eso por querer hacer filigranas con hembras tan expertas que absorben todas las fuerzas —dijo, mientras apuraba el vino.

—Por cierto, ¿saben vuestas mercedes cuán putaño en grado máximo es el rey Felipe IV? Su majestad parece prestar atención a todas las mujeres menos a la suya —continuó mi señor, sin bajar el tono de voz y con una amplia sonrisa, en un intento de ganarse a la concurrencia hostil a la corona.

—Felipe IV —cortó Fernando, molesto por la alusión— solo es rey de los castellanos. Nosotros los portugueses pronto nos liberaremos de ese yugo extranjero.

El caballero de mayor edad y rango se llamaba Juan dos Santos y pareció no gustarle el nuevo giro que tomaba la conversación. Miró con gravedad al joven como si le reprochara su comentario y recondujo de nuevo la plática a temas más frívolos.

—Dejémonos de asuntos serios y divirtámonos. Me han hablado de una joven que supera a Carmenciña e iguala a Juanita en sus mejores tiempos —su voz me resultó conocida, pero no le di entonces mayor importancia.

—Sí —dijo con énfasis Fernando, con el rostro de nuevo sonriente y pícaro—, es Rosalía, una rolliza rubia que te cubre con sus curvas y te mete dentro, y, si te dejas llevar, te succiona hasta por los poros. ¡Vayamos presto esta noche! Hace su oficio en la misma casa que Carmenciña.

—Bueno, aunque solo sea por conocer tan virtuosos encantos femeninos, bien merece la pena. Vamos, Hernán, y descubramos las maravillosas hijas de Venus que nos reserva la ciudad.

Y en definitiva así fue como, partiendo en busca de los placeres de Venus y las bondades de Baco por las viejas callejuelas de Lisboa, acabaríamos atados, magullados y amordazados en aquella destartada carreta que nos conducía, cual Caronte, a las mismísimas orillas del río de la muerte.

II

EL LABERINTO PENINSULAR

LA REBELIÓN PORTUGUESA

La carreta se movía renqueante en la noche con tinieblas de carbón por las solitarias calles de Lisboa. Sentía los huesos entumecidos y un incesante dolor de cabeza. En la angustia y trascendencia de las situaciones dramáticas, cada instante es una eternidad, y por mi memoria había desfilado con extremado detalle el torbellino de sucesos desde mis primeras fechorías en el Arenal hasta este quejumbroso estado en que ahora nos encontrábamos.

Me rebelaba contra la idea de no volver a ver mis amigos, de alejarme para siempre —sin posibilidad ya de rescate— de mi amada María. En el peor de los casos, la muerte —me decía a mí mismo— sería, según había leído en un libro de un filósofo griego, como una noche eterna, sin sueños ni pesadillas, que transcurriría en un segundo, como cuando se duerme de un tirón sin sobresaltos. ¡Dios mío, hasta de ti dudaba! A pesar de todo, mi alma se quejaba y no aceptaba este final. Me aferraba con fuerza a la vida y a la esperanza; mas por instantes, me sobrecogía un miedo enorme, sin paliativos; inerme e indefenso ante un destino inmediato que no podía soslayar.

Tras un tiempo angustioso y eterno, el angosto carro paró, golpeé con mis pies atados a mi señor De Silva para ver si reaccionaba y logró volverse con ojos tristes y resignados. Un golpe de aire frío escupió a mi cuerpo, que lo acogió con temblor.

Se llevaron primero a mi amo y después me cogieron entre dos como a un fardo. La noche oscura, sin luces en el cielo, rajaba las esperanzas. Impotente, intentaba afrontar con fortaleza mi sino. Me arrojaron al vacío; un cosquilleo tenso recorría mi cuerpo, los vellos se me erizaron; cerré los ojos. Me preparaba para afrontar con decisión la caída a las frías aguas. Al menos, me consolaba, no me han colocado lastre para irme al fondo y tal vez tenga alguna oportunidad de salvarme. No me dejaría dominar por el pánico. Mi vida no podía concluir así, y aún me aferraba a una posibilidad de salvación, más un repelús recorría mi alma al sentir el vacío y el desamparo. Todos estos pensamientos me sobrevinieron arremolinados con frenesí en un solo instante.

El súbito aterrizaje fue sorprendente. Con un movimiento reflejo y nervioso comencé a patallar como si quisiera mantenerme a flote. Sin embargo, no me hundía, pues no había agua; forcejeaba sobre paja humedecida y algo fermentada en una cuadra situada en una zona más baja. Cerca de donde yo había caído hallé también a mi compañero de infortunio, al que golpeé involuntariamente con el pie. Adquirí conciencia de mi nueva y sólida situación.

Aliviado y sorprendido, envuelto en agrio olor fétido, no entendía bien este nuevo compás de espera. Pensaba febrilmente. ¿Estarían ultimando los preparativos para arrojarnos sin dejar rastro y sin testigos o, tal vez, habían decidido posponerlo por cualquier motivo? No tenía una noción clara del tiempo transcurrido.

Vislumbré un farol que se acercaba y oí unas voces apenas perceptibles. Un grupo

de cuatro personas, entre ellos los dos caballeros que nos habían invitado a su mesa, se aproximaron a nosotros y, después de quitarnos la mordaza, comenzó a hablar el mayor de ellos, Juan dos Santos:

—Vuestas mercedes disculpen este triste y desgraciado enredo. Los venimos observando desde hace días y su anticastellanismo nos sonaba huero y aprendido. Su afán de preguntar y buscar simuladamente información nos hizo desconfiar y, sobre todo, nos confirmó la sospecha de que eran agentes del Conde-duque la entrevista que han mantenido con el infame Vasconcelos. Les hemos tendimos esta emboscada para hacerlos desaparecer sin dejar rastro. El salvoconducto que hemos encontrado al registrarlos —miraba a mi señor—, de la mujer de quien está llamada a ser consorte del futuro rey de Portugal, los ha salvado.

Demasiado tarde había reconocido a Juan dos Santos, cuya silueta y voz con razón me resultaban familiar. Su perfil alto y seco, su rostro aguileño. Su voz grave y autoritaria era la misma que pretendió enviarnos a las profundidades del averno, como lo hizo con el matachín de Vasconcelos.

—No simpatizo con Castilla —decía De Silva con voz débil y con un renovado brillo de esperanza en sus ojos—. Soy portugués y andaluz, y si alguien merece mi respeto son mis señores de Medina Sidonia, sobre todo doña Luisa de Guzmán, esposa del gran duque de Braganza, en cuyo palacio hemos estado también. No fuimos a entrevistarnos con Vasconcelos, sino a presentarnos a la Virreina por cortesía del duque de Medina Sidonia. Como estaba enferma, nos atendió el mencionado personaje, al que nada apreciamos.

—En cuanto a mí —señalé nervioso y aliviado—, solo soy un pobre criado, y aunque no entiendo de políticas, he escuchado una y mil veces decir a mi señor que el Rey es un títere en manos del Conde-duque de Olivares, persona vanidosa, cuya ansia de poder está llevando a los reinos de España a la ruina.

—Bien, ¿son entonces de los nuestros? —preguntó con ingenuidad Fernando Gamboa mientras miraba a Juan dos Santos, que parecía ser el jefe.

—No sé si actúan por cuenta del duque de Medina Sidonia o simplemente son lo que intentan aparentar, hombres en pos de oportunidades en un mar revuelto. Lo que sí descarto es que sean agentes del nefasto señor de Olivares.

—Somos hombres libres, aunque ligados al señorío de Medina Sidonia. Pero, por nuestro honor más sagrado, no guardamos fidelidad a Madrid, ni menos al advenedizo del Conde-duque, que es de la rama menor de los Guzmanes y la historia se encargará de situarlo en el muladar, en el estiércol que se merece.

—Bien, más pronto de lo que pensáis caerá el poder castellano. Espero contar con vuestras lealtades. Pasad dentro de la casa, que el ama os curará la herida, no sea que por obra del diablo se os infecte y gangrene.

—Solo es superficial, con un buen emplaste y un pequeño vendaje será suficiente —contestó De Silva.

Resurgimos de nuevo a la vida, tras los terribles sustos acaecidos, y reanudamos nuestra actividad, ahora con mayor cautela, después de unos días de descanso y acople de fuerzas. Si no estuviese pendiente el rescate de Alonso y María, probablemente no habría dudado en marcharme de Lisboa y desistir de toda obligación con el duque de Medina Sidonia, pero, dadas las circunstancias, lo más prudente era continuar mi empeño. Además, no quería abandonar a mi señor, que me había tratado como a un igual.

Le referí a De Silva la conversación que había escuchado en el maldito carro, referida a la toma del palacio de la Virreina. Conocer la trama que se gestaba casi nos cuesta la vida. Pero esta era la operación clave de la rebelión portuguesa. Teníamos una información trascendental aunque la fecha del asalto nos era desconocida, pero ciertas pistas hacían prever que iba a producirse no más tarde de un mes.

Conforme a las instrucciones recibidas antes de partir a Portugal, fuimos con mucho recato —incluso cambiamos de ruta para despistar posibles acechos— hasta encontrar un pequeño mercante, el Santa Lucía. Esta embarcación haría escala en Lisboa a finales de octubre y se dirigiría posteriormente al puerto de Sanlúcar y Sevilla. A través del piloto, enviamos un mensaje al *jardinero*, como habíamos convenido, con muchas reservas y prudencia para no llamar la atención y pasar desapercibidos:

La fruta está madura y pronto caerá del gran árbol, al igual que en otras tierras. Se prepara un trabajo de poda para finales de noviembre con el fin de eliminar de un solo tijeretazo el cogollo central.

Además de las tabernas y los mercados para recoger información, las iglesias — con su enorme influencia desde los púlpitos— constituían un lugar adecuado para palpar el ambiente. Muy significativa y elocuente para nosotros fue la visita a un templo cristiano en el barrio del Castelo, antigua judería, que se abarrotaba todos los domingos y donde se observaba en estos días un mayor trasiego. Un sacerdote cincuentón, con una pronunciada calvicie, decía misa y se dirigía a los allí congregados:

—Quiero comentar una breve parábola, del mismo modo que Jesús hacía con sus discípulos. Si un extranjero roba la hacienda de vuestros señores y se convierte en el amo, os exprime con nuevos impuestos y os quiere imponer extraños reglamentos, ¿sería justo por la ley de Dios, todopoderoso, jurar fidelidad y servir a quien ha usurpado y robado? O, más bien, pensáis conmigo que la justicia divina, todopoderosa, debe corresponder a los legítimos derechos de vuestro primitivo señor, que no es extranjero, que no va a expoliar vuestra casa ni imponer extrañas normas —después de una pausa, con una mirada desafiante y llena de fulgor, alzó aún más la voz—. Hijos míos, el día en que la justicia de Dios omnipotente, con la ayuda de los

hombres aquí en la Tierra, se imponga, está cerca. La tiranía y la injusticia serán desterradas, aunque ello sea con las mismas fuerzas de las armas que las han impuesto.

Nos salimos convencidos de la inmediatez del asalto al dominio castellano y de la labor de propaganda que, desde el púlpito, se favorecía. Era evidente la implicación del clero en la revuelta que se avecinaba.

Solo nos restaba averiguar la fecha exacta del golpe previsto, decisión que se tomaría en un círculo cerrado, del que formaba parte Juan tíos Santos.

Nos hacíamos ver por el palacio del duque de Braganza en Lisboa como protegidos de su esposa, doña Luisa de Guzmán. Ambos, cautelosos, no se encontraban en la capital. El salvoconducto protector era nuestro principal seguro de vida en un palacio convertido en un avispero peligroso y en centro vital de la conspiración. Una mañana me encontré allí al supuesto espía francés que se apartaba de la vista de Vasconcelos tras el tumulto de San Vicente. Su presencia en el palacio confirmaba nuestras sospechas.

Juan Pinto Ribeiro, agente y abogado del duque de Braganza, junto a destacadas personalidades como Pedro de Mendoza, alcaide mayor de Mouron, el obispo de Elvas, el marqués de Ferreira, Francisco y Jorge de Melo, parientes de Juan dos Santos, dirigían la conspiración, mientras el mismo duque de Braganza mantenía una actitud discreta, que le permitiera recoger vela si la conjura salía mal. No se implicaba abiertamente, sino que esperaba acontecimientos desde la finca de Villaviciosa donde residía con su esposa.

De Silva, buen conocedor de la historia y la realidad del reino portugués, intentaba razonar en voz alta y al mismo tiempo aclararme las claves del conflicto:

—La aristocracia portuguesa, el alto clero y la burguesía no se opusieron en un principio a la unión ibérica en la persona del monarca más poderoso de su tiempo, Felipe II. Sobre todo, los comerciantes anhelaban la plata americana que llegaba generosa a Castilla.

—¿A qué se debe este cambio de situación?

—Sesenta años después, Hernán, la realidad es bien distinta: la decadencia económica, el centralismo castellano que Olivares quiere imponer a todos los reinos, además de aumentar la contribución económica, unido a los desplantes que este hace a la nobleza, han puesto en un mismo puño a todas las partes, desde el pueblo que siempre ha acumulado un odio anticastellano, hasta la alta aristocracia —concluía satisfecho de descifrar y dar una explicación lógica a la previsible revuelta portuguesa.

—Además, el reclutamiento de tropas en Portugal para sofocar la revuelta catalana ha sido otro motivo de descontento para el pueblo —añadí, deseoso de aportar ideas de mi cosecha, fruto de mis indagaciones, a la plática de mi señor.

—Por supuesto, Hernán.

Los portugueses son muy religiosos y tienen a mucha gala sus largos viajes por la mar y sus colonias. De lo suyo muestran gran orgullo, por ello ponen mucho celo en tratar de lograr su independencia. Por lo demás, es un pueblo de trato agradable y natural amable, aunque bien hube de guardarme mi ascendencia castellana; en el aspecto físico, si no era traicionado por el acento, en nada me diferenciaba, pues en la cara y en las hechuras son iguales a nosotros.

La indiscreción de un criado negro de uno de los nobles conspiradores, con quien había entablado amistad, nos orientó acerca de la fecha exacta del golpe: «Mi señor me ha ordenado que limpie y ponga a punto sus armas, hasta las más viejas, antes del 28 de este mes, fecha en la que harán un gran servicio a la patria», me dijo confidencialmente.

Enviamos precipitadamente un último mensaje unos días antes, cuando noviembre estaba ya muy avanzado: *La fruta está madura y a punto de caer, probablemente el 28 de noviembre será la gran poda*, dirigido al jardinero y a una dirección en Sanlúcar, a través de un servicio de posta que haría parada en esta población.

Un imprevisto viaje de Vasconcelos por el Tajo sembró la alarma y el desasosiego entre los altos personajes implicados. Se temió en estos círculos lo peor. La conspiración había sido descubierta y Miguel Vasconcelos, siempre rodeado de un servicio de delatores y soplones, una vez enterado, se dirigía a informar al conde de Olivares para preparar la temida represión y la caída de cabezas tan principales.

Era lo más evidente, lo extraño era que el Secretario no se hubiese enterado antes. El pánico cundió y la alarma se extendió entre los altos conspiradores; algunos, temerosos, decidieron esconderse para intentar escapar con posterioridad del país.

El temido y odiado Vasconcelos, tal y como se había marchado, regresó inesperadamente al palacio de la Virreina. No había indicios de represión. Una tormenta descargaba sobre la ciudad con una furia de relámpagos y truenos, signos de mal presagio; sin embargo, para asombro de todos, nada más ocurrió.

La caída del palacete, prevista para el mismo veintiocho, se retrasó un par de días. Las jornadas eran tensas y los nervios se adivinaban en la expresión de los rostros severos y amedrentados. Juan Pinto, Jorge de Melo y otros llegaron de sus escondites para tomar la rienda de nuevo.

Una larga y helada noche despidió el mes de noviembre. Se afilaron bordes y puntas de cuchillos, dagas, espadas y horcas campesinas; arcabuces, mosquetes y pistolones se ajustaban para que no errasen en su cometido; la pólvora y las municiones fueron exhumadas de sus escondites. La mezcla de tensión y zozobra se palpaba en el

ambiente: «Ahora o nunca». «¿Y si todo fuese una trampa, una ratonera?», habíamos oído aquella misma tarde en el palacio del duque de Braganza. La Sardinhada cerró sus puertas, pero en su interior continuaron los preparativos y el consumo de jarras de vino.

El nuevo día se iniciaba con un alborear gris plomizo, impregnado de ráfagas de viento húmedo. En toda la noche no había cesado la vigilancia del palacio, discretas parejas se turnaban con un suave e imperceptible murmullo: «¡Viva Portugal libre!».

Los nobles conspiradores entraron en palacio progresivamente desde primera hora de la mañana, hasta sobrepasar la treintena, todos bien armados. El retén de guardia que ocupaba la sala de Tudescos no mostró desconfianza ante los ilustres caballeros, que argumentaron, unos, tener audiencia con la Virreina y, otros, atender asuntos particulares. De Silva, sin estar invitado expresamente, no faltó a la cita, acudió aquella mañana a palacio y yo con él. Durante los tres últimos días no había cesado una vigilancia prudente sobre nuestras personas. Aquello fue introducirnos en las fauces del lobo.

Eran las nueve de la mañana cuando un tumulto popular, armado de horcas, palos, espadas, cuchillos diversos, broqueles para protegerse y algunas armas de fuego, afluía desde diversos puntos a la plaza.

«¡Viva Portugal libre! ¡Muera el yugo castellano! ¡Viva el rey Juan IV!».

Eran los gritos coreados por la multitud furiosa. La guardia, alarmada ante la revuelta, abandonó la vigilancia interior pensando que todo el peligro estaba fuera. Se preparaba para repeler el previsible ataque. Se produjo un primer cruce de disparos. Algunos defensores y asaltantes fueron abatidos.

El desconcierto y el tumulto exterior los aprovecharon Juan Pinto y los suyos para ocupar los puestos claves y efectuar los primeros arrestos de altos funcionarios. Juan dos Santos, con el arma empuñada dirigida a nosotros, se acercó con cara de pocos amigos. De Silva lo saludó tranquilamente con el mismo grito que resonaba fuera:

—¡Viva el rey Juan IV!

—¡Vamos! Es el momento de actuar —fue su escueta respuesta.

La confusión aumentaba y la resistencia interior, distraída con la revuelta de la plaza, resultó fácilmente anulada por el grupo armado que iba tomando posiciones. Un funcionario, al encontrarse por sorpresa con ellos, pensó que eran defensores y, llevado por un exceso de celo, gritó para congratularse:

—¡Viva el rey Felipe IV!

Sin mediar palabra, sonaron dos disparos que acabaron con él de forma fulminante. Su error de apreciación de bando le había costado la vida, cuando lo más probable es que le fuese indiferente quien reinase en Portugal, mientras mantuviera sus prebendas.

El motín exterior replegaba su cabeza entre carros y parapetos. Era evidente la superioridad de las armas de la guardia, que se batía cómodamente. Pero poco iba a durar. Instantes después, sin apenas tiempo para la sorpresa, se vio acribillada por un

fuego a su espalda desde el interior de palacio. Los minutos de confusión que impregnaron el aire de pólvora y los traidores silbidos de los disparos fueron aprovechados por la muchedumbre rabiosa que se les echó encima. Los soldados defensores, desconcertados, optaron por rendirse, sin comprender aún bien la situación.

La resistencia a la entrada de palacio estaba anulada y vencida. Las figuras claves, la Virreina y Vasconcelos, se encontraban en el ala superior, desconocedores aún del desenlace definitivo de los acontecimientos. Este último, alarmado, se dirigió junto a un oficial para calibrar el alcance de la misma y comenzaba a bajar las escaleras cuando los rebeldes iniciaban la subida.

Su cara expresó sorpresa y pánico y, dando un respingo, cambió precipitadamente de rumbo y emprendió la huida. El joven militar entregó su espada tras ser herido en un brazo y una vez que la superioridad numérica de los asaltantes le hiciera desistir y rendirse.

Un grupo enardecido y consciente de la dificultad de la escapatoria del hombre más odiado emprendió la caza de este. La persecución se realizaba de una sala a otra, mientras Vasconcelos intentaba, con desespero y torpeza, cerrar las puertas, en un vano intento de ganar tiempo. Los rebeldes gritaban con fiereza:

—¡Muerte al tirano!

—¡Viva Portugal libre!

Al llegar los conspirados a la última dependencia, había conseguido cerrarla, pero la forzaron con rapidez y extremada violencia. Parecía, entonces, haberse escapado, no había rastro de su persona.

—¡Maldición! ¿Por dónde ha ido? ¿Hay alguna cámara secreta? —rugió Dos Santos. Solo una mujer del servicio, ya entrada en años y de aspecto rechoncho, se encontraba en otra sala contigua. Antonio de Soutelo, uno de los cabecillas más decididos, sin dudarlo, le puso un afilado estilete en el cuello; la mujer, muy asustada, se limitó a señalar con los ojos un estante cercano. Un silencio profundo y expectante la acompañaba mientras se dirigían todos hacia el lugar indicado.

El gris del día se esforzaba en entrar en la estancia por la ventana semicerrada. Antonio de Soutelo comprobó, antes de abrir las finas puertas de caoba de la parte baja del estante, que sus pistolones estaban cargados; sacó de su guarida al agazapado y desencajado Vasconcelos empapado en sudor frío y, sin más preámbulos ni discursos, le disparó con frialdad dos tiros en la cabeza.

La Virreina permanecía aún encerrada en su despacho con las puertas atrancadas, en otro lateral del palacio. Cuando los conjurados comenzaron a derribarla, ordenó abrirla. Entraron precipitadamente y encontraron a la princesa Margarita de Saboya acompañada de otras damas muy asustadas.

Desde el centro de la habitación, con talante grave pero decidido, se dirigió hacia

el grupo que había irrumpido en su dependencia, sin dejar de mirar directamente a los ojos de aquellos hombres.

—Caballeros, os pido que no os precipitéis. Me comprometo a buscar una solución justa para todos e iniciar una negociación directa con el rey Felipe IV, en la que no haya represalias y se atiendan vuestras principales peticiones.

Tras un silencio, Juan Pinto, mayordomo de los Braganza y líder de los conjurados, gritó: «¡Viva el rey don Juan IV!». De inmediato lo corearon sus acompañantes. Un nuevo silencio acompañó el arcabuz que se levantaba ostensiblemente y apuntaba a la cabeza de la princesa. A punto estaba de tronar, a la espera de una indicación de Pinto, cuando ella, sin perder la calma y con un leve titubeo que solo manifestó con un ligero parpadeo, exclamó: «¡Viva muchos años!». Disminuyó la tensión en el recinto y afloró la alegría contenida por los nervios. La princesa solo fue detenida. La operación principal del golpe de Estado había triunfado.

—Es curioso, Hernán —me susurró De Silva—, que muchos de estos hidalgos, hoy sublevados en este palacio, participaron hace solo tres años para aplastar la revuelta popular. Incluso el tan aclamado Juan IV ayudó a su cuñado, don Gaspar, en la represión de la misma. El conde de Olivares y su despótico hombre en Lisboa han tenido la *virtud* de poner todos los sectores en el mismo frente: contra Castilla y a favor de la Independencia.

El cadáver de Miguel Vasconcelos fue arrojado al exterior como señal inequívoca de la caída del palacio y del dominio castellano. Fue recibido con júbilo por la turbamulta, que se ensañó con él en pago de sus agravios y miserias. Era el símbolo odiado del depuesto poder castellano. Pisoteado, arrastrado y decapitado, hallábase en la plaza del Rossio. Sentí náuseas ante tanta violencia y tanta furia desatada con sus restos, masa sanguinolenta difícil ya de identificar. Unos frailes lo recogieron para enterrarlo en un lugar anónimo y evitar, así, posteriores ultrajes.

La Virreina viose forzada a pedir la rendición de la guarnición castellana del castillo de San Jorge, en lo más alto de la colina sobre la que se asentaba la Alfama, y de otras pequeñas fortalezas que custodiaban el río Tajo, como la estratégica Torre Belém en la desembocadura. Muy presionada por los portugueses, accedió solo para evitar un mayor derramamiento de sangre.

Las campanas repicaban con fuerza y anunciaban la liberación. El pueblo inundaba las calles, tabernas y garitos, donde se comentaba toda suerte de noticias, parabienes y resonaba por doquier el grito de ¡Viva el rey Juan IV!

Asistí incrédulo a algunos de los nuevos prodigios, tan frecuentes en aquellos días, previos a la llegada del nuevo Rey. Pasaba el Cristo crucificado por la Calle Mayor con vítores y a hombros de unos jóvenes, en un día especialmente luminoso y claro, cuando una mujer de aspecto humilde y simple rompió en gritos enardecidos.

—¡Ahhh, milagro, milagro! ¡Nuestro señor Jesucristo ha bajado el brazo!

—¡Milagro! ¡Milagro! —corearon muchas voces, extendiéndose como la pólvora.

- ¡El señor ha bajado el brazo!
—Sí, yo lo he visto también, ha sido el brazo derecho.
—¡Milagro! ¡Milagro!
—Sin duda, el Señor ha querido bajar el brazo en señal de bendición.
—¡Milagro! ¡Milagro!
—Dios ha bendecido la independencia. ¡Viva el rey don Juan IV!

De Silva me puso al corriente de otro extraño fenómeno que sin duda había influido en el ánimo popular, proclive a las intervenciones divinas.

En la tarde anterior, un Cristo, vestido con un manto de color violeta y oro había movido afirmativamente la cabeza después de oír el grito de ¡Viva la Independencia! Incrédulo —mi señor— y pensando que había gato encerrado, se acercó discretamente hasta descubrir finalmente un mecanismo oculto que, accionado desde abajo, conseguía el cabeceo de la sagrada imagen. La pequeña palanca era movida secretamente por el sacerdote, el mismo que sermoneaba en la iglesia del Castelo con furia anticastellana.

—Conseguir la bendición del cielo y el apoyo del clero es sin duda un buen sostén para tan nueva situación —me decía sonriente y nada contrariado.

La casi total ausencia de tropas castellanas, empeñadas en Cataluña y en las guerras exteriores, facilitó que los rebeldes se apoderasen de todo el país. Los conjurados formaron un consejo de regencia hasta la llegada del Rey y recibieron el apoyo incondicional de Francia. La princesa Margarita fue escoltada hasta la frontera, mientras el tan aclamado Juan IV mantenía su cautela y no llegó a la capital hasta el seis de diciembre, cuando el golpe estaba ya consolidado.

Tras una fatigosa travesía, sin tropiezos importantes, logramos llegar a Tavira, en la costa sur portuguesa. En nuestros oídos resonaban aún los ecos populares de aclamación a la nueva corona de Portugal. Pagamos a un barquero que, dadas las especiales circunstancias de mayor riesgo, nos duplicó el precio. Nos condujo dando un rodeo para evitar el peligro al otro lado del Guadiana, frontera natural en su tramo inferior entre los reinos de Castilla y Portugal.

LA CONSPIRACIÓN ANDALUZA

Me encontraba feliz con el regreso después de tantos peligros en tierras lusitanas. Una ligera llovizna humedecía nuestros rostros cansados. En la mar asomaron reflejos verdosos sobre un azul opaco; las nubes, dudosas entre el blanco y el gris, se mudaban en mil formas hasta encapotar, por fin, el cielo. La escasa luz se traslucía con un aro tibio de calidez, débil para el gélido ambiente.

En Ayamonte había movimiento de tropas; para nuestra sorpresa, el Duque en persona se encontraba al frente de las operaciones en la misma frontera, junto al Marqués de este señorío.

Don Gaspar, sabedor de nuestra llegada, nos hizo llamar. De Silva me susurró que no dijese nada del primer mensaje enviado desde Lisboa con el piloto de la nave Santa Lucía, según instrucciones directas de Luis del Castillo. No entendí bien la razón o razones para silenciarlo, tampoco las explicó, mas preferí no inmiscuirme y dejar que las aguas siguieran su cauce.

Un criado del Marqués nos condujo hasta una sala pequeña del interior del palacio, sin ventanas y bastante discreta. La salita daba a un salón central fastuosamente decorado, tapizado con tafetán escarlata y espejos con marcos dorados finamente labrados. El acceso estaba vigilado por guardias que solo permitían la entrada con autorización personal del señor de Medina Sidonia. Nos esperaba el Duque, en actitud impaciente. Lo acompañaban Castillo, con el rostro serio y la mirada aguda, y, en el otro extremo, sentado en un lujoso sillón, Francisco Antonio, el marqués de Ayamonte, que leía un pasquín anticastellano escrito en portugués.

De Silva expuso, con voz firme y buen sentido de la realidad, las tribulaciones que habíamos padecido, a las que yo añadí alguna pequeña observación. Todos nos escuchaban con gran atención y respondíamos a las preguntas que, a veces, contestábamos entre los dos, siempre mi señor en primer lugar: ¿Qué altos personajes estaban implicados en la conjura? ¿Cómo había apoyado la Iglesia la revuelta? ¿Qué protagonismo había tenido el duque de Braganza? ¿Era patente el malestar contra la política del Conde-duque? Al concluir, don Gaspar, acalorado, dirigió su enfado a su todopoderoso pariente de Madrid:

—Es nuestra gran oportunidad, la debilidad del conde de Olivares ha llegado al máximo y puede ser el momento de alcanzar su destitución. El muy bellaco me ha acusado a mí, el aristócrata más poderoso de Andalucía, uno de los Grandes de España, de desidia ante el Rey por no apresurarme a acudir con celeridad a la frontera. Y ahora, espera que invada Portugal con mis propios medios y que ello provoque la ruina de mis señoríos y de mi familia.

—La causa de Portugal es la de nuestra sangre —aseveró el Marqués, que mostraba más sosiego y permanecía sentado, pero en sus intenciones apuntaba peligrosamente alto, y de sus ojos brotaban llamaradas anhelantes de ambición y poder—. ¿No sería preferible ser monarca de un gran Estado andaluz soberano? ¿O

bien prefiere, su excelencia, aceptar esta situación claudicante, a las órdenes de un tío soberbio y envidioso de su menor rango que aprovecha cualquier ocasión para motivar nuestro descrédito ante el Rey?

Un silencio heló a los presentes tras estas duras palabras del Marqués. El Duque miró nerviosamente a su consejero y persona de confianza, Luis del Castillo, buscando su apoyo. Este, distraído, parecía derramar su atención en los guadamecés de bellísimos repujados. Nadie le iba a restar el turno al señor de Medina Sidonia.

—Seamos cautos y esperemos acontecimientos. Bien distinto es pedir la destitución del Conde-duque que forzar y disgregar un nuevo reino en el sur, aunque a veces no me falten las ganas —bajó el Duque su tono de voz, temeroso de lo que decía—. De momento, ahí están nuestras peticiones emanadas del Consejo de Guerra para invadir Portugal: diez mil infantes, mil caballos, cañones de culebrina, mosquetes y arcabuces, además de la intendencia necesaria para mantener dicho ejército.

—No sea ingenuo, querido primo, ¿de verdad pensáis que nuestro pariente en la Corte va a daros medios para que tengáis un éxito? Más bien espera que un fracaso os hunda para siempre, o que el coste de la campaña arruine nuestros señoríos aún más y no podamos levantar cabeza en mucho tiempo. Además, ¿está la monarquía en condiciones de sostener tantos frentes como ahora tiene: guerra contra los protestantes en el Sacro Imperio, con los holandeses de las Provincias Unidas, contra la poderosa Francia, Cataluña, Portugal y por qué no Andalucía también, a la que seguirían Aragón y Nápoles? Podría ser oportuno aprovechar la debilidad, dadas las circunstancias, de este mal gobierno y formar con nuestras tierras un Estado propio e independiente —tras una breve pausa, pudo comprobar en los rostros el impacto de sus palabras: el apoyo inconfesado de Castillo y del propio De Silva y un ligero temblor de desconcierto y miedo en don Gaspar. Decidió dar un golpe de efecto—. Incluso una república nobiliaria, si vuesa excelencia no quiere asumir la realeza.

Un nuevo silencio siguió a las palabras del Marqués. Nadie se atrevía a interrumpir este particular y grave duelo con don Gaspar, que había pasado de la ira contra su poderoso tío a una cierta incomodidad por el giro de la conversación. Impaciente, alisaba con la mano su esmerado traje de terciopelo negro y fino algodón rojo.

—Bien arriesgado es lo que tan ligeramente proponéis, querido Marqués —declaró finalmente—, esperemos qué acontece antes de hacer nuestra jugada.

—Ahora, o quizás después sea demasiado tarde —continuó enérgico el Marqués—, las fuerzas castellanas están exhaustas ante tantos frentes, y podría ser nuestra gran posibilidad, siempre bajo vuestro excelso mandato y fehaciente sabiduría que acataría toda la nobleza andaluza —lisonjas con las que buscaba suavizar y atraerse al Duque, de personalidad más voluble si no se le contrariaba abiertamente.

De Silva había respondido personalmente de mí y apostaba por mi discreción y plena confianza. Me ilusionaba con la posibilidad del rescate de mis amigos. Mi señor me había pedido paciencia, puesto que las pesquisas que realizaban en Argel los emisarios del camarero mayor habían dado su fruto: tenían datos de un tal Alonso, que parecía corresponder a la identidad de mi amigo; del apodado el Pincho, que estaba condenado a galeras, y de la joven, solo averiguaron que servía en el palacio de un gobernador.

El frío invierno de 1641 transcurría pendiente de una campaña que no llegaba a realizarse, entre otras razones, por la falta de medios y recursos para emprender una acción de envergadura. Se mantenían las reuniones oficiales de la Junta presididas por el Duque —en la que había hombres allegados al conde de Olivares— y otras secretas con Luis del Castillo, el Marqués y espías de confianza de ambos señores. Entre los agentes de don Francisco Antonio de Guzmán, marqués de Ayamonte, se encontraba el clérigo Martín Zamudio, personaje extrovertido y bonachón que solía acariciar satisfecho su oronda barriga. Disponía de una propiedad en Portugal heredada de su madre, lo que, junto a su condición de hombre de Dios, facilitaba el contacto y evitaba sospechas.

El ejército de Andalucía, que acampaba en la frontera sur, se reducía a dos compañías de infantería procedentes de Sevilla y una de caballería formada en Sanlúcar. Entre todas no superaban el medio millar de soldados. Cabía la posibilidad de aumentar las tropas sevillanas ante la buena acogida que mostró a las levas el asistente de la ciudad, el conde de Salvatierra; pero fue rechazada con el reproche de los más allegados a la corona, que no participaban en el círculo de confianza, y con la justificación esgrimida por el Duque de que el incremento de la soldadesca agravaría más los gastos, y era innecesario si no venía antes la ayuda de la capital.

De Madrid no llegaron las armas, ni la pólvora, solo naipes para matar el aburrimiento y un traje de gala para orgullo del Duque, solicitado por él, con dos pares de pistolas en fundas verdes a juego con los jaeces de su caballo. En los almacenes apenas quedaban veinte quintales de pólvora, huérfanos de mosquetes, arcabuces y cañones. En esta situación era impensable una ocupación de Portugal. En los ánimos del Duque, y menos en los del Marqués, no estaba asumida la ocupación del rebelde y nuevo Estado con una Guzmán en la realeza.

El cierre de fronteras en los reinos perjudicó a todo el comercio. A los campesinos acostumbrados a cruzar sin importarles si estaban en Portugal o Castilla, les resultaba difícil habituarse a esta tensión. Algunos fueron acusados de espionaje. Cierto es que

había un tránsito de espías —en el que yo participé—, no muy efectivo, ya que la situación era conocida por ambos bandos.

El paso lo realizábamos por la zona menos visible del Guadiana, aunque cercana al castillo que custodiaba la frontera. Alcanzábamos los terruños próximos a la ermita de San Antonio, vigilada por la guardia portuguesa, por lo que era necesario extremar aún más las precauciones.

Una suave hondonada apartada de los caminos más transitados era el sitio convenido. Junto a un viejo álamo blanco con el tronco grueso y recortado que balanceaba sus primerizas hojas plateadas al movimiento de la brisa fresca, esperaba al contacto, vestidos ambos como campesinos lugareños.

Una tarde hube de esconderme de una patrulla portuguesa. A unos pies de mí pasaron, mientras yo permanecía escondido en una zanja, casi sin respirar y aparentando estar dormido. Tras despistarlos logré llegar al ansiado álamo, donde me esperaba impaciente el otro agente. Intercambiamos información después de identificarnos con el santo y seña.

—¡Quién vive!

—El pescador que llegó en bergantín.

—Buen puerto ha hallado.

Le entregué una bolsa con ducados y le indiqué las nuevas instrucciones dadas por Castillo. Recogí la información escrita y la guardé cuidadosamente en una bolsa de cuero para evitar que se humedeciera al pasar el río. En otras ocasiones, bastó el intercambio oral, más seguro ante una posible captura. Tuve que utilizar una contraseña distinta a la vuelta para evitar ser descerrajado de un tiro al pasar la frontera. La dio —como cada día— el Maese de Campo que dirigía las operaciones militares.

He de reconocer que sentí miedo, y un cierto vértigo recorrió mi cuerpo en los momentos de mayor peligro. Después, pasados estos instantes y al sentirme a salvo, me reconfortaba el haber llevado a buen fin la misión que se me había encomendado.

En el fugaz tránsito en que no es día ni noche, llegué al campamento. Los soldados platicaban animadamente y jugaban. Con dados o a las cartas, apostaban sus maravedíes. Los humores se exaltaban con el juego de presa y pinta, en el que cada jugador recibía una carta y ganaba el primero que la emparejaba con otra de igual número, lo cual era celebrado siempre con gran alborozo por el ganador, que debía soportar las quejas y maldiciones de los perdedores.

De extraordinaria importancia fue el conciliábulo que siguió a la entrega de los mensajes aquella misma noche, aún fría, en un lugar muy protegido por una guardia personal que no permitía acercarse a nadie que no fuese autorizado previamente por el Duque o el Marqués. Esperé fuera por si querían interrogarme. Mientras, escuchaba con nitidez la reveladora conversación.

—Según los informes recibidos, muy completos y con detalle de las fuerzas portuguesas, no hay cambios significativos en las guarniciones. El movimiento de tropas se reduce a una posición defensiva ante un posible ataque por nuestra parte, como sabemos, poco viable, lo cual es conocido por el mando portugués. Se recomienda poca dureza en la frontera andaluza, ya que se ve probable un contacto al más alto nivel, al ser su excelencia hermano de doña Luisa, reina consorte —concluía su resumen con voz firme Castillo.

—Con el ejército de que disponemos sería imposible tomar Portugal, mas sí sería factible que vuesa excelencia, o mejor podría decir su majestad, se coronase rey de Andalucía, con el apoyo internacional de Francia, Provincias Unidas, Cataluña y del reino lusitano. Me he permitido, querido primo, tener contactos con un allegado de la nobleza aragonesa, cercano al duque de Híjar, que afirma la disposición de este, si se abre la secesión de Andalucía, a hacer lo mismo en Aragón. Castilla quedaría aislada y exhausta —el marqués de Ayamonte volvía a incidir en su tesis ya conocida.

—No, aún es pronto, quiero mantener mi lealtad a Felipe IV, que ha tenido el gusto de enviarme este lucido traje que he pedido en razón de mi categoría y dignidad —me imaginaba al Duque pavoneándose orgulloso con su vestimenta, como tantas otras veces, y después, con un gesto muy peculiar, afilarse los bigotes. Su ánimo pareció cambiar en segundos, pues exclamó con rabia—. Mas esta situación me está arruinando, la estancia continuada en Ayamonte solo hace incrementar los gastos y mis arcas se agotan, las levas y los altos tributos aumentan las penurias de mis señoríos y no veo voluntad clara de destituir al conde de Olivares, pese a que los Grandes de España lo exigimos.

—Solo es cuestión de esperar... Sin resbalar en falso, y arrimar leña para encender el fuego cuando sea necesario. ¿Cuál ha sido, si no, el juego de don Juan de Braganza? —estimó De Silva, marcado por la experiencia portuguesa, para aportar, ante el silencio expectante, él mismo la respuesta—. Vuestro cuñado, proclamado rey de Portugal, no ha movido un solo dedo, aunque sí sus agentes. La hermana de vos, excelencia, y esposa de don Juan, lo amenazó muy seriamente, ante su extremada prudencia: si no acudía a Lisboa a la ceremonia de coronación, lo haría ella y ocuparía su lugar su primogénito.

—Sin duda alguna una dama con determinación, que parece tener un par de atributos varoniles..., con perdón excelencia —se excusó con voz animada y risueña el clérigo Martín Zamudio—. Tan en su papel está, que ha modificado incluso, a la manera portuguesa, su apellido, que de Guzmán ha pasado a Guzmão, y ahora parece esperar un pacto, un acuerdo secreto que beneficie a todos.

—Los peligros en esta situación extrema de debilidad de la monarquía castellana son mínimos —volvía a precisar el Marqués, con su timbre de voz potente que sobresalía en el silencio de la noche—; por otro lado, el pueblo es débil, acatará cualquier decisión que rebaje el precio del pan, y si además suprimimos algún otro impuesto de los establecidos por el conde de Olivares, seríamos aclamados con júbilo

por todo el populacho.

—¿Qué mejor ocasión de descontento tan generalizado para aprovecharla a nuestro beneficio? —interrogaba Castillo— ¿Cuál es la situación de nuestra piel de toro peninsular? Cataluña —añadió tras una breve pausa— se proclamó, a comienzos de año, república independiente con la protección de la poderosa Francia de Richelieu; presionada por su nuevo aliado, aceptó días después la obediencia al rey francés, aunque con el compromiso de respetar estas las instituciones propias. El fracaso castellano de Monjuits ante tropas francocatalanas ha consolidado la segregación catalana. Y es obvio que el poder del nuevo rey de Portugal se afianza. Sabemos que desde Madrid se proyectó una conjura para asesinarlo que no ha llegado a buen puerto. El monarca, una vez resueltas las dudas e incertidumbres iniciales, decidió seguir los consejos de su esposa para eliminar al minoritario sector castellanizante; algunos nobles han sido ya ejecutados.

—Qué excelente situación, querido primo, la monarquía debilitada de Felipe IV está en un difícil laberinto peninsular —interrumpió impaciente el Marqués—. No debemos soportar por más tiempo los reproches y desaires de nuestro tío el Conde-duque.

—Es una oportunidad única —continuó Castillo—, dada las circunstancias, de situar a su excelencia a la altura y brillo que merece. ¿Se imagina rey de Andalucía, sin tener que soportar los tributos y las levadas que impone Castilla? Al menos, no me negará que sería conveniente ese contacto esperado con vuestra decidida hermana.

—No sé, no sé... Aunque si mi hermana es reina, ¿por qué no podría serlo yo?... Sin duda, sería una magnífica ocasión para renovar mi vestuario a la altura de mi magnificencia. Podría escribir al arzobispo de Lisboa y al marqués de Ferreira, ambos muy cercanos a Juan de Braganza y a mi querida y ambiciosa hermana. Si ella es reina, ¿por qué no podría serlo yo? —musitaba con cierta fijeza.

—¡Viva el rey de las almadrabas! ¡Viva su majestad! ¡Viva el rey de Andalucía! —exclamaron paulatinamente los miembros del reducido círculo, sin gritos estentóreos pero en un tono de emoción y entusiasmo.

El frío arreciaba. Sentíame incómodo, pues consideraba la gran trascendencia de la conversación que escuchaba. Estaba claro que habían olvidado mi espera fuera.

—Brindo por un reino andaluz próspero e independiente. Será un sueño hecho realidad —dijo De Silva con alegría.

—Bueno, bueno, no os precipitéis —decía el Duque, siempre más dubitativo—. Si al menos Felipe IV destituyera al Conde-duque, no dudaría en tenerle lealtad. De todas formas, sí seguiremos adelante para establecer un acuerdo con la nueva realeza de Portugal. ¿Qué hay de malo en que nosotros juguemos nuestras cartas?

—Considero —manifestó el Marqués, con la alegría del que ve cerca el triunfo de sus postulados— que las personas ideales para establecer el enlace con la corte portuguesa son fray Nicolás de Velasco, persona de mi confianza, junto a nuestros estimados colaboradores aquí presentes, Martín Zamudio y vos, Manuel de Silva,

incluso el propio Luis del Castillo. En cuanto a la nobleza andaluza, está deseosa de sacudirse el yugo del conde de Olivares...

Las estrellas mostraban diáfanas sus luces lejanas en el cielo. El olor a carne asada y tocino de un fuego cercano hizo remover mis tripas y la saliva acudió con fuerza a mi boca. Decidí irme, no sin antes decir a la guardia donde me hallaría. Mi estómago suplicábame con fiera insistencia.

Unas semanas después, Manuel de Silva me pidió amablemente que le acompañase de nuevo a Portugal.

—La misión en el nuevo Estado carece de peligros. Iremos con la aquiescencia de la Corte y un salvoconducto. Han respondido, a través del marqués de Ferreira, con todas las bendiciones de doña Luisa de Guzmán, que considera el encuentro muy favorable para los intereses portugueses y andaluces —me decía, animado y nervioso a un mismo tiempo, en perfecto portugués.

Rechacé muy cortésmente la invitación al no ser necesaria mi presencia. Le expresé el deseo de ir a Conil cuando el Duque me lo permitiese, puesto que allí se encontraba un cautivo de Zahara que había logrado escapar. Don Luis del Castillo —me justificué— quería enviar un contacto para hacer averiguaciones; más si era de mi agrado, ese cometido lo podía hacer yo —concluí sin que insistiese. Solo enarcó levemente las cejas con un pequeño gesto de contrariedad.

Llegó el verano y, ante la ausencia de efectivos y con los contactos secretos establecidos con Portugal, regresó el Duque a sus tierras de Sanlúcar con su corte personal. Yo dispuse de unos días, en mérito a mis servicios, para acercarme al monasterio de Mínimos de Conil y para entrevistarme con la persona que había escapado de los corsarios berberiscos. Fray Francisco me había enviado una misiva en la cual me comunicaba su regreso y su deseo de verme pronto.

Embarqué desde Sanlúcar en un pesquero que haría escala en las costas conileñas. Ya visibles estas, se levantó un recio temporal de levante que hizo cabecear peligrosamente la nave; la mar embravecida se rebelaba con peligrosas olas. Logramos, después de algunas tribulaciones, llegar a tierra. El viento sonaba como una multitud de ánimas vagando por los infiernos. La tormenta de arena lanzaba los granos como pequeños proyectiles hacia la mar envalentonada e inquieta, con olas briosas que formaban nubes de agua y espuma. Si caminaba en sentido contrario a la dirección de la ventolera, los negros espíritus parecían aferrarme, y dar un paso se hacía penoso; por contra, si me dejaba llevar, me sentía empujado hasta las bravas aguas como si tuviera alas.

Logré llegar con fatiga al monasterio, donde me recibió con gran jovialidad y alegría fray Francisco.

—Habéis cumplido mi deseo. Cuánto os he echado de menos, querido joven. Mi alma se llenó de incertidumbre y desasosiego al enterarme de la revuelta portuguesa. Pensaba en los peligros que os podían acechar, en lugar de cultivar vuestro fértil talento, y me sentía un poco culpable por ello.

—Yo os he recordado siempre como a un auténtico padre y maestro. Mi dicha es inmensa al contemplaros después de tantos meses y, sin duda, calmaréis mi desasosiego y me alumbraréis en mi ignorancia.

Fray Francisco conservaba la barba y el pelo blancos, sin entradas ni calvicies, aunque sí con la tonsura en la coronilla. La piel oscurecida por el sol de los caminos y la cara algo enrojecida le daban un aspecto venerable de madurez. Después de comentarle mis andanzas, aventuras y desventuras por tierras portuguesas y fronterizas, y el descontento de nuestros señores de Medina Sidonia y Ayamonte, le requerí para que, ante mi confusión por todos estos acontecimientos, me diese su parecer.

—Sin duda, hay un gran malestar en todos los estamentos sociales, pero es el pueblo humilde el que sufre el hambre, las levas, la carestía y la depreciación de la moneda. Desgraciadamente, siempre ha sido así y seguirá siéndolo por mucho tiempo, mas en los períodos críticos como el que ahora vivimos, se incrementan las penalidades y se pueden hacer insoportables.

—¿Qué razón hay para el descontento de la nobleza? ¿Su afán desmesurado de poder y riqueza? Mi señor De Silva cree verdaderamente y con ilusión en un reino andaluz.

—El intento de recuperar el prestigio del antaño omnipotente imperio español exige un esfuerzo desproporcionado, en el que se ha empeñado, pienso que equivocadamente, el conde de Olivares —decíame con calma mientras reflexionaba y dirigía su mirada expresiva hacia mis ojos—. Los tan cacareados gloriosos tercios españoles están extenuados con tantas guerras; las levas se han incrementado, las ciudades ya no son suficientes y se ha recurrido a los señores, que las consideran una carga excesivamente pesada que destruye sus haciendas y despuebla sus señoríos. Pero más grave aún para los nobles es el poco tacto del Conde-duque, que actúa sin consideraciones para sus parientes más linajudos, mientras que los aduladores y arrastraculos reciben grandes mercedes. El pago de tributos extraordinarios enardece, aún más, los ánimos.

Con sus palabras, intuí que fray Francisco se sentía más hastiado que otras veces de todos los gobernantes, incluso del propio duque de Medina Sidonia, y escéptico con los cambios que de ellos partiesen.

Mi gran zozobra era, por otra parte, hallar a la persona que había logrado huir del cautiverio berberisco. Después de dejar al fraile en su celda, bajé de la colina del monasterio y recorrí la línea exterior de murallas hasta llegar a la puerta Vejer. Mi

paso se hizo apresurado, siguiendo la pendiente natural del pueblo que se allanaba y nivelaba con el mar casi en los últimos metros, ya en los aledaños de la Chanca, donde comenzaban los arenales del río y de la playa. Al aproximarme, un familiar olor a atún salado y vísceras descompuestas impregnó mi olfato. En el almacén aún se ultimaban labores de recogida, pues hacía pocos días que la temporada de almadrabas había terminado. Aquel año había sido menos lucida debido a todos los acontecimientos, las levas realizadas, la falta de personal y la ausencia del Duque y su séquito.

El viento aullaba de nuevo con fuerza y se colaba por las rendijas y las ventanas de las casas. Pregunté si conocían a un cautivo escapado de los turcos berberiscos, pero no encontré en un principio respuesta.

Una mujer vestida de negro y de edad indefinida, probablemente la viuda de un pescador, pensé, me llevó hasta la casa donde se encontraba.

Entré en un patio lleno de plantas, geranios y gitanillas sembrados en el suelo y en tiestos diversos, sencillos y algunos rotos. Hermoseaban, sin duda, con su profuso colorido; absorto en las flores, pisé mal y di trompicones hasta llegar a una habitación en penumbra. Una sorpresa mayúscula me llevé, no solo por el traspíe, sino por el rostro serio y familiar que estaba allí —con el pelo encanecido, algo arrugado, con el talle delgado, bastante menos gallardo que el que yo había conocido—. Nuestras miradas se cruzaron. Mis ojos se detuvieron en los suyos, fijos y engrandecidos, contemplándome como el que ve a un aparecido.

—Eres tú... Hernán, no es posible... Si te creía muerto.

—Estoy vivo, bien vivo, querido y viejo amigo Pincho. Cuán grata sorpresa, nunca hubiera imaginado que el cautivo a quien iba a ver eras tú.

Hubo de pasar un tiempo antes de que se serenaran las inesperadas emociones y las primeras explicaciones apresuradas. Más calmadas nuestra sorpresa y alegría tras el mutuo encuentro, comenzó a relatarme la azarosa experiencia vivida desde aquella fatídica noche en que llegaron a Zahara los piratas berberiscos.

—Atado y con magulladuras me embarcaron en una goleta, en la misma que estaban Alonso y la joven que lo acompañaba, María. Ambos, tristes y con lágrimas en los ojos, dijéronme que habías muerto.

—Quedé mal herido, tendido sin conciencia en la arena. Todos me dieron por muerto —le aclaré.

—Estaban totalmente convencidos de tu fatal desenlace. En el barco nos encadenaron, a María la separaron junto a otras tres mujeres, una de ellas, saladera, más vieja y fea, con una boca de mil demonios que no paraba de insultar a los berberiscos. La arrojaron finalmente al mar, a modo de escarmiento y por ser poco rentable en el mercado de esclavos, así, pensaron, dejaría de mofarse de ellos y gritar.

—Malas pulgas gastaban esos infames —le dije, mientras me miraba con amargura y yo contemplaba apenado los estragos de su cautiverio, su delgadez extrema, su decaimiento y encorvamiento. No pude evitar el recuerdo de su imagen

de antaño, pincho entre los pinchos.

—Y mala sangre, que si no te dabas prisa en cumplir lo que te decían, aunque no lo entendieras, ¡te daban latigazos hasta dejarte hecho una pena! Así que, mal futuro deparaba a aquellas jóvenes entre una tripulación tan deseosa de doncellas, a no ser por el capitán de la nave, que los mantenía a raya porque no quería estropear la mercancía. Cuando llegamos a Berbería, a todos nos separaron. Comenzó para mí un nuevo calvario. Ya no volví a ver más a la joven.

—Entonces, no sabes nada más de ella —deduje decepcionado.

—Bueno, prácticamente nada. Lo siento, me gustaría haberte dado buenas noticias.

—El encontrarme contigo es para mí motivo de gran alegría —en mi interior moraba la desazón por la suerte de María—. Está bien..., dejemos mis preocupaciones a un lado. Sígueme hablando de tu aciaga suerte.

—Yo tengo un sino que me acompaña y me hace pasar malos tragos... Nos condujeron a los hombres por un lado y a las mujeres por otro. Nos pararon en un mercado en el que la zarrapastrosa tripulación aprovechó para comer frutas y otras pitanzas frescas. Sin considerar la grave imprudencia que cometía, me quedó la mirada cautiva de una belleza de profundos ojos oscuros, algo rajados. Para mayor desgracia mía, recogía el velo de la cara que se le había caído al suelo. Escuché la voz familiar de Alonso, fue la última vez que lo oí, mucho más atrás, mientras me prevenía apurado: «¡Carnero anda suelto!». Una algarabía provocó la curvada alfanje de un abigarrado moro, veedor de la dirección de mis ojos. Con cara infernal y una jerga que yo no entendía pero que adivinaba, se dirigía apresurado hacia mí para dejarme en el sitio. No podía justificarme, ni decirle nada, ni darle explicaciones, tampoco me hubiese comprendido, así que me eché desesperadamente a correr.

—Desde luego las mujeres son tu perdición, eres un picha loca... y qué oportuno Alonso —le interrumpí brevemente, con cierta sorna. Con este relato reconocía al Pincho de otros tiempos, sometido a lances y desventuras por asuntos amorosos.

—No sé decirte si aquello fue mi perdición, sí mi humillación... Y después de muchas penalidades la causa de mi liberación.

Mostraba una sonrisa demacrada, con la que parecía decirme «ya sabes cómo soy» para restar dramatismo. Tras beber agua fresca de un cántaro, continuó su relato.

—Corría como un galgo y los tenía a todos detrás de mí, piratas y marido airado, cuando, con gran estrépito, caí sobre un tenderete de sandías. Recibí palos, puntapiés e insultos por todos lados, incluso del dueño del puestecillo que acababa de derribar. Apalizado y sin resuello quedé después de que los corsarios prometieron al iracundo esposo y al encolerizado vendedor que sería generosamente castigado y me pudriría vivo en galeras. Se despidieron de mí, cariñosamente, con pellizcos retorcidos, mojicones y patadas. Al jolgorio se sumaron algunos niños que me lanzaban, con maldito tino, los apurados restos de sandía esparcidos por el suelo, después de chuparlos. Dejaron mi harapiento jubón lleno de lamparones y mi cuerpo como un

portulano de arañazos y magulladuras.

—Desde luego no escarmientas, ser tan pincho con las hembras puede acarrear serios problemas —intenté bromear después del tono distendido que él mismo daba a su desgracia, aliviando así la emotiva tensión de nuestro encuentro.

—Pues escarmenté bien, de las galeras guardo este triste recuerdo —me enseñó los hombros y la espalda repletos de las dolorosas huellas del látigo—. Pasé más hambre que un piojo en un candado y más calamidad que un alma en pena. Un buen día naufragamos. Encomendé de nuevo mi alma a Dios, que pareció escucharme, pues en el último momento logré asirme, a pesar de las cadenas, a un tablón. En él permanecí agarrado hasta que una nave genovesa, después de días a la deriva, logró rescatarme, más muerto que vivo.

En el patio observaba cómo dos niños, en un recoveco que los protegía del fuerte viento, jugaban con dos pequeñas carretas llenas hasta rebosar de palitos como si fuesen atunes. Las descargaban, simulando un gran esfuerzo, en una imaginaria chanca. Pendían los pequeños palos en un fino hilo de lana, como atunes sangrados, para romperlos después a pedacitos que a duras penas lograban apilar en pequeños hoyos con granos de sal, inquietos con los remolinos del aire.

—Son los hijos de Rafaela —díjome al ver que los miraba—. La pobre quedó viuda cuando desapareció su marido en un naufragio. Se apiadó de mí. Pero no te imagines al Pincho de otros tiempos y no pienses mal. De ella, sobre todo, me gustan su bondad y su forma de ser, y está tan desamparada como yo.

Aquella noche compartimos medio azumbre de vino chiclanero y conversamos hasta la madrugada. Apenas pude conciliar el sueño, en un improvisado jergón junto al de él; sentía una sensación agrídulce. Las interrogantes sobre el paradero de mis amigos persistían. El mismo Pincho era una sombra de aquel panadero galán con aires de caballero, siempre dispuesto a consolar a las damas; en su rostro, antaño tan pulido, crecía una descuidada barba, impensable en otros tiempos, y en su cuerpo se marcaban unas escuálidas costillas.

Poco había dormido cuando me despertó el trasiego de los pescadores que arreglaban sus redes. Los ladridos de perros y un rebuzno lejano se mezclaban con las voces. El viento estaba más calmado. Desde la ventana contemplé la bruma matinal que empapaba el horizonte marino y nublaba la visión de la torre almadrabera de Castilnovo. Me despedí efusivamente de mi amigo.

En la calle llegó hasta mí el olor del pan recién hecho en una tahona cercana, pan moreno de corteza rubia cuya miga era sustanciosa y yo bien conocía. Los gritos lejanos de arrieros, buhoneros y vendedores de verduras que voceaban las mercancías desde sus carromatos y tenderetes acompañaron mis pensamientos enfebrecidos de emociones y angustia por María. Salí por la puerta *Cai* y seguí el arrabal de extramuros hasta el monasterio.

—*Bom dia* —saludé a Diego González, el fraile que me había iniciado en el portugués.

Busqué a fray Francisco en la biblioteca. En invierno, el sol se adueñaba de la estancia a través de los grandes ventanales; ahora permanecía tímido, sin atreverse a entrar. Desde allí podía divisar todo el pueblo que se derramaba por la ladera hasta las aguas, como un bostezo apenas contenido por sus ocres murallas y bastiones. El mar, azul oscuro en el horizonte, se tornaba jade en la orilla.

Le relaté mi encuentro con el Pincho y mi amargura por no tener noticias satisfactorias sobre el paradero de Alonso y María. Nuestra conversación deparó finalmente en la situación crítica de los reinos de España.

—¿Por qué pensáis que hube de guardar secreto sobre el primer mensaje enviado que avisaba claramente de la conspiración portuguesa?

—La razón parece obvia y se puede deducir de tu relato de ayer. Tu noble joven acompañante, y sobre todo Luis del Castillo, han seguido las instrucciones del marqués de Ayamonte, interesado en que la conspiración portuguesa continuase adelante. Conocen la personalidad voluble y asustadiza de don Gaspar, que probablemente hubiera avisado a Madrid de la trama que se gestaba. El triunfo portugués, que encumbraría a la hermana del Duque a reina, era imprescindible para el éxito de la conjura andaluza y para animarlo a dar el paso decisivo —me explicaba, con un semblante sereno que emanaba sensatez e inteligencia.

—¿Y el segundo mensaje enviado?

—Sin duda, no había tiempo para poder contrarrestar el golpe y Castillo se lo comunicaría al Duque convenciéndolo de que lo mejor sería no verse implicados y esperar acontecimientos. Claro que esto es solo una interpretación que encaja con tu relato. Mi sorpresa es Luis del Castillo —añadió pausadamente—, consideré que solo se ocupaba de asuntos administrativos y domésticos.

—Aparentemente sí, su actividad consejera y política la lleva más en secreto.

Fray Francisco, con aire pensativo, se aproximó al alféizar de la ventana y esparció su mirada por la villa y las lejanas olas.

—Políticas poco respetuosas con los pueblos —comunicó en voz alta sus pensamientos— y con los fueros pueden hacer mucho daño y abrir grietas que pueden ser irreparables entre los diferentes reinos. He ahí el principado de Cataluña y Portugal. Esta debilidad puede acrecentar otras ambiciones nobiliarias secesionistas que podría conducirnos a una situación política con tintes parecidos a la de hace varios siglos.

—¿Y qué pensáis sobre Andalucía como un reino independiente? —le pregunté bruscamente.

—Que no es un sentimiento que intranquilice al pueblo, atenazado por preocupaciones de supervivencia: el hambre, las epidemias, las guerras, la muerte, los

impuestos, o por saber si la sequía, el granizo o el exceso de lluvias permitirán dar el pan a sus hijos en la próxima estación. Lo más probable es que todo siga igual, y, en el caso de que triunfe, solo sea un cambio de gobernantes y honores. Para mí, el éxito de la conjura va a depender de si hay ayuda exterior, ya que no hay en Andalucía un sentimiento anticastellano como sí ocurre en Portugal. En lo que a mí atañe, estoy muy orgulloso de mis raíces andaluzas y castellanas, pero soy ciudadano del mundo y mi patria está con los que sufren y padecen, con los que ansían el saber y la cultura, sin importarme sus nombres ni sus procedencias.

Sería la última vez que vería con vida a fray Francisco. Años después, una epidemia de peste en Italia acabó con su alma viajera.

Sus brazos agitados al viento de levante en un largo adiós y su franca sonrisa desde la puerta del monasterio me acompañan aún hoy cuando escribo estos pliegos.

EL SUEÑO DEL REINO ANDALUZ

Cuando llegué a Sanlúcar, después de un día de fuerte calina, agradecí la suave y fresca brisa marina como agua de mayo. Antes de llegar al palacio, encontré en una pequeña plaza un grupo animado y bullanguero que jaleaba a dos jóvenes abandonados a la pasión de zarabandas y chaconas. Un vuelco me dio el corazón al acordarme de mi bella María. El, un mozo delgado con tatuajes en los brazos, tañía el pandero, y ella, morena y grácil, con pecas en la cara, repicaba las castañuelas al compás de los pies. Al son de cascabeles y de la coplilla *El baile de la chacona / encierra la vida bona*, la joven saltaba y se contoneaba con gracia y hermosura, él la perseguía galantemente, ella lo esquivaba y animaba dulcemente con guiños y, por fin, ambos culminaban en lascivos movimientos amorosos.

Al llegar a palacio, advertí que habíanse producido importantes novedades que De Silva, eufórico, no se recató en decírmelas cuando estuvimos solos.

—Se van a preparar pasquines en los que el Conde-duque se presenta como el personaje despótico que ha arruinado los reinos de España y está condenando a la miseria al pueblo. Se pretende crear un ambiente de descontento, al igual que en Portugal, y fomentar un espíritu de revuelta a favor de bajar el precio del pan y otros penosos impuestos agravados por el soberbio valido. Algunos hombres nuestros pueden encauzar los motines en contra del conde de Olivares.

—La gente de nuestros pueblos, por la calamitosa situación de hambre que vive, está a punto de estallar, incluso espontáneamente, con independencia de quien gobierne —le dije, después de masticar un bocado de una apetitosa manzana roja que me había ofrecido—. En el camino de regreso hasta Sanlúcar, he observado en mercados, posadas, ventas y en pobres viajeros, un fuerte descontento por la continua depreciación de la moneda de vellón y la consecuyente subida de los precios, sobre todo la del pan, acrecentada aún más por las sanguijuelas que guardan el trigo para aumentar la carestía y sus posibles ganancias. En Jerez, presencié un conato de revuelta, al grito de ¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!

—Veo que la aventura vivida en Portugal ha sido de provecho. Has desarrollado el sentido de la observación que ha de tener un buen agente de la corte de Medina Sidonia.

De Silva lucía un resplandeciente traje de damasco rojo y acariciaba con su diestra el pomo dorado de su espada toledana. Respiró profundamente y, tras mirarme a los ojos, continuó su discurso.

—Nosotros podemos instigar más si cabe, y sobre todo dirigir la revuelta para que, una vez afianzada, aparezca el señor de Medina Sidonia como salvador y adalid de Andalucía, a quien corresponde por linaje los máximos honores, y no al advenedizo del señor de Olivares. Don Gaspar levantaría Andalucía de su postración y acabaría con las villanías para consolidar un nuevo y próspero reino.

—La realidad portuguesa es muy distinta a la andaluza, aquí sin apoyos externos

sería muy difícil el triunfo —argumenté con las mismas razones de fray Francisco.

—Está previsto, malandrín —dijo orgulloso y un poco airado por mis peros—. Contaremos con la ayuda extranjera. Sin duda, de los enemigos de Castilla: Francia, Provincias Unidas y Portugal. Una flota conjunta, desde Lisboa, tomaría Cádiz y entraría por el Guadalquivir. Un ejército portugués penetraría sin resistencia por el territorio del Marqués con dirección a Sevilla; mientras, la flota se distribuiría y se haría con los puertos de Gibraltar, Málaga y Cartagena. La armada de Felipe IV estaría maniatada al no disponer de bases de operaciones. Además, se controlarían los ricos cargamentos que llegasen de Indias, que se repartirían a partes iguales en compensación por la ayuda recibida entre los Estados participantes, y el Duque sería reconocido como rey indiscutible de Andalucía. El Imperio es agua del pasado.

Manuel de Silva se calló bruscamente, quizás arrepentido de haber hablado demasiado. Escrutó los alrededores por si había alguien al acecho.

—Os lo digo a vos en absoluta confidencia y secreto, y por los lazos que nos unen. Hay detalles que no conoce ni el propio Duque, como ocurrió con su cuñado, que todos hemos aprendido de la revuelta portuguesa y no es necesario que sepa todos los pormenores.

Me encontré con Tomasa, muy alegre y ajena a estas intrigas. Fiel a sus romances, estaba al tanto de las novedades en las aventuras amorosas y las relaciones del Duque con su esposa, Juana de Córdoba.

—Este mozo está cada día más gallardo y huele a agua de rosas.

—Por ti no pasa el tiempo —le dije devolviéndole el cumplido.

—Qué más quisiera... Mira, tengo para ti un relato de amor, es una copia de una de las Novelas Ejemplares de Miguel de Cervantes, se titula *La fuerza de la sangre*. Te gustará, en ella se habla de la bella Leocadia, ultrajada y mancillada, pero tiene un final feliz, como a mí me gusta.

—Yo solo te puedo dejar *La vida del buscón llamado don Pablos*, que adquiriré de un librero. Es divertida y picaresca, pero no es amorosa. Su autor es un caballero llamado Francisco de Quevedo, que tiene la lengua más afilada que la punta de esta daga.

—La empezaré a leer a ver si me gusta, aunque para mí, si no hay cortejos ni lances de amores, no hay aliciente —me dijo con sinceridad—. Fíjate en esa pareja de gorriones —señaló una ventana del palacio—, el macho luce en su pecho una mancha oscura que lo distingue de la hembra. Vuelan juntos y se hacen carantoñas con sus picos en las tejas. ¿No te parece hermoso?

Estaría el amor en el ambiente, aunque no era primavera. Aquella primera noche dormí en un cuartito de la planta baja, antes desocupado. Daba vueltas en mi jergón,

somnoliento; en el instante en que conciliaba el sueño, se acercó a mi ventana una pareja de enamorados para platicar a la luz de la luna entre arrumacos y achuchones. Tan confiados ellos, como cansado yo. Hacía tiempo que en la habitación nadie dormía, y, con la tranquilidad de no ser escuchados, se debatían entre dimes y diretes: «Solo un beso más...», «Estate quieto, ahora no...», «Solo un poco...», «No seas tan sobón...», que no todo era armonía ni consenso en la pareja. Mientras, yo, perplejo y con los ojos semiapagados, temía que el sueño se esfumase después del tiempo que me había costado hallarlo aquella calurosa noche.

No quería ser indiscreto, tosí amablemente para ponerlos en guardia y para que comprendieran que a unos pocos pasos estaba mi postrada humanidad que dormitaba. Ella en su forcejeo, él en su sofoco, no entendían de toses ni de ruidos; pensarían que eran de ellos o de los ratones, que tantos allí había. Preferí dejar tiempo al tiempo para ver si se cansaban o terminaban su tarea, mas como arreciaban su discurso y disputa, liberé mi enojo y decidí resolver el asunto antes de que mi sueño volara sin remedio. Cogí unas buenas abarcas que allí había, dirigí mi tino a la celosía de madera y las solté con fuerza, aun a riesgo de romperlas, para que quedase bien claro que de ratones no se trataba, sino más bien, si de animal lo fuera, de un toro enfurecido. El fuerte estampido interrumpió el ruego del joven:

—Rosenda mía, no seas arisca; ardo como una aulaga de pasión, escucha mi corazón presto a salir... —Escuchóse el golpe seco, el estruendo en la tranquila noche, un respingo y el gritito asustado de ella, «¡Ayyy!». Siguió un silencio profundo, apenas acompañado de un grillo lejano y los ladridos de un perro alarmado.

Satisfecho de los resultados, tras mi tosca llamada, esboqué una sonrisa y di media vuelta en el jergón, buscando conciliar el ligero sueño.

Los días se deshacían unos iguales a otros y los planes de actuación extranjera no se concretaban, por lo que aumentaba el nerviosismo de los conjurados y otros allegados. El Duque, más ajeno, desconocía la envergadura real de todo el entramado.

Por mi parte, no sentía míos estos proyectos de altos personajes, y solo me preocupaba la suerte de mis amigos y de Manuel de Silva, a quien apreciaba realmente. Por lo demás, permanecía tranquilo, desligado de la misión como agente en Portugal una vez estabilizado en la frontera sur el conflicto tras el acuerdo secreto con la corona de este reino. Seguía como paje de mi señor, quien me había dado su palabra de rescatar a Alonso, que sin duda, había sido localizado por los emisarios en Berbería.

En aquellos días claros del mes de julio se celebró con gran regocijo el bautizo del primer hijo del Duque con su mujer, doña Juana de Córdoba, en la Iglesia Mayor de Sanlúcar, ornamentada y adornada con bellas flores y ricas colgaduras. Acudieron a la ceremonia todos los principales de la ciudad y el numeroso séquito de su excelencia. El pueblo llano se agolpaba en la plaza cercana. Al salir de la iglesia, lo

aclamaron e incluso le besaron la mano cuando se acercaban a él, siempre protegido por un cinturón de guardias.

Don Gaspar trataba de olvidar sus crecientes preocupaciones. Mostrábase contento con su nuevo vástago, al que llamó Francisco, y declaraba, a pesar de los muchos avatares, con cierto tono de orgullo y jactancia: «Si Dios quiere, mi semilla continuará gobernando mis poderosos señoríos y se perpetuará hasta muchos siglos venideros». Aunque él no se conformase solo con un campo de siembra, como bien lo sabía mi amiga Tomasa.

Una compañía ambulante de teatro amenizó la festiva velada. Por las calles soltaron dos toros no muy bravos con los cuernos afeitados, en un ambiente de mucha jarana y alegría. Hachones de paja no faltaron para hacer grandes candelarias y luminarias. Hubo barriles de fuego y cohetes, muchos festejos hasta el alba, ricas viandas de carne asada y buen vino de Sanlúcar. Los asistentes se congratulaban con el Duque. Los vivas a él, a su mujer y a su recién nacido hijo se sucedían ininterrumpidamente.

En Agosto, don Gaspar y todos sus allegados, criados y pajes incluidos, fuimos a Ayamonte, donde tenía que continuar con su pantomima al frente de un posible ejército invasor de Portugal.

A los pocos días, se notaba cierto malestar y caras tensas en el entorno más cercano al duque de Medina Sidonia. Una cálida tarde, mientras limpiaba el caballo que iba a montar mi señor, le pregunté directamente sobre cuál era la situación. Bien sabía yo que le complacía desahogarse conmigo de pesados secretos y molestas preocupaciones que quemaban sus entrañas.

—Nos hallamos en unos trances cruciales. El Duque se encuentra bastante asustado, ha sido reclamado a Madrid y no sabe qué actitud tomar. Esta mañana nos hemos reunido el Consejo de confianza y don Gaspar. Con sudores en la frente, nos decía: «Que no me marche para Madrid supone la declaración oficial de mi acuerdo con la casa de Braganza. Y si me voy a la capital, sería como entrar en las fauces del lobo».

—¿Y qué le habéis aconsejado?

—Que no debe acudir, igual es un ardid —en su mirada llameaban con rabia la preocupación y el encono.

Hubo unas palabras subidas de tono con el Marqués, al insinuarle este que si partía significaría que le faltaban el valor y los arrestos necesarios para ser coronado, como lo había sido su prima, la hermana del Duque, y, a lo mejor, su idea de una república nobiliaria no era tan descabellada. Don Gaspar le contestó airado: «Prefiero una cabeza sin coronar sobre mis hombros que mi pobre testa coronada sobre un cesto. Y en cuanto a la idea de hacer una república, no estoy dispuesto a entrar en tamaña necesidad».

—¿Y finalmente qué ha decidido?

—Nada cierto que conozcamos, se marchó enojado y nervioso. Nuestra anhelada esperanza es que la flota extranjera tome Cádiz, con lo que tendríamos así una postura de fuerza. Don Gaspar sería informado de la envergadura de la operación una vez que tuviera todos los triunfos en la mano y sin posibilidad de vuelta atrás. Es primordial que la actuación de la armada no se retrase, incluso que adelante sus planes. Es la misión que ha asumido el clérigo Martín Zamudio, que pretende conectar con fray Nicolás de Velasco, aún en Portugal. De ello depende el triunfo de esta arriesgada operación y del nuevo reino de Andalucía.

Los días transcurrían lentos y bochornosos, sin que nada especial aconteciera, los nervios estaban tensos, no había señales de vida del exterior. El Duque deambulaba inquieto como un navío a la deriva. Decidió consultar con sus apoyos más claros entre los altos estamentos de Andalucía: el cardenal de Jaén, la marquesa de Priego —su suegra—, los duques de Arcos y del Infantado. Todos, salvo este último, le aconsejaron acudir a Madrid y no demorarse más, y si su apoyo al duque de Braganza era descubierto debería pedir clemencia al Rey.

—¡Por todos los diablos! —Escuché lamentarse a mi señor, que se sujetaba la cabeza con las dos manos y se daba pellizcos suaves en la cara—. Era un plan perfecto, era la ocasión. Castilla no tiene capacidad de resistencia para un ataque de envergadura con tantos frentes abiertos y, sin embargo, todo se deja diluir por la ineficacia y la indecisión.

A pesar de las opiniones en contra del Marqués y de Manuel de Silva, entre otros allegados, don Gaspar decidió marchar a la capital de los Austrias españoles, con el apoyo inconfesado de Castillo, que mostró gran mutismo en la reunión, para sorpresa de los conjurados. Este destruyó documentos comprometedores de los acuerdos secretos establecidos con la corona portuguesa.

El camarero mayor, por las mismas obligaciones de su cargo, en teoría solo domésticas, debía ir con el Duque. Entre los caballeros, lo acompañaría De Silva, a instancias del propio Marqués, que no se despidió de su primo.

La mañana del día elegido para partir a la capital del poderoso y exhausto reino castellano se notaba en el continuo ir y venir de los criados, en las voces, unas nerviosas, otras precipitadas, y en todo el trasiego dominante. Un viaje de muchas, muchísimas leguas, que su excelencia, una vez decidido, quería hacer con toda celeridad, sin descanso, como si quisiera recuperar el tiempo perdido con las incertidumbres iniciales.

Era un sábado cálido del mes de septiembre, el calor sofocante de semanas anteriores había pasado ya. Retrasar más tiempo la marcha hubiese sido una

temeridad, entre otras razones porque aumentaban las posibilidades de lluvia y con ella los caminos se convertían en barrizales donde los carruajes podían quedar atascados.

Más de treinta mulas fueron preparadas para una cincuentena de bulliciosos servidores, incluidos los criados de criados, que deberían turnarse y hacer parte del camino a pie. Los numerosos enseres, objetos de plata, abundantes vituallas, monedas, trajes y otros menesteres del Duque, metidos en cajones, habían partido ya en primer lugar en una recua de acémilas con dos sirvientes de confianza, escoltados por una nutrida guardia para evitar un posible ataque de bandidos.

Había animación en las despedidas, abrazos, besos. Los que quedaban, expresaban deseos de una buena andanza. No era un recorrido que se hiciera con frecuencia, para muchos era nuestro primer gran viaje. Ser criado de tan alto duque era un enorme privilegio e implicaba una mayor movilidad. La mayoría de los campesinos nacía, vivía y moría en sus aldeas o pueblos sin conocer otro destino; a lo sumo, unas cuantas veces a lo largo de su vida a la capital más cercana. Tomasa también fue a despedirme: «Que tenga vuesa merced mucha suerte, y sabia precaución con las mancebas de la gran capital, que gustan de engatusar a jóvenes mozos y pueden pegar malos humores». Cuando subí a la mula e inicié el camino, me gritó: «Y si encuentra alguna buena historia de amor, un libro o en pliegos sueltos, no dude en traérmela».

El Duque no se encontraba bien de salud; no por ello retrasó más su salida, incluso se impacientó cuando, a causa de los múltiples preparativos, el comienzo del viaje se alargó unas horas más de lo previsto.

Después de recorrer seis leguas, llegamos a Lebrija. Dejamos el camino que conducía a Sevilla, pues quedaba apartada esta ciudad de nuestra vía más corta. En Utrera nos esperaba una litera para mayor descanso de don Gaspar, «Me encuentro mejor», dijo, y prefirió seguir la ruta en su coche, más rápido, y con la única compañía de Luis del Castillo.

En Paradas, junto a la iglesia de San Eutropio, la larga comitiva se separó en dos. El grueso de los criados quedó en un grupo más lento, y el señor de Medina, junto a Luis del Castillo, De Silva y unos pocos allegados, en otro. Su excelencia deseaba viajar con toda celeridad, incluso de noche. Fue necesario hacer relevo de mozos, carruajes y mulas de refresco.

Próximo al río Corbones, a una legua de Marchena, esperaba ya el coche enviado por el corregidor de Écija, a quien había escrito el Duque. El río, con escasa agua, sirvió para reponernos y lavarnos un poco. En la extensa vega, la población cercana más importante en dirección a Sevilla, era la villa de Carmona, situada en un alto terraplén que dominaba los contornos.

—Majestad —decía De Silva— tierras más fértiles que estas en el valle del Guadalquivir no las hay en ningún otro lugar del mundo. La antigua Carmo, que nos contempla en la lejanía, acuñaba monedas desde los tiempos más antiguos, tenían dos

espigas de trigo grabadas.

—No quiero dar lugar a equívocos y menos donde vamos, así que, don Manuel, prefiero que utilicéis conmigo el tratamiento de excelencia. En cuanto a la riqueza de mi tierra andaluza, soy buen conecedor de ella y no solo de la tierra sino también del mar, que en mi señorío me han entregado monedas de épocas antiguas y legendarias acuñadas con dos hermosos atunes.

Las relaciones entre mi señor y el de Medina Sidonia, del mismo modo que había ocurrido con el Marqués, parecían haberse enfriado. Castillo mantenía un extraordinario mutismo replegándose a sus actividades y solo platicaba en privado con el Duque.

Un carruaje forrado en su interior con cuero y terciopelo verde, al que subieron don Gaspar y don Luis, nos condujo hasta Écija, población calurosa por estar en una fértil hondonada, pero de gran hermosura, con bellas y gallardas torres de sus muchas iglesias y conventos. Me subí en el pescante junto al cochero, como así lo hice tantas veces después durante aquel fatigoso trayecto.

Cruzamos el valle del Genil, donde se hallaban, según De Silva, los únicos campos de algodón que había en España. Atravesamos olivares, buenas viñas, extensas tierras de rastrojo, encinares y alcornocales en las partes más abruptas o despobladas, todo dentro de un paisaje en su mayor parte llano y fértil.

Nos detuvimos en la venta Arrecife, a mitad de camino entre Écija y Córdoba, y continuamos después por caminos ondulados con buenas tierras de labor. A la entrada de esta ciudad pasamos por un antiquísimo puente romano. En un mesón nos esperaba un nuevo carruaje con adornos dorados, proporcionado a don Gaspar por orden del mismo Rey.

Estos interminables recorridos eran penosos incluso para los reyes, y mucho más el hacerlos día y noche, descansando unas pocas horas. Para un pobre criado eran harto fatigosos. Por las noches, amodorrado, daba cabezadas sobre los hombros del cochero, me dolían los huesos y, a veces, se me escocían las entrepiernas. Solo lo compensaban mis ansias de conocer nuevas tierras.

Pasábamos por caminos polvorientos en los que el polvo se adhería a la garganta y era necesario dar un trago de agua, bien de un pellejo o de un cántaro sujeto a los hierros próximos del pescante.

La luna llena facilitaba el recorrido nocturno, mediaba con su luz tenue, pero suficiente. Grande y majestuosa, parecía un sol de medianoche. Resplandecía con un fulgor suavemente anaranjado que iluminaba la bóveda celeste y las sombras de la noche. Conforme tomaba altura, se hacía más pequeña y se tornaba de plata.

Después de viajar dos días con sus noches, paramos, exhaustos, para comer en la venta de Alcolea. A pesar de nuestro apresuramiento, no dejó de recibir don Gaspar despachos sobre asuntos de sus Estados, los últimos eran de Sevilla. Llegaban en correos urgentes que cambiaban de caballo cada cuatro leguas. Estos momentos los aprovechaba yo para descansar, atender alguna demanda de mi señor e incluso para

escribir algunas notas, a modo de diario, en un papel plegado que guardaba en una cajita de madera con funda de cuero. En ella tenía, además, en compartimentos separados, un pequeño cálamo y un tintero junto a un par de libros, compañeros ya inseparables de mis andanzas.

A veces, me tendía sobre la tierra, siempre me ha gustado oler plantas y matas. Recordaba cómo el Vasco me decía: «De donde vengo siempre hay un manto de verde hierba, pero sin olor, mientras que aquí es escasa, aunque llena de aroma». Con mucho detenimiento observaba admirado cómo en un terrón habitaba todo un mundo de insectos pequeños como puntas de aguja, de colores rojizo o pajizo, otras veces verde. Ello me hizo elucubrar sobre lo relativo a nuestra existencia. La Tierra — pensaba— puede ser un terrón en el universo; una parte muy minúscula de ella, la gran cantidad de leguas que hemos recorrido y, a su vez, en este trozo que puedo aplastar con mi pie, se halla otro mundo desconocido para mí. Mi alma sentía con pesar mi ignorancia; cuán grande, ilimitado y maravilloso es el saber y cuántos misterios estarían aún por desvelar.

En la venta del Carpio debíamos hacer el relevo de mulas, pero estas no habían llegado. El Duque, impaciente, intentó que el Marqués de esta población nos facilitase los animales necesarios, mas este se encontraba ausente. Después de una breve holganza se dio a las bestias una ración extra de paja y cebada además de agua y vino para que pudieran resistir mejor la fatiga y poder continuar el camino. Sin perder de vista el gran río Guadalquivir, compañero reconfortante de nuestra ruta, continuamos por ricas tierras y extensos olivares hasta Andújar. Buscamos un lugar adecuado para vadear el río, con la mala fortuna de que el carruaje se quedó atascado porque se desvió un poco. Empapados de agua, lo empujamos con brío con la ayuda de algunos mozos y ganapanes de la zona.

Durante el viaje se compraba vituallas, presas recién capturadas que ofrecían cazadores, canastas con ricas uvas, higos... El Duque, a través de Luis del Castillo, pagaba siempre generosamente y daba frecuentes limosnas a los muchos mendigos que había en los lugares de paso más concurridos. Estos gritaban ¡Dios se lo pague! Y alababan de mil formas y maneras al señor de Medina Sidonia.

En Linares pasamos la noche. Íbamos a dormir como Dios manda. Al llegar, tomamos un baño de agua caliente en una tina de madera que nos prepararon con gran alborozo unas criadas lugareñas. De Silva se apiadó de mí al verme tan agarrotado que parecía que seguía subido en la acémila. Me dio un unguento para aliviar el escozor. Lo apliqué con cuidado después del baño en las ingles y en las posaderas. Tan relajado y a gusto estaba que, después de una buena cena, me quedé como un bendito en las glorias celestiales.

Compartí lecho con otros tres criados —cuarteto de viento con compás de resoplidos y ronquidos—; mas como caí, permanecí sin moverme en toda la noche de lo apalizado que estaba.

Por supuesto, don Gaspar durmió en la estancia principal de los señores de la casa, en una cama con dosel y cortinas entre columnas de las llamadas salomónicas.

Con las primeras luces tiernas del alba, que despertaban la mañana, tomamos unas migas. Un criado extremeño las había preparado a fuego lento, junto a la chimenea, con mucho pan, aceite y ajo. En una gran cazuela de barro apoyada sobre unas trébedes en el suelo de la cocina llenábamos nuestros cucharones de madera, mientras nos decía: «Son muy buenas para tomar fuerza y subir las piedras».

El terreno se haría pronto agreste y montañoso. Castillo había contratado un guía y el camino lo hicimos todos, incluido el Duque, en mulas hasta venta Quemada. Subimos entre picachos pelados en cuyas grietas crecía la vegetación, por sierras macizas redondeadas y otras más escarpadas. Era una zona absolutamente despoblada a diez o doce leguas a la redonda, cubierta solo de encinares, alcornoques y madroños, morada de muchos lobos entre otras alimañas.

Desde un alto, De Silva se dirigió al Duque con quien no había tenido una conversación fluida desde que emprendimos la travesía.

—Excelencia, estamos en la frontera natural de Andalucía. Estas sierras que nos contemplan separan dos mundos; el que dejamos es hermoso, rico, variado. A ningún pueblo se ha resistido, pero ninguno la ha conquistado; a todos ha acogido y a todos los ha impregnado de una fértil mezcla.

—Sí, esta es mi tierra y este hubiera sido mi reino —le contestó nervioso e incómodo el Duque—. Más no debo olvidar mi casta. Desciendo de Guzmán el Bueno, que encumbró mi linaje por sus servicios al bravo rey castellano Sancho IV, y llegó a sacrificar a su propio hijo por la defensa de la importante villa de Tarifa. Desde entonces, sus descendientes podemos ostentar con orgullo, entre otros, el título de Señor de las Almadrabas de las Costas de Andalucía y disponer del más importante señorío de esta tierra.

—¿Y el futuro, excelencia, qué nos depara? —Una gota de sudor escapaba por la sien de mi señor, que se había quitado el sombrero adornado con un elegante plumón blanco. Su mirada se deslizaba del Duque a Luis del Castillo. Fue este último el que respondió.

—El sino de cada hombre es imprevisible, el futuro en los tiempos que corren lo es mucho más —fue su lacónica respuesta.

—¿Entonces el reino de Andalucía ha sido solo un sueño?

—Puede ser, o bien un efímero reino que haya muerto antes de nacer y existido solo en la mente febril de algunos, llevados por su ambición, que han pretendido embaucarme y causar mi perdición —contestó don Gaspar con clara alusión al marqués de Ayamonte.

Después de subir y bajar por la sierra esperaba comenzar a bajar de nuevo hasta llegar a la llanura. Curiosamente no fue así, no encontré tal descenso, sino un inmenso mar de cereales, sin árboles, con alguna suave ondulación y sobre las muy escasas colinas, molinos de viento.

Al atardecer, contemplé admirado cómo el sol, ascua encendida, languidecía y dejaba un fulgor rojizo con destellos rosas, anaranjados y malvas que cubrían generosamente el horizonte, amplio igual que en la mar.

En estas nuevas tierras de la Mancha, los cocheros y carruajes eran de la casa real. Nos detuvimos en la venta Juan de Dios, a unas ocho leguas de Toledo.

Cuando atravesábamos unas estribaciones que surcaban la llanura, el carruaje celeste con bandas amarillas, que rodaba veloz por una pendiente, cogió un bache y se le rompió el eje. La carroza dislocada, con solo tres ruedas, pudo caer al barranco si no hubiese sido por la pericia del cochero que logró detenerla a tiempo.

—Manuel de Silva, ¿no os lo decía?, el futuro es imprevisible —confirmó Castillo, que lucía en su pecho la cruz roja de la orden de Santiago y se mostraba excitado—. Nuestra vida se podía haber ido por esta hondonada. Gracias a Dios, todo ha sido un susto.

Acompañé a De Silva a buscar al herrero de Mora, un poblado cercano. Se apresuró en arreglar el carruaje. El Duque le pagó seis reales, el doble de la cantidad estipulada, por haber hecho su trabajo con prontitud y eficacia.

Cruzamos el río Tajo sin detenernos, a mi pesar, en la hermosa y culta ciudad de Toledo, dados los contratiempos y la premura del Duque. «Es necesario conocer y admirar esa ciudad —me decía De Silva con énfasis—. Sus calles y edificios tienen el embrujo de las antiguas construcciones, la solidez de su recio acero y el alma de cristianos, judíos y musulmanes que allí pacíficamente convivieron».

En Illescas, a solo unas seis leguas de Madrid, don Gaspar no esperó el descanso necesario de las mulas del carruaje real y tomó otro, continuando solo el viaje hacia Madrid. Esperaba entrevistarse secretamente con el marqués de Maenza, amigo durante su estancia en la Corte, para tomar una determinación antes de ver al Rey y al Conde-duque.

Aquella noche nos alojamos en una posada de Illescas. Tenía una amplia bodega con grandes arcadas y antorchas colgadas en los pilares. Un cierto bullicio dominaba el ambiente cargado. Presencí cómo el posadero, con grandes voces, arrojaba un palo a un perro que orinaba sobre una columna. Sin ni siquiera hacer tino en el animal, comenzó este a ladrar lastimosamente como alma llevada por el diablo para evitar, así, un nuevo intento del dueño, «hasta los perros pueden ser pícaros», pensé entonces.

—¡Posadero, traiga vino! Esta noche me voy a emborrachar —decía De Silva a voces. Cogió su jarra y la acercó a la mía—. Vivamos el presente, que el futuro es

incierto, o tal vez no hay futuro. El Duque es un blando y no me fío ya de Castillo —dijo con un susurro—, a quien he visto entregar secretamente, esta misma tarde, un mensaje, que sin duda, es enviado al señor de Olivares. Estos movimientos extraños me inquietan y me confirman el barrunto de estar ya fuera de danza. Los proyectos se derrumbarán como un castillo de naipes.

—No se adelante vuesa merced... Dios dirá, pero no precipitemos malos presagios —le dije para tranquilizarle.

—¡Traiga un azumbre de vino! —pidió con ojos vidriosos y rotos al posadero. Después saludó con un gesto galante a una dama que por allí pasaba.

Aquella noche apenas si pude dormir, mi señor aliviaba tensiones y se desbocaba con la dama, que resultó ser una buscona. Después de retozar con él y dejarlo dando ronquidos, que por efecto del vino más parecían truenos, se marchó, no sin antes achicar la bolsa según lo convenido.

EN LA CAPITAL DE LOS AUSTRIAS

Una tarde nublada y con sofocante bochorno llegamos a la gran capital del reino castellano, justo una semana después del inicio de nuestra andadura. Para mi sorpresa, esta ciudad tan principal no tenía murallas defensivas, ni castillos guardianes ni vallado que la limitase; quizás fuese porque su posición céntrica y alejada de las costas los hacía innecesarios.

Con ojos curiosos contemplé el trasiego a la entrada de la población, semejante al de otras grandes ciudades: los gritos animados de arrieros gozosos de llegar a su destino, el tránsito de carruajes con diversidad de colores y matices, la galopada de un caballero con aire chulesco... Una brizna de hierba seca del camino hizo una cabriola en el aire hasta que quedó agazapada en mi pardo jubón, lo que distrajo por un momento mi atención. Animado por haber llegado hasta el final de nuestro viaje, observé de nuevo el bullir de la calle: la pelea de dos pilludos —sin alpargatas, con remiendos y agujeros en los zaragüelles y en las camisas de basto lienzo— enzarzados por una moneda que les habían tirado desde una carroza. El deambular de carromatos de cómicos, con aire alegre y cansino a la vez, que llegaban después de haber estado durante todo el verano por villas y aldeas. En las lonas de sus carros lucían máscaras pintadas y otros motivos de su oficio; algunos panderos, incluso un laúd, asomaban en su multicolor equipaje. El reclamo de una moza con suaves guiños, faz risueña, aire de buscona y escote que mostraba sus encantos desde el pequeño ventanal de una mancebía cercana...

A diferencia de Sevilla, en Madrid había algunas calles anchas, largas y considerablemente rectas, mas estaban iguales de sucias, que en eso no había distinción. Polvorientas en tiempo seco y con lodazales en los días lluviosos, llenas de inmundicias que se arrojaban por las ventanas al grito de ¡Agua va! Se parecían también en la gran cantidad de mendigos que ocupaban esquinas e iglesias, muchos de ellos campesinos que habían emigrado a la gran urbe en busca de fortuna y se encontraron, de nuevo, con el hambre y la miseria que querían abandonar. Estaban, por tanto, abocados a la mendicidad, la delincuencia y la prostitución.

—Esta ciudad, que en tiempos de Felipe II se convirtió en la capital del imperio de los Austrias, no ha dejado de crecer. Como veis, hay muchas viviendas de un solo piso, son las *casas de malicia*, que ahorran de esta manera el pago de un impuesto real.

De Silva bien conocía mi curiosidad, y le gustaba darme explicaciones de los muchos lugares a los que había ido. Montado desde Illescas en un caballo tordo de aspecto elegante, mostraba mejor ánimo.

—Buscaremos posada —me decía— y en los próximos días actuaremos según los acontecimientos requieran, aunque nada sé del Duque y he perdido también el contacto con Luis del Castillo. Paradojas de este viaje, hemos venido acompañando a don Gaspar de manera incansable, para después separarnos todos en nuestro destino

final.

Nos dirigíamos hacia la plaza Mayor por la calle de Toledo, una de las vías principales de la ciudad y, antes de llegar a ella, nos topamos a la derecha con la indicación de una posada, en una calle estrecha llamada de la Lechuga. La Rubia, así lucía el nombre en un cartel de madera de roble. A mi señor le pareció bien por estar céntrica y cercana al Alcázar Real.

La posadera, como no podía ser menos en consonancia con el nombre del mesón, era una mujer con llamativo pelo rubio tintado, ya cuarentona, pero de buen ver y con marcadas curvas que mostraba sin recato. Tenía la cara blanqueada con solimán, las mejillas sonrosadas de colorete y los labios brillantes por la cera. Su cuerpo perfumado desprendía un penetrante olor a agua de azahar, que más me parecía estar en el corral de los naranjos en primavera. Su marido contrastaba con ella, salvo en el habla fina; moreno, pequeño y enclenque, paseaba un rostro vulgar y nada llamativo.

La posada era una casa adaptada para tal fin, con una ampliación lateral donde se encontraba la cuadra con espacio para un carruaje. El zaguán, bellamente enlosado, daba acceso a un gran patio interior en el que una escalera llevaba a las habitaciones, distribuidas estas por un pasillo con techumbre de pequeñas vigas de madera y protegido en su frontal por una balaustrada de roble. Este saliente corredor servía de pórtico a la planta baja.

Pasada la hora menguada, ya casi de madrugada, dormíamos profundamente cuando un suave chirrido de la cerradura me despertó. Siseé a De Silva que yacía en un camastro cercano. El cogió su espada y yo mi daga, en máxima tensión para repeler un previsible ataque. ¿Tal vez agentes del conde de Olivares?, ¿desalmados ladrones que aprovechan el momento en el que los huéspedes duermen?

La cerradura había sido girada desde el exterior y la puerta se abría lentamente, no pude aguantar más la tensión y di un brinco hacia atrás; en ese momento se escuchó, como un susurro, la voz de la posadera.

—Disculpen, caballeros, si los he alarmado, es que no podía dormir y, como la noche está fresca, pensé que igual necesitarían una manta.

Una carcajada liberó nuestros cuerpos en alerta cuando vimos a tan imponente agresor.

—Ssssss —nos siseó— caballeros, que hay otros huéspedes que duermen y mi querido marido tiene un sueño muy ligero. Si no tienen frío, me marchó y no les importuno más.

—Si vuesa merced quiere, puede confortarme. Siento frío en los huesos y donde cabe uno pueden yacer dos —se aventuró a decir De Silva.

La posadera, vestida con un fino sayo y calzada con mulillas de suela ancha de corcho, cerró la puerta de nuevo con llave y se metió, sin dudar, junto a mi señor.

—Es obligación de una mesonera atender bien a sus huéspedes, a unos más que a otros, pero no se imaginen otra cosa, que soy mujer honrada y muy honesta.

De Silva cogió la sábana y se taparon completamente, con júbilo, entre grititos

ahogados y meneos descarados.

Intenté conciliar de nuevo el sueño mirando al otro lado de la pared, aunque fue tarea ardua y difícil.

Al día siguiente, la posadera estaba tan lozana y fresca como si hubiese dormido toda la noche. De Silva, sin levantarse de la cama, con ojeras y magullado, decíame: «Después de tantas leguas corridas, prefiero seguir durmiendo».

Aquella mañana, aproveché para pasear sin más obligaciones por la ciudad mientras mi señor descansaba. Me entretuve en la Plaza Mayor, hermosa, grande y porticada, escenario de los grandes festejos de toros, cañas y ceremoniosos autos de fe. Continué por la Calle Mayor y vi una gran animación en torno a las gradas de una iglesia que me recordó las de Sevilla en la gran catedral. En corrillos de gente se referían noticias de Cataluña y Portugal; los comerciantes mostraban sus mercancías en la zona baja, incluso libros diversos de gran interés; los mercaderes hacían sus tratos; carrozas y elegantes literas se cruzaban entre la vía principal y la de Correos.

—Un pasquín portugués repartido en la misma frontera argumenta que el duque de Medina Sidonia apoya a su cuñado, el señor de Braganza —al oír estas palabras me acerqué con interés al grupo donde un joven hidalgo, con aire de sabihondo, las pronunciaba—. Son tiempos de lealtades muy revueltas y las traiciones están a la orden del día.

—En Portugal se habría sofocado la revuelta sin demora, a no ser por la sublevación de Cataluña, que tiene el apoyo de Francia. Como esta es un peligro mayor, se le destina más energías y esfuerzos —comentaba otro personaje más viejo, con un elegante chapeo y finos guantes—. Una vez resuelta, se aplastaría la portuguesa sin problemas, con apoyo y sin apoyo del señor de Medina Sidonia.

—De buena tinta sé —añadía un tercero de aspecto menos refinado— que el mencionado Duque ha llegado a Madrid y se dirige hacia la Corte. El yerno de mi primo es cochero real y ha hecho uno de los relevos para traerlo. No será un traidor, digo yo, si acude junto al Rey. Si su cuñado se proclama rey de Portugal, su tío es el Conde-duque. Sin duda, el personaje de más poder en el mundo, incluso si me apura, más que su majestad, que se ocupa de otros asuntos y de otros tiros.

—Entre Guzmanes anda el juego, que ellos se reparten las prebendas y las traiciones —volvía a insistir sentencioso el primer caballero que había hablado.

En un poyete cercano al corrillo encontré una hojilla, pensé que podía ser un romance para dárselo a Tomasa, mas era una sátira anónima dirigida al temible y poderoso conde de Olivares. Una estrofa decía así:

*¿Miras este gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?
Pues por dentro es tropa y fajina*

y un ganapán le sirve de cimientto.

Alguien apuntó con sorna la autoría de don Francisco de Quevedo, de conocida posición política en contra de los favoritos. Y por ello estaba preso.

De vuelta a la posada di una ojeada por garitos y tabernas de la plazuela de Herradores, próxima a la Plaza Mayor. Sabía, de mi tiempo de almadraba, que allí se juntaban Raspaura y algunos de sus compinches. Había gran animación: caballeros, pícaros, mendigos y truhanes, pero no reconocí a ningún pelao de las jábegas.

Como era tarde, regresé pronto al mesón. De Silva continuaba acostado. Acudí a la cocina para comer algo. Allí estaba la posadera, que me recibió muy amablemente y me ofreció pan, vino, buen queso y aceitunas. Comía sentado en un banquillo junto a una gran mesa cuando se acercó coquetamente, con la misma pícara inocencia de la madrugada pasada. Sus pechos redondos, cubiertos de blanco albayalde, mostraban un apretado surco intermedio. Me animaba con elocuencia y procaces gestos para que le ayudase a realizar, «en honor a tan ilustres huéspedes», un buen gazpacho andaluz con todos sus avíos, que ella tenía ya preparados junto a su dornillo de madera.

—Lo primero es buscar un buen pepino para la guarnición —estupefacto noté cómo sigilosamente y con habilidad sisadora, me agarraba la entrepierna delante mismo del marido, con solo la mesa como parapeto— y cortarlo en fina rodajas —continuaba la pícara. Con una mano imitaba el corte, con la otra acompasaba con achuchones. El rubor y el calor encendíanme la cara.

—Eso es más bien al final —decía su marido en el limbo.

—Tienes razón, esposo querido, que lo primero es echar sobre el dornillo uno o dos dientes de ajo, pimientto verde y un poco de sal. Si está ya todo preparado, solo faltaba el pepino. Este caballero tan galante espero que se preste, aunque yo soy mujer honrada y honesta, y me sujete el dornillo mientras majo —y movía a dúo las manos, una arriba y otra abajo, con todo un movimiento de senos. Yo no sabía ni a dónde mirar ni qué hacer para no armar escándalo, y ella continuaba con absoluta serenidad y divertimentoto.

Y así fue echando el pan en remojo, el aceite de oliva y el tomate de Indias sin dejar de majar, mientras mi sofoco crecía.

—Ese mozo tiene calentura o es el reflejo de eso que llaman tomate —exclamó el posadero, que a pesar de su buena vista, debía estar ciego.

La Rubia, que así la llamaban también a ella, echaba de un jarro un poco de agua y seguía majando, risueña y divertida con el juego.

—De tal señor tal paje. A lo mejor andan hoy alterados con estos calores —contestaba la pícara; mientras tanto, temeroso con tanta escena de meneo, me giré a un lado para liberarme.

—Disculpe señora —dije—, es que veo que falta el vinagre, que ahora mismo lo

traigo sin tardanza.

La Rubia tuvo un efecto sedante en mi señor. Estaba agotado, pero más tranquilo y dispuesto a afrontar el futuro. Al día siguiente iríamos al Alcázar Real para saber noticias del Duque, gestión comprometida y delicada.

Después de haber conseguido licencia para entrar en palacio, nos enteramos por un cochero real de que el Duque se encontraba en Loeches, población a escasas leguas de Madrid, alojado en una mansión que pertenecían al señor de Olivares. En el Alcázar vislumbramos el mundillo de la Corte lleno de nobles e intrigas, inquisidores y bufones. Nos íbamos cuando, por uno de los largos pasillos de palacio, nos cruzamos con su majestad Felipe IV, al que hicimos la obligada reverencia. Me fijé detenidamente en su sedoso pelo rubio, su fino bigote y la barbilla prominente sobre un rostro blando y alargado, todo vestido de negro, a excepción de su blanca golilla almidonada y con la gran cadena del toisón de oro sobre su pecho. Unos pasos más atrás reconocí, por los dos primeros versos de la hojilla, al temido valido:

*¿Miras este gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?*

El conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor, llamado igual que el Duque, don Gaspar de Guzmán, tenía un talle extremadamente ancho, el rostro con una gruesa nariz y la cabeza, en proporción, pequeña. De su corpulencia emanaba autoridad y arrogancia, y un cierto aire austero enfundado en su traje de negro y plata, sin más adornos. Todo un remolino de actividad en torno a su persona: documentos y pliegos en sus manos y faltriqueras, de secretarios a su alrededor, reparto de órdenes y amenazas a diestro y siniestro.

—Ha sido gentilhombre de su majestad desde que este era niño —decíame en voz baja De Silva, ambos alejados en un extremo—. Al suceder a su padre en la realeza, continuó su influencia y, tras eliminar obstáculos, competidores y desterrar a los validos anteriores que solo habían buscado su enriquecimiento personal, se consolidó como favorito, recayendo sobre él la responsabilidad del gobierno, mientras el Rey se ocupaba de asuntos más banales. Pero su ambición... —dejó inmediatamente de hablar al acercarse y mirar hacia nosotros.

—Vos sois Manuel de Silva, caballero de mi sobrino, y su paje, si no me equivoco —nos sorprendimos cuando nos abordó directamente, conocedor de nuestra identidad cuando intentábamos pasar desapercibidos—. Sé que os alojáis en una posada cercana a la Plaza Mayor.

—Sí, excelencia. Veo que está bien informado.

—Es mi obligación, por mis altas responsabilidades, conocer lo que se cuece en este reino. Aunque no entiendo cómo no estáis en Loeches con mi sobrino.

—Circunstancias del viaje, que para hacerlo el Duque con mayor rapidez nos separamos, mas esta misma tarde o mañana nos dirigimos hacia allí.

El Conde-duque susurró a uno de los secretarios que le acompañaba:

—Decid a su majestad que por asuntos de Estado me he de retrasar un poco —y con mirada fulminante a De Silva le recriminó con un buen torrente de voz—. Parece que las prisas por llegar a Madrid han sido solo al final. Bien me gustaría platicar con vos, vuestro paje puede esperar —repartió mensajes y documentos a otros secretarios mientras se perdía entre los pasillos acompañado por De Silva.

Deambulaba yo con cierto desasosiego, cuando un lacayo vestido de librea se me acercó:

—¿Ha visto vuesa merced al sevillano? —Por un instante creí que preguntaba por mí, lo debí mirar con desconcierto—. Bueno, a don Diego. Ah, perdón, que viene para acá.

Me fijé en un caballero de lengua melena morena, bigote y perilla a la usanza, con una expresión inteligente y al mismo tiempo distraída. El criado, acercándose, le dijo:

—Su alteza el príncipe real me ha pedido que os dijera que se va a retrasar un poco.

—Perdone, vuesa merced, mi atrevimiento —le dije cuando ya se marchaba—, ¿sois de Sevilla?

—Sí, allí nací, y allí aprendí a utilizar los pinceles y me hice maestro en este oficio. De vuestro interés deduzco que vos también procedéis de esta gran ciudad.

—Sí. Y espero volver pronto. Desde que me fui a las almadrabas y entré al servicio del duque de Medina Sidonia, no he estado en tan ilustre villa.

—Yo llevo ausente de ella casi la mitad de mi vida, y a veces siento nostalgia, pero me debo a mi arte y quehacer, mucho más desde que soy pintor de cámara del Rey. He de ir a Italia, cuna de los grandes maestros, y no sé si volveré a Sevilla, pero llevo en mí, para siempre, impregnados los recuerdos de mi niñez y juventud; la luminosidad de su cielo y las espesas sombras de sus estrechas calles; el olor a azahar de sus patios; y la sencillez y alegría de sus gentes de rostros curtidos.

Un murmullo y unas risas nos desviaron la atención hacia un grupo de caballeros que se divertían con las ocurrencias y gestos de un bufón a quien llamaban Calabacillas, que sonreía de medio lado, con la mirada extraviada y los párpados entornados. Soltaba disparates con la mayor naturalidad y gracia a las provocaciones de los cortesanos que lo sonsacaban para divertirse.

—Calabacillas, ¿por qué te llaman así?

—Tengo la *cabesa* hueca como una *calabasa*, como esta que tengo en mi mano —sonreía sin parar y mostraba con el brazo extendido su calabaza.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—A mi *má* se lo dijo *er* médico: «Este niño tiene la *cabesa* sin seso» y ella

explicaba a los *vesinos* que era de chorla hueca como una *calabasa*. Pero yo me siento a gusto, porque *grasia* a ella he hecho carrera en la *Cote* y, como soy bobo, puedo *desir* lo que quiera, ji, ji, ji.

—¿Y qué hace su excelencia el Conde-duque? —preguntó otro, bajando la voz, con un guiño de complicidad y sin poder aguantar la risa.

—Ese gigante *mangoneato*, sin tiempo ni pa *domi*. Eso sí, come mucho y se relame más a gusto que un chivo con una vareta, pero no se lo digáis, que nos puede *aplasta* con su *vosarrón* y le tengo mucho reparo.

Habíamos interrumpido nuestra conversación para escuchar las ocurrencias de Calabacillas. El pintor de cámara se dirigió a mí de nuevo:

—Algunos los llaman sabandijas de palacio —dirigía sus entornados ojos al bufón—, y es cierto que hay que cuidarse de ellos, pues con bromas y la inocencia del niño, pueden decir grandes verdades. Más me atraen sus sanas humanidades dentro de sus deformidades que las de tan nobles y corrompidos cortesanos, que se ríen con maldad de sus simplezas... Paisano, he de continuar con mi labor y aprovechar las últimas luces de la mañana para dar unos retoques al lienzo de don Sebastián de Morra, bufón del príncipe.

Instantes después pasó un enanillo de mirada melancólica, vestido de negro con un manto dorado y carmín. Próximo a él, su alteza Baltasar Carlos, de unos trece años de edad, rubio igual que su padre, con un rostro bello, grandes ojos y una boca pequeña de labios pronunciados. Desgraciadamente, moriría unos años después, frustrando las grandes esperanzas que la monarquía tenía puestas en él.

Por fin vi acercarse a mi señor De Silva, sofocado y dando resoplidos después del duro y sutil interrogatorio al que habíase visto sometido por el conde de Olivares, según dábame a entrever con palabras susurradas.

—He pasado más peligro que de pie junto a un toro bravo. No ha dejado de preguntarme sobre asuntos delicados: la relación del Duque con el señor de Braganza; si existía un descontento nobiliario contra su persona; si conocía una posible alianza internacional contra Castilla en la que estuviesen implicados Portugal y miembros de su familia; y otras tantas más.

—¿Y cómo ha respondido a tan espinosas cuestiones?

Aceleró el paso sin hablarme. Solo cuando salimos del Alcázar, y después de asegurarse de que nadie nos seguía, me dijo:

—Hay que actuar con mucho tacto, hasta las paredes oyen, y los agentes y chivatos de Olivares abundan en estos contornos como la arena en la playa.

Cuando llegamos a un lugar despejado y tranquilo continuó su plática.

—He procurado no desvelar nada que no fuese conocido, a veces con ambigüedades que él atajaba con desespero. Le dije que el Duque había contactado en Portugal con doña Luisa de Guzmán, claro está, por ser su hermana, mas no hubo

relación después de la revuelta; que él no era un personaje muy popular entre la nobleza; que desconocía cualquier complot internacional. Finalmente, me amenazó: «Si no me dice lo que sabe, es que no está conmigo. Si no está conmigo está contra su majestad y, si es así, sois un traidor y, como tal, solo puede haber una recompensa, la misma que sabe e imagina. Puede añadir algo, si le he ayudado con estas palabras a refrescar la memoria». Me amenazó sin inmutarse el muy bellaco, la rabia solo se denotaba por el brillo de sus afilados ojos de acero. Tras un embarazoso silencio, salí por la puerta. Por momentos dudé si iba a dejarme preso.

Después del sobresalto y el duro asedio al que vióse sometido mi señor por el Conde-duque, necesitaba distraerse. Aquella noche plácida, después de un día agitado, recalamos en una de las muchas bodegas que había en la Villa de la Corte. Del techo pendían pellejos de vino y junto al mostrador se amontonaban barriles varios. Oscuros toneles vacíos, como único mobiliario, hacían de improvisadas mesas para animados contertulios que permanecían de pie, envueltos por el ambiente espeso de las antorchas, el tabaco de Indias, el bullicio y un olor a vino añejo y a pez de bota. Desde el patio trasero, donde muchos aliviaban sus aguas, el aire traía consigo el tufo de los orines, que se disipaba al cerrarse la puerta.

A unas varas atrás habíamos dejado una bodega casi vacía, pero De Silva dijo que en esta, muy concurrida, debía de haber buen vino. Siguiendo las recomendaciones, nos tomamos un cuartillo del que llaman vino del santo, un blanco de San Martín de Valdeiglesias. El licor de Baco se colaba como una afilada daga y, apenas sin darnos cuenta, nos dejó con una cara bobalicona de sonrisa fácil.

Como el murmullo era grande, salimos fuera para platicar con tranquilidad. Una bocanada de viento removi6 mi pelo y respiré con agrado el aire nuevo. Habíamos evitado todo lo concerniente al Conde-duque, ya que no era sitio para tratar cuestiones tan delicadas y por la necesidad de no remover las tensiones vividas.

—La aventura andaluza se tuerce..., Hernán —susurró en tono lastimero, pero prefirió no ahondar más en esta cuestión y continuó su pensamiento en voz alta—. Más también digo que la vida hay que exprimirla como una aljofifa para sacar su néctar: un buen vino, el buen yantar, un sarao y, si es posible, una dulce mujer de acogedores pechos que te susurre al oído. Y si tienes estos privilegios, como podemos tener muchos nobles, ¿por qué nos complicamos tanto la vida?

—Qué más quisiera yo que entender la vida y menos la de los poderosos. Aunque si me permite, mi señor, hablaré con sinceridad.

—Es lo que espero, dime lo que quieras sin recato.

—Bueno, no me refiero a vuesa merced en particular. A veces pienso que no se sabe valorar lo que se tiene y se anhela lo que no se posee; y ello ocurre en mayor medida a los que más tienen. Los poderosos sufren también por querer aún más ambición y poder.

—Bien dicho, Hernán. Pero acaso no anheláis vos el amor de María. ¿Por qué no os conformáis con otra bella mujer? Está en vuestras posibilidades, en cambio María...

—No es lo mismo —repliqué dolido—. María es mi sueño, mi pasión y la amo más que a mí mismo.

—No he querido ofenderos. El reino andaluz ha sido también mi anhelo. Pero los desatinos y las traiciones frustran nuestro proyecto y no sabemos cómo acabará todo esto. ¿Estará el futuro determinado de antemano? ¿Podemos cambiar nuestro sino?

—Ojalá tuviera respuesta certera a esas sentidas y trascendentes cavilaciones. Los seguidores de Calvino, perseguido por la Iglesia católica, consideran que se está predeterminado desde el nacimiento. Yo creo que somos fruto del azar, y nuestro destino está en manos de Dios.

Aunque también me gustaría creer que en parte nosotros mismos podemos forjarnos nuestro camino; al menos, eso me gustaría.

Aquella noche De Silva estaba dispuesto a disfrutar de todos los placeres. En lugar de cenar en la posada fuimos hasta una conocida casa de gula, la de Maese Pedro, en la calle del lobo. Nos deleitaron con un carnero verde, un guisote de carne muy troceada, con tocino, ajo, mucho perejil, hierbabuena, piñones y especias. El mesonero nos dijo que habíamos elegido el mejor sitio; eso sí, para cristianos viejos, nada de judíos ni moros, ya que no había allí olla sin tocino.

Convencí a mi señor para retirarnos pronto a descansar, ya que al día siguiente debíamos emprender camino hacia Loeches, donde estaba alojado el Duque. Aquella noche, con tanto cristiano viejo y vino del santo, no dormí bien. Y soñé con María. Soñé que la besaba junto al mar añil, con un sol de fuego que se hundía en el horizonte y bronceaba su piel y su pelo con reflejos dorados. Empezó a llover y mis lágrimas eran también lluvias de sangre, en un océano que se enfurecía y enrojecía. Y yo gritaba y no sabía dónde estaba ya María, y el mar era ya gris y oscuro, hasta que agitado y empapado en sudor, De Silva me despertó.

Me levanté y bebí agua. Era de madrugada y preparé un chocolate para cuando se levantara mi señor y otro para mí. Pronto amanecería, así que empecé a recoger nuestras cosas. «No gruñáis más y acostaos, que aún es temprano», atajó molesto De Silva y mi actividad cesó al instante.

La pícara posadera se mostró muy compungida por nuestra partida. Agradecida por la estancia de caballeros tan principales que habían acudido al Alcázar del Rey, se pavoneaba con sus curvas y se secaba con un pañuelo las falsas lágrimas. La muy desvergonzada añadió: «Ilusionada espero el próximo gazpacho que haré en honor de vuestras mercedes, y que no falte el vinagre, y menos el pepino —remató con todo descaro— mejor que sobre, digo yo, y mejor dos que uno —y se nos abrazaba con mucho aspaviento—. ¡Ay! Es que soy muy cariñosa. ¡Ay! Con estas voces y suspiros

voy a alarmar a mi clientela. ¿Y qué van a pensar de mí, si soy mujer discreta y recatada?». Entre falsos hipidos de pena se le escapaba una sonrisa burlona, esbozada con un provocativo carmín sobre el blanco albayalde de su rostro.

—¡Qué gran cómica se ha perdido la farándula! —se despidió entre risas mi señor.

EL JUEGO DE CAÑAS

El día que fuimos hasta Loeches, a solo unas siete leguas de Madrid, se levantó desapacible. Alquilamos unas cabalgaduras con las que hicimos sin demora el recorrido, escoltados por un viento inoportuno. Junto a la Iglesia Mayor de la población coincidimos con la comitiva de los criados del Duque, quienes, tras once días de dura andanza desde Sanlúcar, daban gracias a la Divina Providencia por haber realizado con fortuna tan largo viaje.

Ayudé a los otros sirvientes a descargar las provisiones y enseres en la casa que el Conde-duque poseía en esta población, en la cual había fundado, incluso, un convento de monjas dominicas. Entre las viandas y bebidas, ricas aceitunas gordales, atún en escabeche, vino de Sanlúcar y varias arrobas de anises, dulces orejones y cajas de perada. Entre los enseres, mucha plata, algunos tapices, vestidos, jaeces... No faltaban, además, caballos de gran hermosura, brío y lucimiento.

Fuimos acogidos con frialdad por Luis del Castillo. Apenas un saludo forzado de cortesía sin más plática; era patente el alejamiento del Duque hacia mi señor, pues no se dignó a recibirlo. Existía una situación tensa, y era evidente que Manuel de Silva había caído en desgracia.

Procuraba distraerme con los criados y leer cuanto podía y caía en mis manos; me habían prestado la segunda parte de las aventuras de Alonso Quijano y su escudero Sancho, que las encontré divertidas. Una tarde, cuando preparaba la ropa que iba a ponerse mi señor, asistí a una dura disputa en la alcoba contigua, entre este y Luis del Castillo.

—Hemos de poner todas las cartas sobre la mesa. Estamos embarcados en la misma aventura y observo estupefacto cómo me mantenéis al margen. Advierto unos tejemanajes e intrigas a mi espalda... Tengo derecho a saber la verdad de lo que se está tejiendo.

—Hay que ajustarse a la realidad y las circunstancias para poder sobrevivir y estas, sencillamente, han cambiado —exclamaba más forzado Castillo, tratando de eludir el embate.

—Decidme de una vez si habéis llegado a algún acuerdo con el Conde-duque —ordenó irritado, en alta voz, sin dejar el acoso.

—Ya que insiste, la respuesta es sí.

—¡Maldita sea vuestra sangre!, nos habéis traicionado.

—No he traicionado a nadie. En última instancia, me debo al Duque, a quien hemos conducido a esta aventura y ahora solo pretendo salir lo más ileso posible sin dañar los intereses de la casa a quien sirvo.

—Un lacayo oculto del señor de Olivares es lo que sois. Decidme de una vez cuál ha sido ese maldito acuerdo.

—Sois un necio, la conspiración fue descubierta este verano antes de nuestra llegada a Madrid. Ha habido filtraciones en Ayamonte de agentes del Conde-duque que han sospechado de la trama. El imbécil de fray Nicolás de Velasco relató la conjura en Portugal a un contador mayor, Sánchez Márquez, que ha dado su versión particular aquí en la Corte. Para colmo, antes del apoyo internacional previsto, el inepto señor de Braganza ha permitido la publicación de pasquines que se han repartido en zona castellana. En ellos aparece el Duque como libertador de Andalucía y aliado de Juan IV. Solo he aconsejado a don Gaspar y seguido las indicaciones del conde de Olivares para que podamos sobrevivir.

—¿Por qué no me habéis puesto en antecedente?

—Porque vos y el Marqués se empeñaron en mantener una quimera, pretendiendo que el Duque no llegase a Madrid. Entonces no conocíamos los hechos; pero, desde el momento en que se le ordenó que viniera a la Corte y se prescindió de él como Capitán General de Andalucía, era previsible que algo grave ocurría, y nuestras fuerzas no eran suficientes para enfrentarnos directamente al valido.

—Hubiese sido nuestra única oportunidad para llevar adelante la conjura sin miedos ni traiciones. Pero está claro que os ha temblado el pulso y faltado arrestos. Además, habéis contribuido a aumentar el miedo al Duque. Pero, maldita sea, decidme de una vez cuáles son los acuerdos.

Entre las cortinillas vislumbré a Luis del Castillo reclinado junto a una lujosa cama de madera labrada y dorada con dosel de damasco carmesí. Tranquilo, parecía dominar la situación a pesar de la tensión que rajaba el ambiente.

—A cambio de una confesión escrita supervisada por el valido, este se compromete a conseguir el perdón real, mantener nuestras vidas y libertad sin prisión y respetar los señoríos del Duque.

—Estáis locos si realmente creéis eso, al ponernos en sus manos estamos condenados. Es la oportunidad que buscaba de conseguir para la corona las grandes rentas del puerto de Sanlúcar y las almadrabas. Además, la confesión a cambio de qué, ¿cuáles son sus exigencias?, ¿y sus garantías?

—Evitar un escándalo en su propia familia. El, tan cuestionado por los Grandes, se vería también salpicado. Exige, igualmente, un desafío público del Duque al señor de Braganza para eliminar cualquier duda sobre la fidelidad a su majestad. No puede volver a Andalucía hasta después de ello. Como veis, todo encaja y, además, en su orgullo prevalecerá que él, de la rama menor de los Guzmanes, ha salvado de un fatal destino a la casa principal.

—Son vos y el Duque los necios por confiar en el señor de Olivares. Decidme qué ocurrirá conmigo y el marqués de Ayamonte, si está también pactado.

De Silva oscilaba entre la cólera y el temor; su voz se mudaba del grito exaltado a tonos bajos y temblorosos, sabedor de que la suerte estaba echada y se encontraba atrapado.

—Podéis acompañar como caballero al Duque en su desafío, podríamos

interceder por vos. En cuanto al Marqués, será lo que el destino depare, según el rumbo que decida tomar.

—¡Por todos los diablos! ¡Estamos condenados! —exclamaba ahora furioso De Silva, que deambulaba como nave a la deriva por la habitación—. No creo que el señor de Olivares mantenga sus compromisos, tiene el ducado de Medina Sidonia en sus manos y actuará conforme a los intereses de la corona y sus inclinaciones personales le sugieran. Su locura es de diferente signo, no le ciega la riqueza personal, solo la gloria y la ambición de poder. No olvidéis la envidia que ha sentido de los Guzmanes de Sanlúcar; el odio al duque de Lerma, el abuelo materno de don Gaspar, a quien desterró en Tordesillas; al duque de Uceda, su hijo, al que acusó de traición. De igual modo cayó el duque de Osuna, y nosotros seremos los próximos.

—Aunque he sido enemigo del conde de Olivares y no ha beneficiado nada al ducado de Medina Sidonia, hay que reconocer su actuación infatigable con todos los medios de que dispone para mantener la hegemonía hispánica en Europa y hacer un Estado uniforme, sin pretender riqueza personal. Él ha sido fiel a su política, la misma que aconsejó a Felipe IV, cuando le propuso que el mejor negocio que podía hacer era ser rey de España, y no rey de Castilla, Aragón, Portugal... Solo que el enorme esfuerzo que ha exigido a todos, incluidos reinos y señores, no se ha visto respaldado por el éxito militar. No obstante, dadas las circunstancias, prefiero tenerlo como aliado y no como enemigo.

—¡Vaya estupidez! Ya hemos visto los resultados de su política. Todo lo contrario de lo que pretendía: la escisión de Cataluña y Portugal y las interminables y costosas guerras en Europa están llevando al declive de la monarquía. Debilidad que parece no recordar, y que nosotros decidimos aprovechar para mejorar nuestra situación y hacer realidad lo que tantas veces se les había dicho, por respeto a su grandeza y poder, a los señores de Medina Sidonia: reyes de Andalucía. Ahora, nuestro destino está en las manos del soberbio y frustrado Conde-duque. ¡Que Dios nos ampare!

—Yo solo pretendo ser fiel a los intereses del Duque y adaptarme a las circunstancias —sentenció Luis del Castillo mientras se marchaba.

Una semana después de nuestra llegada a Madrid ocurrió la prevista y estudiada confesión ante el Rey. El propio valido se la refirió a Castillo y este quiso poner en antecedentes al desconfiado De Silva, a pesar de la tensa relación que había entre ambos.

El Duque, acompañado solo de su tío, a través de un pasillo secreto se dirigió a los aposentos reales donde se postró ante el Rey. Con lágrimas en los ojos y besándole la mano, le pidió clemencia. Entre sollozos, puso su vida y honra en manos de su majestad. Entregó a Felipe IV una confesión escrita donde declaraba haber abrazado la causa del señor de Braganza y pretendido la sublevación de Andalucía llevado por malos consejos y por los numerosos tributos que estaban arruinando sus

señoríos. El Rey, apiadado de su sincero arrepentimiento, le ofreció el perdón real con estas palabras: «Cuanto mayor ha sido el error, tanta más ocasión me habéis dado para usar de mi clemencia».

Aquella noche, Manuel de Silva me hizo que le siguiera a un mesón de Loeches, estaba triste y quería que le acompañase para darme importantes noticias.

—No ha sido una confesión espontánea, sino previamente manipulada por el Conde-duque. Todo parece un montaje. Nuestras vidas, haciendas y destinos están en manos de este personaje. El futuro es incierto.

Se acercó a nuestra mesa un mesonero seboso, cejijunto, de carácter amable y buen conocedor de su oficio. Nos sirvió con presteza la especialidad de la casa: el mirrauste: un guiso de aves con almendras, nueces y canela. Al saber que éramos andaluces nos invitó en los postres a una copa de vino dulce, Pedro Ximénez. Su apariencia física, no su temperamento, me recordó al posadero truhán con quien nos topamos de camino a las almadrabas de Zahara. Con la intención de animarlo, le referí a mi señor las peripecias de nuestra partida hasta alcanzar el mar en Chiclana y Conil. El escuchaba serio, sin sumergirse realmente en mi plática e inmerso en sus grises pensamientos. Después de un embarazoso silencio me miró a los ojos y comenzó a hablarme.

—He de confesaros un secreto, el rescate de vuestro amigo Alonso ha sido pagado ya en justa compensación a vuestros servicios. No os lo he dicho antes porque temía que lo abandonaseis todo y ni tan siquiera me acompañaseis en este crucial viaje —un temblor nervioso y una sacudida de alegría recorrió mi cuerpo al escuchar estas palabras—. Hemos vivido juntos penosas experiencias y os tengo afecto.

—Mutuo afecto, diría yo. Siento un gran júbilo con la grata noticias que me da. ¿Dónde se encuentra mi amigo?

—Imagino que estará ya en Sevilla. Quiero, además, que si me encarcelaran u ocurriera algún percance que nos separe, vayáis a un conocido escribano de esa ciudad. El os entregará una carta mía, aquí está su dirección. Solo sois un paje, nadie irá por vos directamente, mas si ocurre cualquier contratiempo, poned los pies en polvorosa lo más raudo posible.

—Vuesa merced me abruma, no sea aguafiestas. Espero que nos podamos reunir con mi amigo Alonso y celebrar todos juntos una buena juerga en Sevilla.

—Ojalá acuda pronto a alguna fiesta o sarao en mi Andalucía, pero si no es así, os dirigís al escribano y os presentáis con estas mismas y exactas palabras: «Soy el paje de un gentilhombre andaluz».

Nos trasladamos con todo el séquito del Duque a Madrid, a unas casas alquiladas. Se colocaron pasquines por todo el reino en los que el señor de Medina Sidonia

desafiaba públicamente al de Braganza, concediéndole un plazo de 80 días para acudir a la frontera. El esperaría en Valencia de Alcántara, de donde partiría hasta el lugar que su contrincante decidiese.

La Iglesia no quiso quedarse atrás en este litigio. Una junta de teólogos y padres jesuitas dictaminó a favor de la licitud del citado duelo, incluso se llegó a publicar un opúsculo de carácter filosófico que se titulaba: *Justificación moral en el fuero de la conciencia, de la particular batalla que el duque de Medina Sidonia ofreció al que fue de Braganza*. Los portugueses no quisieron quedarse rezagados y publicaron otro con gran chanza y caricatura sobre: *El desafío de Don Quijote de la Mancha. Caballero de la triste figura en defensa de sus castellanos*.

La confesión del Duque no era públicamente conocida. Sí había dudas sobre su adhesión o no a la causa portuguesa, por lo que soportaba algunas puyas en la Corte que le hacían sentirse harto incómodo. ¿Cómo se lleva ser hermano de una traidora? ¿Ha cambiado su excelencia el apellido de Guzmán por el de Guzmão? Él, más valedor de su honra que nunca, se mostraba más antibraganza que su propia majestad. Se permitía algunas bravatas poco sostenibles con cierta cordura y explicables solo por la fuerte tensión a que veíase sometido:

—Ofrezco la villa de Sanlúcar como señorío a quien mate a don Juan si es tan cobarde de no aceptar mi desafío. Incluso, si el Rey me concede licencia y me da mil jinetes, prometo traer vivo o muerto al que se hace pasar por rey de Portugal y colocar su cabeza sobre una pica aquí en el Alcázar.

—Pero eso es un desvarío, un suicidio —replicaba un cortesano.

—Más suicidio es manchar el honor de mi familia y mi propia honra.

No hay nada más sagrado para un aristócrata que las apariencias que afectan a su honra. Por tal razón, una vez publicados los carteles sobre el duelo, el Duque quiso participar en una fiesta de cañas. El debía llevar un pendón real en representación de su majestad para que no se dudase ni un ápice de su lealtad.

Mi señor, Manuel de Silva, se negaba a participar, no estaba de humor y todo le parecía una farsa. Luis del Castillo le insistió:

—No tenéis más remedio, nos faltan buenos jinetes. He desaconsejado al Duque que lleve adelante esta exhibición, pero se encuentra tan excitado y deseoso de hacer méritos ante el Rey y demostrar que es el principal enemigo de los enemigos de su majestad, que ha mantenido su empeño. Además, el conde de Olivares ha sido informado y ha respondido con satisfacción: «El oficio del noble es la guerra y no la ociosidad».

Era domingo. Un cielo blancuzco de espesas nubes cubría la Plaza Mayor, muy concurrida, dispuesta para el gran espectáculo. Un estrado fastuosamente decorado

para el Rey y miembros selectos de su Corte estaba preparado. El silencio se hizo tras anunciarse la llegada de Felipe IV; mientras, un heraldo de palacio declamaba sus numerosos títulos:

—Rey de Castilla y Aragón, de Navarra, Portugal, Granada, de las Dos Sicilias, de las islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales y tierras firmes del mar océano... archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Milán...

Siguió una fuerte aclamación al Rey y, después de una pausa para refrescarse la garganta con un trago de aloja, continuó su declamación a modo de pregón:

—El duque de Medina Sidonia y conde de Niebla ha retado, en singular duelo, al usurpador de la corona portuguesa, al traidor Juan de Braganza —al oír este nombre hubo pataleos, pitos y silbidos de hidalgos y villanos asistentes—. El Duque, quien ha sido deshonrado y su honor mancillado por este traidor, quiere demostrar también en este juego de cañas su apoyo y lealtad a su majestad. ¡Viva el rey Felipe IV!

De Silva era un experimentado jinete y había sobresalido siempre en el dominio de la lanza, mas se encontraba nervioso y algo irritado por haber sido obligado a participar.

La prueba era un juego entre dos banderías, una exhibición de habilidad, un ejercicio caballeresco y una ocasión más de publicidad para el alucinante torneo previsto en la frontera portuguesa.

Observé cómo, muy discretamente, el conde de Olivares se dirigía al capitán de los jinetes que se enfrentaban en el juego a los del Duque y señalaba a De Silva. Ambas cuadrillas llevaban un pendón real, pero diferentes colores en sus insignias y ornamentos, oro unos, turquesa otros. Todos saludaron reverencialmente al Rey.

Los dos grupos simulaban una escaramuza y se arrojaban las cañas a modo de lanzas de las que se protegían con la adarga. El Duque, brioso sobre un soberbio caballo blanco de las marismas gaditanas, portaba una elegante adarga ovalada de cuero repujado con el escudo de su casa y una fina armadura de plata. Era la ocasión para su lucimiento y mostrar su valía.

Se sucedieron varios lances. El capitán, de aspecto corpulento y con grandes bigotes, al que llamaban Gonzalo, buscaba con ahínco a De Silva, que conseguía burlar sus lanzamientos con habilidad o protegerse con la adarga. Aquel trataba de acercarse peligrosamente y chocar con mi señor, lo que evitaba con un hábil quiebro. Los espectadores aplaudían animados por el pique de ambos grupos, especialmente entre mi señor y el capitán. Mientras tanto, el Duque mostrábase gallardo y enérgico en su montura, sin sufrir ninguna persecución especial.

Se produjo un cambio de montura, solo para los jefes de cuadrilla. El Duque tenía reservado otro magnifico ejemplar traído especialmente desde Jerez. Don Gaspar, en su acometida, demostró las nuevas fuerzas del animal y arrojó certeramente sus cañas. Al producirse el ataque contrario, el llamado Gonzalo buscó de nuevo el cuerpo de mi señor, pero este lo esquivó con un brusco giro de extremada pericia y

belleza que provocó el aplauso de los concurrentes, vociferantes y entusiasmados.

El capitán buscó aunar esfuerzos, sabedor de que estaba ante un experimentado y diestro jinete. En el siguiente lance, junto a dos valerosos hidalgos, fue de nuevo en persecución del caballero De Silva, que logró, una vez más, escabullirse y salir ileso. Una caña lanzada con gran fuerza contra él la detuvo con su adarga, a la que siguió un giro brusco hacia la izquierda ante la arremetida de otro que se le echaba encima. Se paró de súbito y fue sobrepasado por el otro jinete, sorprendido de la hábil maniobra.

El Conde-duque miró con determinación al jefe de la cuadrilla y este se dirigió con furia hacia su contrincante y, en lugar de arrojar el grueso bambú que llevaba, chocó violentamente con él después de haber intuido el giro de este para evitarlo. Partiéndose la caña en la armadura de mi señor y la fuerza del golpe le produjo la caída, con la fatalidad de ser arrollado por un caballo cercano lanzado en su persecución. Inmediatamente se paralizó el juego para intentar ayudar al caído. Un fuerte grito se escapó de mi garganta al unísono de una exclamación general y corrí junto a él.

—Ha sido un accidente —se justificaba con descaro el causante del mismo—. No calculé bien las distancias y, lanzado con el caballo de refresco, no pude evitar el choque. Llamad a un médico, está sangrando.

Se habían acercado dos médicos reales para atenderlo. «Está mal herido», decían. No quería separarme de él y le di mi mano mientras miraba furioso al capitán y exclamaba en alta voz: «No ha sido un accidente». Me sentía furioso, no me importaba nada lo que pudiera ocurrir e insistía en mis acusaciones. El Conde-duque se había acercado y ordenó que se me retirara de allí, que tenían que actuar los médicos, y restó importancia a mis exclamaciones. Consideró que estaba emocionado y no sabía lo que hablaba, aunque mis palabras eran molestas a sus oídos y podría interpretarlas como insolencia y atrevimiento de un paje que procedía del mismo lodo que la canalla.

—Sin más, a su propia majestad —decía el conde de Olivares—, hace ya siete años, si mi memoria no me falla, le ocurrió un accidente similar en un juego de cañas. Quedó lesionado por el marqués de Ayamonte. Ahora, solo se han cambiado las tornas y un capitán real ha herido a un caballero del Duque y de este señor de Ayamonte. Su vida está ahora en manos de Dios, que sea él quien dictamine —se agachó para contemplar más de cerca el estado del herido, mientras le murmuraba en voz baja—. Os lo advertí.

La guardia me detuvo unas horas durante el incidente, pero sin encarcelarme. Tres días permanecí junto a De Silva, conmocionado aún y sin despertarse a causa de una grave herida en la cabeza. Falleció a pesar de ser atendido por los médicos reales. Solo me despedí de los criados con una fuerte congoja, y vi, antes de marcharme, a Luis del Castillo, que en ningún momento trató de retenerme, solo me dijo: «Son

tiempos muy revueltos y no puedo ofrecerte seguridad, mas sí puedo decirte que he cumplido mi palabra». Era una clara alusión al pago del rescate de Alonso.

Yo solo deseaba huir del huracán en el que me hallaba y encontrarme con mi amigo. Confiaba en que me ofreciese algún indicio para localizar a mi bella María, aunque tuviese que buscarla en el fin del mundo o me hiciese moro, pues con mi físico y una buena chilaba, las hechuras sí tenía. Había vivido fuertes emociones y era un molesto e insignificante testigo del laberinto peninsular en el que se hallaba la monarquía: la rebelión portuguesa, la aguada conjura andaluza y las intrigas vividas en Madrid, que habían culminado con el fallecimiento de mi señor. Pero con los vientos difíciles de guerras y revueltas que corrían en todas direcciones, desde Europa, Cataluña y Portugal, mi vida, sin la protección de mi amo y señor, pendía de un delgado hilo.

III

INTRIGAS Y PASIONES

SEVILLA

La tibia luz adormece el día, la fresca brisa del río acaricia mi rostro y mis pensamientos. Contemplo el crepúsculo y mi alma se eleva, ayudada por las iridiscencias doradas y cobrizas que reflejan las serenas aguas.

La vida es efímera y fugaz, incluso vuela rápida pese a estar el cuerpo encorvado por el peso de los años. El tiempo se deshace entre mis manos como tierra del camino. El reloj de arena de mi vida se agota. Al escribir es como si lo invirtiera y comenzara a revivir de nuevo...

Uno se puede sentir afortunado si vive con intensidad su andanza, igual da que sea en la antigua Roma o en el futuro e imprevisible siglo XVIII, sabiendo que hay que colmar vasos de dichas y de infortunios. Y a pesar de estos últimos, yo sigo amando la vida, aunque ya sin miedo a la muerte, a la que tantas veces he visto el demacrado rostro.

En mí avanzada edad la emoción aflora rauda y los ojos lagrimean con facilidad, mis recuerdos y pensamientos son torbellinos que a veces me despiertan en la noche y siento la necesidad de coger mi cálamo para expresarlos y aplacarlos. Tal vez me anime a escribir un fondo de vanidad, un deseo absurdo de perdurar cuando en esta vida nada permanece inalterable con el tiempo. He tenido tantas vicisitudes y requiebros en mi agitada existencia y he sido tantas veces presa de mi destino...

Guardo los pliegos manuscritos en un cofre con llave, a sabiendas de que no verán la misma luz que alumbra mi existencia. Escribo atendiendo solo a la verdad, a mi verdad, ya que la absoluta no existe, como un escribano que levanta acta de su vida, sin miedos ni censuras, aunque a mi edad...

Desde la atalaya de mis años contemplo mi tiempo. Nefastas políticas, conspiraciones nobiliarias, descontento del pueblo hambriento, han alimentado la rivalidad, y la sangre ha teñido la frágil unión de los reinos peninsulares al límite de la absoluta desintegración. He sido testigo del crepúsculo de una época: el poderío de los Austrias ya no es el de antaño; Sevilla, un triste remedo desde la terrible gran peste; su puerto una sombra. Ni tan siquiera las populosas almadrabas de Zahara son ya lo que eran. Mi vida, y mi mundo declinan en esta centuria.

Después de tantos avatares y leguas recorridas regresé a Sevilla, en los primeros días del año del Señor de 1642. Mi vuelta desde Madrid la hice acompañando a una cuadrilla de arrieros que recorrían el trayecto entre las dos ciudades principales de Castilla.

El viejo acueducto de los Caños de Carmona, majestuoso, seguía abasteciendo la ciudad desde Alcalá de Guadaira hasta llegar a la puerta Carmona, de donde recibía su nombre. Por la alcantarilla de las Madejas, crucé el Tagarete; ante mí estaba el

convento de San Agustín, junto al arrabal de extramuros que circundaba la mencionada puerta. A su entrada encontré el habitual trasiego de carros y buhoneros junto a vendedores que voceaban su mercancía desde improvisados tenderetes; al sentir, después de tanto tiempo, el latido de mi ciudad, el corazón me dio un vuelco de alegría.

Acongojado aún por la muerte de mi señor, mi principal preocupación era localizar a Alonso y con posterioridad al escribano cuya dirección guardaba. Entré por San Esteban y continué sin alejarme de la línea de muralla hasta la puerta de la Carne. Una cierta nostalgia, después de tantas tribulaciones vividas en otros lugares, hacía detenerme sin prisas. Había gran animación; acémilas y carromatos conducían, por esta puerta, la carne a todos los comercios de este caro alimento.

El matadero quedaba fuera de la muralla. A mi mente llegaron los recuerdos de mis andanzas con Alonso por estas cercanías, cuando intentábamos robar, junto con otros pilluelos, algún trozo de carne de alguna res sacrificada, esquivando, no siempre con la misma fortuna, los bastonazos y los insultos de los matarifes, que hundían con habilidad sus jiferos en las entrañas del animal. Huíamos por San Bernardo, también extramuros, hasta el Prado; después lavábamos los lamparones de sangre de nuestra ropa en el limpio Tagarete y celebrábamos la presa arrebatada. Otras veces contemplábamos divertidos el romaneo de los animales y el trajín que todo ello acarrea, con el descubrimiento de que en la balanza se sisaba de manera más fina y con mayor rendimiento.

Desde entonces habían pasado ya algunas malas riadas, ahora me encontraba de nuevo en Sevilla y mi vida tenía unas perspectivas diferentes. Mi amor por María y las frecuentes lecturas me habían dado un talante nuevo. Mi futuro era incierto, mas sabía muy bien de donde procedía, a pesar de mi oscuro origen, y en el Arenal estaban mis raíces. La Tizná seguía siendo para mí la única madre que había tenido. Su rostro aceitunado con surcos suaves, su fuerte pelo negro sembrado en los últimos tiempos de hebras plateadas y sus palabras emocionadas y rotas acudieron a mí de nuevo: «Mi pequeño Hernán, días, meses de nublada existencia, sin darme apenas cuenta de que vivía, en el abismo más hondo y oscuro de la desesperanza, unas lucecillas me hacían arrastrar por el lodo y arañar para tratar de alcanzar la superficie y encontrarme con mis niños desamparados: mis dos luceros queridos».

—Nosotros te queremos, madrecita —le decía. Pero ella insistía con la mirada gris y algo perdida entre las paredes sucias y vacías del cuartucho y la tiniebla de un rincón donde se adivinaba un viejo y raído baúl que olía a humedad, soledad y desamparo.

—Bien sé que no soy buena madre y busco el refugio de mi desventurada existencia en el aguardiente. No hay nada más despreciado que una buscona vieja y fea.

La luz de la vela esculpía su rostro de caoba y en él se distinguían las cicatrices de la mala vida y de la edad, pero se apreciaba también su antigua belleza oscura, y así

le dije: «Para mí siempre serás guapa». Y ella me lo agradeció con una sonrisa fugaz, pero continuó después con el semblante triste y los ojos sumergidos en lágrimas.

—A veces solo deseo morirme, llorar por mi maldita suerte o arrojarme al río para encontrar ese olvido definitivo. Pero cuando más desesperada estoy, una voz me recuerda a vosotros, los dos únicos clavos que me sujetan a la vida, y trato de salir a flote... —añadió con un gesto de resignación y debilidad tras un emocionado silencio—. Pero, pasado un tiempo, mi amargura me hunde otra vez en el agujero, y me aferro de nuevo a la bebida, resistiendo el angustioso paso de los días hasta perder la conciencia.

Aquella misma noche, de emoción contenida y confidencias, me refirió el origen de Alonso y cómo se iniciaron sus adversidades. Había llegado a Sevilla desde un pueblo de linaje aristocrático, Osuna, huyendo del hambre y la miseria que la habían azotado desde la infancia, para entrar de fregona en una hidalga casa con más apariencias que pecunia. El hijo, un caballerito de poca monta, un chiquichanca con aires de grandeza, se encaprichó de ella y enterado de su inminente paternidad, reaccionó como un gallito engatusador de los de si te vi no me acuerdo. La familia, muy celosa en reservar sus principios morales, la dejó en la calle por desvergonzada. Sin recursos y con su hijo, malvivió hasta que el pequeño falleció, a los pocos meses de nacer, como tantas veces ocurre.

Llegó a conocer a un buen hombre, Alonso el Capaó, llamado así porque de niño había ayudado a su padre en el oficio de castrar cochinos, aunque él era descargador en el muelle. De resultas de sus amores, una nueva vida estaba en camino. Pero antes de nacer, la maldita fatalidad que acompaña el sino desventurado, torció el destino de ambos. Un fardo mal sujeto le aplastó la cabeza. Ella se prometió a sí misma que su hijo no fallecería en los primeros días por falta de sustento, y salió hacia adelante con lo único que tenía. «Más puta puede ser la vida», se lamentaba.

Así de sincera y desdichada era la Tizná. Mayor falsedad disfrazada de aparentes virtudes había encontrado en los círculos aristocráticos; pero mi dolor por la pérdida de mi señor, era sincero.

Acompañado de mis recuerdos, desde Santa Cruz seguí el lienzo de murallas del Alcázar. A mi vista, y aún con animación, la Lonja, la Iglesia Mayor y sus Gradass —donde los pícaros buscábamos oportunidad—, testigos impasibles de algunas de mis desventuras causadas por pequeños hurtos y travesuras infantiles. Salí por el postigo del Carbón; el sol del atardecer brillaba con fuerza y acariciaba el alero de la ermita de San Jorge. La muralla de la ciudad, vigorosa, terminaba en la coracha que enlazaba la torre de la Plata con la del Oro, al pie del río.

Sentí un nudo en la garganta al llegar al Arenal y contemplar el puerto de Sevilla, sus hermosas naos, bergantines, galeones, las velas desplegadas y las banderas ondeantes de torreones y erguidos leones. No ha mucho que en aquellos arenales

había sido un redomado pillo con liendres, descalzo y con hambre, penurias que no son motivo de añoranza alguna. Sin embargo, la memoria filtra los buenos recuerdos y los engrandece con el tiempo. Sería por ello que me parecía ver más pequeño lo que recordaba con mayor anhelo.

Sentado en una piedra cercana a la muralla de la coracha encontré al viejo Celestino. El veterano aguador, desdentado, ya miraba sin reconocirme con sus ojillos pequeños, vivarachos, sumergidos en un mar de arrugas. Sus pies descalzos sobresalían en demasía de sus raídos zaragüelles.

—Celestino, soy yo, Hernán, ¿no me recuerdas, con las veces que hemos ido por agua y te he acompañado con Alonso el Tiznao?

—Eres tú, Hernán, no es posible. Yo conocí a un mozalbete pequeño y canijo que me ayudaba animosamente y tú eres un hombre fornido. ¿De verdad eres tú? Cuánto me alegro de verte. Ayer precisamente me encontré con el Tiznao, está también más alto, pero muy *desmejora*o.

—¿Dónde se encuentra? —me apresuré a preguntarle.

—No lo sé cierto, pero creo que se fue a la taberna de la Encarna.

—¿Qué Encarna? ¿La mujer del Tripa?

—Sí, él murió, dicen que de los berrinches y celos que tenía, y su mujer puso una taberna, como había tenido su padre. Además, la estancia alta sirve de posada.

La taberna se encontraba muy cerca del muelle, apenas a un tiro de piedra y dentro del grupo de edificaciones que sobrepasaban la muralla. La bodega no era muy grande, un sencillo mostrador remataba una sala de mesas apiñadas con bancos. En ellas se bebía, jugaba y fumaba entre grandes voces. Un grupo discutía airado y con gran revuelo sobre el precio del pan, cada vez más alto. En un rincón, con la mirada abstraída y ajeno a la clientela, se encontraba Alonso, o la sombra del mismo, pues tan escurrido de carnes estaba.

Un vacío se anudó en mi garganta sin poder decir nada y una lágrima corrió abiertamente por mi mejilla. Fui a su encuentro y nos fundimos en un abrazo.

Salimos fuera, necesitábamos respirar la brisa del río, que bien podía venir de Sanlúcar, para calmar nuestro emocionante encuentro en aquellos arenales que tantas veces habíamos recorrido juntos.

Alonso me relató su triste sino en los largos años que había estado cautivo. Su vida, la de un esclavo. Estuvo sometido a trabajos forzados en el muelle, a golpes de látigo y con una única y pésima ración llena de gusanos, inmundicias e insectos que, llevado por la desnutrición, llegó a comer. Todavía pude ver las marcas de los grilletes. Su rostro se amorataba engurruñado con los funestos recuerdos. Sus manos, contenidas con rabia, apresaban instintivamente su colete grisáceo que cubría un raído jubón o se cerraban en angulosos puños de salientes nudillos blanquecinos. Su voz se desvanecía con la emoción y los sufrimientos vividos.

Después de un silencio en el que latían con fuerza las angustias sentidas, y mientras caminábamos a orillas del río con los reflejos de un farol recién encendido, me refirió Alonso lo que sabía de María.

—La compró un rico gobernador, admirado de su belleza —decía con voz más serena—. Un cautivo conocía bien su historia, había servido en el mismo palacio hasta que cayó en desgracia y fue destinado al muelle. María logró escapar con la ayuda de un oficial de la guardia que se había enamorado de ella. Transcurrió el tiempo y el poderoso personaje los buscó cansinamente, hasta puso precio a sus cabezas, sin que novedad alguna alertara del paradero de los mismos. Tiempo después corrió la noticia de que habían logrado llegar a tierras cristianas, de eso hace más de dos años.

Sentí gran alegría, empañada solo por el puñal de los celos que laceró mi corazón. El relato de Alonso me abría una puerta a la esperanza, al menos no cejaría en el empeño de encontrarla. Después le referí a mi amigo los avatares principales de mi vida hasta llegar al triste desenlace acaecido en Madrid. Alonso mirábame con ojos sorprendidos, un tanto incrédulo, y finalmente exclamó:

—¿No te estarás burlando de mí? —Me oteaba inquisitivamente, buscando un gesto de burla en mi semblante serio—. Mas, si es verdad lo que dices y lo creo porque te conozco con solo verte la cara, has recorrido más leguas que un mendigo trotamundo, y con gente tan principal, que más pareces un caballero que un perillán salido de este Arenal.

Aquella noche me acosté en un jergón cercano al de mi amigo, en la taberna de la Encarna. Me desperté sobresaltado; sin poder dormir, dominado por las cavilaciones sobre María, y cansado de dar vueltas, me incorporé sobre el ventanuco. Los primeros tibios rayos del amanecer comenzaban a agasajar el agua del río arrullada aún por la luna. Me lavé con fuerza la cara en una jofaina, intentaba ahuyentar malos presagios. Se empezaba a oír el bostezo incipiente de la ciudad, el rebuzno de un pollino y el canto agudo de un gallo lejano anunciador del nuevo día. Salí fuera. Algunos descargadores del muelle, esclavos y sirvientes aparecían con rostros de sueño y a mi olfato llegó el rico olor de la hogaza de pan que despertóme la gulipa y removié mis tripas.

Acompañado, como en los viejos tiempos, de mi fiel amigo Alonso, cruzamos la puerta del Arenal para seguir por Harinas hasta el final de la calle de Tintores, cerca de la plaza de San Francisco. En la misma esquina, en una casa con aire señorial y junto a la puerta de entrada, una placa de escribano lucía el nombre: Luis de Acuña, cristiano viejo. Fuimos conducidos por un criado hasta su despacho. Nos observó detenidamente un hidalgo con ojos saltones, semblante surcado de suaves arrugas y

de aspecto pulcro. Después de presentarnos y expresarle el motivo que nos llevaba hasta él, esbozó una sonrisa de bienvenida cortada por un gesto grave.

—Ayer mismo me enteré, por cuestiones que atañen a su testamento, de la triste suerte de don Manuel de Silva, a quien bien sabe Dios que he apreciado. En fin, así es la vida, hoy estamos aquí y mañana criamos malva —decía extendiendo las manos en señal de resignación, tras lo cual cogió unos pliegos de su escritorio y continuó con un tono de preocupación—. En relación al asunto que os trae, comprended que he de cerciórme de la identidad de vuesa merced. Por ello, he de seguir las instrucciones del caballero De Silva para verificar vuestra persona, que se reduce a pedirnos una clave, ¿me entendéis?

—Soy el paje de un gentilhombre andaluz —respondí sin titubear, acostumbrado desde mi actuación como agente en la frontera portuguesa a preguntas y respuestas, a veces sin sentido.

—Conforme... He de seguir el mandato de vuestro señor, máxime cuando desgraciadamente ha fallecido y los documentos a veces no son de fiar. Las falsificaciones están tan en boga y perfeccionadas, que las mejores no se distinguen de las auténticas. En mi vida he visto a personas capaces de envejecer la tinta, imitar firmas, incluso sellos, reproducir abreviaturas y vocabulario de chancillerías y audiencias facilitando pruebas de hidalguía y limpieza de sangre a cambio de saneados beneficios.

Asentí en silencio. Me entregó un documento que desenrollé en aquel instante. Comencé a leer con emoción, aunque con cierta dificultad, ya que es costumbre de nobles y escribanos en estos tiempos endiablar la letra y hacerla procesada e ilegible, como prueba de ser persona culta.

In Dei Nomine Amén, yo, don Manuel de Silva, oficial de su excelencia el duque de Medina Sidonia, escribo a Hernán mi paje.

El viaje a Madrid y el cambio de rumbo de los acontecimientos previstos me hacen presagiar graves males para nuestra causa. Si leéis esta misiva, es que probablemente mi destino haya sido funesto, cumpliéndose mis peores temores y me encuentre preso, o peor aún... Si nada grave ocurre, Dios lo quiera para nuestro empeño, yo mismo la recogeré en persona, mas si no es así me consuela el no haberos arrastrado en mi caída.

Desconfiad de los agentes del Conde-duque, numerosos en Sevilla, y del propio don Luis del Castillo, que puede ser un arma de doble filo. Guardad vuestra vida como un tesoro precioso tan frágil en estos duros tiempos. Informad al escribano don Luis Acuña de todo lo que hayáis visto, él sabrá cómo actuar en mi beneficio; no os preocupéis, es de plena confianza. En pago a los valiosos servicios que habéis prestado, he dispuesto la concesión de una pequeña ayuda que os permita afrontar estos trances y dirigir los primeros pasos de un nuevo camino, es lo menos que podía hacer por vos.

Espero que os podáis reunir con vuestros amigos más queridos.

Dios os guarde muchos años.

De Sanlúcar, 15 de septiembre de 1641

Imaginé a mi señor escribiendo apresuradamente esta nota y sentí con emoción su pérdida y agradecí su generosidad. No quiso dejarme desamparado después de haber compartido con él tantas leguas, aventuras y desventuras.

—¿De qué conoce vuesa merced a don Manuel? —pregunté con cierta curiosidad al escribano, que no había dejado de observarme, atento a mis reacciones mientras leía.

—Ahora sois vos quien pregunta.

—En el pliego expresa que puedo confiar en vuesa merced —le referí después de una pausa, para tratar de ir al grano.

—De acuerdo..., fui hasta hace unos diez años escribano del Cabildo de Conil. Por ese motivo llegué a conocer bien al actual duque de Medina Sidonia y a su padre. Desde entonces, estoy ligado a la Casa. Conozco bien a otras personas que forman parte de su servicio, como es el caso del caballero De Silva. Pero... si he de platicar en temas más personales, me gustaría hacerlo totalmente en privado.

—Mi amigo es de absoluta confianza —precisé.

—Prefiero esperar fuera, que de estos asuntos nada entiendo —refirió algo confuso Alonso, que se dirigió al patio.

Al marcharse, el escribano Luis de Acuña había perdido su aplomo y prestancia inicial, con el semblante inquieto y preocupado cerró la puerta.

—Nadie, por muy amigo que sea, ha de conocer esta trama sin estar implicado en ella. ¿Está claro? —asentí con un gesto—. Ahora, hablemos sin rodeos ni más preámbulos. ¿Ha sido realmente un accidente la muerte de Manuel de Silva?

—Sí, pero provocado e intencional.

—Voto a Dios que me lo temía. Este viaje desde un principio nos pareció una locura, casi una traición.

Le relaté todo lo que sabía y mi impresión de que el conde de Olivares había instigado el fatal desenlace. Acuña conocía ya la quijotesca aventura del Duque de desafiar al señor de Braganza para limpiar su honor, azuzado por su tío, y la ambigua posición de Castillo, que probablemente había llegado a algún pacto con el propio valido. Mi información se lo confirmó.

Luis de Acuña movíase nervioso alrededor del cuarto, miraba a la calle a través de una pequeña celosía como si entreviera alguien al acecho, tocaba su golilla almidonada y alisaba su traje de paño negro, en un vano intento por controlar sus manos.

—Son tiempos peligrosos —afirmó después de una tensa pausa—. Cuidaos y no volváis por aquí hasta dentro de unos meses, cuando las aguas bajen menos crecidas. Desde la Corte pueden haber dado orden de detención de algunos sospechosos...,

corren tiempos difíciles. La mano del conde de Olivares es larga y tiene mucha fuerza en Sevilla. Trataré de ponerme en contacto con el marqués de Ayamonte, incluso con el propio don Luis del Castillo. Tomad estas dos bolsas de ducados, es el legado dejado a vos por vuestro señor, que en paz descanse, antes de partir para Madrid. Si os necesito, ya me pondré en contacto.

—En la taberna de la Encarna, en el Arenal, sabrá dónde puede localizarme.

Los doscientos escudos, aproximadamente dos mil doscientos reales castellanos de plata o noventa mil maravedíes, eran para mí una fortuna. Me servirían para alquilar una pequeña casa cercana al Arenal y, de momento, para no tener que preocuparme por mi sustento diario. En estos días, Alonso comenzó a trabajar en una tahona de Alcalá y ayudaba en el reparto de la miga por la capital.

Me volví más desconfiado. Ocultaba, por prudencia, mi relación con el Duque como la mejor manera de intentar pasar desapercibido a los numerosos espías y sirvientes de su tío en Sevilla. Como no quería gastar mi pecunia, hacía algunos recados al servicio de un joven artesano, Bartolomé Esteban, que abría un taller propio después de haberse independizado del pintor Juan del Castillo. En ocasiones le ayudé como criado en el traslado de enseres, a preparar pigmentos, estirar telas y colocar andamios para algunos de sus primeros encargos.

Pronto acudieron dos aprendices imberbes y retozones, torpes en sus primeros días, a los que ayudé a preparar pinturas como el maestro nos decía. El elogiaba con ardor mi sensibilidad para conseguir azules; con azurita y aglutinantes como el aceite de linaza, mezclados después con blanco de plomo, obtenía los tonos deseados.

—Son hermosos Hernán, de gran pureza y luminosidad —me animaba entusiasmado.

—Son los colores del agua y del cielo en las almadrabas los que regurgitan desde el fondo de mi alma —le respondía nostálgico.

Bartolomé era joven aún, sobrepasaba la veintena; tenía un bigote apenas visible como la delgada línea de un pincel, lengua melena y unas manos cuidadas. Mostraba un gran orgullo y entusiasmo por su oficio. Amén de ser persona culta e inteligente, era, ante todo, amable, sencillo y caritativo. Con estas cualidades disfruté mucho de su plática y tratome más como a un amigo que como a un criado, incluso después de que adquiriera justa fama.

Realicé pesquisas sobre María, un poco a ciegas, y, como era de esperar, sin fortuna; en realidad no sabía por dónde empezar. El recuerdo de su sonrisa y sus profundos ojos morenos me mortificaba. Una mañana, mientras acompañaba a Bartolomé, me quedé lívido como la cera, me pareció ver en la lejanía su rostro al cruzar una esquina al final de Placentines. Corrí tras ella, como si mi alma se la llevase el diablo y con

tantas voces, que parecía ya poseso. Cuando llegué, había tomado un carruaje que emprendía una veloz huida, solo entreví un ligero movimiento de cortinillas.

Indagué y busqué. Nadie sabía nada de la dama, parecía que se la había tragado la tierra, y del carruaje, había tantos en Sevilla, que hacía imposible su localización. Sentía la locura que me producía su ausencia, cuando parecía haberla encontrado, y la soledad, la rabia y la desesperanza ante las tretas de un destino que parecía jugar conmigo.

En los mentideros de la ciudad seguía con prudencia e interés los acontecimientos relacionados con el duque de Medina Sidonia. Pasó las navidades en la frontera portuguesa, sin que el duelo, como era previsible, tuviese lugar por no presentarse su cuñado, el rey Juan IV. Para sostener los gastos de su pequeña corte, el Duque había recibido desde Sanlúcar treinta arrobas de monedas, transportadas por arrieros especializados y escolta de guardia. «Casi *na*, una minucia para convites de amigos», decía sarcástico un pícaro galopín a otro al oír la noticia. Don Gaspar se instaló finalmente en la pequeña villa de Garovillas, a dos leguas de Mérida, sin obtener el permiso para volver a su ducado.

Sentí una cierta inquietud el día en que oí comentar la detención del marqués de Ayamonte. Fue llevado a Sevilla, a los Reales Alcázares, y desde allí conducido a Illescas donde se le interrogó. Llegó a declarar, con evidente hipocresía y medias verdades, ante un alcalde de la corte —como supe más tarde— que se había opuesto a los planes del duque de Medina Sidonia para coronarse rey de Andalucía. Solo le había tentado la idea de una república nobiliaria en Andalucía para devolvérsela después a Felipe IV, una vez que hubieran cesado los numerosos impuestos.

Intensifiqué mi cautela, mantenía en gran secreto toda la actividad que me relacionase con Sanlúcar o Ayamonte. Al mismo tiempo, mi desesperación se incrementaba al resultar infructuosas todas mis pesquisas sobre María, la ansiedad turbaba mi alma y aturdía mi lectura.

Una noche, amarga como otras, compartía con Alonso un cuartillo de vino en la taberna de la Encarna. Mi amigo me relató sus amores con una criada de la tahona que habíase quedado embarazada a la primera arremetida, entre sacos de harina y fermentos de levadura, una tarde lluviosa. Estaba decidido a casarse; brindamos por ello con el deseo de los mejores parabienes. Prometí darle una cantidad, doscientos reales de plata, para la nueva andadura.

Después de marcharse, llegaron tres jóvenes caballeros con jubones de terciopelo, finas valonas de encaje, lujosas capas, altas botas lustrosas y tahalíes repujados con incrustaciones. Era notoria su pertenencia a la alta sociedad sevillana y que estaban de francachela.

—Don Miguel —decía uno de ellos, con aire bravucón, al más joven, apenas un mozalbete—, no hay dama que a nuestra seducción se resista, mas para iniciaros en el amor hay una afrodita, una profesional capaz de derretir el acero de nuestras viejas espadas toledanas.

Los fui siguiendo, sin comprender bien por qué, desde la calle del Mar hasta las Gradas desiertas y después por estrechos callejones de la collación de Santa Cruz, más propicios a emboscadas y cuchilladas que a lances de amor. Los hidalgos, a los que se habían sumado dos criados, aspaventaban con risotadas y grandes voces la oscura noche. Daban carrerillas, adelante y atrás, como niños malcriados. Si no hubiese sido por el fácil rastro sonoro que dejaban, los hubiese perdido, pues no podía aproximarme a ellos.

Eran conocidas las historias de petimetres sevillanos de ilustres familias, como las del hijo del duque de Osuna o del conde de la Torre, que formaban comparsas famosas por sus calaveradas, no exentas de pependencias y muertes, por asuntos nimios de faldas, honor o simples extravíos de borracheras y juergas que podían durar toda la noche en garitos y leoneras.

Al doblar una esquina los perdí sin saber si habían tomado en silencio otra dirección o se encontraban ya en el interior de alguna casa. No tenía sentido continuar. Daba ya la vuelta para marcharme cuando percibí de nuevo una risa desde el interior de una vivienda. Esperé encapotado unos minutos, sin saber bien qué hacer. Mas cometí la imprudencia de llamar sin pensarlo, guiado por un ciego impulso.

Salió un criado; detrás estaba el que llamaban don Miguel, en camisa de seda blanca con adornos brocados en oro formando rosas. Parecía un caballero pitiminí, dadas su imberbe juventud y cuidada elegancia. Se lavaba las manos en un aguamanil y, después de secárselas, cogió una jarra de vino.

—Lo siento caballero —dijo con aire risueño y con los efluvios del vino reflejados en su rostro— pero la dama en cuestión está ocupada esta noche. Tomad, si apetecéis, esta jarra de vino y brindad con nosotros.

—No, disculpe vuesa merced, ya me voy. Ha sido una equivocación —le dije algo azorado mientras cerraba la puerta y escuchaba grandes risotadas en el interior. Salí apresurado, avergonzado, preguntándome por qué les había seguido y me había atrevido a llamar.

Este fue mi primer encuentro con don Miguel de Mañara, quien iniciaba su bautismo en calaveradas, seducciones y lances amorosos. Alocada carrera, que abandonó años después al enamorarse tiernamente de quien sería su esposa.

Al día siguiente, al atardecer, volví a la misma casa. Llamé y, en su interior, como un oscuro presentimiento, encontré a María. Dejó caer, impresionada, un velón que llevaba en las manos. Fui hacia ella, encontrándome con el rostro tantas veces

soñado, con su sonrisa y su cuerpo anhelado.

Sin darnos explicaciones, sin reproches —solo me susurró que me había creído muerto—, nos abrazamos con ternura. Aquella noche permanecí con ella, para amarla como nunca lo había hecho antes y nunca lo haría después. La besaba y la acariciaba, ansioso por recuperar los días perdidos, con deseos de eternizar los fugaces y mágicos momentos.

Amor y pasión a la luz de una lamparilla de aceite con varias mechas encendidas. Deseaba mirarla, contemplar su rostro, sus labios deliciosos, su risa de diosa perturbadora, su grácil cuerpo moreno de finas y apretadas curvas. Le susurraba que la amaba, la quería hasta perder la conciencia. Ambos llorábamos de alegría y gemíamos plácidamente con ardor.

Solo con los primeros estertores de la luz difusa del amanecer, me sumergí en ella. Sentí sus pechos prietos, su calidez, su belleza anhelante de amor y entrega, hasta percibir el temblor estremecedor, fulgurante y acogedor que une al hombre y a la mujer desde la aurora de los tiempos.

Recuerdo con intensidad aquellos días, el aroma de su cuerpo, el resplandor de su cara. Había cambiado, era más bella aún, más madura, aunque un poso de tristeza ensombrecía sus ojos y su mirada. Y lo más evidente: ya no vivía de zarabandas ni limosnas, era una de las cortesanas más apetecidas y cotizadas por los caballeros de la ciudad.

LAS OSCURAS TRAMAS

Una tarde plomiza y arrugada pesaba sobre mis pensamientos. Cavilaba sobre mi futuro con María mientras me dirigía hacia la taberna de la Encarna. Absorto ante una copa de vidrio, con aloja refrescante y un higo curado para darle mayor condimento, se me acercó un mozalbete con una misiva que me devolvió al presente:

*Venid mañana a la hora del Avemaría.
L. Acuña.*

Salí fuera a la brisa del río, aún con los ecos de la Encarna dando palique a sus parroquianos. Al verme cabizbajo, había insistido en que yo contase algunas peripecias de las almadrabas, pero me excusé con la fuerte jaqueca que tenía. Mas un pícaro borrachín, de los muchos que había en el Arenal, inició de corrido la plática y situóse sin dilación en Zahara y con la tropa de Alcaparrilla.

Deseaba esclarecer mis ideas y calentar mi ánimo, sin preocuparme por el aviso del escribano. ¡Por fin estaba con María! Pese a todas las adversidades, si no daba saltos de alegría, es que era un imbécil —me decía a mí mismo—. Y he aquí que cualquiera que me viese debía de considerar que estaba guillado. A veces me arreciaba una idea funesta: «Es una cortesana, y como tal una prostituta de categoría. ¡Vaya suerte la mía!». Pero la contrarrestaba con un brinco y otro pensamiento: «Estoy bien, y con María, mi ilusión hecha realidad». No conforme con esta dualidad de sentimientos contrarios añadía después de una pausa para reafirmarme: «Nada es perfecto, y si no valoro lo mucho que tengo en este momento, es que soy un...», y saltaba de nuevo hasta que mi ánimo, agitado con tanto brío, alcanzaba un esforzado beneplácito. Heme aquí pues, en aquella tarde gris, dando saltos como un saltimbanqui para curar las dudas de mi alma y no ser un estúpido que no sabe valorar los sueños añorados y encontrados.

María, una vez que decidía su rumbo, era impasible como un capitán que sabe bien a qué puerto llegar. Cuando en Zahara le hice algún ruego para que dejara de bailar entre pelaos y bribones por las procacidades que le decían, se revolvió como un animal herido, celosa de su vida y su libertad. Pero quería convencerme de que si conseguía su amor pleno lo demás no importaba, y con esa fuerza a mi favor ella reaccionaría como el recio acero que en la llama se moldea.

Bien conocía el impulso de fuerzas contrarias que muchas veces empujan en nuestras vidas, que junto al azar y las circunstancias hacen que nuestras acciones no sean siempre previsibles. Aparentes y reales contradicciones se daban en María y en mí. Sé que mis decisiones se doblegan con facilidad, y que por amor sería capaz de cualquier locura; pero también soy obstinado en mis propósitos y confiaba en que sin forzar la situación ella cambiaría.

Al siguiente día, con mi ánimo más tranquilo, me encaminé, antes del atardecer, a la casa de don Luis, en la calle de Tintores, para atender su llamada. Había transcurrido un par de meses desde mi visita. En esta ocasión fui solo y me extrañó ver la cancela de acceso al interior del patio entreabierta. Llamé y no acudió criado alguno, entré con cautela hacia el despacho del escribano, sin dejar de preguntar en voz alta.

La puerta estaba cerrada, golpeé con los nudillos sin obtener respuesta. Tras una pausa, decidí abrirla. Allí se encontraba, frente a mí, Luis de Acuña, con la cabeza hacia atrás, los ojos desorbitados y con una daga clavada en el pecho, del que manaba aún la sangre. Pliegos de papel, pergaminos y libros yacían desordenados sobre el suelo, como si hubiese habido lucha y un registro precipitado en busca de algún documento. Me acerqué y toqué el cuerpo todavía caliente, sentía angustia y miedo. Lo mejor que podía hacer —pensé— era desaparecer, tal vez el asesino o asesinos estuviesen todavía en la casa, acechándome. Hui despavorido ante esta posibilidad y, al salir a la calle, escuché unos gritos, era el criado acompañado de un alguacil y dos corchetes, a los que habría avisado minutos antes. Empecé una veloz carrera por una callejuela contigua. Logré escapar ayudado por mis piernas más ligeras y por las primeras sombras de la noche que ahuyentaban la luz del día.

Me refugié en casa de María. Ella me acogió con una sonrisa, como siempre lo hacía, pero sin poder ocultarme cierta turbación. Trató de tranquilizarme después de haberle referido, aún con la agitación de la huida, lo que había ocurrido.

—Hernán, querido mío, no eres culpable de nada y solo te han visto de espaldas en la penumbra del anochecer y sin reconocerte —me susurraba con voz acariciadora mientras abrazaba y masajeaba con su delicada mano mi cabeza, como una amante y una madre al mismo tiempo. Acurrucado a ella, me sentí más tranquilo.

—Si supieras cuánto te quiero, cuánto te he echado de menos —le dije.

—Lo sé. ¿Recuerdas el día que te pareció verme? Tus voces me llenaron de alegría, pero al mismo tiempo trastocaron mi serenidad, te creía muerto y ahora estabas vivo. Necesitaba tiempo para reflexionar antes de encontrarme contigo. Después decidí que era mejor no decirte nada. Te podía hacer más daño que beneficio en mi nueva situación de mujer de la vida.

—¿Es que no sientes amor hacia mí? —le pregunté con pesar.

—El día que te vi me llevé un gran susto y hui precipitadamente. Fue un día muy especial, seguías vivo —aún doy gracias a Dios por ello— y me di cuenta de que continuaba amándote con intensidad.

Contemplaba su rostro dulce y los bucles de su pelo, sentía su magia embelesadora. Me atraían y me hechizaban, como tantas veces lo habían hecho, sus profundos ojos de azabache y el perfecto óvalo de su cara.

—Vivamos juntos —le pedí en un arrebato—. No tendrás grandes riquezas, pero sí amor, mucho amor. Además, procuraré que no falte el pan en nuestra mesa. Ya no soy un simple pelao, conservo alrededor de dos mil reales y ayudo a un preciado

pintor que me trata bien.

Sentía sus ojos puestos en mí, sus dudas, mientras aventuraba mis sueños de felicidad.

—No creas que no me tienta lo que dices, porque realmente te quiero, pero prefiero esperar un tiempo.

Miré descorazonado los guadamecés de las paredes, los cristales de las ventanas, en lugar de los mortecinos papeles encerados que había en las casas de los pobres, y algunos objetos de plata, regalos de sus amantes.

—No es malo desear ser rica cuando siempre se ha sido pobre y humillada por los hombres —susurró espiando mi mirada y adquiriendo su rostro una dureza afilada como la espina de una rosa—. Ahora es mi oportunidad, juego con ellos y me aprovecho de su obsesión en mi propio beneficio. Ya fui tantas veces humillada... Te juro que eres distinto a todos los demás, pero no me pidas que abandone lo que tantos sinsabores me ha costado alcanzar.

—Esperar... María, yo estoy harto de saberte ausente. Sentí unos enormes celos cuando supe que habías logrado escapar con un amante. ¿Te imaginas, acaso, cómo me puedo sentir ahora?

—Solo te pido paciencia, déjame un tiempo para que me aclare y decida el rumbo de mi vida.

María empezó pausadamente a cepillarse su melena. Le cogí el cepillo y continué su labor amorosamente. Ella comenzó a hablarme de su amante africano.

—Ali habíase enamorado locamente. Llegó mal herido a la Península y el pobre estaba dispuesto a convertirse al cristianismo para poder estar conmigo. Murió en mis brazos. Su amor era tan sincero como el tuyo, y él, tan ingenuo como tú. De nuevo me encontré absolutamente desamparada, sola en el mundo, sin suerte, y me juré que no pasaría más penalidades, ni me ligaría a ningún hombre. Los dos que realmente me habían amado habían fallecido, uno eras tú, y cuando mi vida comenzaba a estabilizarse y disfrutaba de bienestar, apareces de nuevo e irrumpes como un terremoto, como un bendito terremoto —trató de dulcificar—. Ahora, solo te pido paciencia.

Mi amor desbordado reblandeció poco su actitud de no abandonar radicalmente su forma de vida. Ella pretendía, por un tiempo que no precisaba, que todo siguiese igual, pues tenía sus compromisos; mas su amor solo lo reservaba para mí. Los demás caballeros le ofrecían una vida de lujo, mantener un criado y unas buenas monedas de plata.

Me dirigía a mi casa después de abandonar la de María. La ciudad seesteaba y hacía calor, pocos transeúntes desafiaban la torridez del mediodía que había irrumpido con fuerza en la incipiente primavera.

Al doblar una esquina me encontré de golpe con dos valentones que me cerraban

el paso con aire de manilargos y desuellacaras, sin mostrar la menor intención de quitarse. Al ver su aspecto pendenciero, di media vuelta para buscar otra salida, pero ellos siguieron tras mis pasos.

—¿Por qué tanta *priesa*? —dijo el más siniestro, de mirada oscura y mejilla surcada por una cuchillada—. ¿Acaso no os llamáis Hernán? Hay un gentilhombre muy importante que requiere vuestro servicio.

—No estoy para demanda de ningún caballero —le contesté mientras aceleraba el paso, temiendo lo peor, caer en un asalto de rufianes pagados por el señor de Olivares.

—Nuestras órdenes son de llevaros vivo, pero no han mencionado que debéis estar entero y en una pieza, así que no nos provoquéis —llevaron las manos a sus empuñaduras mientras recuperaban aceleradamente el terreno perdido—. Tal vez el nombre de *jardinero* os diga algo.

Fui conducido hasta un carruaje de discreto color marfil y ocre. Allí, con cara de pocos amigos y el gesto impaciente, con la cruz roja de Santiago en su pecho sobre el tafetán negro, se encontraba don Luis del Castillo.

—Ya era hora de que aparecierais —me espetó al llegar, sin apenas recuperarme de la sorpresa. Su pelo estaba más encanecido y nuevas arrugas surcaban su cara—. No hay mucho tiempo que perder, por lo que no estoy para preámbulos ni cortesías, así que iré directamente al grano. Hemos sido engañados por el Conde-duque, que no ha respetado el trato realizado. El Duque está confinado y prácticamente desterrado. Se nos prometió el regreso a Sanlúcar después de un tiempo prudencial en la frontera portuguesa. Pero la gota que ha colmado el vaso ha sido su nombramiento como gobernador de Cantabria, una sucia estratagema para alejarlo definitivamente de sus Estados en Andalucía. En fin, necesito a toda mi gente y vos tenéis ya experiencia de la revuelta portuguesa.

Castillo, con aire ofuscado, aunque ya más sereno, me informó de muchas adversidades. Estaba claro que necesitaba desahogarse de tantas frustraciones personales y del poderoso linaje al que servía. Refirió el enfado del Duque, que se sentía traicionado por su tío; cómo había nacido su segundo hijo, de doña Juana, hacía unos días, sin que hubiera obtenido permiso para poder visitarlos, y cómo había escrito, humillándose al conde de Olivares, con el ruego encarecido de que anulara el nombramiento de Cantabria, sin conseguir resultados. «Nunca he dejado de actuar en beneficio del Duque y cada circunstancia precisa de una estrategia», concluía mientras se limpiaba el sudor con un pañuelo bordado con sus iniciales.

Comprendí que hubiese llegado a un acuerdo, primero con el marqués de Ayamonte para conseguir la independencia de Andalucía y la realeza de su señor, y, posteriormente, a un trato con el Conde-duque cuando lo consideraba todo perdido. Pero, ahora... ¿Qué pretendía? ¿Por qué me contaba a mí estas confidencias? Estaba sorprendido por su presencia, por sus revelaciones y al mismo tiempo un tanto halagado, más no quería que me enredara de nuevo en sus intrigas.

—Mi señor ya os previno de que no confiarais en el conde de Olivares, y ahora no sé qué pretendéis.

—Manuel de Silva podría estar vivo si hubiese sido más práctico y menos necio —expresó con enfado, sin querer dar su brazo a torcer—. Estábamos atrapados y confiaba plenamente en la palabra de Olivares, pero este es ladino y taimado, y en ello sí tenía razón vuestro señor —miró por las ventanillas del carruaje la tranquila plaza, antes de continuar—. Todavía no es demasiado tarde, tengo informes positivos del exterior y la situación interna es favorable a cualquier revuelta. Solo hay que conducirla, por ello no puedo prescindir de ninguno de mis colaboradores.

—¿No serán los matachines que están en la calle?

—Los tiempos son duros y necesito todo tipo de gente. Esos matasiete están solo para seguridad personal y algunos recados. Puedes vengarte de la muerte de tu señor y colaborar con nosotros, igual que en Portugal. Te prometo honores y gratificaciones si prospera el nuevo reino, y recompensar tus valiosos servicios como espía de la corte de Medina Sidonia; espero que puedas ser de gran ayuda. Estoy desempolvando toda mi antigua red de agentes que se extiende hasta Portugal y cada uno tendrá su misión y cometido.

—Déjese de quimeras, no deseo participar en ninguna revuelta ni venganza —exclamé bruscamente sin meditar previamente mis palabras.

Su mirada fría y ofendida me heló la sangre. Tras una pausa cargada de tensión, silencio y reproches pareció cavilar, contuvo su enojo y midió bien sus palabras.

—Confío en vos y en vuestra inteligencia, no me decepcionéis. En esta causa estáis demasiado implicado al haber sido espía al servicio de la casa de Medina Sidonia y no podéis permanecer al margen, aunque queráis, ni hay posible vuelta atrás. De hecho, vuestra vida corre peligro. Don Luis de Acuña, conocido de vos y aliado nuestro, ha sido asesinado, él conocía nuestros planes. Por cuestión obvia, no os daré más detalles.

Era evidente que habían registrado el despacho de Acuña en la búsqueda de papeles comprometedores y posibles contactos. Me sentía doblemente atrapado. Por un lado, sabía que después de las graves confidencias no permanecería vivo si me mostraba reticente, como era mi intención; por otro, los agentes de Olivares, si habían localizado al escribano, tal vez siguiesen ya mi rastro.

De nuevo en mi vida me vi encadenado por las circunstancias, manipulado por el destino; era una ficha de una magna partida que yo no controlaba. Me avine a colaborar solo como informador para palpar los revueltos efluvios de la ciudad en mesones y tabernas, mercados y mentideros.

El ambiente estaba muy alterado, corrían malos tiempos. La cosecha última no había sido buena y la de este año se temía desastrosa, como así fue. El precio de la ho gaza de pan subía a un ritmo imparable para los más humildes y, la más común, de tres

libras, sobrepasaba los tres reales, el salario de toda una jornada descargando en el muelle. Las colas para la sopa boba se hacían cada vez mayores. Los hurtos y crímenes aumentaron, toda la canalla estaba revuelta, rufianes y malandrines salían de sus agujeros. Los pobres honrados vivían con amargura la muerte de sus hijos más pequeños por inanición o las levas que alejaban, a veces definitivamente, a los más mayores, únicos que podían llevar un mendrugo de pan a la casa.

La moneda de vellón nadie la quería tomar, existía gran desconfianza por su valor cada vez más decreciente; la de plata era guardada como oro en paño y no se encontraba en el comercio ordinario. La causa de tamaño desbarajuste era clara: Felipe IV, dada la reducción de metales preciosos procedentes de las Indias, ante la costosa política imperial emprendida por el conde de Olivares y los numerosos frentes de guerra, emitía monedas de cobre, de menor valor real, que provocaba la caída de la misma y la subida de precios.

Otros elementos perturbadores favorables a los planes de Castillo incidían en aquellos días. En Sevilla residían bastantes portugueses, lo que favorecía la posibilidad de una revuelta independentista y el cese de la guerra con el vecino reino. Orgullosos de su gran imperio ultramarino, extendían por el puerto, decadente en estos tiempos de conflictos, el rumor de «qué más le da a Sevilla ser de Castilla que de Portugal». Además, el rey Felipe IV se encontraba ausente de la capital, en la frontera catalana. Esta guerra se veía aún más lejana desde Andalucía; por ello, los caballeros se encontraban reticentes a acudir, como se pedía, desde la corona.

Se producían muchas deserciones de los frentes de batalla, algunos de los huidos llegaban a la ciudad andaluza. Los soldados prendidos, vestidos con tocas y sayas, eran expuestos en jaulones para escarnio público, como ejemplo de cobardía; en otros casos, se les daba además un jubón de azotes que les dejaba la espalda enrojecida.

Mi bolsa también se aligeraba ante tanta miseria, no podía permanecer impasible y ayudaba discretamente a algunas familias, pero sentíame impotente ante tanto descalabro. Yo seguía expuesto a los agentes del Conde-duque. Siempre estaba alerta en los lugares concurridos que frecuentaba. En el rostro de María aparecieron ojeras, interesada y temerosa por cuanto hacía, me rogaba con insistencia que no me arriesgara.

El ambiente, pues, estaba caldeado, no era necesario avivarlo más como pretendía Castillo. Este mostrábase satisfecho de los aires de revuelta que se gestaban en la ciudad. Como el descontento iba por buen derrotero para los intereses de los conjurados, en ocasiones me confiaba tareas de enlace y de correo con algunas personas de su confianza, por lo general destacados miembros de la sociedad sevillana.

Una mañana ahíta de luz fui a ver a un catalán, Lorenzo Prat, conocido de Luis del Castillo desde los viejos tiempos de almadraba, cuando hacía negocios con el padre del Duque. Sus intereses en las pesquerías los mantenían en la actualidad, pero ahora, afincado junto al antiguo Betis, se dedicaba a la exportación de tejidos

diversos allende los mares.

Crucé el puente de barcas; pude observar el deterioro que había sufrido en la última riada. Algunos carpinteros aferraban con fuertes maderos los once barcos sujetos con anclas, de varios quintales cada una. Gruesas maromas y cadenas de hierro aseguraban el entramado de quince varas de ancho que debía resistir cuando el río se enfurecía. Arribé a la plaza del Altozano; las numerosas tiendas de loza lucían en la calle una variada cacharrería que impregnaba de colorido el lugar. A mi derecha dejé el castillo de San Jorge y me encaminé por la calle de Olleros, centro del gremio de alfareros, tan importante en el arrabal de Triana. ¡Qué bien aprovechaban el barro del Guadalquivir! Desde la basta botija perulera de arroba, destinada a almacenar toda clase de mercancías en los galeones a su regreso a las Indias, hasta cangilones para las norias, tinajas, azulejos, jarros y escudillas que daba gusto mirarlos.

Cómo me admiraba de aquella maravilla: los bastos terrones extraídos de los barreros junto al río se convertían en fino barro que, bien sobado y en las manos del ollero, se transformaba después, sin aparente esfuerzo, en una bella pieza. Qué sencillo parecía en manos expertas —pero qué difícil en otras primerizas—; en menos tiempo que un perro astilla un hueso, el alfarero creaba de una pella una vasija, y en la fogaina tomaba su dureza y hechura definitiva.

Cuántos seres son como terrones en el río, que viven y mueren sin conocer otro destino, pensé. Cuán agradecido estaba a fray Francisco, que me extrajo del fango y supo darme alma propia. Sin embargo, qué atribulado y desasosegado me encontraba. Abstraído, continué mi caminar hasta toparme con la iglesia de Santa Ana. Entre aquellos muros resonaron mis llantos, recién abiertos los ojos al mundo. Con todas estas cavilaciones me quebraba y angustiaba, pese a haber llegado a mi destino. Tal vez fuese hijo de un ollero, o de un humilde pescador que no hubiese podido alimentar más hijos...

Muy cercana se hallaba la Universidad de Mareantes, gremio de los que tomaban como oficio la mar, que en Sevilla era lo mismo que decir la Carrera de Indias. Aquí se formaban capitanes y pilotos, asociados a armadores que participaban en el comercio de ultramar. Junto a un extremo de la iglesia y a la ribera, lindando con la universidad, vivía en una mansión de aire indiano Lorenzo Prat.

Un criado dirigió mis pasos hasta la parte más alta de la vivienda. En el despacho le entregué el mensaje. Dadas las medidas de seguridad establecidas por Castillo, cualquier misiva, lacrada y sellada por él con un nuevo sello en el que solo aparecía esbozada una torre, tenía que ser abierta y quemada en mi presencia, sin dejar rastro. Una vez realizado mi cometido debía irme sin más, como así hice sin apenas intercambiar palabras en esta primera visita.

Luis del Castillo me requirió una mañana a través de uno de sus sicarios para acudir a un encuentro con un converso. El no estaría presente por considerarlo arriesgado,

pues los cristianos nuevos estaban siempre más vigilados. Esta vez no llevaba ningún correo para entregar.

En la angosta sala de un discreto mesón de Triana, y después de dar una buena propina al dueño, Juan Treviño de Sobremontes, acaudalado comerciante de origen judío, me miró de arriba abajo, desconfiado. «¿Te gusta la primavera?», fue su pregunta, y «¡Qué bien huele el azahar en Sevilla!», mi respuesta. Eran las claves convenidas. El mesonero nos trajo vino, aceitunas, media hogaza de pan y dos albures adobados. «Están pescados por mi hijo y son muy ricos de comer», nos comentó. Al marcharse cerró la puerta.

Juan Treviño, superadas sus reticencias iniciales, me dio información precisa sobre la trama que se preparaba en la Andalucía oriental, la cual yo debía transmitir a Luis del Castillo según deseos expresos del servicio de espionaje francés. Argumentaba que al no haber encabezado el duque de Medina Sidonia el primer intento frustrado de rebelión en Andalucía, agentes del viejo zorro Richelieu habían conectado ya con un caballero almeriense de linaje moro cuya ascendencia se remontaba a los reyes de Granada. Si el Duque se decidía, se coronaría rey de Andalucía, pero solo de la occidental, que era donde estaban sus señoríos. En la oriental pretendían resucitar el antiguo Reino de Granada, como en sus tiempos de máximo esplendor. Contarían con la ayuda internacional de los poderosos enemigos de Castilla y de tropas reclutadas en Berbería, formadas con descendientes de andalusíes expulsados hacía ya siglo y medio y de moriscos desterrados hacía tan solo tres décadas. El almeriense, cristiano nuevo, hasta se había cambiado el nombre para dirigir el movimiento, sería Tahir Al Hor, es decir, El Halcón.

—Es beneficioso para todos —me susurraba Treviño con sus ojos saltones, una espesa barba negra y la nariz curvada— debilitar desde diversos frentes el poder castellano y aunar esfuerzos al mismo tiempo. El Halcón es un hidalgo decidido y recio como un olivo, que hace honor a su nombre por sus virtudes militares y su don de mando. Aúna, además, una cuidada sensibilidad y elegancia —elogiaba así Treviño a Tahir Al Hor, cuyo nombre en cristiano no me lo dijo, y con quien se había entrevistado, acompañado de algunos de sus seguidores, en una cueva de la sierra almeriense de Gador—. Nuestra situación de conversos es asfixiante, nos llaman marranos, estamos vigilados y perseguidos injustamente por la Inquisición. El Halcón prometió dar cabida, si prosperaba el nuevo reino, a cristianos, judíos y musulmanes, como ya había ocurrido en siglos pasados de prosperidad y refinada cultura en nuestras tierras, cuando los canales de agua la alimentaban y la exornaban como si fuese un paraíso. Sefardíes y ricos andalusíes que anhelan regresar al vergel de sus ancestros están dispuestos a financiar la empresa. Han adoptado, incluso, una bandera con paños verticales blanco y verde para convocar a los que se sumen al movimiento.

Esta fue la comprometida información que trasladé a Castillo. Se mostró dubitativo

ante estos planes, pues era sabedor de que la trama que ellos tejían no tenía consistencia en las tierras orientales andaluzas, y que Francia, su principal aliada junto con Portugal, era la que estaba detrás de ellos. No le agradaba la idea de un reino moro, pero lo consideraba un mal menor si se aseguraba el poder del Duque y se debilitaba aún más al imperio castellano.

Si de los cuatro reinos que formaban Andalucía o las Andalucías, el granadino quedase desgajado y se mantuviesen los otros tres, Sevilla, Córdoba y Jaén en manos del Duque, se podría considerar un éxito de la conjura —argumentaba Luis del Castillo—. Con posterioridad se podría intentar la recuperación de Granada, cuando la dinastía Medina Sidonia se hubiese consolidado y el peligro del dominio castellano hubiese pasado. Bien sabía que ya no habría posibilidad de vuelta atrás, como hacía un año, cuando llegó a un acuerdo con el conde de Olivares, que este no respetó. El se consideraba un fiel servidor del Duque, y Castilla solo necesitaba un soplo para ser derribada y para que Felipe IV perdiera los reinos periféricos peninsulares, si se aunaban todas las fuerzas que tenía en su contra. Y en Sevilla y Jerez, como en otras ciudades andaluzas, se agitaban vientos incontrolados de revueltas.

Oscuras tramas se tejían y de nuevo me hallaba en una delicada situación. Conocer estas peligrosas informaciones me involucraban en la conjura, más de lo que yo deseaba, y ya no podía escapar fácilmente. Además, bien sabía que se cernía sobre mí un grave peligro del que no debía olvidarme: el servicio de agentes y delatores del Conde-duque estaba muy ramificado en Sevilla, y estaba convencido de que el escribano Luis de Acuña había sido una de sus víctimas.

¡LEVÁNTATE! ¡ANDA! ¡LUCÍA!

La llama vacilante consumía el papel mientras mi mirada curiosa se quedó prendida en los viejos estantes repletos de libros y algunos pergaminos que pugnaban por encontrar un hueco en los armarios del despacho de Lorenzo Prat, al que había acudido para entregar un nuevo mensaje.

—¿Te interesan los libros? —me preguntó con mirada incrédula.

—Sí, mucho —le expresé azorado por lo que consideré una indiscreción—. Apenas si tengo sosiego para leer en estos días de tanta agitación, pero me apasionan.

—Sí, no son tiempos buenos para nadie. Mas no por ello se debe renunciar a la placidez y la tranquilidad de las páginas de un buen libro. ¿Te gusta la poesía? —Esbocé un gesto afirmativo con timidez—. A mí me encanta, acércate a un estante cualquiera, están repletos de pequeñas obras, también de teatro y prosa. Elige una, ya me la devolverás otro día.

Había escritos de todo tipo y pelaje, en diversas lenguas, entre ellas catalán y latín. No pretendí demorarme más y elegí al azar uno en castellano. Era de un poeta sevillano, Juan de Arguijo. Lorenzo Prat me comentó su particular visión de mi paisano, del que yo nada conocía: «Gastó la fortuna de su padre en francachelas y fue un vividor».

El interés mutuo por los libros fue el inicio de una amistad que penetró con fuerza en mi vida y perduró en el tiempo pese a ser alimentada apenas unas semanas. Prat se mostraba afable y gran conversador, con un semblante maduro de risa fácil y vivarachos ojos azules; el escaso cabello trataba de disimularlo y en ocasiones, cuando se despeinaba, parecía un mar revuelto. Me halagó al decirme que, a pesar de mi juventud, era un gran consuelo para él encontrar una persona con hambre de saber, con la que podía platicar hasta de las cuestiones más delicadas, sin verse expuesto. Abierto el camino, acudía a su casa con frecuencia; confió pronto en mí y no evitó los asuntos que a ambos nos preocupaban.

Una tarde, después de darme una preciosa explicación sobre la hondura de Erasmo, de sus seguidores tan denostados y perseguidos por la Inquisición, de su amigo Tomás Moro y haberme recitado algunos de sus poemas favoritos, comenzó a tratar aspectos de mayor calado y compromiso.

—Encuentro ciertas semejanzas, al menos en los inicios, entre la rebelión catalana y la situación andaluza —exponía—. En el Principado, la revuelta tuvo su detonante en el enfado de los payeses, hartos de que los tercios mal pagados tomasen con atropello sus campos y fuesen objeto de pillajes, violaciones y otros desmanes. Asesinado el Virrey por los segadores encolerizados, la autoridad catalana, representada por el gobierno de la Generalitat, se puso al frente de la rebelión y aprovechó el descontento generalizado de todos los estamentos para dirigir esa fuerza de enfado y desesperación, que sin más, hubiese acabado en turbamulta y anarquía. El conde de Olivares con sus guerras imperiales nos llevaba a la ruina, a un

empobrecimiento progresivo y a una desaparición de nuestras peculiaridades, arraigadas durante siglos, con la imposición de leyes castellanas.

—Pero sigo sin ver la semejanza, cuando es evidente que son realidades muy distintas.

Prat se acomodó en su silla de recio cuero y gruesas tachuelas doradas; despejó su mesa, en la que había un reloj de arena de madera noble y delicado cristal y dos gruesos tomos forrados en piel que se interponían entre los dos.

—Por supuesto, Hernán, que son situaciones bien diferentes, mas hay cierto paralelismo en el arranque y en las causas. En Andalucía, la hambruna levantará espontáneamente al pueblo; las guerras, sin duda, provocan un descontento generalizado en todos los estamentos. La política del conde de Olivares es nefasta para todos. Se dan, pues, las condiciones necesarias para una revuelta, solo hace falta dirigirla.

—¿Y hacia dónde? Quizás, entiendo, encauzar la protesta contra el conde de Olivares y sus deseos hegemónicos en Europa, que tantos sacrificios están costando a los vasallos de su Majestad. Pero si es un movimiento secesionista, no lo comprendo, cuando aquí, en Andalucía, no hay sentimiento contra Castilla y menos contra el Rey. ¿Qué finalidad tendrían, entonces, los planes de Luis del Castillo y de los nobles que lo apoyan?

—Pues desarrollar un poder propio que conceda ventajas para todos: para que la nobleza no esté supeditada a los intereses castellanos o imperiales y no se vea obligada a participar y contribuir en guerras estériles por litigios y preponderancia en el continente; ventajas para nosotros, los mercaderes, cuando se eliminen las restricciones y las cargas gravosas en nuestros comercios y negocios, con lo cual aumentaría también la prosperidad de todos; y concesiones a los que nada tienen, al abaratar el precio del pan y suprimir las continuas levadas. Se acabaría, así, con las guerras europeas, que tanto nos están perjudicando, y se atendería a los intereses propios y no a otros extraños.

—¿De verdad pensáis que sería así? ¿No sería levantar una guerra más en Andalucía?

Prat se levantó de su silla, se quitó la golilla que le aprisionaba el cuello y resopló a gusto, cómodo ahora en su camisa de lino bordada.

—Estaba muy ajustada —se excusó—. Bueno, vayamos a tu pregunta. Mi opinión es que el poder de los Austrias está tan debilitado que no resistiría un frente más. Castilla caería de su pedestal, las guerras en Cataluña y Portugal terminarían y el Imperio se descompondría.

—Pero ¿no podría haber otras alternativas menos dramáticas? En la guerra de Cataluña están luchando castellanos, andaluces y aragoneses contra catalanes, hermanos contra hermanos, todos españoles. ¿Vuestras ideas no provocarían más luchas fratricidas?

—Mis ideas. Si te dijera cuáles son mis verdaderas ideas, te sorprenderías. Pero te

las diré sin tapujos, ya que hurgas como abogado del diablo. Considero a la nobleza una partida de ociosos y parásitos. Amo mi país y ansió una república catalana, dirigida por las Cortes y hombres de negocios. Pero mi patria es también Andalucía y cualquier rincón del mundo donde pueda desarrollar mi espíritu emprendedor, que anhela por encima de todo la libertad. Me agradaría un sistema de Estados hispanos federados, monárquicos o republicanos —aunque prefiero lo segundo—, con libertad de comercio, con prosperidad para todos, como lo fue en siglos pasados la corona de Aragón, y Barcelona, mi ciudad, ocupó un lugar privilegiado en los puertos del Mediterráneo. Odio la tiranía que las nuevas monarquías quieren imponer y su clima asfixiante. Conozco en algunos hombres que generan riqueza un espíritu rebelde, entre ellos ingleses y holandeses, que comparten estas ideas revolucionarias. Pero todavía somos pocos, al menos en España. Estas ideas asustan, y una actuación práctica solo permite dar pequeños pasos. Por eso me he implicado en esta intriga nobiliaria, para frustrar los intentos de poder absoluto del monarca, realizados en su nombre por el conde de Olivares, y que finalicen pronto todas estas guerras que nos están arruinando. Ese es mi deseo. La política solo es el arte de alcanzar lo posible, y, a veces, los caminos a seguir para los fines que nos proponemos no son buenos.

Prat me miró enardecido y añadió: «Disculpa mi perorata, pero querías conocer mis ideas». Yo sorprendido de la franqueza del catalán y persuadido por su sinceridad, deseaba dar rienda suelta a todas mis dudas.

—Y si pensáis así, ¿creéis realmente que la sublevación catalana va por buen rumbo? ¿Cómo explicáis, entonces, esa alianza con Francia y que su rey, Luis XIII, haya sido nombrado conde de Barcelona? Según creo, y lo oí en el mentidero de las Gradas a un notable escribano, los Borbones, en los tiempos que corren, no son muy amantes de fueros e imponen la uniformidad y un poder real omnímodo.

—Sí —aceptó decepcionado— huimos de la tiranía de Olivares y podemos caer en la de los Borbones. Solo es explicable por pura cuestión de supervivencia. La muerte, el año pasado, del canónigo Pau Claris, presidente de la Generalitat, dejó a la revolución sin su principal guía, y la república catalana no podía mantenerse por sí misma. Richelieu, inteligente, se prestó desde el primer momento a la ayuda, incluso Claris la solicitó.

Sobre una consola había una bandeja con pastelillos de hojaldre y dos jarras llenas de agua con canela y limonada. Prat me pidió que me sirviera, rehusé amablemente, pero ante su insistencia opté por coger una empanadilla, mientras él apuraba de una taza una infusión fría de manzanilla, hierba luisa y zarzaparrilla con miel que un barbero sangrador, gran conocedor de hierbas, le había aconsejado.

—La política es un juego de intereses en el que la ética no cuenta —le dije después de apurar en un santiamén la empanadilla hojaldrada de carne—. ¿Cómo explicáis que un cardenal francés de la Iglesia católica arremeta contra los Austrias a favor de los protestantes, en esta desastrosa guerra europea? No me convence la política de los poderosos, o los que pretenden serlo —afirmé categórico.

—Hernán, no seas ingenuo, el cardenal Richelieu estaría dispuesto a aliarse con el diablo para acabar con la hegemonía de los Austrias españoles. Es, ante todo, un hombre de Estado.

—También lo es el Conde-duque, e igual de ambicioso. Pero ¿qué diablos pintamos nosotros?

—La isla de Utopía a la que se refería Tomás Moro no existe en el mundo real, y los intereses y las ambiciones mueven a los grandes Estados y a sus dirigentes. Yo, como hombre de negocios, también defiendo mis intereses.

—Pero sí puedo buscar la Utopía de otro modo, sin servir a los Grandes que nos manejan; aunque, la verdad, no sé cómo, y mi vida está hecha un lío —desinflado, en un arrebato de sinceridad di un vuelco de timón a nuestra plática—. Lorenzo, me encuentro atrapado, amo con locura y pasión a una mujer que es una cortesana.

Lorenzo guardó silencio con respeto hacia mis confidencias. En ese momento entró su hija, una jovencita de rasgos delicados y cabellos dorados. A pesar de no ser una beldad, mostraba una bella sonrisa y un encanto personal.

—Es mi hija Beatriz —ella levantó la cara y al mirarme se sonrojó—. Es la alegría de mi vida —besó a su padre y se marchó para otra habitación. Después de una pausa, Lorenzo continuó.

—Aseguraos de vuestro amor, hay muchas mujeres en el mundo, yo he conocido a tantas... Sin embargo, mi verdadera y única pasión fue la madre de Beatriz. Si realmenteamáis a esa mujer y ella os corresponde, debéis encontrar juntos vuestro propio camino.

Desde el alto ventanal de su despacho se enmarcaba Sevilla, vista desde Triana. Las agitadas campanas del esbelto alminar de la Iglesia Mayor y algunos campanarios de las muchas iglesias y conventos repicaban para misa. «Hermosa vista», dijo Prat. Al acercarme observé la ciudad abrazada por el río, abrazo de prosperidad, vida y muerte, que casi la circundaba; por otro lado, el arroyo Tagarete; frente a nosotros, el puerto con su trasiego de embarcaciones. La flota de Indias estaba fondeada. No pudo evitar susurrar unos versos de Lope de Vega:

*Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua
a la Torre del Oro
barcos de plata.
Barcos enramados
van a Triana
el primero de todos
me roba el alma.*

Deambulaba al día siguiente por el puerto, cuando, por detrás, me taparon los ojos, no era mi amigo Alonso. Por la finura de las manos supe que era una mujer;

pero por su perfume, no era María. Iba a retirar sus dedos cuando una voz sonriente jugueteó: «¿A que no sabes quién soy?». En el tono de voz descubrí a Beatriz Prat, exultante, sin timidez. Emanaba hermosura, juventud y jovialidad.

Caminamos por el muelle. Las grúas, armazón de maderos y poleas, cargaban pertrechos en los galeones. En otros, la carga de aceite, vino, paños... se hacía con pequeñas barcas. Asomaban, desafiantes, algunos cañones de los buques de guerra que acompañaban a la flota. El puerto mantenía su actividad, aunque en los dos últimos años, desde que se iniciaron las guerras en Cataluña y en Portugal, el comercio indiano había sido pésimo y ello se dejaba sentir en los intereses de los comerciantes establecidos en Sevilla. Beatriz me pidió que no le hablara de asuntos de Estado, que ya los había escuchado otras veces. «Nos espiabas, entonces», le dije en tono de broma. «Bueno, solo un poquito», contestó dicharachera.

Junto a la Torre del Oro tenía su corte Oselito. En un pequeño sombrero tenía su tinglado con cajas llenas de brebajes, hierbas y ungüentos. Sentado en un sillón de mimbre, atendía a un gentío variopinto que esperaba sus consejos y milagros. Beatriz se entretuvo para consolar a una pequeña que lloraba y se rascaba la cabeza llena de liendres blanquecinas. Oselito, de cuerpo velludo, con pelos de punta como un erizo y de intelecto despierto, analizaba con mirada de experto el mal y repartía órdenes a sus ayudantes: Valladolid y el Gaditano.

—Valladolid, quítale a Celestino la muela, la única de abajo que le queda, y le das bastante elixir *Oselito*, que seguro lo animará... Gaditano, a esta mujer dale espino albar para las palpitaciones... Para quitarse la verruga, señora, se unta durante siete días, los mismos de la creación, un ajo partido, o mejor aún leche del cabo de higo recién cortado que tengo en ungüento —se dirigía Oselito a otra dama, ya mayor, pero con cierta prestancia y una carnosidad junto a la oreja—. Puede repetir la cura cada luna llena. Y si no tiene malos pensamientos, y eso es fundamental, seguro que desaparecerá.

Animé al viejo Celestino que no paraba de gemir. Valladolid, con el gatillo de sacamuelas, se aferraba a la única que le quedaba al pobre viejo y decía: «Esta vez no me puedo confundir». Beatriz permanecía junto a la niña, mientras la atendía el Gaditano. Provisto de grandes tijeras, procedió a cortarle el cabello hasta dejarla trasquilada; después le lavó la cabeza y, por último, le dio una friega con un jabón verde. Con un ligero guiño de complicidad le decía a su amigo castellano: «Después de tanta sequía no nos queda más remedio que hacer hoy penitencia en la Abadía». Y entre los ¡ay!, que escapaban del viejo, Valladolid apostilló: «A ser posible acompañada de torreznos».

Diálogo extraño si no se conocían las interioridades de estos buscavidas que se movían entre la picaresca y el conocimiento de las plantas y artes curativas. A Oselito y sus ayudantes, más que su famoso elixir, les gustaba, cuando la pecunia lo permitía —no siempre cobraban a los que poco o nada podían dar—, degustar la cerveza y los manjares que servían en un mesón cercano a la calle de Harinas, que ellos

denominaban la Abadía porque lo regentaba un viejo fraile de Flandes arrepentido de los hábitos.

Atrás dejamos medio trompa a Celestino que se había tragado casi entero el elixir *Oselito*. Sentencioso decía: «Si quitar una muela es morir un poco. Yo estoy ya más muerto que vivo. Así que, dame más elixir de la vida, Valladolid». La niña que iba con su abuela quedóse también contenta, pues Beatriz le había regalado una diminuta flauta.

Beatriz, sonriente y con sus cachetes sonrojados, me persuadió para acompañarla hasta el embarcadero de su casa. A un criado le dio la tarde libre, así que me vi obligado a bogar en una pequeña barca y dar un paseo por el río, como ella sugirió. Seguimos las aguas tranquilas y verdes que bajaban dulces, pero aumentaban y se hacían salobres cuando el mar crecía y se sumergía en su cauce. La brisa del sur nos acariciaba el rostro y por momentos se tornaba más fuerte. Beatriz, dichosa, me señaló con su mano: «Mira cómo nos acompañan los rayos del sol que se estiran en las aguas. Si nos detenemos, ellos lo hacen; si continuamos, nos siguen. Siempre en línea con el sol y nuestra barca». Yo le sonreía, pero en realidad observaba cómo los haces de luz jugaban entre los rizos de su pelo con destellos como el oro.

Al regreso desplegamos una pequeña vela que Beatriz había aprendido a manejar. En la orilla se sumergían juncos y cañas; en algunas zonas, verde espesura de chopos, alisos, fresnos y álamos se desperezaban rozando las aguas. Un pescador animoso agitó sus brazos y nos saludó.

Un punto álgido para los nuevos planes de los conjurados fue la llegada del Duque a Sanlúcar sin permiso de la corona, ya avanzado el mes de junio. Llegó acompañado solo de dos o tres criados. Se liberaron presos de las cárceles y se repartieron monedas entre la gente humilde de la población.

Gradualmente comprendí mejor los planes de Castillo y cómo de nuevo el Duque conocía una mínima parte del entramado. En julio estaba previsto que los portugueses cruzasen la frontera; en Sevilla, una vez iniciada la revuelta popular, su intención era controlar los lugares estratégicos y tomar la alhóndiga donde se guardaban las armas de la ciudad y, sobre todo, buscar más apoyos y establecer contactos con otros miembros de la nobleza andaluza en otras poblaciones.

Después de compartir lecturas y poesías con Lorenzo, su hija Beatriz me enseñó solícita una habitación forrada de terciopelo claro en la que guardaba sus más queridos tesoros: una colección de instrumentos musicales con viejas resonancias de siglos. Me apuntaba sus nombres, para mí sonoros y extraños: el rebab, pequeño y con solo dos cuerdas —me parecía un extraño zapato— o el salterio, de caja plana y cuerdas horizontales. Admirábame de sus finos y preciosos dibujos trazados en la

delicada madera, y de la emoción orgullosa de Beatriz, que asía cualquier instrumento y dejaba escapar unos acordes para mostrar su alma sonora mientras yo le sonreía. Chirimías y tamboriles de los ejércitos moros, cuando pretendían asustar con su estruendo a los cristianos; zampoñas que tocaban los pastores para enamorar a sus mozas, y un monocordio, similar a una cajita de madera.

Una tarde quiso darme una sorpresa y la acompañé hasta la Iglesia Mayor. Éramos pequeños seres en tan inmenso templo de altas columnas. Un viejo canónigo tocaba un órgano muy historiado, de majestuosos tubos. Sus sones se expandían entre las viejas piedras, vidrieras y los altos techos y sus ecos se difundían con resonancias múltiples que se perdían entre los vericuetos de las capillas, mezclados en su agonía con los apagados rezos. Beatriz, emocionada, se dejaba llevar por aquella delicada armonía que traspasaba nuestras almas; yo reparé en sus bellos ojos azules humedecidos.

De regreso, un negro carruaje nos estrechó contra la pared y ella me besó. «Lo siento —me dijo azorada—, no sé por qué lo he hecho». La cogí de la mano. «Tus besos son muy dulces, Beatriz, pero no sería honesto contigo si te ocultara que quiero a otra mujer».

—¿Crees que no lo sé, si hasta te he seguido a su casa? Es guapa, pero es una cortesana —recalcó enfadada.

Las lágrimas contenidas afloraban a su cara desvalida y yo sentía ternura al contemplarla. Resplandecía, con sus labios de miel y un ajustado corpiño turquesa; un collar y una cinta de idéntico color en el cabello, resaltaban aún más sus ojos azules. El deseo de besarla y animarla me tentaba, pero no podía, no debía por la misma Beatriz.

—A María la quiero de verdad —le susurré con dulzura, sin tratar de zaherirla—. Nuestro cariño nació cuando éramos muy jóvenes y se alimentó del mar y las arenas de almadrabas y se forjó durante años de forzada ausencia. Ahora es desgraciada, aunque nada dice, como fue la Tizná que tuvo ese oficio y fue para mí una madre. A ti, Beatriz, te aprecio; me importas mucho y te quiero como a una amiga.

Los impuestos o pechos habíanse visto agravados como consecuencia de la costosa política imperial del conde de Olivares. Ello motivó unos curiosos pasquines que aparecieron en algunas plazas, mercados y mentideros de la ciudad con el dibujo de una mujer, «Lucía», casi asfixiada, con la lengua fuera, por la carga de unos enormes y caídos pechos desnudos, y con esta protesta: «El peso de aquellos pechos no me dejan mover», y un grito de rebeldía: «¡Pues levántate! ¡Anda! ¡Lucía!».

—Cualquier gobernante que asuma una bajada de precios y la reducción de impuestos se hará con el poder —decíame nervioso en el interior de su carruaje Luis del Castillo, siempre en lugares distintos de la ciudad y poco concurridos—. La flota internacional puede haber partido ya desde Lisboa. Dentro de unos días llegará el

mismo Duque a Sevilla. Si hay movimiento, se inicia la revuelta y la flota actúa, se convencería al Duque de asumir el mando. El está ya seriamente comprometido con su regreso a Sanlúcar sin permiso.

—La indecisión de la actuación de la flota internacional fue decisiva para la paralización de la trama —dije con franqueza y cierto atrevimiento—. Su tardanza ahora puede provocar un nuevo descalabro de vuestros planes.

—No seáis pesimista, vuestra suerte depende también del éxito de esta endiablada estrategia. Me he sincerado mucho con vos y os he tomado cierto aprecio como para admitir deserción alguna —me sonrojé ligeramente al intuir Castillo mis secretos pensamientos.

Se me hacía una pesada losa la situación que envolvía mi vida. Por un lado, el amor profundo e intenso con una mujer que a su vez mercadeaba con su cuerpo; por otro, envuelto en una intriga en la que me sentía manipulado por intereses distintos a los míos. Había prestado mis servicios y estaba más implicado de lo que yo deseaba, pero no podía seguir hacia adelante, sin traicionarme más a mí mismo. Manuel de Silva se había ilusionado sinceramente con la idea de un reino andaluz y Lorenzo Prat era honesto a sus intereses e ideas. Pero ¿y las mías?, ¿somos esclavos de nuestro destino? A mí me preocupaba más que los gobernantes se ocupasen de mejorar el bienestar del pueblo, que no se muriesen los hijos de hambre, ni por las guerras, ni los desamparados sin techo por el frío... y dudaba de que el duque de Medina Sidonia fuese mejor que su tío. No me sentía llamado por glorias imperiales, amaba mi tierra, pero mis anhelos no tenían fronteras. Estaba decidido a abandonarlo todo si conseguía que María huyese conmigo, tal vez a las Indias, donde juntos podríamos comenzar una nueva vida.

Cuántas veces en nuestras vidas somos como troncos en la mar, perdidos en la inmensidad, confusos, sin rumbo, sujetos a la corriente que nos zarandea, sin saber el puerto o acantilados adonde podemos llegar, o estrellarnos. Pero en otras, nos hacemos conscientes de nuestros sueños y ansiamos encontrar nuestro propio destino, y sacamos de muy dentro todas nuestras energías y nos aferramos furiosos a la esperanza de alcanzarlos.

En la ciudad se respiraba un ambiente de tensión, los contactos entre los conjurados se aceleraban. Consideré necesario escapar antes de que fuera demasiado tarde y no envolverme más en estas intrigas, pese a que sentía un tierno cariño hacia Beatriz y me agradaba la compañía de su padre, con quien tanto podía conversar y aprender. ¿Se puede querer a dos mujeres al mismo tiempo? Creo que sí, de diferente manera. Mi anhelo, mi sueño era María.

María, por los requiebros de la vida, escondía su sensibilidad debajo de múltiples capas, como un palmito que guarda en su interior sus brotes tiernos y dulces cubiertos de amargas e insípidas tramas. Poco dada a efusiones de cariño cuando estaba tensa, era ardiente y pasional si no estaba contrariada y ella decidía entregarse. Obstinada, seria y preocupada, me afirmaba que aún mantenía sus compromisos y me pedía que

esperase un poco más. Se mostraba inflexible y a veces enfadada. Y yo no deseaba dar más tiempo al tiempo. Aquella noche lloré como un niño; los hombres también lo hacemos, pero más quedamente y en secreto. Y después la amé con fuerza descontrolada, con pasión enardecida y le dije que me apretase mientras la amaba y yo deseaba soltar toda la rabia e impotencia que llevaba dentro. Ella me respondía con ardor, pero sin abrirme su corazón, solo se le escapaban sentidas lágrimas.

—María, no te puedes imaginar la hambruna de las familias más pobres. Es difícil permanecer impasible ante una realidad que te contrae el alma. He visto niños casi desfallecidos, hinchadas sus barrigas, piernas arqueadas, dientes podridos, cubiertos de moscas...

—No sigas, Hernán, sé que existe todo eso. Pero no quiero que hablemos más de asuntos tristes esta noche.

Dos días después, encontré en la calle los ánimos muy alterados. Supe que algunos panaderos habían sido asaltados en la plaza del Pan. Diferentes grupos de amotinados recorrían la ciudad al grito de ¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Algunos exaltados irrumpieron con gritos en Borciguenerías; junto al Mesón del Moro tuvo lugar un enfrentamiento con guardias armados que dispersaron al grupo, unos buscaron refugio en sagrado, otros huyeron por la calle del Mar hasta el Arenal o se diseminaron por las callejuelas.

Tenía que dirigirme a la Alameda, donde se encontraba Castillo, cuando me topé con un grupo comandado por Alcaparrilla, el mismo capitán general de los pícaros y tunantes de las almadrabas. Estaba junto a una casa de la calle de la Palma donde se sospechaba que había trigo escondido.

—Por San Cleto, vaya mala guasa que tienen los ricos —arengaba a los suyos el Capitán, tan ceremonioso en sus gestos y con la sonrisa burlona de siempre, que escapaba entre sus escasos dientes, mermados desde la última vez que lo vi—. Se quedan con el trigo, lo almacenan y no sueltan prenda, esperando que se duplique, triplique su valor... Aumentan su faltriquera, y el pueblo, a morir de *jambre*. Así que justicia divina, a repartir entre *tos*, que ya me lo decía mi *parecito*, que en gloria esté: «¡Más vale tres *herios* que uno muerto!».

Observaba las caras famélicas y el desespero de los concurridos, muchas leguas de vigilia y ayuno, mucha sopa boba cada vez más aguada, mucha gulipa sin bocado, demasiada hambruna en sus vidas...

—Mi hijo más pequeño murió de hambre entre mis brazos —se quejaba con vehemencia un criado que había sido despedido por su amo— y juro por Dios que antes acompaño hasta los infiernos a uno de estos desaprensivos, que permitir que otro de mis hijos muera de pura necesidad.

Un grito unánime de apoyo salió de las gargantas.

—A la faena muchachos, y alimentemos nuestros estómagos *desfallecidos*. ¡Viva su majestad y muera el mal gobierno! —gritaba de nuevo Alcaparrilla, coreado por la gente que aumentaba notablemente su presencia.

Unos frailes jesuitas cantaban el miserere y recriminaban la acción de los amotinados. Una mujer desgredada les gritó con fiereza: «¡Más pan y menos rezos!». Un grupo de los más jóvenes aporreaba la puerta con el resto de un grueso mástil, a modo de ariete, hasta conseguir desgajarla de los goznes. La muchedumbre se coló rauda en el interior, en el que sonaron dos disparos de pistolones que dejaron en el suelo a dos de los más adelantados. El grupo quedó paralizado, indeciso... pero un grito de rabia, iniciado por el criado que había perdido su hijo, se transmitió de una garganta a otra y la masa, enfebrecida, se coló dentro, como una serpiente hambrienta. Sonaron varios disparos más, pero ya no había fuerza humana que detuviese a la multitud encolerizada.

Casi sin darme cuenta me encontré con otros exaltados en el granero atestado de trigo; ayudé a llenar las faltriqueras de los más viejos y tullidos e hice improvisados hatillos con la ropa que llevaban. «¡Pan para mis hijos!», gritaban algunas mujeres llenas de júbilo. «Pan y justicia para los pobres», dije lleno de rabia e impotencia.

Enardecido, me dirigí a la Alameda. A lo lejos divisé el carruaje de color marfil y ocre de Castillo; me prometí a mí mismo que no continuaría más con esta farsa, que no dejaría que manipularan más mi vida. Lucharía por seguir mi propio camino como Lorenzo Prat me había sugerido, sin traicionar a nadie. Con las prisas casi tropecé con el cuerpo del matachín de la cuchillada en la mejilla, tendido en una hendidura y con una gran mancha de sangre alrededor de su cuello cercenado. Más cercano al carruaje se encontraba el otro miembro de la escolta, que sí había logrado desenfundar su espada, pero estaba muerto de un disparo. Una de las portezuelas del carruaje estaba abierta y su interior, tapizado de vistoso púrpura, vacío. Sentí una gran angustia y decidí salir con presteza de lugar tan peligroso. Luis del Castillo habría caído en una emboscada.

A lo lejos divisé un arcabuz, instintivamente me lancé al suelo, pero ya el fogonazo habíase producido y me rozó la sien, de la que salió un hilillo de sangre. Arrastrándome —con esa energía que dan el instinto de supervivencia y tantas emociones contenidas—, con requiebros, igual que mi vida, logré escapar acompañado en mi huida de disparos que aullaban como mi alma herida.

Avancé por calles menos concurridas y pese a mi ánimo de romper con todo, decidí apresurarme para avisar a Lorenzo Prat. Su vida y la de su hija podían correr peligro. El mercader, en alerta desde antes de los altercados, había preparado la nao de un amigo genovés para sacar de la ciudad a su hija con dirección secreta hacia Lisboa. Beatriz se había negado a partir sola. Prat se mostraba muy preocupado porque «la maldita flota no actuaba» y más aún cuando le referí la emboscada a Castillo. Consideró oportuno que nos marcháramos presto. «Todo depende de si la armada extranjera actúa en las próximas horas», me decía.

El equipaje de Beatriz y su colección de instrumentos estaban ya en la nave;

Lorenzo, en previsión, había preparado un camarote oculto entre la carga por si había algún registro en Sanlúcar. Me negué con firmeza a acompañarles, no me iría sin María. Beatriz, con una mirada triste, me abrazó. Con lágrimas me susurró quedamente: «Hernán, vente conmigo, libérate de todos tus pesares, te quiero de verdad y juntos sé que podríamos ser felices».

—No, querida Beatriz, no puedo. Seguro que sería feliz contigo, pero he de seguir mi destino.

—Es esa mujer la que te tiene prendido —me dijo con resentimiento—. ¿Nos veremos algún día? ¡Te quiero, Hernán!

Embozados en finas capas tomamos una pequeña embarcación con rumbo al puerto. Se escuchaban disparos lejanos y había algunas llamaradas en la ciudad. Antes de alcanzar la casa de María, ya bien entrada la noche, me cercioré de que no hubiese vigilancia alguna. Me había lavado en un pilón, antes de encontrarme con Lorenzo, pero una nueva costra de sangre seca impregnaba mi frente y mi aspecto era lastimero. Me atendió alarmada, seria y con huellas evidentes de haber llorado. Alivié mi alma y le expuse mis adversidades, como tantas otras veces en las que buscaba refugio y consuelo en sus brazos, mi hartazgo de todo y mi desespero, aunque nada le dije de la marcha de Beatriz. Ella, con semblante triste, me escuchaba atentamente y me lavaba dulcemente la cabeza sobre la jofaina.

—Gracias a Dios que estás vivo —me dijo—. He estado pensando y tal vez tengas razón en la idea de salir fuera de la ciudad y alejarnos de estas intrigas. No me perdonaría que por mi culpa te ocurriera una desgracia.

—Mi amor es sincero, como sabes, y tan intenso que por ti me iría al fin del mundo.

—Siempre tan pasional —decía devolviéndome una sonrisa que despejaba las preocupaciones de su cara—. ¿Y dónde está el fin del mundo, si puede saberse?

—Tal vez en las Indias, en Zahara, donde fuimos dichosos, o en cualquier lugar o ciudad donde podamos vivir en paz, decidir más nuestros propios destinos, cultivar mi curiosidad por saber y adorarte como a una diosa.

—Me conformo con que me quieras como a una mujer —añadió ella con una nueva sonrisa.

Las revueltas paulatinamente se fueron diluyendo, aunque la hambruna seguía en la ciudad. Las autoridades solo prometieron no castigar a los insurrectos; algunos cabecillas fueron detenidos. Todo parecía indicar que los agentes del conde de Olivares habían actuado con sigilo y eficacia y habían asaetado con golpe mortal la trama de Luis del Castillo, de quien nada se sabía.

Don Gaspar se hallaba ya camino de Cantabria. La temida flota internacional en apoyo de los intereses de los conjurados había esfumado de nuevo. Como un aldabonazo de miedo sentí la muerte de varios hidalgos sevillanos y un portugués a

los que yo había entregado varios mensajes. Un silencio oficial envolvió todas las muertes; las autoridades solo plantearon que los desmanes y algunos asesinatos fueron causados por los amotinados y que los culpables serían castigados.

El converso Juan Treviño se hallaba en las mazmorras de San Jorge sometido a tortura, acusado de judaísmo. No saldría más con vida. El misterioso Tahir Al Hor apareció muerto en una playa de Málaga, con la mirada vidriada y rota dirigida hacia Berbería. De Beatriz y su padre nada se sabía, confiaba en que hubiesen logrado escapar. Yo seguía milagrosamente vivo, escondido, deshecho de emociones y temeroso, con el consuelo de estar con la mujer que amaba. Muchas interrogantes y un insignificante eslabón quedaba suelto, un peón perdido en este magno juego que sostenía el señor de Olivares y el ducado de Medina Sidonia. Yo solo pretendía vivir en paz con el amor de mi vida.

ENTRE LAS OLAS

Después de meditar y dudar sobre nuestro destino, y al haber un mayor control y más vigilancia en las naves que embarcaban para las Indias, decidimos huir y emprender la vía de Tarifa, para volver a la costa donde habíamos sido tan felices antes del ataque de los berberiscos.

Me despedí de mi amigo Alonso, con quien aligeré mis escasos caudales. María llevaba un cofre pequeño lleno de monedas, fruto, en parte, de la venta de sus enseres de plata más valiosos, y, como equipaje, dos arcones completos. Había alquilado un carruaje ligero y un cochero.

—María, deja aquí esos guardainfantes —le dije observando la estructura de alambres y cintas que daban a la mujer forma de cuenco.

—Sabes que me gusta vestirme como una dama e ir a la moda.

—Lo digo tan solo por el espacio que ocupan.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer con ellos, además de mis enaguas y basquiñas ajustadas al ancho del guardainfantes?

—Regalarlos, ya te podrás comprar otros.

—Bien, solo me llevaré estas lujosas basquiñas de tafetán con alforzas y brocados con perlas —con cierto pesar miraba escrutadora el vestuario que dejaría atrás.

El verano aún no había finalizado. Tras un breve descanso en Chiclana, emprendimos la ruta hasta llegar a Conil. Entramos por la puerta *Cai*. El olor familiar a pescado frito y a atún cocinado me evocó gratos recuerdos. El pueblo adormecido, una vez transcurrida la fiebre almadrabera, parecía muy tranquilo y pequeño. Alquilamos una habitación en una casa, en la misma calle que daba acceso a la citada puerta y al camino costero de Cádiz, sin saber el tiempo que íbamos a permanecer, pues no era lugar seguro.

La vivienda donde nos alojamos tenía la misma estructura que otras de la villa, un zaguán que daba acceso, a través de un arco, a un patio interior. Este vestíbulo con el techo de vigas y tablas era a su vez parte del suelo de nuestra habitación en la planta alta, independiente del resto de la vivienda y con un ventanuco que daba a la misma calle. En el patio había un pozo con el brocal encalado. A nuestro amplio dormitorio se accedía a través de una escalera a cielo libre.

Días felices, días plenos. Muchas horas pasamos juntos compartiendo nuestras dichas e infortunios en aquella habitación, nuestro pequeño universo, de lujo, si mirábamos fuera. Un cesto de mimbre trenzado en la parte superior formando ondas como olas del mar descansaba sobre la mesa con ricos frutos y a su alrededor, dispuestos con exquisitez, una escudilla con bizcochos y pastelillos de fina miel, aloja con bastante canela, hipocrás con delicadas especias y chocolate aromatizado con vainilla que tomábamos en júcaras de porcelana. En nuestra plática le refería todos los

detalles de mis viajes a Portugal y mi actuación como agente. Ella, a su vez, me hablaba de sus infortunios y algunas dichas del tiempo en que estuvo cautiva; asimismo, me contaba curiosos entresijos de la ciudad de Sevilla. María estaba feliz, comunicativa y sensible. Yo vivía mi sueño, en una nube de ilusión y poesía, con su amor pleno para mí.

Al atardecer, disfrutábamos con la puesta del sol sobre el mar. Un sol grande, envuelto en naranja y malva, se sumergía, junto al cabo de Roche, como ascua encendida en la mar. Iridiscencias reflejadas como un pasillo de luz sobre el agua resbalaban y se expandían sobre la generosa arena.

Le placía mirar el sol ya débil; los brazos extendidos hacia atrás, la melena ondulante sobre la arena clara de su espalda, los pechos perfectos. Sus piernas largas, flexionadas, obedecían al ritmo insinuado de chacona que marcaban sus pies pequeños y juguetones. Quedábame absorto ante tanta belleza. Era como ver una sirena del mar.

Y qué gozosos nuestros paseos con la marea baja sobre la mullida y húmeda arena, tan suave, como un bálsamo para nuestros pies, formando huellas prestas a desaparecer. Muchas veces nos bañábamos desnudos en un mar añil, arropados por los tardíos y rojizos rayos. Contemplábamos admirados las bandadas de gaviotas, tropel de pechos blancos y alas plateadas, y disfrutábamos con nuestras tiernas, dulces y apasionadas caricias sobre la misma playa, cuando la oscuridad hería la tarde y en su rostro se reflejaban todavía las luces, ya apagadas en el firmamento.

Una mañana vestida de azules intensos en el cielo mar fuimos a caminar hasta los acantilados. En los herbazales de un regazo cercano al río, una lavandera con su plumaje blanquinegro pareció saludarnos con el movimiento de su cola. Mientras deambulábamos, recogíamos conchas y caparzones, solo los más hermosos y raros: acá con reflejos de nácar y sonrosados, acullá una pequeña caracola...

Los acantilados mostraban su piel de capas arrugadas e inclinadas y formas caprichosas modeladas por las embestidas del mar que esculpían oquedades en la roca. Animado le refería a María cómo en aquella zona de las Tres Piedras, le señalaba los tres riscos que asomaban en el océano, embarcaron los berberiscos y cómo Rufo se las ingenió para simular una estatua y lograr escapar después de dar un fuerte mordisco al sin duda sorprendido y espantado pirata. Ella sonreía divertida con mis aspavientos e historias que yo exageraba con comicidad para evitarle malos recuerdos.

Nos detuvimos a contemplar cómo de las rocas abiertas a los embates de la marea alta escapaban hilos y gotas de agua que provocaban verdes naturales y resurgían los diferentes tonos ocres y rojizos de sus entrañas. Y cómo las piedras más bajas se cubrían de una alfombra de algas y limos verdes, brillantes con el sol, que se esparcían en hilachas colgantes.

En la cala de Puntalejos descansamos, impregnados nuestros oídos y retinas con los ecos de la mar. A nuestro regreso, el agua subía y se adueñaba del camino. María

se recogió con gracia la falda y mostraba sin recato sus piernas torneadas. Escapábamos entre risas por las rocas, perseguidos por la mar juguetona que comenzaba a golpear los acantilados y por los graznidos de los grajos que sobrevolaban nuestras cabezas, alarmados con nuestro alboroto.

En la noche me fascinaba descubrir sin prisas las olas de su cuerpo, acariciarlas, nadar en estas olas de fuego a la luz de las velas, y sumergirme, ebrio de pasión, en el vértigo de una atracción que se me hacía insaciable, como si me hundiese en un mar cálido sin fondo.

Cuando paseábamos por estos parajes veíamos espléndidos caballos que llamaban la atención de María. Perteneían a Tomasillo, un viejo gitano tratante de animales. María se prendó de uno de color indefinido: blanco grisáceo con ligeros tonos malvas, veteados de manchas más oscuras, y del color de estas la crin, la cola y las patas. Sujeto a una fuerte estaca hincada en la tierra daba vueltas con fuerza, como si le hirviera la sangre, y extendía al máximo la cuerda larga que lo sujetaba.

—¿Le *guzta zeñorita?*, *tie brío er cabayo*.

A cambio de unas monedas dejó a María montarlo, tras recomendarle mucha precaución. A mí me cedió un joven alazán. Pronto se hizo mi amada con la voluntad del caballo, lo arropaba con caricias y le hablaba dulcemente como si de un hijo se tratase, pero a la vez con energía y decisión, hasta doblegar al majestuoso animal. Con ellos disfrutamos de largos paseos y recorrimos las calas más cercanas y otras de belleza casi mágica, pasado el cabo de Roche. Pletórico y feliz, quería disfrutar ante todo de mi amor con María y para mí no había tierras más hermosas que estos litorales.

Nos adentrábamos en zonas boscosas próximas, escuchábamos el trino de los pájaros, vigilábamos al mirlo, bebíamos en manantiales de agua clara y nos sentíamos dichosos entre tanta belleza. «El canto del cuco alegra mi alma. El canto del cuco, elixir de la vida. Quien oye el cuco, no puede morir ese año», decía con amor en las mañanas frescas.

En dirección opuesta, un buen día llegamos hasta el cabo de Trafalgar. Algunos pescadores cogían grandes erizos de mar entre las rocas. Sobrepasamos los Caños de Meca hasta llegar a la torre del Tembleque, en la parte más alta de los acantilados. Un mar de pinos poblado de romeros, jaguarzos, lavandas y lentiscos colmaba de resinas y aromas nuestros sentidos. Después de dejar los caballos paciendo con tranquilidad, nos aproximamos al precipicio. Admiramos, temblorosos de vértigo, la bravura de las aguas y las grietas entre las rocas. Me sentía extraño y fascinado, con sentimientos encontrados —un pequeño dios al que por fin le sonreía la dicha y un ser insignificante y vulnerable en este universo de la vida, extraña mezcla— mientras observaba el vuelo de las aves que, insólitamente, planeaban y se posaban entre los salientes por debajo de nuestros pies. Si miraba al frente, distinguía con nitidez la

sombra de Berbería.

La vida en Conil no era tan calamitosa como en Sevilla. La cosecha no había sido buena y el pan estaba caro, pero en la costa siempre ampara el recurso del mar. En algunos pueblos del interior, como Jerez, sí habían tenido lugar algaradas sin muchas consecuencias.

Como un reguero de incertidumbre y preocupación se expandió la noticia: el duque de Medina Sidonia estaba detenido en Vitoria, acusado de alta traición y de haber desobedecido al Rey con su marcha a Sanificar sin permiso real. Algunos miembros de su séquito fueron igualmente detenidos y existía una orden de captura contra don Luis del Castillo, en paradero desconocido.

María me instó a que no huyéramos:

—Nada has hecho, nada tienes que temer.

A mí solo me importaba ya su amor y quería alejarme de estas intrigas en las que me había visto implicado.

Una mañana en los acantilados, en un día espléndido y ausente de viento, para nuestra extrañeza, observábamos cómo los rayos del sol se bañaban en la mar y se reflejaban con múltiples y luminosos destellos blancos en el inmenso océano; al semicerrar los ojos parecían estrellas brillantes de sorprendente e irreal intensidad. Me pellizcaba para ser consciente y saborear esos plenos instantes de felicidad.

Desde nuestra atalaya bajamos hacia la playa y, entre unas apartadas y pequeñas dunas, me sumergí en ella, ebrio de amor, como una caracola exhausta y perdida en la arena que regresa jubilosa al fondo del mar. María, pese a mis caricias, estaba absorta en sus pensamientos. Unas nubes amenazaban con encapotar el hasta entonces infinito cielo azul.

A nuestro regreso, los grises se iban adueñando de la tarde, imposible parecía en un día que tan hermoso y diáfano se había mostrado. No pude evitar un cierto desasosiego en mi alma. De madrugada llovió y al amanecer el día estaba con nubarrones negros y el mar de plomo. Y así permaneció hasta el atardecer; pero al despejarse, en el horizonte apareció inesperadamente un sol amarillo que proyectó en la oscuridad del día una fuerte luz a ras del mar sobre el pueblo y nuestros rostros, y en el cielo opaco se fueron abriendo espacios de colores encendidos.

Con el viento de poniente, tan frío que calaba hasta los huesos, y el final del otoño, nuestros paseos se interrumpieron.

Contraviniendo los deseos de María, me dispuse a trabajar humildemente en una pequeña embarcación de pesca y en un huerto cercano los días en que no salíamos a

la mar. María me reprochaba sus horas de soledad y su carácter se ajaba al igual que el invierno, húmedo y con tan fuertes vientos.

Fui ciego, quizás, y me mantuve firme, no quería ser un mantenido. Trataba de recuperar el tiempo ausente y me mostraba solícito con ella y cariñoso. Ella, por contra, se mostraba huraña, fría y distraída, incluso cuando nuestras caricias eran más íntimas. «¿Me quieres María?», le preguntaba angustiado. Ella, tarda en la respuesta, me afirmaba sin rotundidad...

—En el fondo eres egoísta igual que todos los hombres —me decía—. Yo he renunciado a tantas cosas y ahora estás ausente la mayor parte del día por una miseria.

—No seas injusta María, yo te quiero más que a mi vida y estaría dispuesto a todo por ti, pero he de buscar alguna faena y por ahora es lo que encuentro. Tu problema es que estás demasiado aislada, encerrada en ti misma.

—Déjame —me contestaba huraña rechazando mis caricias.

—Dime qué te preocupa amor mío, te quejas de soledad y cuando estoy contigo solo encuentro reproches.

Cuando se enojaba era para mí una pesadilla, no me hablaba, y su mutismo prolongado hería mi alma. Yo pretendía llegar a un acuerdo, pero no quería ser como una embarcación sin norte, atrapado por una pasión que me dominaba, más fuerte que mi ser. Por ello me rebelaba y me mantenía más firme en mi postura. Al acercarme, me rechazaba sin dirigirme la palabra, hasta que se le pasaba lentamente el enfado. Después me besaba y se le escapaban dolidas lágrimas. Sentía alivio y una gran alegría cuando se acurrucaba finalmente conmigo, y un gran pesar y una inmensa ternura se liberaban de mi alma.

Un aciago día, me hallaba dispuesto a emprender un nuevo rumbo, a buscar juntos nuevas alternativas. No podía dejar languidecer tan bello amor y que en nuestras vidas pasara, como en estas tierras ocurre, sin transición, de un levante bravo que hace bullir y levantar la arena, al adversario poniente, extremo e ingrato. Me encontré, para mi sorpresa, con su ausencia y unos pliegos manuscritos.

A mi querido Hernán, a quien tanto amo y con quien tanto he amado las pequeñas cosas de la vida. Contigo he aprendido a apreciar la belleza de un atardecer, la cadencia de las olas, el canto del cuco, el vuelo de una gaviota, el esplendor del campo con la belleza y el aroma de sus plantas.

Los días vividos junto a ti me he sentido dichosa y feliz, pero te encaprichaste en dejarme largas horas en soledad y la inquietud que yo tenía me ahogaba y asfixiaba.

He contratado los servicios de un viejo escribano, a quien he pagado bien por su menester y confío en su discreción, que me ha prometido. No he sentido reparo en desnudar mi alma porque mi amor es sincero y puro hacia ti, querido Hernán. Sin duda, lo mejor que hay en mí palpita contigo.

Perdóname por no haber tenido el valor de confesarte mis tribulaciones. Aunque nunca te haya mentado, sí te he ocultado aspectos de mi vida, hirientes como una afilada daga.

Bien sabe Dios que he sentido desde mi infancia el estiércol que rodea a la pobreza, el desamparo y las calamidades. El lograr sobrevivir me hizo fuerte ante las tempestades de la vida y mi alma se endureció como el frío acero. Cuando alcancé una posición más alta y los dones materiales me sonreían, apareciste tú de nuevo, mi amor perdido para siempre en los arenales de Zahara, mi ingenuo pajarillo envuelto en altas intrigas, para sembrar aún más de inquietud y de zozobra mi vida.

Es tarde para mostrar arrepentimiento, tal vez debí decírtelo todo hace mucho tiempo. Pero no tuve valor, no quise herirte; te mostraste tan tierno, tan ciego de pasión, tan vulnerable, que solo intenté protegerte. Traicionaba tu confianza, no tu amor.

Querido mío, tal vez esté dando vueltas y vueltas como una noria, sin salir de mi sitio, sin atreverme a profundizar en la verdad. No soy esa mujer maravillosa que ciegamente has visto en mí. Tu honesto corazón te ha impedido ver la maldad en las personas.

Las circunstancias, solo las circunstancias nos han situado a ambos lados de las altas intrigas que quieren decidir el destino de nuestra tierra. Una cortesana prestigiosa como era, es una buena baza para el poder y este a su vez es un buen resorte para escalar y consolidar posiciones en una mujer ambiciosa, como soy.

Antes de volverte a ver, amor mío, ya servía de confidente para el señor más poderoso de la monarquía, y tal vez del mundo: el Conde-duque de Olivares, a quien llegué a conocer en persona y le servía a través de muchos intermediarios.

Ellos bien sabían elegir a sus confidentes, ante mí solo pasaban los caballeros más granados y de mayor fortuna.

¿Cómo me podía resistir? Yo, que me había jurado a mi misma no volver a ser pobre, y dominaba las artes de la seducción con las que podía manejar a todos los engreídos personajillos. Con solo insinuarme, ya estaban pavoneando sus más altos secretos y los trapos sucios de sus amigos más íntimos. Cuánta hipocresía, Dios, cuánta basura, que se convertían en ducados para mis arcas, en chismes e informes valiosos para los turbios manejos y los interesados oídos del señor de Olivares, en estos tiempos tan corruptos.

Artimañas que nunca he utilizado contigo. Mi amor hacia ti siempre ha sido honesto y nunca fingido. Al aparecer de nuevo en mi vida, tenía que decidir entre sincerarme o protegerte y elegí lo segundo. No podía perderte de nuevo, aunque traicionase tu confianza en mí.

Tu vida no hubiese tenido mejor destino que la de otras personas a quien servías. Siempre me prometieron guardarla por respeto a mis servicios. Sufrí con la muerte del escribano L., ya que nunca deseé la pérdida de la vida de nadie. Para mí todo había concluido, pero entró en escena otro intrigante de mucho más calibre y peligro, te basta con que diga el jardinero. Aquella mañana, que revelé con angustia el lugar de tu cita, presionada por agentes del señor de Olivares y ante el grave cariz de los acontecimientos, estaba dispuesta a romper con todo. No estaba segura de poder velar por tu vida.

El rasguño en la sien me confirmó mis temores y decidí firmemente huir de nuevo contigo, hasta que la tempestad se calmase. Aquella tarde estuve meditando esa posibilidad. ¿Y si por mi culpa te ocurriera...? Dios mío, no me lo perdonaría jamás. Esas intrigas se nos escapaban de las manos, la seguridad, del Estado estaba en juego. No eran ya necedades y envidias de alcobas, devaneos de mequetrefes y caballeritingos. Bien supe que el jardinero había huido de la emboscada, aunque nada te dije, y tu vida no valía ya para ninguno de los dos bandos en litigio. Ambos, por diferentes motivos, podrían desear tu muerte.

Bien sabía que todos tus peligrosos contactos fueron eliminados. No había posibilidad de compasión cuando la monarquía estaba en tan grave trance. Sabe Dios que me alegré cuando ese mercader se marchó sin dejar rastro de donde estaban él y su preciosa hija, a cuyos encantos no eras ajeno. Las mujeres bien conocemos a los hombres. Tú nada me dijiste de su paradero, yo nunca quise preguntarte. Y tu vida ya no valía nada.

Y rompí con todo, por tu amor juvenil, fuerte, capaz de mover mareas, tornar de color lo más gris y sacar dulzura del pozo más salobre. Pero al mismo tiempo me dejaba atrás tanto... mis ambiciones, mis sueños más queridos, mi casa llena de lujos y comodidades, una invitación del Conde-duque para ir a la Corte...

¿Se puede vivir sin cumplir el sueño que anhelas y te corroe? ¿Qué podía hacer yo, si echaba de menos el tacto de las alfombras y los lujos de las casas acomodadas y no soporto la soledad? Te reprocharía a la menor contrariedad, que por tu causa, no hice carrera, no fui a la Corte. Te increparía por el olor a pescado de tu cuerpo, tus manos encallecidas por las redes, tu vida humilde.

¿Entiendes, querido mío, el infierno que se nos avecinaba? Me reconozco ambiciosa y tú eres todo lo contrario, sencillo y honesto. ¿Hasta cuándo duraría nuestro amor? ¿Te dejarías manejar? ¿Habría de dejar morir lo que tan hermoso hemos compartido, a pesar de todo..., con reproches e iras? La fuerte marea que sacude nuestra tierra está más calma y todos los que han movido los hilos de este drama están a buen recaudo, en garantía de la grandeza de Castilla y España.

He de ir a la Corte, seguir mi vida... Alcanzar mi sueño... Sacar fortuna de tanto engreído. En lo más limpio de mi corazón guardo tu amor fuerte y sincero. Solo te ruego una cosa: ¡no me sigas! Solo enturbiaría el recuerdo hermoso que nos tenemos.

Adiós. Te quiero.

María.

Me he asegurado de no dejarte desamparado y me han dado garantías de respetar tu vida.

Aquella tarde llovió, llovió con fuerza; empapé mis ropas y mis ojos humedecidos hasta llegar a los acantilados. Y entonces grité, grité hasta quedar sin aliento, hasta que mi voz quebrada e infinita se extinguió desde lo más hondo, y quedaron solo mi rabia y mi mudo lamento.

Las urdimbres de amor trenzadas en atardeceres de pasión, confianzas y complicidades estaban desgarradas. Calidoscopio de sentimientos heridos que explotan en un llanto desconsolado por un amor huido. La desesperanza, el desamor y la humedad que penetró hasta mis huesos me hicieron enfermar unas semanas con fiebres y ansiedad. Las olas del mar, los anchos arenales y los vientos bravos, todo me recordaba tanto a María... Su ausencia se me hacía insoportable. Días grises. ¡Qué gris quedó la mar! ¡Qué rota quedó mi alma!

LA CORTE DE LOS MILAGROS

Regresé de nuevo a Sevilla. Los ducados de oro que María me había dejado los guardé, no quería destinarlos para mí. Trabajé duro en el puerto para ganarme el sustento. Entré como ayudante en una escuela de primeras letras regentada por un viejo achacoso de carácter afable. Ocasionalmente servía a Bartolomé Esteban Murillo en su taller y aún disponía de tiempo para refugiarme en mis libros y buscar nuevos conocimientos que acrecentaban mis inquietudes, mi saber y mis ansias de libertad. Después de tanta zozobra e inquietud, comenzaba a manejar el timón de mi vida sin ser una marioneta en manos de otros que controlaban mi destino.

En las Gradas fui conociendo el sino de los Grandes que habían sostenido la difícil partida en la que se ponían en juego grandes ambiciones y altas intrigas. Sin ganadores, pero con muchos perdedores.

El duque de Medina Sidonia fue encarcelado y finalmente desterrado. Perdió el poderoso señorío de Sanlúcar que pasó a la corona. Nunca más regocijaría su vista en las almadrabas y en los hermosos horizontes azules de su tierra. Qué duro sino para el tantas veces aclamado ¡rey de las almadrabas!, ¡dios de los atunes!, ¡rey de Andalucía!

Luis del Castillo había sido descubierto en la posada de un pequeño pueblo y, a pesar de estar enfermo, logró escapar y acogerse a sagrado en una iglesia. Los alguaciles, con una orden de detención cursada por el propio Rey, no respetaron el lugar y lo apresaron. Sufrió cárcel a perpetuidad.

El omnipotente y poderoso conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor cayó en desgracia y fue depuesto de su cargo. Retirado de todas sus obligaciones, entró en extrema locura y murió poco después. ¡Qué tretas juega el destino!

En mi memoria guardo impresas las carnestolendas que se celebraron en la ciudad tras el destierro definitivo del duque de Medina Sidonia, cuando este logró salir de la cárcel, a mediados de los cuarenta, a cambio de la cesión a la corona del señorío de Sanlúcar.

Antes de despertar la primavera sevillana y en la víspera del carnaval hubo una jacarandina o junta de pícaros donde se reunió toda la canalla, fulleros y sisadores que se daban cita para la conquista de Túnez. ¡A por atunes y a ver al Duque!

Luminarias con hachones de paja, hogueras de leña y antorchas daban un aire festivo a la noche en el Arenal. Atraídos por la animación nos acercamos Alonso y yo. Al conocernos como ganapanes e hijos del puerto nos dejaron transitar.

Allí estaba lo más distinguido de la picaresca: falsos inválidos, miserables y tahúres; cicateros, especialistas de sisar la bolsa con corte fino de tijeras o de meter los dedos, eran conocidos como los de *el dos de bastos*; capeadores, habilidosos en el hurto de capas; floreros o fulleros de los dados y cartas, junto a esportilleros de los

mercados y mentideros que trajinaban en esportillas los mandados y eran avispones de día de las casas que se habían de hurtar de noche, todos ellos descuideros de lo ajeno.

Entre los más conocidos, don Perucho, que había regresado desde Córdoba con otros pícaros de la plaza y del barrio del Potro; María la Bizca y Rosa la Calamar, que se movían como pez en el agua ante tanta chusma; el Pupa, con un atuendo de pirata parecido al que tuvo en la playa de los Caños; Rompesquina y Arrancarrabos, armados con cuchillos y porras, lucían unos raídos uniformes de soldados reales. Muchos de los que partieron con nosotros a las almadrabas habían pasado a mejor vida, como el pequeño Pulga y Panduro; otros acrecentaban las cárceles o estaban ausentes, que el oficio de pícaro siempre tuvo mal asiento y reposo.

En este jolgorio humano deseoso de carnaval se había acotado un recinto con maderos engalanados, unidos con cadenas de colores pegadas con harina humedecida que al secarse hacía buena junta. Tanta floritura había sido preparada por mujeres y niños de esta caterva de lo ajeno. Además, habían adornado una especie de arbolito poco pesado que salía del cogollo de las grandes pitas y que llamábamos pirulitos. Los hombres habían recuperado un tablado, al que se había agregado un viejo púlpito de iglesia desvencijado que no habría soportado ya más misas ni sermones.

Don Perucho, subido en el púlpito, toscamente sostenido por maromas sujetas a troncones y al tablado y con colorines carnavalescos, gesticuló hasta acallar el griterío. Se ajustó con parsimonia sus lentes y dio inicio a la sesión.

—La cofradía de la jábega de Sevilla, la más numerosa de las almadrabas de Zahara, antes de su partida y ante la ausencia continuada del Duque, ha decidido que a rey muerto, rey puesto. Y elige a nuestro Alcaparrilla, capitán general de los pícaros y tunantes, como rey de la almadrabas. Los que a favor estén, que lo aclamen; los que en contra se manifiesten, piten o pataleen.

Aplausos, silbidos acallados y gritos dominantes y coreados de ¡Alcaparrilla! ¡Alcaparrilla! ¡Alcaparrilla, rey de las almadrabas!, ensordecieron la noche. Cuando el alboroto se acalló, subióse al púlpito Alcaparrilla y de nuevo arreciaron los gritos.

—Sanguijuelas de río, bribones de almadrabas, cuán gran honor se me *fase*. Nuestra cofradía, a diferencia de otras, no vive de tundas, tajos ni asesinatos. Que no somos matones ni desuellacaras. No nos gusta derramar la sangre, que ya lo hizo Cristo por *toita* la humanidad. Eso sí, defendemos lo nuestro y lo ajeno, que es de *tos* porque el mundo está mal repartió. Somos la cofradía de la divina balanza, que equilibra los platillos: le quita al rico y se lo da al pobre.

—¡Viva nuestra cofradía! ¡Viva Alcaparrilla! —corearon algunas voces mientras este, con su sonrisa guasona, tan propia de su semblante aunque se tratase de asuntos serios, se dispuso a continuar su sermón.

—Iniciamos nuestro *novisiado* en las almadrabas, allí pasamos de aprendiz a oficial y ya muchos somos maestros graduados de la sisa y la fullería, pero nuestras

armas son la habilidad, el engaño y la argucia. Nuestro doctorado lo ejercemos en Sevilla y en otros muchos lugares de los reinos de España.

—¡A por atunes y con Alcaparrilla! ¡Viva Alcaparrilla, rey de las almadraaabaas! —interrumpió un pelao al que se le quebró la voz y soltó un gallito que provocó risotadas y chufas entre todos los presentes.

—Agradezco ahora el honor que se me *fase* —continuó Alcaparrilla divertido con el incidente—. Pero no soy un caballero de milagros, un pícaro con ropajes de seda, sino un capitán para mi ejército de gavilanes y garduños que conoce bien su linaje. Mi abuelo fue el bueno de Tripa Rota. Cabalgó en el potro con mucho tormento sin denunciar a sus cómplices y murió en la horca por robar en una casa de alcurnia. Mi padre, un borracho a quien no conocí por morir ahogado en el río, y mi tío fue el célebre bandolero Escarramán. Acepto en las carnestolendas ser rey de los pícaros de almadrabas, que es tradición conocida en estas fiestas elegir un esclavo como rey para el gobierno de la ciudad. Pero en Zahara prefiero ser capitán general de los tunantes, que aquello es una república de bribones y no es bueno tanta trapisonda ni engañifa.

—¡Viva Alcaparrilla! ¡A por atunes y con Alcaparrilla! —gritaba entusiasmada la variopinta muchedumbre picaresca.

Al siguiente día continuó la farsa y se incrementó la fiesta con muchos disfraces, algunos pelaos y bribones se vistieron con ropa de mujer, se tizaron los rostros con carbón y se colocaron pañuelos en la cabeza. La ciudad que había sufrido tantas hambrunas y penalidades quería desquitarse y tenía ansias de divertirse. Circularon algunos carros de fantasía lujosamente decorados como en las fiestas del Corpus o de la Inmaculada. Estaban costeados por mercaderes indianos y marchaban al son de música de chirimías, clarines y atabales. Se cubrieron los lodazales de las calles con ramajes verdes y desfilaron mojigangas de fantoches y animaladas que arrojaban cenizas, peladuras y cascarones de huevos. La del Arenal, que tantos recuerdos de mi niñez con Alonso me evocaba, entonaba:

¡Qué maravilla!

En Zahara ya no hay Duque.

Si, rey de las almadrabas.

Está Alcaparrilla.

¡Qué maravilla!

Tunantes y bribones ya no besan la mano al Duque.

Mas no les falta capitán general, está Alcaparrilla.

En este ambiente festivo se produjo la coronación de Alcaparrilla en el escenario preparado del Arenal. Don Perucho le colocó una corona de laurel y olivo sobre la

cabeza. Miembros de la cofradía especializados en el hurto de bestias y conocidos como cuatrerros, habían birlado dos terneros de Utrera. Lo asaron ante la expectación no disimulada de los que hacían obligada cuaresma permanente y calentaban sus estómagos con la aguachinada sopa boba.

El ambiente festivo era el de las antiguas bacanales. Corrían el vino y el aguardiente, y muchos terminaron como cubas. Alcaparrilla fue vitoreado y paseado con toda gloria en un trono adornado que reflejaba su origen popular por su asiento de enea sobre dos vigas pintadas.

Lo balanceaban como un paso procesional cuatro pelaos de los acostumbrados a tirar de la jábega. Aclamado con júbilo por los rufianes y tunantes, proclamaba las nuevas leyes de su reino cuando la ocasión lo propiciaba:

—Desterrados quedan el malhumor y el enfado, y ordeno reírse de todas las jerarquías y hasta de uno *mesmo*, no menos de tres *veses* al día. Prohibido queda sisar a las mujeres que son madres y hermanas nuestras. ¿Y qué sería del mundo sin ellas? Ordeno no enrabietar ni lastimar a los perros que son compañeros de la soledad hasta la muerte...

Alcaparrilla, como un rey, impartía justicia en su estrado del Arenal y deshacía a su manera entuertos entre pícaros y tunantes y a cada uno le daba su medida. Echaba la culpa de las riñas, tentaciones y debilidades humanas al diablo que todo lo añasca y lo retuerce, y de las bondades a la Virgen de las Virtudes que era su guía y señora. Su guardia personal, entre los más brutos Arrancarrabos y Rompesquina, vestidos con viejos uniformes de soldados reales con colorines incorporados, eran los ejecutores, con mucha chanza, de sus curiosos mandatos en esta corte de los milagros.

Un marido celoso y cornudo que había acusado a su mujer de adúltera fue desnudado, pese al frío, y bañado con friegas de piedra pómez en el río. «Olía a queso sudado con huevos podridos, y con costras de suciedad más antiguas que Matusalén —según Alcaparrilla— y era justo así, que su mujer buscase otra compañía». Aseado y con nueva ropa fue presentado de esta guisa. «Si así no fuese *apresiado* por ella, la abandonase —ordenaba el burlesco rey— y buscase otra mujer».

Un ganapán del muelle que había sisado a otro sus escasas pertenencias fue condenado a devolverlas y asistir ese año como aprendiz a la academia de las almadrabas de Zahara. Alcaparrilla concluía sentencioso: «Los oficios no se improvisan y hay que conocer sus reglas. Quien roba a un ricachón tiene mucho perdón, pero no si es de su mísera condición».

Y entre los cortesanos que rodeaban Alcaparrilla y festejaban sus juicios había falsos inválidos que habían recuperado su pierna, cojos y paralíticos que recobraban sus movimientos naturales sin muletas ni artimañas, ciegos que veían más que linceos, enfermos que salían de su postración y llagas que desaparecían por arte de magia. Toda una corte de los milagros, y él, el rey de los pícaros y tunantes de la cofradía de la jábega sevillana.

Por el puerto pululaban muchos extranjeros, mercaderes y también mendigos, que la caridad cristiana era muy provechosa en los reinos de España, y en Sevilla se movía y asentaba mucha miseria y riqueza. A la diversidad de lenguas que bullían por la ciudad se sumaba una variedad más empleada por pícaros y ladrones: la germanesca, compuesta por términos encubiertos, igual que los disfraces, era un carnaval de las palabras.

En la cofradía había su entendimiento. Aquella mañana en la Puerta de Jerez escuché cómo un sportillero decía a uno del «dos de basto»: «Los grullos han volao». Se refería de este modo a los alguaciles que se habían marchado. Después añadía las misteriosas palabras «sarsi sabol» y marcaba con la vista a un mercader y con disimulo señalaba el lugar exacto donde guardaba una sustanciosa bolsa con ducados. Para interpretar este galimatías solo había que invertir los golpes de voz de cada palabra.

Esos días festivos los compartí con mi amigo Alonso. Recordamos viejos tiempos de camaradería y de golfillos. En la Abadía acompañamos a Oselito, el Gaditano y Valladolid que gustaban de una nueva cerveza procedente de Flandes. El dueño la había traído en barco, envasada en barricas de roble. Este grupo era una aristocracia de la picaresca; aunque no pertenecían a la cofradía, sí había buena colaboración. Oselito había sido buhonero y trataba bien a los pícaros, que a cambio voceaban las virtudes de su elixir. En determinados lugares recurría, sí era necesario, a la complicidad de algún bribón en el arte de la comedia para encandilar a los más ingenuos aldeanos con algún milagro. Pero sí era curador de muchos males y conocía bien las plantas y los brebajes, que por ello era también conocido como el Potingue. Además, él y sus ayudantes habían paliado muchos males de gente pobre y sencilla que nada podía pagarles.

Valladolid, que no cabía de gozo con su «penitencia en la abadía», nos animaba a la fiesta.

—Bebamos y probemos estos manjares de carne hoy que podemos. Después viene la cuaresma y después Dios dirá. Y estos buenos ratos son los que nos vamos a llevar.

Disfrutamos y nuestra plática se animó con los efluvios de la nueva bebida. Cada uno extrajo de su hato de la memoria un recuerdo por los caminos al sol, en tierras de marismas y en noches clara de verano pasadas en eras y al raso, sin más techo que las estrellas. Oselito, recordó viejos tiempos de triquiñuelas, artimañas y curaciones reales; Valladolid nos refirió con entusiasmo sus andanzas en sus años mozos por tierras de Salamanca y Soria; el Gaditano recordó su niñez en los litorales, arenales y rocas, entre cangrejos, coquinas y erizos. Alonso y yo referimos nuestras aventuras en las almadrabas. Atrás dejamos guardadas nuestras heridas, magulladuras y fracasos —las del alma, que no las del cuerpo—. Y platicamos de lo humano y casi rozamos lo divino. Y nos entretuvimos con más ahínco en las alegrías mundanas, y en ese erotismo, cómo no, que envuelve nuestras vidas y primitiva naturaleza. A esta

distendida conversación se agregaron algunas pícaras que por allí rondaban.

En la calle, ya de anochecida, Alonso y yo nos topamos con Rosa la Calamar, que había aumentado en estos días su catálogo de traseros, y María la Bizca, que mostraba sin recato un generoso escote. Ambas, no tan jóvenes, desenfadadas y libres, nos dieron lecciones de erotismo, que en eso estaban graduadas. Así, entre risas nos ilustraron sobre la verga *bendición* y la *barbaria*. Con movimientos expresivos de sus manos nos aclararon que una *bendición* era lo que sobrepasaba al cerrar una mano, y una *barbaria*, lo que sobraba al cerrar las dos.

Me reía con estas chanzas, como lo había hecho en estos días de carnaval. Qué razón tenía Alcaparrilla, qué buen elixir para el alma es reírse de todo, incluso de uno mismo. Del engreimiento, de las obsesiones y hasta de los sueños. Al final..., solo somos polvo del camino y una mota perdida en el tiempo.

Las fiestas finalizaron con el ahorcamiento del pelele, un muñeco de trapo que recordaba la muerte de Judas y de todo lo falso. Alcaparrilla le colocó la corona, asistió a la ceremonia junto a los principales de su corte con muchas pícaras vestidas de negro, mucha guasa y falsos gemidos lastimeros. «¡Ay, pobrecito Duque, rey de las almadrabas, ¿hasta cuándo estarás ausente?!». Y otra voz respondía: «Hasta la próxima carnestolenda».

Por un portugués supe en aquellos días de Lorenzo Prat. Se había instalado en Lisboa, donde había incrementado sus negocios. Su hija Beatriz se había casado con un joven y rico comerciante portugués. ¿Se acordaría la cálida Beatriz de mí?

De mi bella María, su amor sangra aún en mi corazón. Pude averiguar que se encumbró pronto y alcanzó notoria fama y riqueza. La caída de Olivares la salpicó también, al ser protegida suya, y las envidias de las altas damas hicieron el resto. Ahora, repudiada, permanecía en Madrid, pero alejada de la Corte. ¿Habría cumplido su sueño?

Cuando más afecto necesitaba, la amistad de Alonso era un bálsamo para mi ánimo. Platicaba con él de María, y mostraba con amabilidad su enfado cuando me reprochaba no haber prestado atención suficiente al alma de mi amante. Su belleza física y una pasión visceral y ardiente me habían atrapado. Tal vez no dediqué la atención debida a sus recovecos internos, a sus necesidades más íntimas. Estábamos tan atrapados por nuestro sino y nuestras circunstancias, unidos y separados en diferentes tramas que nos envolvían y manipulaban. Ella era tan hermética y celosa de su libertad e independencia que no supe llegar a su interior, y mi capacidad de influencia fue poca.

—Un amor tan pasional como el tuyo y con una experta cortesana no puede ser duradero y sí muy destructivo. Búscate otra mujer —insistía Alonso.

—Podré amar a otras mujeres, pero una pasión como la de María no creo que pueda darse más de una vez en la vida.

Sucedió una nueva temporada de almadraba y sobrevinieron algunas riadas. Mi existencia transcurría sin visibles sobresaltos como ganapán del muelle, ayudante de una escuela de primeras letras y, de vez en cuando, socorría también a algunos golfillos expósitos del Arenal, como yo lo había sido. En esos días conocí la suerte del ambicioso marqués de Ayamonte, condenado a muerte y aplazada por unos años su pena. Fue ejecutado el año del Señor de 1648, después del fracasado intento de independencia del duque de Híjar, que con la ayuda francesa había tratado de proclamarse rey de Aragón. El Marqués supo afrontar con gallardía los últimos días de su vida. Por su condición nobiliaria no fue ahorcado, que era muerte de plebeyos. Estas fueron sus palabras finales antes de ser decapitado: «Acepto y olvido que en nombre del Rey me fue prometida la vida a cambio de mi confesión. Esta la ofrezco a mi Dios y creador».

¿Sanarán las heridas en nuestra tierra? Las intentonas andaluza y aragonesa fueron solo un ambicioso empeño nobiliario que abortó antes de nacer. El Principado catalán, tras doce agitados años de luchas y separación, volvió a la decaída monarquía española de los Austrias; la caída del conde de Olivares, la peste, la tiranía de los franceses y el cansancio de la guerra facilitaron la vuelta del hijo pródigo. Felipe IV supo mostrarse inteligente al restablecer los fueros y conceder un amplio perdón.

Portugal, después de intentos acentuados y luchas enconadas tras la paz catalana, mantuvo su independencia. Este reino había sido siempre una realidad bien diferenciada, la unión fue lo provisional.

Y después de treinta largos años, casi toda una vida, la guerra continental finalizó en el mismo año de la ejecución del Marqués de Ayamonte. Cuántos disgustos ocasionó a la monarquía hispánica esta lucha y más aún al involucrarse Francia, deseosa de arrebatar el dominio de los Austrias. Sin embargo, la paz no fue definitiva, los tercios españoles continuaron su particular forcejeo contra las tropas francesas durante más de una década después, hasta que estas aseguraron bien su primacía. ¡Dios, qué locura! Cuánto sufrimiento innecesario hecho en tu nombre, para que unos pocos disfruten del poder y la vanagloria.

EL FIN DEL MUNDO

Con el tibio sol de otoño que acaricia mi mano y mi cálamo, escribo. El río de la vida fluye muy aprisa y se acelera más al paso de los años. Vida, hermosa vida, pero cuán efímera e ingrata eres. No hay hombre de mi edad que no esté familiarizado con la muerte.

Mi pulso se quiebra y mi alma se parte sintiendo una fuerte angustia. Imposible olvidar el funesto año que siguió al fin de la guerra que duró treinta años y cerró la azarosa década de los cuarenta, en el que llegó de nuevo a Sevilla mi bella María. El invierno fue excepcionalmente lluvioso y siguió el diluvio en primavera. En la Semana Santa se desató toda la ira de Dios. Las calles habíanse perdido y el tránsito se hacía en barcas para rescatar y ayudar a los atrapados en sus casas. El río, furioso, desbordado, sin respetar ninguna barrera, se convirtió en un brazo de mar confundido con Triana y otras zonas aledañas. La Alameda era un inmenso lago.

Lo peor no había llegado. Las aguas malolientes y estancadas, en cuyos fangos yacían abotargados cadáveres de personas y animales, favorecieron el brote de uno de los mayores azotes que jamás ha visto la humanidad. En la existencia siempre hay que colmar dichas —afortunados somos si sabemos valorarlas— e infortunios que a veces se aceleran sin sentido.

Desde unos años acá se hablaba con pánico de los polvos de Milán, que infestaban y envenenaban el aire y las aguas. Incluso se hicieron conjuros y exorcismos para liberar sus influjos demoníacos, hasta se prometió una recompensa de miles de ducados a quienes descubriesen los desalmados traidores extranjeros que querían emponzoñar el país.

Pronto se hizo evidente la temible epidemia que comenzó en Valencia y continuó infestando el puerto de Cádiz y después Sevilla. Comenzó en el barrio de Triana, se llevaba cada día unas quinientas almas hasta quintuplicar dicha cantidad en los peores momentos. Los contagiados aparecían con bubones malignos en las ingles, el cuello y los sobacos, acompañados de grandes calenturas que llevaban al enfermo al delirio.

La imagen de la ciudad me parecía inspirada en algunas terribles descripciones del infierno de Dante, en la Divina Comedia, que había leído por aquellos días. En el zaguán de una casa yacía el cuerpo de un hombre con el brazo extendido como pidiendo ayuda; por todos lados se oían gritos de dolor y gemidos. En la calle, una procesión de penitentes descalzos, algunos flagelando sus espaldas con látigos espinosos, era conducida por un fraile de ojos enfebrecidos que exclamaba: «¡Es el fin del mundo. Los hombres con sus pecados han levantado la ira de Dios. Mortifiquemos nuestros cuerpos y recemos, es nuestra única posibilidad de salvación!».

En los primeros días se llevaba a los enfermos al hospital más cercano, se anotaban sus nombres y si habían testado. Pocas jornadas después, todo habíase desbordado. La muchedumbre de afectados y fallecidos era imposible de contener,

los cementerios de las parroquias estaban atestados, por lo que se habilitaron grandes fosas en el Prado de San Sebastián, junto a la ermita, y en otros lugares amplios fuera de las murallas.

La antes próspera ciudad era ahora un dispensario de muertos y enfermos. La locura colectiva habíase desatado. En cualquier parte veía rostros desesperados, dementes. Recuerdo un mendigo que acababa de robar un candelabro de plata, se reía con estrépito: «La peste no hace distinciones —voceaba— ataca igual al rico que al pobre, al opulento que al esclavo. Ver la cara de pánico de un noble es algo que no me disgusta y disfrutar de sus lujos tampoco. La cólera y la justicia de Dios han bajado por fin a la Tierra».

Las familias más distinguidas de la ciudad habían huido a sus mansiones del campo y los mayores estragos acaecían en los barrios más pobres, incluso algunos se despoblaron totalmente, como San Gil o Santa Lucía.

Supe del regreso de María, pero nada de su paradero. Su amor me atormentaba y quería encontrarla. Inicié las pesquisas, pero, ante tanto dolor por doquier, decidí colaborar con patrullas improvisadas para combatir el terrible mal. No se podía permanecer impasible —me decía a mí mismo—, solo el hombre es capaz de lo más canalla y lo más sublime. Un grupo minoritario de personas de la más diferente condición social luchaba denodadamente contra el mal. Entre ellos curanderos conocidos como Oselito y sus lugartenientes Valladolid y el Gaditano; pícaros como Rosa la Calamar; y algunos aristócratas y religiosos que en lugar de huir habían preferido afrontar la calamidad. Más, cómo hacerlo, si se desconocía la causa que lo provocaba.

Se quemaba la ropa de las casas infectadas y se formaban llamaradas que no se apagaban en toda la noche. El romero, el tomillo y otras plantas aromáticas purificaban el aire del olor putrefacto y de las exhalaciones malignas. Alonso y algunos jóvenes del Arenal que encontraban amparo en mí y compartían cierta admiración y afecto por todo lo que hacía, me ayudaron en la búsqueda de María y a participar en estas tareas. A mi viejo amigo le insistí para que se quedara con los suyos —tenía ya cuatro hijos—. No me hizo caso: «Por ti lo tengo todo y hay que combatir esta terrible plaga, antes de que acabe con nosotros». En varias ocasiones habíale ayudado a salir de la hambruna, al igual que a otros desamparados. La maligna respetó milagrosamente su familia. Peor suerte tuvo el pintor Bartolomé, que perdió a tres de sus queridos hijos, los más pequeños. Lloró con desconsuelo sobre mis hombros, deshecho de dolor.

—¿Por qué Dios, por qué...?

Recogíamos algunos cadáveres de las casas y las calles; a veces las familias los

apilaban en las afueras de las iglesias, arrastrados con una soga por los pies para evitar el contacto. La catedral parecía una nave fatídica. Sus gradas, antes tan concurridas y animadas, estaban llenas de muertos y desolación.

Impresionantes el desvarío y el delirio, que en ocasiones me hacían dudar de lo que veía, como aquella mañana en que una mujer, tal como Dios la trajo al mundo, paseaba febrilmente por la calle con los cabellos enmarañados, junto a un rebaño de vacas, sueltas por la ciudad para que con su aliento respirasen la inmundicia del aire y se llevasen la ponzoña. Era una de las medidas tomadas por el Cabildo y una Junta formada por las principales autoridades para intentar luchar contra la asesina plaga que segaba la vida. Había que encalar y limpiar las calles y casas, matar perros y gatos. A ciencia cierta, nadie sabía a qué invisible enemigo se enfrentaba.

En una lujosa casa cuyos dueños habían fallecido, encontramos al ya viejo capitán Alcaparrilla, desdentado, semidormido en un rincón, fiel a su viejo oficio, junto a una vajilla de plata, con las bubas de la enfermedad y los claros signos de la muerte en su cara.

—Capitán, ¡eh!, rey de las almadras, ¿cómo está vuesa merced?

—¡Ahh! Sois los cachorros del Arenal —dijo al reconocer a Alonso. Incorporando con orgullo su semblante a pesar de su flaqueza—. Aquí me hallo bien dispuesto para alcanzar las gradas *selestiales*, por San Blas que nunca he hecho mal a *naide*. Si he aligerado, ha sido donde sobraba, solo para compensar y por mi alta consideración de la justicia.

—No se esfuerce, trataremos de llevarlo hacia el dispensario más próximo —bien sabíamos que ya nada podía hacerse, mas habíamos de prestar amparo.

—No, de aquí ya no me muevo, tengo que custodiar estos tesoros. Toma cinco ducados —le dijo a Alonso— para cuando se me pueda hacer una misa de difuntos y encender una vela a la Virgen de las Virtudes, mi señora de la almadra, que velará por mí e intercederá ante San Pedro en la puerta de los *sielos*.

Con sus escasas fuerzas rebuscaba entre sus pertenencias, sin prisas, hasta darle las monedas a Alonso, que, remiso a cogerlas, optó por hacerlo ante el gesto firme de Alcaparrilla. Después de una pausa y de removerse inquieto, me dijo, con mirada burlona y vidriosa: «¡Ah!, tú que tienes cara de listo, a ver si averiguas este *asertijo*: Si la tienes, la buscas; si no la tienes, ni la buscas ni la quieres».

—No sé..., no sé...

—¡Ah!... No lo sabes..., no eres tan listo. Es la pulga —decíame burlón, haciendo acopio de sus escasas fuerzas con una mueca de sonrisa demacrada y sin dientes. Se detuvo con teatral aspaviento y aire jubiloso al coger una—, seguro que esta cabrona hideputa no saltará más —mientras la aplastaba con su pulgar.

—¿Podemos hacer algo por vos? —le pregunté después de una pausa, acongojado por su lamentable estado pero admirado de su buen humor. Sin duda, Alcaparrilla era

un tipo curioso.

—Bueno, sí, dejadme morir tranquilo, sin moscones que entorpezcan mi tránsito, así que *na, daos priesa* en hacer lo que tengáis que hacer y volved cuando sea ya carroña y mi alma esté en las puertas del *sielo*. Estos tesoros para mandas pías, *pa* ablandar a San Pedro, aunque teniendo de mi lado a la Virgencita de las Virtudes, me sobran recomendaciones.

Bajábamos por la escalera, cuando empezó a canturrear:

*«En la epidemia
cruel y maligna
Nuestra Señora de las Virtudes
es una madre benigna».*

Al escuchar un golpe seco, volvimos a subir de nuevo; yacía muerto con una copa de plata en la mano y el mismo gesto burlón en su cara.

Uno de los pocos médicos que luchaba enérgica e incansablemente para combatir el mal era Fermín. Aunque de baja estatura, huesudo y nervioso, sobresalía entre el caos y el descalabro de la ciudad. Nos dio una túnica de esterlín para seguir retirando cadáveres y cal con la que rociábamos los lugares que creíamos más infectados.

Me encontré días después con el Pupa, que también colaboraba a su modo, participaba junto a algunos desarrapados en la tarea de eliminar perros y gatos para acabar con las pulgas, o al menos reducirlas. Su pelo seguía de un rojo fulgurante, la cabeza cubierta de cicatrices y en su cara pecosa los mismos ojos pequeños, maliciosos y burlones.

—Camarada letrado del Arenal —me increpó con sorna—, ¿qué tal vuesa merced en estos días tan concurridos en el barrio de los *callaos*, de los que ya no sienten el hambre ni deseos mundanos?

—Ya ves, los tiempos no son buenos para nadie.

—Aquí nos tienes colaborando con la autoridad, que por gato bravío que matemos nos dan una moneda de vellón. En los tiempos que corren no es mucho, pero nos damos trazas para aumentar el número de estos desconfiados animales. Si son cinco, lo hacemos diez, que antes de caer a la fosa, cada gato pasa el recuento al menos dos veces: es que son de la misma camá, decimos. Algunas pulgas saltimbanquis se suben por la cuerda donde los tenemos atados, buscando sangre fresca las *mu* puñeteras.

Seguía siendo el Pupa de siempre. Ya no era un mozalbete, sino un hombre cuajado. Me pregunté, y nunca lo he sabido, su verdadero nombre, solo ese apodo con el que era bien conocido por todos los mendigos, truhanes y pícaros de la ciudad. Ante mis cavilaciones, él continuó su plática:

—Para que veas que soy rufián de principios, no atrapo ningún perro, que les tengo mucho cariño, como nos inculcó Alcaparrilla, que en gloria esté, y los tenía en gran estima. ¡Ay, el pobre Capitán, enterrado en una fosa del Prado, a quien dimos honores muchos pícaros y tunantes de la ciudad que aún malviven! Más que bribones parecíamos mocosos al no poder disimular los lagrimones. Seguro que estará bien acompañado y habrá formado partida con Panduro, el Pulga, Rompesquina y tantos otros. Mas como decía Alcaparrilla, «el muerto, a la mortaja y el vivo a la hogaza». Así que nosotros a vivir del cuento y aprovechar estos jodidos tiempos. Y como para cazar a los gatos tenemos que subir a los tejados, a veces, sin *queré* y ya que estamos de camino, sisamos alguna nimiedad, para aprovechar el viaje se entiende y hacer más fructífera nuestra ganancia.

Sonreíamos con la granjería no malévola del Pupa. Al final nos despedimos deseándonos parabienes: «Cuídate que hemos de seguir viéndonos», le dije cuando nos marchábamos.

Después de dejar a la cuadrilla del Pulga nos dirigimos hacia el Cabildo junto al convento de los franciscanos. Cruzamos la plaza de San Francisco, un olor nauseabundo impregnaba el ambiente. A mi memoria acudió, como rayo que alumbraba las tinieblas, el vivo recuerdo del primer auto de fe al que asistí, todavía un niño, ayudando al viejo Celestino en su oficio de aguador. Se percibía un gran revuelo en este mismo lugar —ahora desierto—. Los estrados de madera los ocupaban las autoridades, miembros del tribunal, con gran boato, y los reos. El pueblo, numeroso y acrecentado con gente de los alrededores, Carmona, Alcalá..., llenaba todos los huecos. Los penitentes, abatidos, escucharon sus penas, culpas y sermones: unos judíos marranos —portugueses—, otros de la *peligrosa secta* de los Alumbrados —en la que había también algunas damas principales de la ciudad— y tres culpables de delito nefando contra natura: sodomitas homosexuales y uno de bigamia.

Los reos habían sido nombrados uno a uno para jurar sobre la cruz y el Evangelio. Los no condenados a muerte llevaban un sambenito amarillo en el que destacaba el dibujo de aspa de San Andrés. Eran los arrepentidos, de causas consideradas menos graves, en espera de ser reconciliados con la iglesia durante la ceremonia. Los relajados —condenados a la pena máxima— llevaban sobre la cabeza un capirote de papel con llamas dibujadas, triste alusión al destino que les deparaba.

En aquel lejano día, los condenados a hoguera que habían mostrado arrepentimiento fueron agarrotados en el escenario preparado para tal fin, antes de ser quemados en Tablada. La muchedumbre bebía, comía y vociferaba mientras se realizaban las ejecuciones. Asistía curiosa a los calambres y estertores de la muerte; al pánico y al ruego de algunos que manchaban su ropaje con sus tripas rotas de tormento y miedo; y al valor y al arrojo de otros que miraban la muerte a los ojos, sin inmutarse, sin perder la compostura.

Un relajado sin muestras de confesión de culpa, con los ojos desorbitados y la cara enfebrecida, se dirigió a la multitud antes de ser llevado vivo a las llamas. Su voz ronca retumbó en los tablones del solemne estrado del tribunal y acalló al griterío:

—Malditos todos los que disfrutáis con el sufrimiento ajeno, que lo padeceréis también en carne propia. Malditos los fanáticos —y se dirigía ahora hacia el tribunal— que os creéis dueños de la fe y la verdad absoluta y os valéis de la fuerza y la tortura. Cuando la verdad, aunque sea una, es múltiple y hay muchas formas de entenderse con Dios.

—Callad a ese blasfemo —resonó una voz agria entre las autoridades— y de forma inmediata un guardia que ya se había acercado golpeó y amordazó al infortunado.

Acompañaban a los diez reos condenados a la última pena, seis ejecutados y cuatro aún vivos, tres efigies o monigotes de madera que representaban y ridiculizaban a tres falsos conversos ausentes que habían logrado escapar del poderoso brazo de la Inquisición. Al declinar aquella tarde, con un sol rojizo que daba sus últimos destellos, quedó el ambiente impregnado de un tufo a carne humana chamuscada que ha permanecido grabado para siempre en mi memoria.

¡Dios mío! ¡Qué locuras se han hecho en tu nombre! Y ahora este, mi mundo, se desmorona como polvo del camino. ¿Será este caos que vivimos fruto de una maldición y de la ceguera dañina del ser humano contra sí mismo? Estas cavilaciones me absorbían al entrar en el Cabildo cuando me encontré con un caballero, amigo de Miguel de Mañara. Me dio noticias sobre el paradero de María y refirió que ya no era cortesana. Se había retirado de este oficio en Madrid y ahora tenía una vida muy discreta y apartada en una pequeña casa de la plaza de la Feria.

Me dirigí a la collación de *Omnium Sanctorum* hasta llegar al lugar indicado. La plaza estaba vacía y la puerta de la vivienda, cerrada. Llamé repetidamente sin obtener respuesta. Decidí entrar. Empujé violentamente sin resultados. Lo intenté por una ventana levemente atrancada. La cocina estaba desordenada y un criado yacía muerto. Subí. En una habitación pintada de color rosa, sobre una sencilla cama, se encontraba María, con las huellas inequívocas de la enfermedad, el rostro demacrado, sin perder su belleza, y en un estado de somnolencia.

—¡María! ¡María!, respóndeme... gracias a Dios que por fin te encuentro, jamás dejaré que te alejes de mí.

—Hernán, querido, eres tú —dos lágrimas indecisas asomaron por sus ojos febriles y profundos—. Déjame, nada ya tiene importancia.

—Mejorarás, bien lo sabe Dios, y viviré junto a ti.

—No, es tarde, ya es demasiado tarde —quedóse desmayada mientras pronunciaba estas palabras.

La cogí en brazos, su peso era ligero. Las carretas y las bestias no daban abasto para transportar los cadáveres y muchas calles estaban intransitables, ya que en la premura de evitar el mal se arrojaban, sin espera, ropa, muebles y otros enseres de los contagiados a la vía, que al llegar la noche se convertían en luminarias.

—Hernán, qué ingrata he sido contigo, perdóname —llegó a balbucear.

—Calla, amor mío, no te esfuerces. Te llevaré al dispensario y te recobrarás.

Salí por la puerta de la Macarena, exhausto, aunque su cuerpo fuese liviano. El Hospital de la Sangre hervía de enfermos; los fallecidos eran trasladados desnudos a una fosa cercana, sobre la que se echaba cal viva y se quemaban sus ropas en un fuego que nunca se apagaba. Apenas se podía pasar en aquel mar de lamentos y gemidos que abarrotaba las salas y la explanada exterior, con un olor fétido, mezcla indescriptible de podredumbres humanas. No sabía qué hacer, estaba desesperado cuando me encontré con Fermín. Me mandó limpiar y encalar un apartado rincón donde acababa de fallecer Martínez Montañés; fue así como María ocupó el lugar de tan ilustre imaginero, al que llamaban «El dios de la madera» por sus cristos y vírgenes de una serenidad y belleza sin igual.

Tres días con sus noches permanecí junto a María, sin comer nada, solo probaba el agua que Fermín hervía. Ponía todo su celo en salvarla y le daba potingues e infusiones. Su cuerpo, extremadamente débil, por momentos parecía despertar de su letargo, ocasión que ella aprovechaba para hablarme.

—Fui a cumplir mi sueño, querido, sueño de lujos y grandezas. Cuán equivocada estaba al no valorar tu amor, nuestro amor, como el más preciado tesoro. La ambición me cegaba.

—A veces erramos y confundimos nuestro sueño con una alucinación, y el brillo del oro y la plata como lo más preciado. Tú eres para mí lo más valioso y hermoso de mi vida. Siempre lo has sido... No te esfuerces en hablar más, amor mío, y no abandones, resiste y lucha con fuerza por vivir —con un paño humedecido limpiaba su sudorosa frente.

—Bien sé que mis horas están ajustadas y quiero decirte tantas cosas que tenía pensadas... Mi cabeza es un torbellino, pero déjame hablar, tal vez sea la última vez que lo haga.

—No, amor mío —le imploraba con un nudo en la garganta que me atenazaba, bien sabía que su cuerpo se debilitaba. «¡Dios mío, no te la lleves ahora!», clamaba y rezaba interiormente con fuerza, desde mi alma.

—Al encontrarme sola, despreciada y con mi belleza ajada, a pesar de mis riquezas, comencé a considerar cuán necia había sido y descubrí lo mucho que contigo había tenido. Redescubrí el amor. Fue una revelación, una sensación nueva: el amor como el sentimiento humano más puro y hermoso que reconforta el alma y le otorga alegría. Qué hermoso, querido Hernán, hubiese sido envejecer juntos, tener

hijos que correteasen a nuestros pies y compartir, con la alegría que da el amor, tantas pequeñas cosas, como tú me decías: caminar, calentarnos juntos en las frías noches de invierno, escuchar el canto del gallo en las frescas mañanas, consolarnos en nuestros pesares... Como dos almas amigas.

—Ese era mi sueño, querida María. ¿Por qué no me buscaste? —le dije con lágrimas abundantes en mi mejilla.

—Era ya demasiado tarde... Me encontraba enferma y cansada, por ello no fui a tu encuentro cuando volví a Sevilla, hace unos meses. Aunque ganas no me faltaban, cuán dura es la soledad, incluso rodeada de gentes. He tenido tiempo para meditar, cuántas veces me he reprochado no haber sabido apreciar el amor que me ofrecías, perdóname —fueron sus últimas palabras entrecortadas, en las que puso toda su alma y empeño, antes de entrar en un delirio del que ya no se recuperó.

Con rabia y lágrimas en los ojos, cogí su escuálido cuerpo. La desnudé y arrojé toda su ropa a las llamas. La lavé bien, la impregné de alcohol de romero y la cubrí con un fino paño. Me negaba a que fuese arrastrada de los pies por una cuerda hasta la fosa común. Soborné, con los escasos recursos que llevaba, a un guardia que me impedía el paso y anduve un cuarto de legua con un dolor en el estómago y en el alma. Cuando la extrema fatiga y la debilidad nublaban mi vista, la puse con dulzura sobre el suelo y lloré sobre su cara, que me parecía angelical.

No lejos sobresalía un gran nogal de Indias. Llegué exhausto al árbol de generosa sombra y hermosa copa. Traté de cavar una fosa con una piedra; para mi mayor desconsuelo con un pobre resultado. Divisé una pequeña casa de campo abandonada; cogí una azada y abrí, junto al esbelto y majestuoso nogal, una zanja bien profunda.

El sudor corría por mi cuerpo. Cavar era como una liberación y descargaba con furia sobre el suelo mi ira, infortunio y desazón. Con delicado mimo coloqué su cuerpo en la profunda herida de la tierra, rota como mi alma. La cubrí bien con el paño y dejé, sin prisas y en silencio, que las lágrimas que fluían abundantes resbalasen por mis mejillas, como antes lo había hecho el sudor. Me enjuagué con un pañuelo el llanto y lo acerqué a su mano. La cubrí cuidadosamente y coloqué sobre la superficie unas piedras. Con dos palos dispuse una tosca cruz.

EPÍLOGO

El cofre donde guardo los manuscritos está lleno; apenas hay espacio suficiente para arrinconar una pequeña vasija oscura con arena de Zahara, la misma que pisé con María en las almadrabas con ecos lejanos de nuestras dichas y sinsabores.

Con él atesoro también mi añoranza con olor a besos, a salitre y a atún salado de ijar; de horizontes brumosos, azules de mar y radiantes de cielo; de playas cobrizas al atardecer y cuerpos desnudos de bronce.

Sin olvidar mis orígenes, me he sentido cercano a tanto joven pícaro como hay en nuestra decadente sociedad y a más de uno he tratado de ayudar con las mismas nobles armas que me dio fray Francisco: el conocimiento, que hace crecer por dentro, y una hogaza de pan y buena fruta, porque sin alimentar el cuerpo no se puede nutrir el alma.

Asistí en diversos momentos de mi agitada vida al taller del preciado Murillo, apellido materno que Bartolomé gustaba de emplear para firmar sus obras. Él retrató con dulzura, realismo y, a pesar de los pesares, alegría de vivir, algunos de los mozalbetes que yo conocía, hijos del Arenal y la calle. En la retina de mi memoria han quedado impresos para siempre colores y sensaciones unidos a las etapas de mi vida. Eternos azules de cielo y mar; rojizo declinar de atardeceres, sangre y pasiones. Rojizo declinar de mi vida y mi época.

Quise entrar en la Hermandad de la Caridad, que tanto bien hacía al repartir pan a los pobres y asistiendo a los moribundos desamparados. En ella Miguel de Mañara encontró sosiego y en esa virtud de ayuda y entrega a los demás, la razón de ser de la efímera existencia. Pese a que tenía cierta fortuna heredada de María y el apoyo de Bartolomé, miembro de la Hermandad, fue denegada mi solicitud, al no dar fe de cristiano viejo y, por tanto, de no tener ascendientes judíos, moriscos o mulatos —decían, para colmo de despropósitos—. Sufrí también, por mi libertad de pensamiento y pláticas con jóvenes, la ira de la Inquisición, y soporté la presencia de informadores del Santo Oficio en las cálidas lecturas que hacíamos con gran regocijo en las Gradas, antes de caer la tarde, aprovechando las largas luces del estío que arropábamos con la cadencia de nuestras voces.

Los libros eran amigos inseparables de mi vida. Algunos de sus personajes e historias sí habían hecho mella en mí, compartían mis anhelos y vicisitudes, porque permanecían en mi memoria. Yo, al escribir, vivía la mía dos veces, al recuperar en estos pliegos parte de mis andanzas y pensamientos. Con ellos he sentido de nuevo la cercanía de María, pese a tantos sinsabores, y me han permitido traspasar el tiempo y mis recuerdos: hoy, cuando soy viejo, y ayer cuando era joven, y el día anterior, en

que fui niño.

Una mañana envuelta en un cielo azul me encontré en el puerto con Beatriz. Su rostro maduro me iluminó con su sonrisa, su pelo había perdido el brillo dorado, pero sus hermosos ojos seguían del color del cielo. Hacía tiempo que había enviudado y sus tres hijos estaban casados. Vino a buscarme y yo la recibí con los brazos abiertos.

Mi vida fue colmada también de buenos y hermosos momentos, gracias a Dios, y de otros avatares. Mas ya mi vista está muy fatigada y escribo con torpeza. Soy uno de los escasos supervivientes de una generación que ha padecido en demasía: intolerancias, guerras, hambrunas, y las temibles pestes. ¡Malditas calamidades, todas ellas!

Contemplo el dorado crepúsculo, la brisa del río acaricia mis pensamientos que vuelan libres, sin límite, en el devenir imparable del carro del tiempo. La monarquía de los Austrias españoles parece exhausta, la decadencia con el débil rey Carlos II se acentúa. El Imperio parece tener pasado, pero no futuro. Se abrirán nuevas épocas y a estas sucederán otras, así ha ocurrido siempre y así ocurrirá. Se curarán las heridas de nuestros pueblos, al igual que las de mi alma, y espero que seamos capaces de estrechar los lazos que nos unen y apreciamos con sabiduría las diferencias. Ojalá que malditos jinetes del Apocalipsis no cabalguen de nuevo. Confío, y estoy seguro de ello, en que siempre se alzarán voces contra las injusticias, las guerras...

Solo los niños, en sus primeros años, y los locos dicen sus verdades, sin hipocresías. En estos días decadentes de la antes populosa Sevilla he cobrado simpatía a un personaje curioso, famoso en la ciudad, conocido como el loco Amaro. Atado con una cadena a otro de su misma condición predica disparatados sermones, productivos en limosnas destinadas a las arcas del Hospital de los Inocentes, más conocido como Casa de los Locos. El simpático bribón muestra algunas obsesiones. Así la que provocó su demencia a resultas de encontrar a su mujer en su cama y en plena coyunda con un fraile. Sin hábito y como Dios lo trajo al mundo mostraba al perplejo Amaro su orondo culo. Y entre disparates y chascarrillos suelta verdades como andanadas de un navío. Tiene licencia no pública, sí tolerada y amparada en la locura, hasta del Santo Oficio para expresar sus ocurrencias.

El loco Amaro, desaliñado y con piernas flacas como palillos, estaba ataviado con un bonete rojo de cuatro picos y una alcuza al cuello. El aspecto de su cabeza era el de un cardenal excomulgado, y su cuerpo, el de un mendigo. En una mañana tórrida de verano predicaba en la calle de las Sierpes a un corrillo de comerciantes, menestrales, alcahuetas y pícaros que con mucho regocijo se habían juntado a su alrededor.

—La culpa de nuestra miseria la tienen los cornudos frailes que se beben el vino y

se zampan el tocino. Mientras, a los que malvivimos en la Casa de los Inocentes nos matan de hambre y nos muelen a palos con el beneplácito del no menos cabrón del administrador, que se come los gallos y las gallinas. Palabras gruesas sean dichas con perdón a esta distinguida concurrencia.

Con ojos desorbitados, el semblante serio que contrastaba con los gestos y las muecas de su cara, que acentuaba según su discurso y provocaban la hilaridad, continuó su arrebató una vez que se acalló el alborozo.

—Por eso pido limosna para mis hermanos los pobres, de los que soy protector, porque estos son los nobles de Cristo, y los caballeros sin caridad son como mojones en el camino. Como lo es también el asistente de Sevilla y sus allegados, que nos han robado las comedias de la ciudad por considerarlas pecaminosas y no nos quitan los títeres, o sea los cabrones y mequetrefes que arruinan nuestras vidas.

Las risas y algunos aplausos acompañaron las últimas palabras del ido y no tan ido, Amaro. Acto seguido celebraba con saludos de bienvenida, muecas y guiños el tintineo de las monedas que recogía.

En aquellos días, desde las autoridades hasta el propio Miguel de Mañara, antes de morir, se habían aliado para conseguir la prohibición de los corrales de comedia que tanto divertían al pueblo. Y yo argumentaba a mis amigos: «¿No son más necios y absurdos que el guillado Amaro aquellos que confunden los goces de la vida con el pecado?».

¿Acaso la locura no es también una forma de sabiduría? Quiero ser considerado un loco, sin atar, y poder platicar lo que quiera. Como soy viejo cada vez tengo menos reparo y mi lengua está menos contenida. Y si no se puede poner vallas ni límites al aire que respiramos, ni al agua de los mares, ¿por qué se pretende encerrar y asfixiar el libre pensamiento?

En mi vejez sueño con muchas islas de utopías. Imagino las armas de todos los ejércitos fundidas y unidas hasta formar una gran torre de Babel, y que, admirados al contemplar su magna medida, se exclamase: ¡Tan grande fue la necedad humana! Solo el hombre es dañino contra sí mismo, pero no por ello he perdido la fe en la condición humana, que ampara lo más denigrante y lo más sublime, como el anverso y el reverso de una misma moneda.

Otras veces, ante tantos conflictos y sufrimientos interminables, pienso: ¿y si en lugar de pelear los pueblos y los ejércitos, luchasen, a modo de justas, solo los reyes y mandamases entre ellos? En estas elucubraciones se me aparece en mi imaginación Lorenzo Prat, tal como la última vez que lo vi en el puerto de Sevilla, exclamándome: «¡Despierta, Hernán, al mundo real!». Y yo, terco, le contesto: «¿No me dirás que no sería hermosa esa torre de Babel que desarma al mundo, o que solo luchasen aquellos a los que les satisfacen e interesan las guerras, mientras el pueblo permanece tranquilo?».

Muchos pensamientos, atinados unos y disparatados otros, ocupan mis días y mis noches cuando me desvelo.

Al sobrepasar una cierta edad sorprende que el mundo vivo que deambulaba cuando naciste, ya no exista. La vida es como el giro de una noria, muy fugaz. La existencia, una retahíla de pequeños instantes. Afortunado el que sabe saborearlos.

Aún hoy me emociono al contemplar un rosáceo y luminoso amanecer, el vuelo de un águila, el trino de un pajarillo, el regreso en primavera de las golondrinas y las cigüeñas, una buena lumbre, el juego de los niños, sus francas sonrisas... Mi amor con María, aciago, intenso y breve, fue hermoso pese a todo y perdura en la lejanía. Y lo es el de Beatriz, sereno y cálido, en el crepúsculo de nuestras vidas, igual que mi amistad con Alonso, a quien no dejé de ver hasta su muerte, ya colmado en años.

Mi amigo se consumió como una vela que se apaga, hasta morir sin quejas, como había vivido, muy querido de su humilde y numerosa familia. El día de su entierro, en el mes de diciembre, el aire helado cortaba los rostros. Guardo con dulzura la imagen de su nieta, una zagalona que lloraba con desconsuelo y buscaba con su cabecita el refugio del hombro de su madre, depositando unas flores tiernas sobre la zanja húmeda.

Cada palada de tierra que tapaba la tumba era una evocación para la despedida del padre, del abuelo, del amigo... y allí permanecemos largo rato en silencio, sin importar el tiempo, solo con el peso de su memoria y el vapor de nuestros alientos, nube de emociones que se fundían con el alma de Alonso. Bien sé el delgado hilo que separa la vida de la muerte; pero al contemplar tan distintas generaciones allí presentes, me reconfortaba saber que la llama del recuerdo y la sombra de la presencia de mi amigo permanecería aún muchos años más entre los vivos.

Me congratulo de poder calentar mis entumecidos huesos con el tibio sol de invierno y haber afrontado y superado, ha tiempo ya, mis viejos miedos y serenado mi espíritu. Si bien, muchas veces cierro los párpados y sueño despierto, me veo joven y fuerte, aferrado a los remos con Beatriz junto a mí, en mi río de aguas verdes; al lado de Alonso jugando en la playa ante ilimitados horizontes; cogido de la mano de María entre risas; contemplando cómo Rufo hace divertidas chanzas en los inmensos arenales de las almadrabas... Mis ojos se humedecen y doy gracias a Dios por haber vivido.

Suave brisa marina, vientos bravos, graznidos de gaviotas, arrullo de mar con el murmullo de sus olas y lejanos ecos de María, ¡cuánto os echo de menos!



CARLOS ALGORA ALBA nace en Almadén de la Plata (Sevilla, 1954), es profesor, historiador y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

Es autor y coautor de más de una veintena de publicaciones de investigación y libros de textos, atlas histórico, de numerosas comunicaciones en Congresos y de artículos en revistas especializadas en los campos de Historia, Didáctica e Historia de la Educación.

Su libro *El Instituto-Escuela de Sevilla (1932-36)*, una proyección de la Institución Libre de Enseñanza, fue premiado por la Diputación Provincial de Sevilla en el concurso de monografías «Archivo Hispalense».

El rey de las almadrabas (2005) fue su primera novela. La obra tuvo una buena acogida por el público y la crítica. *Sueños de libertad* (2009) es su segunda creación literaria con un estilo en el que combina la recreación histórica rigurosa con la ficción novelística.